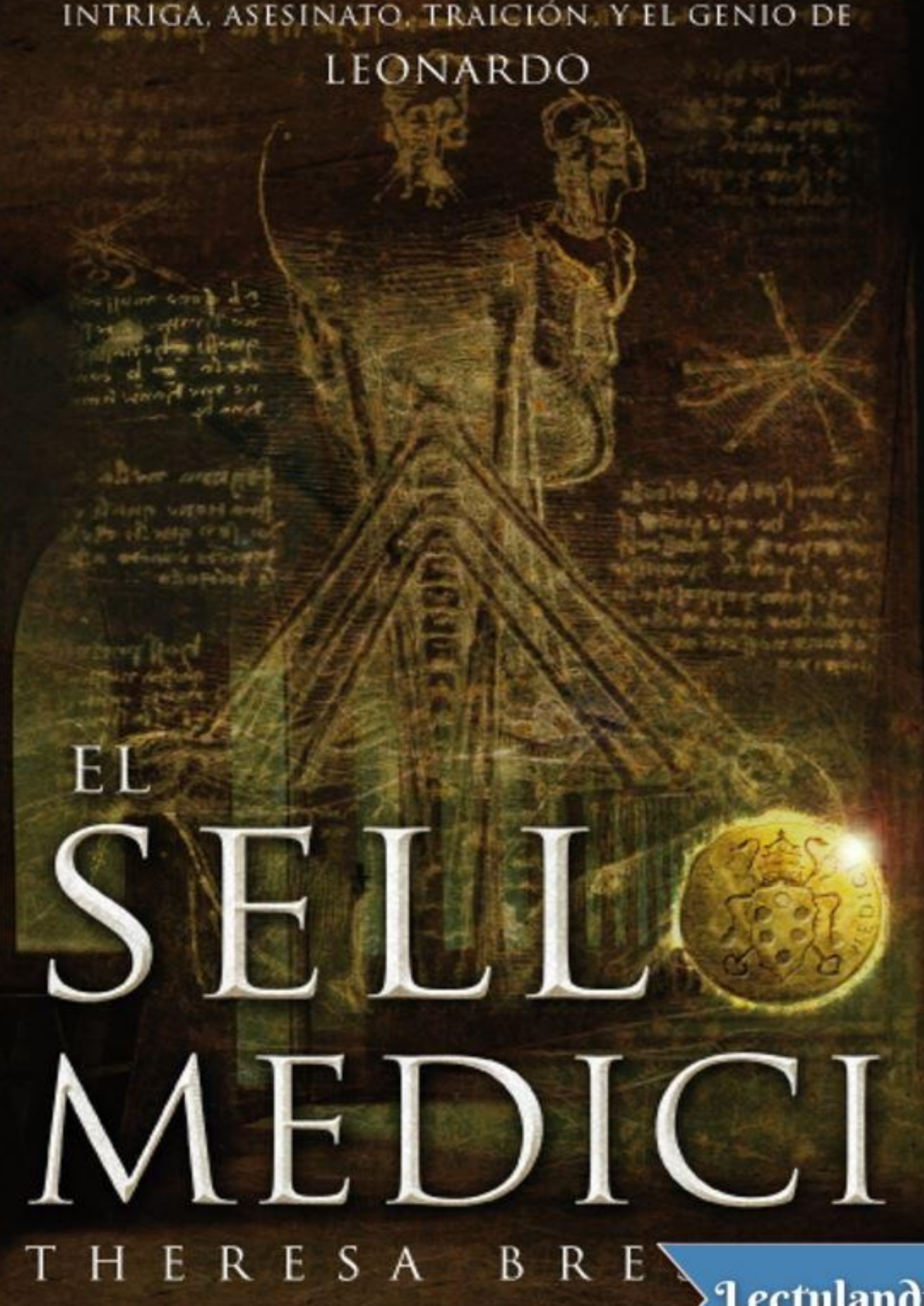


INTRIGA, ASESINATO, TRAICIÓN, Y EL GENIO DE  
LEONARDO



EL  
SELL  
MEDICI

THERESA BRE

Lectulandia

Italia, 1502.

Todo está dominado por las luchas intestinas entre las grandes dinastías y ciudades-estado, el papado de los Borgia y la incesante e impulsiva política de Cesare, Il Valentino. En este ambiente, un joven gitano llamado Matteo es golpeado una y otra vez tras ser testigo de un crimen del bandido al que acompaña, el temible Sandino, y se arroja a un río cercano como única escapatoria. Llevado por las aguas a una muerte segura, el chico es rescatado por varios individuos a los que capitanea un hombre mayor, tan afable como extraño a ojos de Matteo, y que se identifica como Leonardo Da Vinci, un ingeniero que trabaja a las órdenes de Cesare Borgia en la revisión de las fortalezas que están bajo su poder militar. Da Vinci porta un salvoconducto que le brinda total movilidad y protección allá dónde va y pronto Matteo se da cuenta de que con estos hombres puede sentirse a salvo de la implacable persecución de Sandino y sus secuaces. Nadie sabe que el chico porta un secreto por el que las familias Borgia y Medici están dispuestas a matar y que hará que el grupo se vea envuelto en una intriga donde el asesinato, la venganza y la traición lo contaminan todo; una intriga durante la que el joven Matteo se irá convirtiendo en un hombre que sucumbe a la fascinante mirada del mundo que le ofrece el genio de Leonardo.

Lectulandia

Theresa Breslin

# El sello Medici

ePub r1.0

libra 01.10.13

Título original: *The Medici Seal*  
Theresa Breslin, 2006  
Traducción: Eugenia Arres López

Editor digital: libra  
ePub base r1.0

---

**más libros en [lectulandia.com](http://lectulandia.com)**

---

*Este libro es para Laura*

## **Nota de la autora**

Italia, en tiempos del Renacimiento, no existía como un país propiamente dicho. La península estaba conformada por varias ciudades-estado en diferentes regiones, con el reino de Nápoles ocupando todo el sur. Al reino de Nápoles aspiraban Francia y España, y por esa razón los ejércitos de ambas potencias estaban presentes en territorio italiano. En el norte la poderosa república de Venecia también realizaba una política de expansión.

Por su parte, el papa unía a su liderazgo espiritual fuertes poderes terrenales, con dominio sobre la parte central de la península, incluyendo la Romagna. En cada ciudad-estado de Italia importantes e influyentes familias ejercían el control y una de las más conocidas era la familia Medici de Florencia. El mecenazgo de los Medici, y en especial el de Lorenzo el Magnífico, hizo posible una época de esplendor artístico y cultural. Pero pocos años más tarde de la muerte de Lorenzo, en 1494, los Medici fueron expulsados de Florencia.

# PRIMERA PARTE

## ASESINATO

---

*La Romagna, Italia, verano de 1502*

# Capítulo 1

Recibo el primer golpe en un lado de la cabeza.

Me tambaleo, a punto de caer al suelo.

Sandino avanza, pasando por encima del hombre que yace a sus pies. El hombre al que le vi matar. Ahora viene a por mí.

Retrocedo dando un traspiés.

Saca la porra y la hunde con fuerza en mi vientre.

Dolorido, me escabullo entre las piedras huyendo de él.

Oigo cómo gruñe contrariado y me sigue.

Miro a mi alrededor con desesperación. Sólo veo el río, detrás y debajo de mí, discurriendo a pleno caudal.

Sandino sonríe.

—No tienes escapatoria, chico.

Levanta el brazo. Vuelve a balancear la porra.

Aparto la cabeza para evitar su próximo golpe. Mis pies resbalan en la superficie mojada.

Sandino exclama una maldición.

Y yo caigo.

La súbita sacudida del agua helada.

Y el río me atrapa.

La corriente me golpea el cuerpo, agarrando mi ropa, arrastrando mis piernas. Trago bocanadas de agua, pero intento mantener la cabeza en la superficie y nadar. Mis esfuerzos nada pueden hacer contra la fuerza del caudal, mientras me arrastra en su ávido abrazo. Debo intentar alcanzar la orilla del río. Debo hacerlo.

Pero estoy cada vez más débil. No puedo mantener la cabeza a flote.

De pronto, oigo algo que hace que el miedo se apodere de mí. ¡Una cascada!

El ruido es cada vez mayor, el agua corre cada vez más rápido. Estoy a punto de morir. Haciendo un último esfuerzo, elevo los brazos y pido ayuda. Salgo despedido sobre la cascada y caigo violentamente en el espumoso torrente.

Una tremenda masa de agua agitada se precipita sobre mí, arrastrándome al fondo. Atrapado en el remolino, no puedo liberarme de su mortífera fuerza. Giro la cabeza hacia arriba y abro la boca todo lo que puedo, buscando aire desesperadamente. El agua que cae me nubla la vista. Un arco iris hecho pedazos. Más allá, la luz y la vida. Mis ojos se vuelven, la sangre retumba en mi cabeza.

Ahora me veo desde una gran altura. Como si mi mente viera mi cuerpo desde otro plano. Arrancado de esta tierra a un lugar distinto, miro hacia abajo y observo la



agónica lucha desesperada de un niño de diez años.

Lucha. Aire. Y después, nada.

Fragmentos de luz y total oscuridad.

## Capítulo 2

Dos manos me agarran la cabeza.

No veo nada. No oigo nada. No huelo nada. Pero sí percibo el tacto. Unos dedos largos sujetan mi barbilla y mi frente con firmeza. Una cálida boca sobre la mía. Cubre completamente mis labios con los suyos, insuflando vida en mí con su aliento.

Mis párpados se abren. Hay un hombre observándome.

—Soy Leonardo da Vinci —dice el hombre—. Mis compañeros te sacaron del río.

Me cubre con una capa.

Parpadeo. El color del cielo, frío y dolorosamente azul, me quema los ojos.

—¿Cómo te llamas? —me pregunta.

—Matteo —susurro.

—Matteo. —Entona cada palabra haciendo que las sílabas giren en espiral—. Es un buen nombre.

Los rasgos de su rostro se difuminan. Toso, vomitando agua y sangre.

—Voy a morir —digo, y me echo a llorar.

Él seca con su mano mis mejillas.

—No —responde—. Vas a vivir, Matteo.

## Capítulo 3

Me llama Matteo.

Esto se debe a que cuando me rescató de debajo de la cascada, aunque estaba medio ahogado, tuve el ingenio de no dar mi verdadero nombre, y Matteo fue el primero que se me vino a la cabeza.

Al igual que el nombre, casi todo lo demás que le conté después sobre mí era falso.

El día en que me rescataron él y sus dos acompañantes hicieron una pequeña fogata en aquel lugar, junto a la cascada, para intentar secarme. Me hubiera gustado alejarme todo lo posible de aquel lugar, pero no tenía elección. Tenía la cabeza fracturada debido al golpe de Sandino y apenas podía mantenerme en pie, y mucho menos andar. Me envolvieron en la pelliza y me tendieron cerca de la hoguera que habían encendido. Era finales de verano. No hacía demasiado frío, pero los días se estaban haciendo cada vez más cortos y el sol giraba más bajo en el cielo.

—¿Zingaro?

El más corpulento de sus dos acompañantes pronunció esta palabra, que significaba «gitano» en su lengua, mientras avivaba el fuego.

Cerré los ojos cuando el que se llamaba Leonardo miró en mi dirección.

—Tiene el aspecto de esas gentes aunque...

El tercer hombre, sobre cuya capa me hallaba tendido, negó con la cabeza.

—Podría ser miembro de un grupo que viaja hacia el sur. Se ha prohibido a los nómadas que entren en Milán, acusados de todo tipo de robos y engaños.

—Hay un campamento de gitanos en Bolonia —dijo el hombre corpulento—. Eso no está muy lejos de aquí.

Me puse tenso cuando les oí decir eso. Mi gente iba a acampar en Bolonia para pasar el invierno. Si estos hombres me consideraban gitano, quizás decidieran llevarme con ellos. Si eso ocurriera, los gitanos me reconocerían y me acogerían en su grupo. Era uno de los primeros lugares en los que me buscaría el bandido Sandino si creyera que había alguna posibilidad de que aún estuviera vivo. Es más, podría haber enviado ya a alguien para atraparme en caso de que buscara refugio allí. Supondría que no tenía ningún otro sitio al que ir, por lo que daría instrucciones a algunos de sus malvados hombres de llevarme con él, su jefe, si aparecía. Escalofríos recorrían mi cuerpo cuando recordaba el golpe que me había asestado Sandino con la porra, que me había hecho caer al río y ser arrastrado por la corriente.

Leonardo, el hombre que había insuflado aire en mí para sacar el agua de mis pulmones, dijo: «El chico es de constitución pequeña, lo que puede deberse a la desnutrición. Pronto sabremos si es uno de esos proscritos, al escuchar lo que diga al despertarse».

Entonces supe que no debía revelar mis orígenes. Podrían ser compasivos con un chico ahogado, pero ya habían sentado prejuicios contra mi raza.

Los viajeros se conocen en muchas tierras. Tenemos reputación de buenos herreros, experimentados tejedores de cestas y trabajadores del metal, y el don de poder predecir el futuro. Este don es dudoso pero, si alguien pide, previo pago, que se le narre su destino, un gitano, como cualquier otra persona, puede conjeturar con bastante acierto lo que el futuro le pueda deparar.

A mi abuela se le daba muy bien. Practicaba el arte de la conversación, por lo que cualquiera que hablaba con ella pronto se percataba de que le había contado mucho más de sí mismo de lo que imaginaba. Después sólo tenía que adaptar el consejo a su situación, tal como un sastre trabaja la tela para ajustarla al cliente. Pero mi abuela era una auténtica sanadora. Comprendía las enfermedades del cuerpo... y las del espíritu. A menudo era el dolor de la humanidad lo que preocupaba a la gente: amor no correspondido, soledad, miedo a envejecer.

Muchos recurrían a ella en busca de remedios. Su discernimiento de las enfermedades que afectaban a la gente no se basaba en una explicación mística, sino en pura observación, tan directa como estudiar el cielo para predecir el tiempo o los árboles para averiguar las estaciones del año. Uno sólo tenía que observar con atención e interpretar lo que veía.

Una persona con el blanco de los ojos teñido de amarillo sufría del hígado o de los riñones y necesitaba una infusión de perejil para purificar la sangre. A aquéllos que mostraban insomnio y ansiedad, recomendaba camomila para favorecer la relajación y el jugo lechoso de lechuga como sedante. Podía decir si una mujer era estéril observando el estado de mi cuello. Las arrugas plegadas o la piel seca en esta zona eran señal de que su útero estaba vacío. La mujer se sentiría intimidada por mi abuela, que sabía de antemano su petición sin tener que decir nada, y se iría a casa con una esperanza renovada, llevando una purga hecha de ruda y bayas de enebro para limpiar el camino al útero.

Las jóvenes deseaban con frecuencia conocer la identidad de su verdadero amor. Mi abuela les daba tallos de aquilea para que los colocaran bajo su almohada y unas palabras que deberían recitar antes de irse a dormir:

*Una hierba cuyo nombre real es aquilea  
junto a los pies de Venus debo cultivar,  
para que antes de que amanezca mañana  
con mi verdadero amor pueda soñar.*

Mi abuela sabía todas estas cosas y muchos otros secretos de tradición popular. También conocía la fecha de su propia muerte.

Esto no se debía a la clarividencia, sino a que conocía cómo debía latir el corazón

y se había percatado de que el suyo se estaba debilitando.

Estas adivinaciones no eran mágicas y no requerían ningún don especial, es decir, a menos que la ausencia de estupidez se considerara un don. Pero dichas habilidades provocaban celos en otras personas y, por ello, nunca podía permanecer mucho tiempo en un mismo lugar. A los artesanos y otros comerciantes no les gustaba tener ningún tipo de competencia. Tal era el prejuicio contra nosotros que, sin haber sido declarados culpables ni acusados de ningún delito, podíamos merecer la muerte por el mero hecho de ser gitanos.

Así que decidí mentir. Comencé a preparar una historia que contar a estos tres hombres que me habían sacado del agua, mientras les miraba con los párpados entornados.

Estaba seguro de que no eran mercenarios, ya que no portaban armas. Sus caballos eran de calidad, con la grupa más robusta que ostentosa y adaptados para cubrir largas distancias que para veloces carreras. Sus sillas de montar no incluían equipo de caza; su comida consistía en alimentos básicos: queso, pan, fruta y vino. Deduje que debían viajar durante el día y descansar en algún tipo de alojamiento por las noches.

Intenté descifrar la finalidad de su viaje. Las alforjas iban llenas, pero no de mercancías ni de ropajes. Llevaban libros y documentos. Sin embargo, estos tres hombres no eran comerciantes ni mercaderes y, entre ellos, el rango no parecía importar mucho. Disfrutaban de la compañía del otro, aunque mostraban deferencia por Leonardo da Vinci, el que había pronunciado mi nombre con tanto cuidado.

Desde el principio, le llamé Maestro. Uno de sus acompañantes me corrigió posteriormente, indicándome que utilizara el término *Messer*, de mayor estatus, pero en esa ocasión él nos interrumpió y dijo: «Si al chico le place llamarme Maestro, que así lo haga. Dejadle que me llame Maestro si lo desea».

En mi mente siempre será mi Maestro.

## Capítulo 4

Pasaban de las doce del mediodía cuando sacaron algo para comer, mientras se calentaban al calor de la hoguera.

El más corpulento, al que llamaban Graziano, se percató de que estaba despierto y me ofreció comida. Yo retrocedí. El Maestro dejó de comer, alargó la mano y me dijo que me acercara. Yo negué con la cabeza.

—Entonces esperaremos hasta que lo hagas.

Dejó su comida a un lado y cogió un libro. Esperé a ver lo que ocurría. Nadie le molestaba.

Sus dos amigos hablaban en voz baja mientras él leía. La comida reposaba en la hierba. Yo tenía mucha hambre. El ino del agua me había calado los huesos. Así que me acerqué a la hoguera y me senté.

El Maestro dejó el libro y me ofreció un trozo de pan.

—En este grupo comemos todos juntos —dijo.

Miré a sus compañeros. Hablaban entre ellos, pasándome comida y bebida como si fuera un igual.

—Tenemos que irnos —dijo Graziano— si queremos llegar a nuestro destino antes de que anochezca.

—¿Tu familia vive cerca? —me preguntó el Maestro.

—No tengo familia. Soy huérfano. Trabajo como ayudante en las caballerizas cuando me dejan, o en la recolección de la cosecha. Había preparado las frases para decirlas de inmediato, sin tener que pensarlas.

—¿Dónde estás trabajando ahora? Seguramente te estén buscando ahora que está anocheciendo.

Negué con la cabeza.

—No, pensarán que me he marchado a otro lugar. Y eso es justamente lo que estaba haciendo —añadí rápidamente—. Me golpeaban y pateaban, y no me daban suficiente comida, por lo que decidí buscar otro lugar en el que trabajar.

—Sí —dijo el hombre delgado—, es obvio que hace tiempo que no te alimentas.

Se rio y señaló la gran cantidad de pan que había consumido.

Me sonrojé y solté el trozo de pan que tenía en la mano.

—Déjalo, Felipe —le reprendió el Maestro—. El chico está hambriento.

El Maestro recogió el trozo de pan y me lo devolvió.

—Felipe estaba bromeando —dijo.

—Los chicos como éste siempre tienen hambre —dijo Felipe con tristeza.

Más adelante sabría que Felipe era el responsable de la compra de provisiones y comida, y que de todas sus habilidades como contable dependía que el Maestro y el resto del séquito pudieran trabajar y vivir decentemente.

—¿Te gustaría viajar con nosotros hasta nuestra próxima parada? —me preguntó el Maestro cuando estaban listos para partir.

—¿Hacia dónde vais?

—Vamos a cruzar el puente río abajo y a remontar por la otra orilla a un lugar llamado Perela.

Intenté pensar en lo que podría estar haciendo Sandino en ese momento. Estaría buscándome; no porque le importara si me había ahogado o no, sino por otro motivo. Tenía algo que él deseaba, un valioso objeto que me había convencido que robara para él.

Meses atrás, se presentó en el campamento de gitanos en el que estaba viviendo tras la muerte de mi abuela. Desde que tengo memoria, mi abuela y yo viajamos juntos por nuestra cuenta, ya que mi madre había muerto cuando yo era un bebé y no se conocía quién era mi padre. La mayor parte del tiempo, nos mantuvimos apartados de cualquier otro grupo de gitanos, hasta que mi abuela, consciente de que estaba muy enferma, puso su carromato en dirección a un campamento al norte de Bolonia para que no estuviera solo cuando ella muriera. Sandino afirmó tener algún tipo de parentesco con mi abuela. Una vez muerta, ella no podía oponerse. Fui con él, porque me prometió la vida de un pirata y yo estaba encantado con la idea de cruzar los mares. Me atraía la idea de ser un bucanero, tal como él lo describía. Pero su verdadera intención no era llevarme en un barco. A Sandino le habían llegado rumores de mi destreza en la apertura de cerraduras, y él había recibido un encargo de asesinato que podía requerir mis habilidades. Él creía que yo era la persona idónea para ayudarlo en ese plan, y en parte lo era. Excepto porque yo no le había devuelto lo que había robado para él. Todavía lo llevaba conmigo.

Así que temía que Sandino avanzara río abajo para intentar recuperarlo de mi cuerpo, vivo o muerto. No tenía forma de saber a qué distancia me encontraba del punto en el que caí. El caudal del río discurría rápido, crecido y desbordado por la lluvia. Supuse que me habría arrastrado varios kilómetros. Sandino y sus hombres no tenían caballos y, por lo tanto, tendrían que ir a pie. También emplearían tiempo en buscar mi cuerpo por las orillas del río. Con suerte, creería que me había tragado el mar o que me había quedado enredado en los juncos y las anguilas me habían devorado. Aunque sospechara que había sobrevivido, si cruzaba el río y retrocedía con estos hombres a la ciudad de Perela, Sandino no se imaginaría que hubiera podido dirigirme allí, de vuelta a la dirección de la que provenía. Mis rescatadores disponían de caballos, lo que significaba que viajaría más rápido. Decidí que debería ir con ellos y que escaparía cuando resultara seguro hacerlo.

—Tenemos que llegar a Perela antes de que anochezca —dijo Graziano.

—Nos alojaremos en el castillo —dijo Felipe, dirigiéndose a mí—. Es bastante probable que den alimento a un chico que desee trabajar en las caballerizas.

El Maestro se acercó y me puso la mano en la frente. El tacto de sus dedos, finos y elegantes, era delicado.

—Todavía estás medio aturcido por el golpe en la cabeza. Creo que deberías acompañarnos en uno de nuestros caballos hasta Perela. ¿Te parece bien, Mateo?

Asentí.

—¿Los Borgia estarán allí para recibirte? —le preguntó Felipe.

El Maestro se encogió de hombros.

—¿Quién sabe dónde esté ahora o dónde estará *Il Valentino*? ¿No es una de las funciones del príncipe la de ser comandante militar? Nadie sabe su ubicación exacta. Ataca como una serpiente y, cuando se va, reaparece en el lugar en que menos se le espera.

Era la primera vez que les oía hablar del príncipe Cesare Borgia, conocido como Il Valentino, aunque el nombre me era familiar. ¿Y a quién no? La familia Borgia era conocida en toda Europa. Rodrigo Borgia ocupaba el trono de San Pedro y regía la Iglesia como Papa, bajo el nombre de Alejandro VI. Este malvado hombre, junto con sus hijos bastardos, los tristemente célebres Cesare y Lucrezia, pretendían dominar toda Italia.

Su hija Lucrezia, una hermosa mujer de cabello claro, acababa de contraer matrimonio con el heredero del Duque de Ferrara. Yo había asistido a la celebración del matrimonio Borgia la pasada primavera en Ferrara, cuando me ocupaba de los negocios de Sandino. Su matrimonio había servido de entretenimiento a ciudadanos y espectadores. No obstante, no todos los asistentes estaban a favor de la princesa, ya que muchos de los habitantes de Ferrara consideraban a la novia una mujer falsa cuyo padre, el Papa, había pagado al Duque Ercole una dote considerable para casarla con su hijo mayor, Alfonso, el futuro Duque de Ferrara. Escuché murmullos y abucheos el día de su boda cuando avanzaba entre la muchedumbre.

Una mujer hablaba del escudo ofrecido por el Rey de Francia a Alfonso como regalo de bodas, diciendo: «El nuevo escudo del duque porta la imagen de María Magdalena. ¿No era ella también una libertina?».

Muchos de los asistentes que rodeaban a la mujer se rieron, aunque algunos miraban inquietos por encima de sus hombros para ver si alguien se había percatado que se estaban burlando de la casa Borgia. La venganza de los Borgia a los que ofendían a su familia era terrible. Pero el ambiente era festivo entre la muchedumbre y las ocurrencias se sucedían.

Cuando la procesión entraba en la gran catedral para consumir la ceremonia del matrimonio, un susurro resonó en la piazza:

—Deja que el novio rece lo bastante, para que su vida sea más duradera que la del anterior marido, estrangulado por las manos de su propio hermano.

De esta forma descubrí que los hombres que me habían rescatado y con los que



había decidido viajar, tenían alguna conexión con Cesare Borgia. Pero en aquel momento consideraba que esto me resultaría más ventajoso que perjudicial.

Cruzamos el río por un pequeño puente de piedra y giramos hacia Perela. Era un lugar de paso popular y muchos caballos ocupaban la ruta entre el río y el camino. El Maestro me había colocado en su silla de montar, delante de él. Todavía estaba envuelto en la capa de Felipe y escondí el rostro en ella mientras él mostraba al guardián del Puente el pase que llevaba, firmado de puño y letra por la propia casa Borgia.

Para cuando llegamos a la ciudad de Perela, ya había tenido tiempo suficiente para pensar más en Sandino y en lo que podría hacer. Ahora tenía claro que no debía escapar a la primera oportunidad. Además de abarcar Bolonia, Sandino tendría espías en los principales caminos que rodeaban la zona. Sabía que yo había descubierto que la familia Borgia le pagaba por llevar a cabo sus maquiavélicos trabajos. Si estos hombres, mis rescatadores, iban a alojarse en el Castillo de Perela, resultaría seguro permanecer con ellos al menos durante un tiempo. Perela, un baluarte de los Borgia, sería el último lugar en el que Sandino esperaría que buscara refugio. No me buscaría allí.

Al menos eso es lo que creía.

## Capítulo 5

—Quizá sea un buen momento para que nos cuentes tu propia historia, Matteo.

Habían transcurrido varios días en la fortaleza de Perela cuando me pidieron que contara la historia de mi vida. Una noche, después de la cena, el Maestro me hizo señas para que me acercara mientras se sentaba cerca de la hoguera. Dejó a un lado el laúd que estaba rasgueando y se dirigió a mí.

¿Querrías entretenernos esta noche, Matteo? Estoy seguro de que nuestros anfitriones querrán oír cómo casi te ahogas bajo la cascada.

El Capitán Dario dell’Orte, comandante de la fortaleza, y su familia nos habían acogido con afecto y nos habían alimentado bien. Y yo tenía la impresión de que su hospitalidad era consecuencia de su condición de gentes sencillas y acogedoras, y no tanto de que mi Maestro tuviera en su poder el pase de los Borgia.

Perela era una ciudad muy pequeña, poco más que una gran fortaleza coronando una colina, con una granja y dos casas esparcidas alrededor. La fortaleza era un edificio bien construido, con altas y robustas murallas y una resistente puerta de entrada al castillo. De un lado, ofrecía vistas a un desfiladero, en el que la tierra se extendía varios kilómetros cuadrados hasta un barranco. Las cocinas se encontraban ni la planta baja y el salón en la primera planta, donde se servía la comida y la familia pasaba el día. En la planta superior estaban los dormitorios del capitán y de su familia, y dos o tres cuartos de invitados. En ellos habían acomodado al Maestro y a sus dos acompañantes, proporcionándoles aposentos para descansar y un taller para guardar sus libros y materiales. Los pocos criados del Castillo dormían en las cocinas, y los hombres de armas, aproximadamente una docena, en habitaciones sobre el edificio de caballerizas en la parte posterior. A mí me prepararon un colchón en el desván.

*Il Valentino*, Cesare Borgia, gracias a sus astutas dotes de comandante militar, vio en la ubicación de la ciudad un sitio clave entre Bolonia y Ferrara. En marzo de 1500, Cesare fue proclamado Gonfalonero de la Iglesia y Capitán general del ejército papal, con instrucciones de conquistar aquellas zonas de la Romagna que se escaparan del dominio papal. No obstante, su sueño iba más allá de imponer la autoridad del Papa en las zonas que pertenecían al Vaticano; quería todo para sí. Italia estaba salpicada de ciudades prósperas e importantes: Ferrara, Imola, Urbino, Rávena y Bolonia. En los últimos dos años, todas las ciudades habían caído ante el poder de los Borgia, mediante asalto, asedio o artimañas. Ahora *Il Valentino* regía con firmeza la península y tenía a Italia agarrada por el cuello. Puesto que deseaba que sus ciudades resistieran cualquier ataque, todas ellas debían ser inspeccionadas y sus fortificaciones reforzadas. Por ese motivo estaba en Perela el ingeniero elegido, Leonardo da Vinci.

Años atrás, el Capitán Dario dell’Orte había resultado herido sirviendo en el

ejército papal. Su lesión en la espalda le impedía cabalgar durante largos trayectos por lo que había sido nombrado comandante de la fortaleza. Había llegado al tranquilo remanso de Perela a disgusto, viéndose a sí mismo como un viejo veterano expatriado y, como nos dijo, resignado a morirse de aburrimiento hasta el fin de sus días. Pero entonces ocurrió lo impredecible.

A pesar de que su juventud ya había quedado atrás, se había enamorado de una joven del lugar, Fortunata, y, para su asombro, ella también de él. Nos comentó que los años que había pasado aquí eran los más felices de su vida. Encontraban su gozo el uno en el otro y en sus cuatro hijos. El hijo mayor, Paolo, de unos doce años, era un muchacho fornido con la misma disposición alegre de su padre. Tras él venían dos hermanas de mi edad, ambas nacidas el mismo día, una más extrovertida que la otra, como suele ocurrir en el caso de los gemelos y, a continuación, un bebé, llamado Dario como su padre. Toda la familia acogía a los visitantes con entusiasmo y me trataron como un huésped en lugar de como a un criado. No me asignaron ninguna tarea. Los niños me tomaron como un nuevo compañero de juegos: Paolo, el mayor, me consideraba su camarada, alguien con quien podía practicar la lucha y los combates de justa. Estaba encantado con mi llegada. No había muchos chicos de mi edad en los alrededores y nos hicimos amigos de inmediato; ignoró mi actitud retraída y me convenció de que saliera afuera para entrenar con él como si fuéramos soldados. Prácticamente en cuanto lograba ponerme en pie, las niñas me tiraban de los brazos para que jugara con ellas. Paolo, el hermano mayor, las apartaba con firmeza pero con buenos modales. Era su líder y obedecían sus palabras.

Esa noche, cuando me pidieron que hablara, hizo que sus hermanas menores se sentaran en el suelo a escuchar la historia que demandaban con apremio.

Y así lo hice.

Pero mentí.

Tan sólo fue una media mentira, ya que no deseaba admitir mis orígenes, además de que mi miedo a Sandino me hacía intentar dejar el mayor número de pistas falsas posibles. Así que mentí, instintivamente y con facilidad, adornando mi cuento con una pequeña verdad para ensamblarlo todo. Sólo pretendía ofrecerles un breve resumen de mi vida. Pero esa noche, una vez reunidos alrededor del fuego, mi historia fue creciendo mientras la contaba, como si fuera una hola de nieve que rueda colina abajo.

Les dije que era huérfano. Les dije que había crecido en una granja muy lejana en las colinas pero que no recordaba su nombre. Cuando mis padres murieron, un malvado tío ocupó sus tierras y me hizo trabajar para él sin recibir nada a cambio.

—¿Tu granja estaba cerca de la montaña que tiene nieve en la cima durante el invierno? —preguntó con impaciencia la más parlanchina de las gemelas. Se llamaba Rossana y, al igual que su hermana, era muy guapa.

—Creo que sí —dije.

Rossana asintió.

—Puedo ver esa montaña desde mi ventana. Es muy alta. Mamá dice que es tan alta porque los ángeles viven allí para estar cerca del cielo. Pero tiene que hacer mucho frío allí, ¿verdad? ¿Hacía frío cuando vivías allí, Matteo? ¿Viste algún ángel? ¿Entonces el cielo es frío?

Elisabetta, su hermana gemela, tiritó.

—No me gusta pasar frío. Cuando vaya al cielo, me llevaré una manta.

—Silencio, Elisabetta —dijo su madre. Cogió al menor de sus hijos, Dario, que se estaba quedando dormido con el pulgar en la boca, y le sentó en su regazo. El niño se abrazó a ella y la madre le acarició la cabeza.

—Silencio, Rossana Deja que Matteo continúe con su historia.

No me importaba que las niñas me interrumpieran. Me daba tiempo para pensar en mi próxima mentira.

—Los inviernos eran muy fríos. Aproveché el hilo que Rosanna me había dado y lo entretejé en mi cuento. —Nunca me proporcionaban suficiente alimento. Mis ropas eran finas y me obligaban a vivir en las dependencias de la casa principal, sin madera para encender un fuego. Así que hace aproximadamente un año, esperé a que llegara la primavera y huí.

—¿Corriste muchas aventuras? —preguntó Paolo ilusionado.

—Sí —dije— pero las relataré en otra ocasión.

—Me encantaría salir de aquí y ver mundo —dijo Paolo.

Su padre se rio.

—¿Y dormir bajo un seto? ¿Tú, que no puedes levantarte de tu cama calentita por las mañanas?

Vi que sus ojos pedían una historia interesante y me olvidé de que debía ser cauteloso. Los habitantes de lugares tranquilos anhelan cualquier tipo de entretenimiento. Los vendedores ambulantes que viajan por el país saben que sus clientes se alimentan de cualquier tipo de noticias. No importa que el incidente sea banal, no importa lo insignificante del acontecimiento, la gente está sedienta de historias. Y aquéllos que regalan chismes con su mercancía obtienen un mayor margen de beneficio en sus ventas. A los cuentacuentos se les suele alojar y alimentar de forma gratuita en posadas y castillos. He visto a damas comprar fardos de Le os y madejas de hilo para bordar, más de los que podrían utilizar nunca con tal de hacer que el vendedor siguiera hablando.

Así que, aunque omití toda mención a viajeros o campamentos de viajeros, no pude resistirme a utilizar algunas de mis propias experiencias.

Mi viaje me llevó a muchos lugares —dije—. Estuve en Venecia, la ciudad cuyas calles están inundadas de agua, y vimos las góndolas navegar por la laguna.

Deambulé por los muelles de embarque y vi barcos derramando su cargamento de sedas y especias de Catay y Arabia, y otros repletos de frutas poco comunes y manjares extraños que procedían directamente del Nuevo Mundo. Paseé por las plazas públicas de ciudades famosas, y presencié ejecuciones y carnavales. En Ferrara, visité las casas de mujeres y hombres poderosos. ¡Qué mobiliario! Cómodas de roble dorado y madera de cedro, mesas cubiertas de telas de damasco con bordados de oro, frescos llenos de color y tapices en las paredes, estatuas de bronce y mármol, cojines de satén de muchos colores. ¡Y qué ropajes lucían! ¡Deslumbraban la vista al contemplarlos!

Las niñas dell'Orte me rogaban que describiera las ropas y las joyas y yo sabía por qué estaban tan interesadas. La fortaleza en la que vivía la familia dell'Orte en Perela no estaba amueblada con grandes lujos. Un único tapiz cubría una de las paredes del gran salón, pero el resto del interior sólo estaba enlucido. Las ropas de las niñas no estaban hechas de costosos materiales, ni seguían la última moda. Tanto las gemelas como su madre ansiaban escuchar cualquier detalle que pudiera proporcionar acerca de los peinados, zapatos y ropas de moda.

Les describí lo que había visto ese año en Ferrara, en una de las celebraciones con motivo del matrimonio de Lucrezia Borgia y Alfonso d'Esté. Se levantaron plataformas especiales en la calle para que la gente pudiera ver al clero y a los nobles y sus guardas al pasar. Sus atuendos y jubones eran de seda acolchada y se cubrían de capas de terciopelo adornadas con armiño. Llevaban guantes perfumados con pesados anillos en los dedos. De las manos de las damas caían cuentas de rosario con aroma a almizcle. Rubíes, esmeraldas y perlas decoraban sus cuellos y cabellos.

Lucrezia Borgia había proporcionado a uno de sus juglares un vestido hecho de paño de oro y adornado con una larga cola, siguiendo la moda española. Éste se lo puso y se paseó por las calles tras la procesión, imitando la manera de andar de los nobles. En una mano portaba un abanico; en la otra, un largo bastón, pintado de rojo y del que colgaban pequeñas campanas. En la *piazza*, el bufón sacudió el bastón delante de las narices del Cardenal Ippolito, haciendo que las campanas sonaran, y no se fue de allí hasta que el cardenal sacó una moneda de su portamonedas y se la lanzó. Entonces ejecutó sus bromas delante de la catedral, moviendo exageradamente las enaguas y acicalándose, para el beneplácito de la multitud. Y, Lucrezia Borgia, conocida por su mundano sentido del humor, rio y aplaudió sus travesuras.

Esa noche en Perela, todos estaban reunidos en torno a mí, escuchando con impaciencia lo que tenía que contar sobre la mujer más escandalosa de toda Europa.

—¿Es tan rubia como dicen? —me preguntó Donna Fortunata.

—Es muy rubia —respondí—. Su cabello es largo y, cuando lo mueve, brilla como el agua cuando el sol se refleja en ella. En una posada, escuché a un hombre, cuya esposa trabajaba como criada en el palacio, contar a todo el mundo que las

servientas de Lucrezia tardaban dos días en lavar y acicalar su cabello. Lucrezia utiliza un preparado con azafrán y mirra, ambos muy costosos, y es por eso por lo que su cabello brilla como el oro. Además, para mantener la blancura de su piel, mezclan las claras de seis huevos frescos, los bulbos de seis lirios blancos y los corazones de seis palomas blancas en una pasta con leche fresca. Se aplica este unguento cada mes.

—¿Parecía malvada? —preguntó Rossana.

—Parecía...

Hice una pausa para buscar en mi mente la verdad sobre este asunto, ya que no supondría ninguna diferencia con respecto a mi verdadera historia mostrar mi parecer sobre Lucrezia Borgia.

—Parecía joven y... y... —balbuceé dirigiéndome hacia Rossana, que me miraba fijamente con la boca entreabierta, los ojos brillantes, el pelo suelto sobre los hombros, y pronuncié las siguientes palabras sin artificio alguno— es casi tan hermosa como tú.

Se oyeron risas y miré hacia arriba, confuso.

—Si deseas cortejar a mi hija, Matteo, primero tendrás que hablar conmigo —dijo el Capitán dell'Orte con burlona seriedad.

Las mejillas de Rosanna se sonrojaron.

—Elisabetta también es muy hermosa —dije rápidamente, intentando ocultar cualquier atisbo de vergüenza, pero también porque era cierto.

Los adultos se rieron a carcajadas.

—Ahora Matteo intenta cortejar a ambas niñas con un mismo cumplido —dijo Graziano.

Más risas siguieron a este comentario.

—Es el tipo de ahorro que aprobaría Felipe —añadió el Maestro.

Mi cara se encendió. No sabía qué hacer. Cuando dije que Rosanna y Elisabetta eran hermosas lo hice simplemente porque creí que lo eran. Al ver que los comentarios y las risas se prolongaban en los invitados, me percaté demasiado tarde de que había cometido un error de protocolo. No sabía cómo continuar.

Las niñas se daban codazos entre risas.

Paolo, que tenía más autoridad sobre ellas que cualquiera de sus padres, las tranquilizó.

—Ya basta —les ordenó—. Dejad que Matteo prosiga su historia.

—Dicen que Lucrezia Borgia habla muchas lenguas —dijo Donna Fortunata, animándome a que retomara el relato—, y que tiene una mente ágil, lo que la hace más inteligente que muchos hombres.

—Pero que utiliza su ingenio para tramar y traer la ruina a la vida de los demás —murmuró Felipe.

De repente, la habitación enmudeció.

Estábamos entrando en territorio peligroso. Recordé el auténtico motivo por el que había ido a Ferrara y supe que tenía que encontrar una forma de llevar mi historia a un terreno más seguro.

El Capitán Dario dell'Orte también debía sentirse incómodo con el rumbo que había tomado la conversación.

Como capitán a las órdenes de Cesare Borgia, era consciente del daño de cualquier palabra vertida en contra de su superior. Se sabía que Cesare sentía un extraño afecto por su hermana y que si llegaba a oídos de *Il Valentino* cualquier comentario negativo sobre ella, las consecuencias serían nefastas. No hace mucho, en Roma, un hombre fue acusado de hablar mal de la familia Borgia; le cortaron la lengua y la clavaron en la puerta de su casa.

El Capitán dell'Orte se giró en su asiento y habló en voz baja a su esposa.

—Quizá debamos dejar que Matteo continúe con su propia historia.

—Por supuesto.

Donna Fortunata quedó en silencio, pero sonrió a su esposo para mostrar que no se sentía ofendida.

Yo comenté que, de todas formas, no tenía nada más que añadir con respecto a esa parte de mi vida. Las ciudades, aunque resultaban interesantes, rezumaban hacinamiento e insalubridad. Les conté que dejé Ferrara porque prefería el aire fresco del campo y porque podría vivir de mi trabajo. En el último lugar en el que estuve trabajando, extendía las redes y vareaba los olivos con un palo, como llevaba haciendo la gente desde la antigüedad.

—Por eso mi piel es tan morena —añadí, recordando que mis rescatadores se habían percatado de que mi piel era clara para un viajero pero más oscura que la suya. Con esta información esperaba dispersar cualquier posible duda persistente en sus mentes—. El olivarero —expliqué— no era un buen patrón, así que decidí partir de su lado. El día en que ocurrió mi percance, había ido al río a pescar, caí y la corriente me arrastró.

Paolo me preguntó por el moratón de mi frente; tenía curiosidad por saber si me lo hice cuando caí en el agua.

Le dije que no lo recordaba. Me percaté de que cada vez que dudaba o detenía mi historia, uno de los oyentes ofrecía una sugerencia o incluso acababa la frase por mí. De esta forma, podría asentir o negar sus comentarios según me conviniera. No comenté que fue el golpe de una porra lo que me hizo caer en el río.

—¿No sabes nadar? —preguntó Rossana—. Paolo sabe nadar.

—Sí —dijo {Elisabetta—. Paolo sabe nadar muy bien. Te enseñará y no volverás a estar en peligro nunca más.

—Sé nadar —dije—, pero la corriente era implacable y...

—... en un momento determinado, tu cabeza recibió un fuerte golpe —dijo

Graziano, proporcionándome una solución.

—Debiste golpearte con una roca cuando caíste en la cascada —declaró Paolo, satisfecho con sus habilidades de deducción.

Las niñas asintieron.

—Pobre muchacho.

Su madre, Donna Fortunata, se inclinó hacia mí y me acarició la cabeza.

—Y también estás muy delgado. Te alimentaremos.

Me sentí flaquear. No recordaba la caricia de una madre y ésta me hizo sentir una emoción que nunca había experimentado. La atención y el interés de esta pequeña familia me habían hecho vulnerable. Tragué saliva y volví al punto en el que había dejado el relato: el golpe en la cabeza.

—Sí —dije—, así fue como ocurrió.

Abrí la boca para continuar cuando el Maestro habló.

—Nombra el pez —dijo.

—¿Cómo?

—Dime el tipo de pez que estabas intentando atrapar en ese río.

Entorné los ojos. ¿Por qué quería conocer esa información? ¿Estaba intentando tenderme una trampa con su pregunta?

—Muchos tipos de peces —le respondí.

Pensé en los peces que había pescado en ríos y lagos cuando viajaba con mi abuela. Siempre nos deteníamos cerca de un arroyo, ya que el agua fresca de la corriente encerraba poderes especiales. Tiene propiedades curativas que se transmiten cuando uno se baña en ella, la bebe, y la mira y escucha. Mi abuela podía detectar la presencia de agua incluso en caso de sequía en pleno verano apoyando la oreja contra el suelo. Entonces señalaba hacia el lugar en el que oía un arroyo fluir en el vientre de la tierra y cavaba para encontrar un manantial.

Tenía suficientes conocimientos sobre los peces como para nombrar algunos de los que había comido en mis viajes.

—Percas, salmones, anguilas, truchas —dije—. Todos esos.

El Maestro parecía sorprendido.

—Eso es imposible.

—¿Por qué?

—Por la naturaleza del flujo descendente de la cascada en el que pescabas; la que te atrapó en su remolino. Es una barrera natural, por lo que impediría que determinadas especies se desplazaran río arriba.

Me encogí de hombros y respondí con la mayor tranquilidad posible.

—No sabía exactamente qué pescaba. Sólo esperaba encontrar algo para comer.

Cogió el pequeño cuaderno que colgaba de su cinturón y lo abrió.

—No estoy familiarizado con este lugar —le comentó al Capitan dell'Orte—.



¿Qué tipo de peces pescáis en los ríos de esta zona?

De inmediato, Paolo y las niñas entonaron los nombres de varios peces y el Maestro comenzó a realizar anotaciones rápidas en su cuaderno. Entonces lo cerró, ajustando su pequeña correa y hebilla, y lo dejó a un lado. Se reclinó y cerró los ojos, pero yo sabía que no estaba dormido.

Debía haber averiguado que la historia que narraba como propia no se sostenía del todo. Mi historia estaba llena de agujeros, como la capa de un mendigo. Quizás era consciente desde el primer momento de que yo no era lo que parecía.

## Capítulo 6

Consideraba mi estancia en Perela como un pequeño oasis en mi turbulenta vida.

Al principio no sabía muy bien cómo comportarme con la afectuosa familia compuesta por el Capitán dell'Orte, su esposa y sus cuatro hijos. Mi forma de pensar no casaba con sus maneras.

Mi experiencia del vasto mundo era mayor que la de Paolo, Rossana y Elisabetta, pero no me ayudaba en mi relación con ellos. Nuestro físico era distinto: yo era flaco y desgarrado, todos brazos y piernas, y ellos eran rollizos. Su madre me proporcionó ropas para reemplazar las que llevaba, pero las mangas de la vieja túnica de Paolo eran demasiado largas y rebasaban mis muñecas. Me hacía parecer extraño y, de hecho, lo era. Mis modales eran poco sofisticados y toscos en comparación con los suyos. La diferencia era especialmente notable en el caso de las niñas que, aunque rondaban mi edad, eran ligeramente más altas y mucho más elegantes en todas sus formas. Ellas hablaban con educación y respeto a los adultos. Por mi parte, iba en contra de mi naturaleza no hablar con franqueza. Mucha gente consideraba que hablar con franqueza era sinónimo de ser maleducado. En mi opinión, si uno era directo, ahorrraba tiempo y evitaba malentendidos.

En la mesa comían con pericia y con una lentitud deliberada. Yo, que había conocido el hambre, no entendía por qué debía esperar cuando tenía la comida delante. No tomé nota de que sus modales en la mesa respondían a un patrón establecido hasta que observé las miradas fijas en mí de los comensales mientras me echaba la carne a la boca tan rápido como podía.

Rossana me ayudó, colocando su suave mano sobre la mía, haciéndome preguntas sobre mi estancia en Venecia, y demorando de este modo mi próxima arremetida al plato para agarrar otro trozo de carne. No acordamos nada, pero sabía que me estaba guiando. Así que miraba y escuchaba, y aprendía la forma en que tenían de dirigirse al otro, y cómo se comportaban.

Paolo deseaba ser soldado como su padre más que nada en este mundo y me hacía practicar el arte de la espada y otras técnicas militares con él. En nuestros juegos de justa me batía con facilidad, utilizando su lanza de madera para asestarme un gran golpe en el pecho. Al principio, me lo tomaba a mal y me enfurruñaba, y me prometía no volver a luchar con él. Sin embargo, cada vez que caía, las niñas me suplicaban que volviera a la batalla y Paolo intentaba convencerme, por lo que al final me dejaba persuadir.

Era su juego favorito. Rossana y Elisabetta aparentaban ser damas de alta cuna que otorgaban sus favores al valiente caballero que luchara por ellas. Rossana, la más vivaz de las niñas, siempre reclamaba que fuera su campeón y ataba sus cintas alrededor de mi cuello. Pero pronto me molesté por la constante humillación de ser

derrotado por Paolo. Él no tenía ninguna intención de avergonzarme, beneficiándose de su mayor fuerza y peso. Pero no era superior a mí en todos los aspectos. Yo suplía mi falta de volumen con velocidad y astucia. Y, además, él tenía una carencia en un campo que yo dominaba. Paolo llevaba a la cintura un puñal, una pequeña daga encajada en su cinturón como adorno.

Desde pequeño, a mí me habían enseñado que los cuchillos eran para su uso y no para adornar el cinto.

Un día, cuando se erigía sobre mí blandiendo su espada y declarándose vencedor una vez más, reaccioné por instinto. Me incorporé rápidamente, saqué la daga de su cinto y le puse la punta en la garganta antes de que pudiera tomar aire. Mi acción cesó sus alardeos. También silenció los vítores de las espectadoras.

Los ojos de Paolo se abrieron de par en par. Y vi algo que me emocionó y asustó a partes iguales: miedo.

Paolo abrió la boca. Mantuve la mirada fija en sus ojos. No podía saber lo que pasaba por su cabeza.

Pronunció una palabra.

Mi nombre.

—¿Matteo?

—¡Matteo!

Otra voz me llamó. El Maestro nos observaba desde el muro de la fortaleza, donde estaba supervisando las tareas de reparación.

Retrocedí y ofrecí el mango de la daga a Paolo. Lo agarró. Le temblaban las manos. Lo volvió a colocar en su cinto. Se recuperó del susto y reconoció mi superioridad con una reverencia.

Las niñas aplaudieron. Rossana saltó de su asiento en el muro y corrió hacia nosotros. En sus manos portaba la corona de bayas y hojas de árboles perennes que ella y su hermana tejían cada día para el vencedor.

—De rodillas, Caballero. Le coronó como vencedor del torneo.

Me arrodillé ante ella y colocó la corona sobre mi cabeza. Miré hacia arriba y vi que sus ojos rebosaban lágrimas. Y, en ese momento, sentí cómo nos invadía el amor.

Paolo demostró su bondad y caballerosidad al no guardarme rencor por amenazarle con su propia daga. Su lanza y su espada eran de madera y, aunque las embestidas que me proporcionaba me dejaban sin aliento y hacían que la cabeza me diera vueltas, no tenían mayores consecuencias. Sin embargo, yo había tenido su vida en mis manos. Y él había visto en mi rostro el intento, aunque fuera por tan sólo un segundo, de clavar la hoja. Pero Paolo, como el auténtico caballero que era, se disculpó por sus injustos juegos de justa. Dijo que estaba tan absorto en tener un compañero que no había pensado en que estaba hiriendo mis sentimientos continuamente. A partir de ese momento, antes de comenzar nuestros combates, se

aseguraba de estar en desventaja en algún modo para que nuestra pelea fuera más justa. De esta forma, yo ganaba con tanta frecuencia como él.

Así transcurrían los días en Perela, mientras pasaba el tiempo haciendo algo que nunca había hecho en la vida: jugar.

Probablemente tuve juguetes a una edad temprana, pero sólo me recordaba vagamente como un niño que se tambaleaba en la superficie de un suelo embaldosado, con música sonando de fondo. Al viajar de un lugar a otro, no tenía muchas posibilidades de jugar. Mi función consistía en llevar la cesta que contenía nuestras Medicinas y remedios para su venta. Solía observar a otros niños divertirse con pelotas y palos, mientras permanecía con mi abuela compartiendo el día con las mujeres de las granjas que encontrábamos. Pero no teníamos dinero ni tiempo para tales trivialidades. Debíamos dedicarnos a la venta durante tres estaciones del año, y ahorrar y almacenar para poder sobrevivir la cuarta: el invierno.

Cuando no estaba ayudando a mi abuela a recoger o preparar hierbas, recogía madera para la hoguera o cuidaba al caballo. Vivíamos mejor que muchos de nuestros semejantes. Disponíamos de un carromato en el que podíamos refugiarnos si las noches eran desapacibles y que mi abuela podía conducir si estaba cansada. Aún así, por lo general, recorríamos los caminos, los senderos de los bosques y las sendas musgosas a pie, hasta que mi abuela se quedaba sin aliento.

Pero, en Perela y junto a Paolo, Rossana, Elisabetta y el pequeño Dario, aprendí los juegos propios de mi edad. Tenían clases por las mañanas, pero yo dije que no las necesitaba. Un día, me quedé observando en la puerta de la escuela y comprobé que las niñas leían con facilidad y escribían sin vacilación. Paolo estaba progresando en el aprendizaje del latín y del griego bajo la tutela del sacerdote local. Sabía que mi falta de conocimientos se haría evidente inmediatamente si me sentaba entre ellos. Seguramente se reirían de mí cuando supieran que no conocía las palabras que ellos podían corear con tanta fluidez.

Al Capitán dell'Orte y a su esposa les gustaba ver cómo aprendían sus hijos. Las niñas recibían una buena formación, aunque se prometerían en matrimonio muy pronto. La verdad es que deberían haberlo hecho mucho tiempo atrás, pero Donna Fortunata había convencido a su padre de que esperara un poco. Solía bromear con él, diciéndole que si posponía el compromiso, quizá las niñas encontrarían una pareja como la que ella tenía. Él sólo fingía protestar. Era evidente que adoraba a sus hijas y que se le rompería el corazón cuando llegara el momento de que ellas partieran a un hogar extraño, lejos de su atenta mirada. Así que, cada día, los hijos mayores continuaban con sus lecciones previas al mediodía, y yo, que no dominaba los libros, aparentaba que mis conocimientos eran más avanzados que los que allí se enseñaban. Les conté que había aprendido todo lo que tenía que saber de mis padres, cuando vivían, y pasaba el rato entreteniéndome en las cocinas o las cuadras, o, con mayor

frecuencia, observando al Maestro en su trabajo.

Él estaba supervisando la tarea de reconstrucción de uno de los muros por parte de los hombres de armas. A mí me gustaba observar sus planos y ver cómo se materializaban en piedras y cemento reales. Me mantuve dentro de la fortaleza, con el fin de no ser visto fuera de ella por los trabajadores de la granja en caso de convertirme en objeto de posibles chismes. Pero, por lo que todos sabían, había llegado con el Maestro y formaba parte de su grupo.

Así fue como un día, de forma accidental, le oí por casualidad hablar con el capitán de un proyecto secreto que Cesare Borgia deseaba llevar a cabo en tantos castillos como fuera posible. Había estado en las cuadras con los caballos, porque, además de perder a mi abuela, también echaba de menos la compañía del caballo que nos había servido tirando de nuestro carromato durante muchos años. El día era caluroso y me dirigí a las vigas superiores para echar una siesta entre los fardos de heno amontonados. Me desperté, y encontré al Capitán dell'Orte de pie justo debajo de mí, con uno de los dibujos de mi maestro enrollado en su mano.

Estaban discutiendo la construcción de una habitación oculta, un lugar secreto, para que en caso de que el castillo fuera asaltado, una o dos personas pudieran ocultarse y salvarse. Habían ido a las cuadras, lejos de las miradas ajenas, en busca de intimidad. Era obvio que no debía formar parte de esta conversación, pero no tenía otra opción. Permanecí en silencio mientras decidían la mejor ubicación.

El Maestro le indicó al capitán que en su construcción sólo debían participar ellos dos y que nadie más debía saber de su existencia. Así lo había ordenado el propio Cesare Borgia.

—Lo comprendo —respondió el Capitán dell'Orte.

—Ni siquiera su esposa.

—De ninguna manera.

—Pero he visto a su esposa —le provocó el Maestro—. Es difícil que un hombre le guarde un secreto a una mujer así. Es muy hermosa.

—Por eso mismo —dijo el Capitán dell'Orte entre risas—. Cuando estoy con Fortunata no perdemos el tiempo hablando de construcciones, ladrillos y mortero.

Una noche, Fortunata pidió a sus hijos que demostraran sus destrezas de lectura a su padre. La mesa se había despejado tras la cena, y los libros y pergaminos aguardaban abiertos a los niños. Mientras Rossana esperaba su turno, me preguntó:

—¿Sabes leer, Matteo?

—Por supuesto —dije enseguida e, inmediatamente, antes de que me invitaran a leer, añadí—. Pero prefiero no hacerlo.

—Venga. Seguro que te resultaría muy entretenido —dijo Rossana—. No todo es aburrido aprendizaje. Hay un montón de historias interesantes que leer.

—Ya conozco muchas historias —presumí—. Para eso no necesito libros. En

cualquier caso, la lectura y la escritura son oficios para artesanos. Cuando mis padres estaban vivos, mi padre encargó a un escribano la redacción de nuestras cartas para que no tuviéramos que molestarnos en coger una pluma.

—¿Tu padre? —el Maestro me miró y dijo—: Cuando narraste la historia de tu vida, Matteo, no nos proporcionaste mucha información sobre tu padre. ¿Cómo se llamaba?

—Pietro —dije inmediatamente.

—Un buen nombre —dijo el Maestro lentamente.

Mantenia la mirada baja mientras hablaba. Mantenia sus ojos fijos en el manuscrito que tenia delante. Seguí su mirada. Delante de nosotros, se desplegaba un rollo de pergamino.

El escribano habia escrito su nombre al pie de la página. Un simple nombre que yo habia reconocido: *Pietro*.

El Maestro cogió el pergamino y lo enrolló, comprimiéndolo.

—Un muy buen nombre —volvió a decir—. Desde luego, una persona con un nombre tal debería leer y escribir con excelencia.

Rodeó con la cuerda el pergamino y lo ató. A continuación, se puso en pie y lo colocó entre otros pergaminos en un estante alto.

En cuanto pude, me excusé y abandoné el salón.

Me dirigí a la habitación que me habían asignado en la parte superior de la casa. Era un pequeño desván con un tosco colchón que reposaba en una plataforma de madera. Me abrigué con las ropas de las que disponía y revisé el morral que mantenía oculto en el cinturón que me rodeaba la cintura.

De repente, me percaté de que no estaba solo. Me giré.

El Maestro me miraba desde el marco de la puerta. ¿Me habria visto revisando el morral escondido en mi cinturón?

—¿Qué estás haciendo? —me preguntó.

—Me iré inmediatamente —dije.

—¿Por qué?

—Para evitar una paliza.

—Nadie te va a pegar.

Le miré. Un niño al que pillaban mintiendo siempre merecía un castigo.

—Dime por qué mentiste.

Me encogí de hombros.

—No lo sé.

—Piensa en ello y dime por qué —se acercó a la ventana y miró al exterior—. Esperaré hasta que lo hagas.

Le miré. No actuaba como si fuera a golpearme.

—Estoy avergonzado —dije al final.

—¿De no saber leer muy bien? —dijo el maestro, sonriendo—. Tuviste la destreza suficiente para descodificar el nombre del escribano en ese manuscrito.

No respondí.

—La mentira corroe el alma —dijo—. Si se convierte en un hábito, quiebra las fronteras del espíritu. Decir la verdad, aunque a veces resulta más difícil, refuerza el corazón. La mentira alimenta la maldad de una persona.

«No tanto», pensé para mí. Él nunca había pasado hambre, nunca tuvo que robar para comer. La mentira me había salvado el pellejo en muchas ocasiones. Pero no expresé este pensamiento en voz alta.

—¿Cuál es tu verdad, Matteo?

Nunca le contaría toda la verdad, pero sí había una cosa al menos que debía conocer.

—No es tanto la vergüenza de no saber leer con fluidez —dije—, sino la vergüenza de no conocer a mi padre.

Bajé la cabeza.

—Soy un hijo bastardo —susurré.

—¡Ah, es eso! —dijo con una media sonrisa—. Los bastardos llenan la mitad de las cortes de Europa y la mayor parte de la poderosa Roma. Nuestro patrón, mi mecenas actual, Cesare Borgia, es un bastardo.

—No es buen ejemplo para los bastardos.

Él rio.

—Ese tipo de bromas no se deben compartir con nadie. Es peligroso difamar a un Borgia.

—Es de origen noble. La cosa es distinta para aquellos de origen noble.

—Puede resultar incluso más difícil para ellos. Tienen tanto que demostrar, tanto por lo que luchar. Y tanto que perder.

Yo negué con la cabeza.

—Es vergonzoso ser un bastardo que no conoce el nombre de su padre.

—Tu madre te quería mucho, Matteo.

—Mi abuela nunca hablaba de ella así que no sé lo que hizo con seguridad. Puede que la vergüenza de mi nacimiento le hiciera odiarme.

El Maestro se tomó un tiempo antes de responder. En el silencio, oí las chispas de la mecha de la lámpara, el ruido de una contraventana que se cerraba en algún lugar del edificio. Él tenía la mirada fija en sus dedos. Entonces habló detenidamente.

—Es inherente a una madre amar a su hijo, independientemente de que sea legítimo o no.

—No siempre —dije, mostrando mi terquedad.

—¡No hay nada que hacer contigo! —gritó—. No se te puede convencer.

Me estremecí. Le había hecho enfadar.

—Lo siento —comencé a decir—. No quería molestarle.

Él negó con la cabeza.

—No me molestas. Me entristeces.

Descansó sobre sus codos y miró a través de la estrecha ventana. Estas ventanas no disponían de cristales como las habitaciones de la parte inferior de la fortaleza, sino que estaban abiertas a los elementos, con una contraventana de madera que se cerraba cuando hacía mal tiempo.

Un pájaro, que volaba bajo, había aterrizado en el alféizar. El Maestro retrocedió para no molestarle. Dirigió la mano al cuaderno de su cinturón, me llamó la atención, me miró y me dijo: «Soy bastardo».

Me miraba fijamente.

—Soy bastardo —repitió.

—¿Y su nombre? —pregunté.

—Ah, sí —dijo—. Leonardo da Vinci. Pero Vinci no es el nombre de mi padre. Vinci es un lugar.

—Yo ni siquiera tengo eso —dije—. Sólo soy Matteo.

Él se giró, apartando su mirada de la ventana.

—Siéntate en el colchón. Voy a contarte una historia —dijo el Maestro sonriendo—. Sólo Matteo.

Se inclinó hacia el hueco de la ventana y comenzó su relato.

—Había una vez un buen hombre que llevaba su negocio de forma muy honesta. Un día, otro hombre le reprochó, llamando la atención a este hombre honesto, el hecho de que no fuera el hijo legítimo de su padre. «Si uno nace fuera del matrimonio, se considera ilegítimo», dijo este hombre.

El hombre honesto respondió que ilegítimo significaba ilegal y que no existía ningún hijo que no fuera legal. «¿Cómo puede ser un niño, por sí mismo, ilegal?», preguntó. «Un hijo es un hijo. Nacido de la unión de un hombre y una mujer. Un hijo no es consciente, se preocupa ni tiene ningún control sobre las circunstancias de su concepción».

El hombre honesto declaró por tanto que, según la ley natural, era hijo legítimo de la especie humana. El otro hombre era el bastardo, porque se comportaba de forma más parecida a un animal que a un hombre.

No dije nada.

—Matteo, escúchame. Ser legítimo es un... detalle técnico. No significa que sea algo malo. Los hombres utilizan el término *bastardo* como una maldición. Pero, al utilizar este término, demuestran que ellos mismos no llegan a la categoría de ser humano. Mi abuelo me llevó a su casa y mi querido tío cuidó de mí, y me he beneficiado más de su educación de lo que podría haberlo hecho con cualquier otro.

Él volvió a girarse hacia la ventana. El pájaro había salido volando pero él seguía



mirando el punto en el que había estado descansando. Cayó en una de sus ensoñaciones. Después, se despertó e inspeccionó la habitación.

—Esto no es apropiado —dijo—. Las noches se están haciendo muy frías para que te quedes aquí. Puedes dormir en el suelo de mi taller, si lo deseas. Aunque partiremos en unos días. Tengo que inspeccionar el castillo de Averno. Es muy amplio y deberé prestarle mucha atención, por lo que estaremos allí al menos un mes. ¿Has pensado en lo que deseas hacer durante el invierno?

Yo negué con la cabeza.

—Entonces vendrás con nosotros por ahora. Habrá tareas que puedas realizar para ganarte el pan.

Lamentaba tener que abandonar la fortaleza de Perela.

Hasta que no experimentas el amor y la amistad, no te das cuenta de lo vacía que ha sido tu vida. Pero sabía que era la forma más segura de salir de esa zona. Perela estaba muy cerca del campamento de Sandino y estaba solo. Puede que alguno de sus espías conociera mi historia y, si oía algo acerca de un chico que había salido de la nada, comenzaría a investigar.

Mi corazón se inundó de tristeza cuando miré atrás y les vi diciendo adiós desde el muro de la fortaleza: Paolo, Rossana, Elisabetta, con el bebé Dario izado a hombros de Paolo.

Sus figuras se desvanecían conforme nos alejábamos. No había sentido nunca un pesar tan grande al abandonar un lugar. Habían armado tal alboroto ante nuestra partida que podía sentir que me tenían afecto, al poner en nuestras manos una gran cantidad de pequeños regalos y hacernos prometer que volveríamos cuando pasara el invierno.

El Maestro había dicho que podía continuar el viaje con él. En ese momento, no podía prever la enfermedad de Graziano ni la ausencia de Felipe. Pero, poco después de llegar a Averno, sus dos compañeros se sintieron indispuestos para ayudarlo con su trabajo.

Trabajaba como criado a cambio de comida y alojamiento, y así fue como acabé siendo su asistente cuando necesitaba ayuda.

## SEGUNDA PARTE

### LOS BORGIA

---

*La Romagna, Italia, invierno de 1502*

## Capítulo 7

Mi corazón.

Parecía no caber en el espacio entre mis costillas. Resonaba con tanta fuerza que creí que mi maestro, que caminaba detrás de mí, siguiendo la luz del farol que llevaba para iluminar el camino, debía oírlo.

—Detente, muchacho.

Hablaba en voz baja. Cogió el farol y lo elevó al nombre de la calle pintado en la pared.

—Calle de las almas —murmuró—. Sí, éste es el lugar.

Se introdujo en el callejón portando el farol con él.

Me tuve que apresurar para alcanzarle. Miré a mi alrededor con miedo. Conforme recorríamos la estrecha calle, la oscuridad se disipaba al elevar la luz del farol. Pero las sombras se sucedían al avanzar, arrastrándose bajo nuestros talones, atrayendo a los espectros que merodean en la noche para abalanzarse sobre los imprudentes.

Hice el gesto que utilizaban los gitanos para mantener alejado el mal y, cuando descubrí la mirada divertida del Maestro posada en mí, esboqué torpemente el signo de la cruz en mi frente, pecho y hombros. Se rio de mí en voz alta, pero sin mala intención.

—Guarda tus símbolos mágicos para evitar los peligros de este mundo, Matteo. El daño que un hombre puede hacer a otro en la batalla es peor que el que puedan infligir los espíritus.

Llegamos a una puerta abierta en un muro. No tenía marca alguna, pero no era desconocida. La puerta del depósito de cadáveres del hospital de la ciudad de Averno.

—Sujeta la cartera, Matteo.

Me pasó la gran bolsa que contenía sus herramientas de trabajo, papeles, pergaminos y tizas.

Tan sólo llevaba un corto período de tiempo con este grupo, pero sabía que ese acto era un honor. Me coloqué la correa alrededor del hombro y sujeté con cuidado la pesada cartera de cuero con ambas manos.

El Maestro colocó el farol de manera que éste brillara en su propio rostro. Entonces llamó a la puerta. Esperamos. A esas horas de la noche, el portero estaría dormido o borracho en su puesto. Nadie venía a recoger a sus muertos tras la puesta de sol.

El Maestro levantó el puño y aporreó la puerta. Los minutos pasaron. Alguien desplazó la rejilla. Una cara de pocos amigos nos miraba desde dentro.

—Dispongo de un permiso del juez para examinar los cuerpos de los muertos.

El Maestro sacó la orden del pliegue interno de su manga. La sostuvo en alto.

—¿Con quién hablo?

A través de la rejilla, el portero habló con el aire superior de los hombres de poca autoridad.

—Leonardo, ingeniero y... pintor. Del lugar conocido como Vinci.

—¿Vinci? Es la primera vez que lo oigo.

—También traigo otro pase —dijo el Maestro susurrando— que me otorga entrada libre donde desee. Porta el sello personal de los Borgia.

El hombre retrocedió.

—*Il Valentino* —continuó el Maestro, sin alterar la expresión de su rostro—, Cesare Borgia, seguro que ha oído hablar de él.

Acarició la última palabra de la frase, en lugar de enfatizarla.

El responsable del depósito abrió la puerta antes de que el Maestro pudiera tomar aire de nuevo. Hizo una reverencia tan profunda que su ceja casi toca los adoquines.

Al pasar, el Maestro me guiñó un ojo.

Mi corazón se elevó. En aquellas primeras semanas como criado del Maestro, no siempre estuve seguro de conocer su humor. No estaba familiarizado con sus profundos períodos de reflexión, en los que apenas comía o dormía. Aún no me había acostumbrado a su concentración y sus preocupaciones.

## Capítulo 8

Habíamos pasado a un pequeño patio.

Nunca había estado en un lugar como ése. En el ambiente había un olor rancio que el jabón, las hierbas aromáticas y el incienso no podían sofocar.

Era el hedor de la muerte.

Las costumbres de entierro de los viajeros errantes eran distintas a las de los habitantes de las moradas. Si un jefe de los gitanos o un hombre o mujer respetable muere, su carromato o tienda se quema.

De este modo, las posesiones de mi abuela se enviaron con su espíritu al otro mundo. Mi abuela, que había cuidado de mí cuando faltaron mis padres, se preparó para el eterno descanso con las vestimentas tradicionales de su gente, bañada en hierbas y flores. Las herramientas que utilizaba en su trabajo (su tarro de infusiones, sus cucharas y sus balanzas, y su recetario) se enterraron en una caja de madera junto al lugar en el que murió. Posteriormente, después de su entierro, su carromato y el resto de enseres que poseía se consumieron en las llamas.

Una vez que mi abuela pasó a mejor vida, rechacé ofertas de cobijo del resto del campamento, ya que prefería vagar libre durante el día y refugiarme de noche con los perros bajo las ruedas de cualquier carromato para mantenerme caliente. Recuerdo estar hambriento constantemente a pesar de la amabilidad y el alimento proporcionado por el resto de familias. Mi estómago, siempre vacío, pronto obligó a mis manos a coger todo lo que encontraban para llenarlo. Una puerta de la cocina que se dejaba abierta, un puesto del mercado que quedaba desatendido, y yo me escurría más rápido que un martín pescador en un lago. Nada comestible estaba seguro al alcance de mis manos. Y, para aquellos casos en los que la comida no estaba a la vista, pronto desarrollé una destreza especial para abrir los cerrojos de las despensas. El hambre era un estímulo para el aprendizaje de las artes del robo.

Precisamente fue mi talento para robar lo que llamó la atención de Sandino, que entró en mi vida e hizo que me uniera a su panda de bandidos. Por ello me veía ahora involucrado fatalmente en sus sendas de intriga y asesinato.

El Maestro y yo esperábamos pasada la puerta de este lugar de muerte mientras el portero del hospital nos observaba con una mezcla de miedo y curiosidad en su mirada.

Mi maestro dejó el farol en el suelo y miró fijamente a las estrellas, murmurando sus nombres en voz baja:

—Cástor y Pólux, y la gran Venus detrás. ¿Las otras podrían ser...? Probablemente ha pasado la época del año en que ocupan esa posición para el solsticio de invierno con la luna en esa fase. Sacó un pequeño cuaderno que llevaba siempre en su cinturón y realizó algunas anotaciones en él.

Su observación de la luna y sus murmullos hacían que el portero se sintiera incómodo. Este sonido, que recordaba a un conjuro, y la gran capa del Maestro, extendida sobre los hombros contra el frío de la noche, le daban aspecto de hechicero. El portero se percató que no estábamos allí para recoger a un familiar o a un ser querido, y que no llevábamos las vestimentas ni el equipamiento propios de la profesión médica. Pero el terror que provocaba el nombre de los Borgia le impedía realizar ninguna pregunta.

El portero tocó la campana nocturna interior. El hospital de Averno estaba dirigido por los hermanos de la Orden de la Santa Compasión de Jesús y, tras esperar unos minutos, un monje se aproximó por el claustro exterior.

Se movía silenciosamente, calzado con sandalias. El gris de sus ropas se confundía con las sombras de la noche. La capucha del hábito le cubría la cabeza. Las antorchas encendidas estaban dispuestas a intervalos a lo largo del muro, proyectando oscuras sombras en su rostro.

Este hombre se presentó como el Padre Benedicto, el monje encargado del depósito de cadáveres. El Padre Benedicto nos miró con interés. A continuación, cogió el pase de los Borgia y la orden del juez y los leyó con detenimiento.

—Este documento, firmado por Cesare Borgia... *Il Valentino*, el Honorable —¿dudó quizás al pronunciar esa palabra?—, Duque de Valentinois y Príncipe de Romagna, le proporciona acceso a los castillos y construcciones fortificadas de la Romagna y de otras zonas bajo su dominio.

—Que así sea.

El Maestro inclinó la cabeza.

El monje desplegó el pergamino. Leyó con resolución:

—Esta Orden será de obligado cumplimiento para todos nuestros oficiales, gobernadores de castillos, capitanes, condottieri, soldados y súbditos, y para todos aquellos que lean este documento.

»*POR LA PRESENTE NOTIFICAMOS QUE:*

»*Se ha encargado a nuestro querido Arquitecto e Ingeniero general, Leonardo da Vinci, que porta este pase, la inspección de los palacios y fortalezas de nuestros estados, para que podamos mantenerlos conforme a sus necesidades y su consejo.*

»*Es nuestra voluntad, y por ello ordenamos, que se permita acceso libre al anteriormente mencionado Leonardo da Vinci, sin someterle al pago de ningún impuesto o peaje, u otro impedimento, ni a él ni a sus acompañantes.*

»*Se acogerá a todos con amabilidad y se permitirá a Leonardo da Vinci medir y examinar los elementos que así disponga.*

»*A este efecto, deseamos que se le suministren todos los materiales, hombres*

*y provisiones que pueda requerir, y que se le proporcione la ayuda, la asistencia y el favor que demande.*

El monje elevó la mirada.

—Esto no es una construcción fortificada.

—Sin embargo, ahora está bajo su dominio —señaló mi maestro.

—Somos muy conscientes de ello. El monje hablaba en voz baja.

Se hizo el silencio.

La brutalidad del régimen del Príncipe Cesare Borgia y su aplicación por parte del gobernador de Romagna, el General Remiro de Lorqua, se estaba haciendo popular en todos los rincones de Italia. Remiro de Lorqua, cumpliendo las instrucciones del príncipe de imponer la orden civil de forma local, mientras el ejército de los Borgia conquistaba y dominaba el resto de la región, había provocado un terror generalizado en toda la zona. Sus métodos de tortura y ejecución pública intensificaron el miedo y el odio al nombre de los Borgia.

El que osara oponerse de forma tan directa a un general debía ser un hombre valiente. Un monje valiente, más valiente de lo que imaginaba. La última frase del documento Borgia, que no había leído en voz alta, rezaba:

—Que ningún hombre se oponga a este decreto a menos que desee provocar nuestra ira.

—Estaría encantado de realizar una donación a sus fondos —sugirió mi maestro.

Pero este monje era hermano de la Orden de la Santa Compasión, cuya reputación también era conocida en muchos lugares. Establecida durante las Cruzadas por un devoto caballero llamado Hugh, seguían las normas dictadas por su fundador de cuidar de cualquier individuo que necesitara asistencia médica. Este buen caballero, médico, soldado, y santo en última instancia, no permitía ninguna distinción entre hombre y mujer, civil y soldado, infiel y cristiano. Desafiando las flechas de ambos bandos, y sin recibir pago alguno por parte de ningún ejército, atendían a los heridos allí donde caían en el campo de batalla. En el hospital, los monjes cuidaban al más pobre de los pobres, a las víctimas de las plagas y la peste, a los mendigos y a las ramera. A diferencia de otros, no dejaban a nadie de lado, ni siquiera a aquellos cuya casa era la calle. Su vocación era verdadera, a diferencia del clero secular que se unía a la Iglesia para su beneficio personal. No había soborno que pudiera corromper a este monje, ni amenaza que temiera. Estaba acostumbrado a caminar a diario con la muerte.

Ignoró la oferta de mi maestro y dijo:

—Si se dedica al estudio de la ingeniería, ¿qué interés le trae aquí?

—¿Acaso no es el cuerpo humano la pieza más perfecta de ingeniería construida?  
—le preguntó mi maestro.

El hombre sostuvo la mirada del Maestro durante un largo momento y, al final,

respondió:

—Entonces, ¿cuál es su objetivo? ¿El estudio del cuerpo humano?

—Sí. A decir verdad, sí. Soy ingeniero, y pintor.

—He oído comentarios sobre usted, Messer da Vinci —le interrumpió el monje—. Y sobre sus famosos trabajos. He visto su fresco de la Última Cena en el monasterio dominico de Milán, y su tabla de la Virgen con el Niño y Santa Ana en la Iglesia de la Anunciación en Florencia. Las imágenes que ha creado son obras maestras... con la gracia de Dios.

—¡Ah! —exclamó el Maestro mirando al monje y, a continuación, preguntó pensativamente—. ¿Le interesa la forma en que el hombre puede ilustrar las Escrituras, a través de las artes visuales?

—Messer da Vinci —respondió el monje—, se dice que sus obras contienen muchos códigos y símbolos, y que debemos indagar en ellas para averiguar su verdadero significado.

Mi maestro no pronunció palabra, así que el Padre Benedicto prosiguió:

—Las explicaciones de estas obras, ofrecidas por los hermanos de los monasterios, son propuestas como meditaciones teológicas. En la Última Cena, los apóstoles se representan en poses de asombro e incredulidad tras la acusación de que uno de ellos traicionará a Nuestro Señor. Sin embargo, se podría decir que la fuerza que emana de Cristo también es espiritual.

El Maestro no comentó esta interpretación de su trabajo, pero inclinó la cabeza como muestra de que escuchaba con atención.

—Y, en la tabla de Florencia, la representación de Santa Ana, con la Virgen y el Niño, describe el concepto de la Trinidad. Me llamó la atención el hecho de que el conjunto se presentara en forma de pirámide y que, en su base, se mostraran sólo tres de los pies de las figuras adultas, indicando estos factores la Trinidad. Además, podemos ver que la Virgen, temerosa de la seguridad de su hijo, intenta protegerle en su regazo del peligro al que se va a enfrentar. Asimismo, la expresión de Santa Ana indica que es consciente de que el Niño debe cumplir con Su destino para alcanzar la Salvación de la Humanidad.

Posteriormente, se puede observar el desafío de la representación de la interacción entre Cristo y sus apóstoles en el fresco, y entre las tres figuras en la tabla.

Considero asombrosa la fuerza dinámica del movimiento en su dibujo.

—He llevado a cabo estudios de distintos aspectos —mi maestro parecía deliberar y dudar antes de responder—. Muchos, muchos bocetos de distintas poses. Las manos de Cristo en la Última Cena, cuando intenta alcanzar el plato en el mismo momento que Judas. El brazo de la Virgen... Intentando reproducir la forma de los miembros, considerando con el mayor cuidado todas las opciones...



Dejó que su voz se atenuara con un matiz interrogativo.

—Si. Comprendo que su trabajo requiere mucha reflexión.

El Maestro parecía identificarse con estas palabras. Asintió lentamente y esperó.

—Diría —prosiguió el monje— que gran parte del impacto procede de la agrupación de las figuras y dentro de esa disposición, de su representación en las distintas acciones.

—Por tanto, entiende que la representación y composición de estas sagradas figuras dependen de mi estudio de la anatomía. Sería imposible lograrlo sin él.

El Maestro había llevado al monje al terreno deseado. El monje lo reconoció con una leve inclinación de la cabeza.

Mi maestro adelantó su causa:

—Asimismo, mi interés por la anatomía implica más usos que la representación realista de las figuras, humanas y divinas. Para la medicina, resulta de gran valor el examen de los cuerpos de aquéllos que han muerto. Es el método para descubrir qué provocó su muerte.

—Dios provoca la muerte —dijo el monje con firmeza.

—Por supuesto, Padre Benedicto. Pero la muerte se puede posponer. Seguramente su trabajo en este hospital se lo ha demostrado.

—Cuando el Divino Creador le llama a su Gloria, su tiempo en este mundo se acaba. Ningún mortal puede cambiar eso.

—No obstante —persistió mi maestro—, ayudar a prolongar la vida sólo puede ser un acto positivo.

—Nadie puede engañar a la muerte. Dios ha designado el lugar y la hora. La Biblia dice: «No se conoce el día, ni la hora, en las que Dios llamará a nuestras almas».

—No deseo desbaratar los planes del gran Creador —replicó el Maestro—. La investigación engendra conocimiento y el conocimiento es beneficioso para todos.

—Se podría decir que no estamos destinados a saber mucho. El hombre comió del Árbol del Conocimiento del Bien y del Mal, y fue expulsado del Jardín del Edén. El conocimiento puede ser peligroso.

«El conocimiento puede ser peligroso».

Fue la primera vez que escuché esa frase. Volvería a pensar en ella posteriormente cuando esta verdad se hiciera evidente ante mí de forma más brutal.

Mi maestro hizo un gesto con sus manos, pero no respondió.

El monje plegó lentamente los documentos oficiales y se los devolvió al Maestro. Sacó una de las antorchas de su soporte en la pared y les indicó que le siguieran.

## Capítulo 9

Entramos en el depósito.

Atravesando el claustro. Bajando muchos escalones.

La sala a la que llegamos era subterránea, con techo de arcada baja y suelo ornamentado. Hacía un frío terrible. En mitad de la pared había un mostrador que rodeaba la habitación. Bajo él se guardaban las escobas, cubos, fregonas y materiales de limpieza. Sobre él, apilados ordenadamente, había tarros de ungüentos, cajas de especias y paños doblados de preparación para el entierro. En un lado, se amontonaban toscos caballetes y tablones. Se habían levantado dos mesas en mitad de la sala. Las sábanas cubrían aquello que yacía sobre ellas.

—Los muertos recientes ya han sido recogidos por sus parientes antes de la puesta de sol. Salvo un hombre y una mujer. Creemos que estos dos cuerpos no serán reclamados.

Las sábanas de lino que se utilizaban como sudarios habían sido lavadas y planchadas recientemente. El Padre Benedicto cuidaba bien de sus responsabilidades y trataba a cada cuerpo con respeto. Era evidente que los monjes del hospital de la Santa Compasión no medían su misericordia como hacían otros religiosos.

—El cuerpo es de una mujer que murió tras dar a luz ayer.

—¿Podríamos verlo?

El monje nos condujo a la primera mesa. Descubrió la cabeza.

—Esta joven era prostituta. Trabajaba en las calles junto al río, aprovechando el tráfico de barqueros, arrieros y comerciantes de esta índole —hizo una pausa en su explicación—. Es muy probable que esté infectada.

El Maestro observó a la joven. Habían peinado su cabello y ahora caía suelto a ambos lados de su cabeza. Pero aún estaba húmedo, como si siguiera enmarañado con los sudores del parto. El hambre marcaba su delgado rostro.

—¿Y su hijo? ¿Nació muerto?

El monje señaló el pequeño fardo entremetido en el costado de la muchacha.

Mi maestro me miró, dudó, negó con la cabeza.

El monje volvió a cubrir con cuidado a la chica. Se dirigió a otra mesa.

—Quizá sea un vagabundo. Se le encontró medio muerto en las montañas.

Un pastor de la colina, que traía su rebaño a pastos más bajos para el invierno, descubrió a este anciano desplomado en un flanco del camino. El pastor sintió que aún había un atisbo de vida en el cuerpo del anciano y, por compasión, cargó al hombre a su espalda y le transportó casi diez kilómetros al hospital. El hombre había muerto mientras dormía esta mañana.

—¿Qué enfermedad reclamó su vida?

El monje se encogió de hombros.

—No se quejaba de nada en concreto, tan sólo de un debilitamiento general. El latido de su corazón no era fuerte. Dejó de latir al cabo de un rato. Era muy viejo. Puede que ésa fuera la causa, simplemente.

—Puede ser —dijo el Maestro inmediatamente—. Me gustaría examinarle. ¿Sería posible?

El monje asintió. Identificó el interés creciente en la voz del Maestro. Se podía percibir un débil gesto de desagrado en su rostro.

Mi maestro no pareció percatarse de ello. Era algo que estaba descubriendo acerca de él. Podía desprenderse con bastante rapidez de los matices de la emoción humana común. Esto ocurría especialmente cuando se implicaba en algún aspecto relativo a una investigación o un problema científico. Su trabajo excluía cualquier consideración con respecto a los sentimientos de los que le rodeaban. Y en raras ocasiones se excusaba o justificaba su comportamiento. Era como si se hubiera obligado a dedicar toda su energía a una materia y no fuera consciente de que los demás no compartían su obsesión.

—¿Puedo comenzar mi trabajo, o hay algo más que deba hacer con este hombre?

—Todos han sido confesados.

—¿Y lavados?

El monje nos miró con frialdad.

—En este hospital no esperamos a que nuestros pacientes mueran para lavarles. Los hermanos y las buenas hermanas que nos ayudan, lavan a todos los enfermos cuando llegan, independientemente de cuál sea su enfermedad.

—Perdóneme, Padre —por fin el Maestro había captado el tono de voz del monje—. No pretendía difamar a su hospital.

Cogió el bolso de cuero que colgaba de mi hombro y lo depositó en el mostrador. Lo abrió y sacó un fardo macizo envuelto en gamuza. Entonces, desenvolvió el fardo.

Vi cómo el monje fruncía el ceño.

Cuando estuvo desenrollado, pude ver que en toda la longitud de la gamuza se habían añadido pequeños bolsillos de distintos tamaños cosidos dentro del rollo. Cada una de estas oquedades contenía un cuchillo. Yo sabía de cuchillos. Soy gitano. Pero nunca había visto cuchillos como estos. Algunos tenían la hoja larga, otros eran cortos. Unos presentaban esbeltas hojas que se curvaban al salir del mango mientras que otros parecían dagas con malignas puntas. Todos tenían el filo cortante afilado. Los mangos tenían una forma propicia para un agarre tanto zurdo como diestro. Estaban hechos especialmente para los dedos del Maestro.

Creados específicamente para este propósito. Envuelta en un paño de lino había una pequeña piedra de amolar y, junto a ella, una bota que contenía un poco de agua.

El monje carraspeó.

—Haré que se lleve este cuerpo a otra sala donde podrá trabajar sin

interrupciones.

—Será lo mejor.

El maestro enrolló el morral de cuchillos de cuero y se lo metió bajo el brazo.

—Gracias, Padre Benedicto. ¿Podría disponer de una mesa auxiliar, por favor? — levantó el bolso y se giró hacia mí—. Matteo, trae el farol y uno de esos cubos de debajo del mostrador.

El monje se detuvo antes de dejarnos solos.

—El nombre de este hombre. Quizá desee saberlo. Se llama Umberto.

Aparecieron dos asistentes. Transportaron la mesa con el cuerpo del anciano, Umberto, que aún descansaba sobre ella, a una sala contigua más pequeña. En aquel lugar, también montaron otra mesa de caballete, con un gran candelabro, una palangana, una jarra de agua limpia y algunos paños. Mi maestro les dio unas monedas y abandonaron la sala.

Estábamos solos con el cadáver.

Estaba temblando.

Mi maestro se inclinó. Su rostro quedó al nivel del mío. Puso sus manos sobre mis hombros.

—Escúchame con atención, Matteo. No hay que temerle a la muerte. El espíritu se ha marchado. Este hombre ha sido confesado por un santo sacerdote. Su alma ha partido al encuentro de su Creador. Esto —dijo señalando el cuerpo que yacía en la mesa— no es más que un contenedor en el que mora el espíritu. Ya no es útil para el hombre que una vez vivió y respiró en él.

Mis ojos oscilaban a ambos lados mientras él mantenía su mirada fija. Su doctrina no se parecía a las verdaderas enseñanzas de la Iglesia Católica. Hasta yo, un viajero ignorante, me había percatado de ello. El alma está ligada al cuerpo y, aunque el espíritu se separa con la muerte, ¿no necesitamos el cuerpo para nuestra resurrección?

—No extraeré ninguna parte del cuerpo —me tranquilizó el Maestro—. Umberto será enterrado en su integridad, para la Segunda Venida de Cristo.

Pero podía ver la mano de este hombre saliendo de debajo del sudario. Y el mundo de los espíritus no era lo único que me provocaba un temor estremecedor. Sus uñas estaban sucias y eran largas, amarillas y curvas, como el colmillo de un viejo jabalí. Me recordaban las de otro hombre. Sandino, que se dejaba las uñas del pulgar largas y las afilaba hasta que alcanzaban el aspecto de unas grandes garras puntiagudas. Meses atrás, en Ferrara, le había visto utilizarlas para sacarle los ojos a un hombre.

El Maestro retiró la sábana.

Entonces vi el cadáver. Todo él.

El rostro.

El pecho.

El torso.

Los mechones de vello púbico. El pene flácido entre sus piernas.

El Maestro siguió mi mirada.

—Un órgano con un aspecto tan insignificante... y origen de tanta miseria.

Sostenía su cuchillo en la mano.

Durante un momento, pensé...

Él me miró a la cara.

—No deberías estar tan preocupado, Matteo.

Le volvió a subir la sábana, dejándola en la cintura.

—En este momento, estoy investigando las causas de la muerte en la vejez. Deseo observar el funcionamiento interno de este cuerpo, aquellas partes cercanas a su corazón. Quizás pueda determinar por qué dejó de funcionar.

El Maestro colocó su cartera de cuero en la segunda mesa. De ella extrajo muchos enseres: otro farol más pequeño, instrumentos de medición, papel, tiza.

El Maestro desenrolló el morral de cuchillos.

## Capítulo 10

—Coge el cubo y toma en él.

Mi maestro me pasó un trozo de paño.

—Empápalo y después escúrrelo un poco para que no chorree.

Le miré fijamente.

—¿Por qué?

Inclinó la cabeza a un lado.

—Preguntas por qué, Matteo. Eso es bueno. Te lo diré. Es para que lo utilices como mascarilla de aire.

Me quedé sorprendido. Finalmente, conseguí tartamudear:

—Buscaré el retrete y lo haré allí.

Él sonrió.

—Muy bien. Te contaré más cuando vuelvas.

Me temblaban las manos cuando agarré el paño e intenté orinar sobre él.

Cuando el Maestro me acogió en su grupo y me alimentó, le consideré una persona bondadosa. Ahora empezaba a pensar que había dado con un loco. A un auténtico viajero le resulta gravemente impuro tocar cualquier tipo de excremento humano. Los deshechos corporales deben disponerse lejos de las viviendas, evitando de este modo cualquier contacto que pueda conducir a su ingesta, mediante el tacto o por el aire. Los que habitan en casas visten costosos ropajes, pero están acostumbrados a utilizar un orinal y, a continuación, llevarse un trozo de comida a la boca, comer y hasta chuparse los dedos sin haberse lavado las manos antes. Se me revolvió el estómago con sólo pensar en ello. ¡Esperaba que respirara mi propia orina por la boca! No podría hacerlo. En cualquier caso, mi órgano no funcionaría adecuadamente para empapar el trozo de paño que me había proporcionado.

Volví a pensar en huir. Pero, ¿cómo podría hacerlo? Casi con toda seguridad, el guardián de la puerta no me dejaría salir libremente a la calle fuera de los muros del hospital. Me preguntaría por qué no esperaba a mi maestro; quizá incluso le alertaría de mi huida. Entonces, el Maestro pediría una explicación. ¿Qué excusa podría darle para que no sospechara de mí? Él, con su gran conocimiento, estaría al corriente de las normas de los viajeros relativas a las funciones corporales y deduciría el motivo por el que había actuado de forma tan extraña.

Sea como fuere, si escapaba de ese lugar, tendría que salir de Averno y de la región circundante. Además, me sentía seguro aquí. Hacía unas semanas que mi maestro me había rescatado de la cascada y me había devuelto la vida. Cada día que transcurría, estaba más seguro de que Sandino había abandonado esta zona. Quizá pensara que había escapado de sus manos o, lo que es más probable, que había muerto ahogado el día en que me golpeó y caí al río.

Cuando consideraba todo esto, también tenía en cuenta que estaba más seguro con el grupo del Maestro, a pesar de sus extrañas maneras. En ese momento, trabajaba al servicio de Cesare Borgia y llevaba su pase. De esta forma, yo también estaba bajo la protección de los Borgia y residía fundamentalmente en sus propiedades. Pensaba que era el único lugar en el que Sandino, sabiendo que yo conocía el hecho de que estaba bajo las órdenes de los Borgia, no me buscaría. Creería que habría intentado poner tanta distancia de por medio como fuera posible con cualquier contacto de la familia Borgia. Estaba más seguro ahora que si me hubiera escondido en las colmas o en los bosques, en los que el jefe de los bandidos me estaría buscando con sus hombres y perros para recuperar lo que le había robado.

El líquido salió de mí en un chorro dorado, cayendo en el paño. Cerré los ojos al escurrir el líquido sobrante. Llevé con gran desgana el paño empapado al Maestro.

Había estado trabajando en mi ausencia y había vaciado su bolso de cuero y dispuesto sus contenidos en una metódica línea en la segunda mesa de caballete. Cuadernos, papel, pluma, tinta, lápiz, carboncillo, tizas, trozos de cuerda, botellas y frascos de líquido, polvos y ungüentos. Además de los cuchillos, había instrumentos técnicos, tijeras de extrañas formas y una pequeña sierra.

Vertí agua limpia de la jarra en la palangana, sumergí mis manos en ella y me las froté frenéticamente en un paño. Vacíé la palangana en el cubo. Veía cómo el Maestro observaba cada uno de los pasos que realizaba mientras colocaba la almohadilla de tela con orina en un paño de lino y lo moldeaba para adaptarlo a la parte inferior de mi cara.

—Toma aire por la nariz y suéltalo por la boca. Tus vías nasales te ayudarán a filtrar las impurezas del aire.

—¡No puedo respirar mi propio pis!

—Tu orina está limpia. Es tu propio deshecho. No puede hacerte daño —dijo el Maestro riéndose—. También me he percatado de que ayuda a neutralizar el olor de los cadáveres.

—Entonces, ¿por qué no lleva usted también una de éstas?

—Solía hacerlo en el pasado, pero me dificultaba la visión. De todas formas, me di cuenta de que cuando trabajo, me olvido del olor. Es curioso, ¿verdad? Que tu mente llegue a estar tan ocupada con algo que tus sentidos no puedan registrar su efecto. Pero, ¡fíjate!

Abrió la boca y espiró, dando un largo suspiro. Una bocanada de vaho blanco se materializó inmediatamente delante de su rostro.

—Hace tanto frío en esta habitación que el cuerpo tardará en descomponerse. No deberíamos tener problemas con los olores rancios esta noche.

Ajustó la almohadilla sobre mi nariz y boca. Me amordacé como me mostró, pero él ciñó además el paño con cuerdas a la parte posterior de mi cabeza.

—El ácido de tu orina te protegerá de cualquier elemento dañino liberado en el aire cuando salgan de este cuerpo —a continuación, con un atisbo de risa, añadió—. Y el escozor en tus ojos indica que no deberías desmayarte.

Me percaté de que llevaba en su cartera varias velas y las había sacado y dispuesto alrededor de la mesa. No eran velas baratas de sebo, sino que estaban hechas de cera de abeja de gran calidad, ardían sin originar mucho humo y perfumaban el aire. Había depositado el pesado farol exterior en el suelo. Me pasó el farol más pequeño con pantalla de cristal que había traído con él.

—Mantén este farol cerca de mis manos, Matteo. Tienes la altura precisa para esta tarea. La iluminación es esencial. No es una mera casualidad que te haya pedido que me acompañes esta noche. Te elegí porque vi que eres competente y tienes mucha determinación. Acércalo y mantenlo derecho. Sé que puedes hacerlo.

De esta forma, me ligó a él mediante confianza y elogios, fuertemente, tal como las cuerdas sujetaban el paño a mi rostro.

El Maestro le quitó el tapón a una pequeña botella y vertió una pequeña cantidad de líquido de olor acre en un paño. Con él, limpió el pecho del hombre.

A continuación, eligió un cuchillo.

Lo presionó contra la piel del hombre con fuerza. En primer lugar, hizo dos cortes en forma de Y. Para ello, insertó la hoja del cuchillo en la parte delantera de sus hombros y abrió una hendidura en diagonal hacia el centro para que estos dos cortes se unieran en la base del cuello.

La piel se abría con bastante facilidad, lo que no me sorprendió. Hubiera dicho que no era la primera vez que lo hacía en cuanto le vi comenzar su trabajo. Este tipo de tarea requiere una labor artística mitad técnica, mitad intuitiva. Mi abuela podía despellejar un conejo en medio minuto. Y la piel de este hombre, Umberto, era vieja, con una consistencia que recordaba más a pergamino que a vitela. Se separaba fácilmente bajo la hoja del cuchillo.

Posteriormente, el Maestro realizó una larga incisión desde la unión de la Y, deslizando la punta del cuchillo hacia el ombligo del hombre. A continuación, seleccionando una herramienta distinta, comenzó a separar la piel de la carne para desplegarla a ambos lados.

No hacía mucho que habíamos visitado la plaza del mercado de un pueblo cerca de Ímola, en la que un hombre iba a ser despellejado. Había sido miembro de la resistencia cuando el dominio de Cesare Borgia se extendió a Urbino y mandó perseguir al Duque Guidobaldo. *Il Valentino* había tomado Urbino y cualquiera que fuese descubierto ayudando al Duque Guidobaldo sería castigado. Como ejemplo para los demás, este prisionero iba a ser ejecutado en público. No obstante, se ordenó que fuese torturado antes, al estilo del gobernador de la Romagna, Remiro de Lorqua. Las calles próximas al mercado estaban tan atiborradas de gente que no había podido



evitar la visión del cuerpo del hombre, despellejado hasta revelar la carne viva bajo su piel. El ruido generado por la muchedumbre no conseguía apagar sus gritos y súplicas de piedad. Contrastaba con la imagen del anciano, Umberto, que reposaba sobre la mesa sin protestar, dignificado por su muerte.

De repente, me percaté de que ése era el motivo por el que el Padre Benedicto, el monje del depósito, nos había informado acerca del nombre de este hombre. Lo hizo para que fuéramos respetuosos con la persona de Umberto, quien, aunque muerto, ocupaba su propio lugar en la creación.

Observé el trabajo de mi maestro. Desplegó la piel a ambos lados, revelando así las costillas, con su capa de tejidos humanos. Volvió a utilizar un paño, esta vez para limpiar las partes expuestas. A continuación, cogió un pequeño serrucho y atacó la caja torácica. Podía parecer una paradoja; diseccionar a un hombre siempre era un acto de carnicería, pero el Maestro lo hacía con gracia y consideración.

Distinguí un ruido cuando comenzó a serrar los huesos a cada lado. Era poco común y nunca lo había escuchado. Parecía más cruel que las lágrimas de un perro ante un pedazo de carne, más visceral que el sonido de un hombre hambriento que arranca los miembros a un pollo.

Sangre.

La cabeza me daba vueltas. Respiraba con dificultad. El olor acre de mi propia orina se me agarró a la garganta. Tosí y recobré el sentido.

Mi maestro me sonrió y me miró directamente a los ojos.

—El mareo se te pasará —susurró—. Tranquilízate.

Me aproximé a la mesa.

El Maestro había alcanzado el centro del cuerpo. Entonces, se quedó inmóvil. Estaba observando con atención algo que sostenía en su mano. Un órgano carnoso y parduzco, pesado y compacto.

Era el corazón de Umberto. La carne temblaba. Mi propio corazón temblaba como respuesta.

—Mira —dijo—. Mira, Matteo.

Me tambaleé, pero él pareció no percatarse.

—Éste es el corazón. Hace tan sólo unas horas latía, como los nuestros en estos momentos.

Asentí para darle a entender que lo había comprendido.

—No es tan maravilloso, ¿verdad?

—Sí que lo es —dije, con la voz apagada por la máscara.

—Y, aún así, los hombres no podemos vivir sin él.

Continuó como si no hubiera oído mi respuesta.

Me di cuenta de que no estaba hablándome a mí en concreto, sino que más bien meditaba en voz alta.

—Sí, es vital, porque una herida en el corazón implica la muerte, mientras que uno puede sobrevivir sin un miembro...

Eso lo sabía. Un hombre puede existir sin un brazo o sin una pierna. Una vez vi un hombre sin brazos ni piernas. Se ganaba la vida contando historias. Apuntalado en una silla y envuelto en una vieja manta, narraba relatos al atardecer junto a la gran fuente de los jardines públicos de Bolonia.

—¿Quiere averiguar por qué dejó de latir el corazón? —pregunté.

—También me gustaría saber cómo empezó a latir.

No comprendía qué quería decir con esto. ¿Se refería a cómo comenzaba una vida? Era evidente que debía saber cómo se hacían los niños. Incluso yo lo sabía, aún siendo un niño. Lo había visto con bastante frecuencia con los caballos en los campamentos de gitanos. Cada año, en época de apareamiento, se llevaba un semental para cubrir a las hembras. Muchos gitanos se reunían para este acontecimiento y pagaban para que un semental determinado fecundara a sus hembras. El macho de todas las especies dispone del órgano preciso para esa función y para ello se le otorgó. Funciona de forma bastante similar entre un hombre y una mujer. Mi abuela me lo explicó. La semilla procede del hombre. Dentro de la cavidad del cuerpo de la mujer, hay una cámara en la que el bebé crece hasta la hora de su nacimiento. El hombre debe plantar su semilla en la mujer. Esto ocurre cuando se acuestan juntos y el hombre entra en la mujer. Este acto resulta muy placentero. Puede ocurrir que sólo lo hagan una vez, por inconsciencia, lujuria o amor, y se forme un niño. Y una vez formado no se puede deshacer. Sin embargo, puede que las mujeres y los hombres lo hagan muchas veces y no se engendre un hijo.

La copulación no basta para traer al mundo hijos que gobiernen y mujeres que les cuiden. Aunque mi abuela vendía Medicinas a mujeres desesperadas por concebir, ella sabía que los vientres de algunas de ellas nunca darían fruto. Y todo el dinero y el poder del mundo no podrían garantizar tener un hijo por el mero hecho de desearlo. El Rey de Francia había pedido al Papa que anulara su matrimonio porque su primera mujer no podía darle un heredero.

El Maestro volvió a hablar.

—Cuando no existimos, ¿en qué momento comenzamos a ser?

No podía responder a esto, porque no entendía su forma de pensar. Tampoco entendía lo que decía ni la intención que subyacía bajo sus palabras.

—Sí —prosiguió—. Eso es lo que me gustaría saber. Pero, por el momento, me contentaré con descubrir cómo dejó de moverse este corazón.

—El Padre Benedicto nos lo dijo —murmuré—. Fue la voluntad de Dios.

—Estos conductos de aquí —dijo mi maestro señalando con un dedo ensangrentado— son los más importantes para su funcionamiento.

—¿Cómo lo sabe?

—He diseccionado cuerpos de animales, por mi propio interés... y he realizado trabajos de este tipo en restos humanos anteriormente.

Llegado este momento, ya había descubierto que tenía experiencia en realizar disecciones en humanos muertos. Suponía que debía haberlas practicado en criminales ejecutados por sus fechorías y que, por lo tanto, aunque fueran útiles para estudiar anatomía y aplicarla a la pintura o la escultura, no serían de mucho interés para la investigación de la causa de la muerte, puesto que ésta respondería al método empleado por el ejecutor.

—Creo que podemos concluir que lo que hizo que el corazón se detuviera fue la avanzada edad de este hombre. Los conductos se han estrechado y la sangre se ha detenido.

—¿Al igual que los ríos se obstruyen con los sedimentos y ralentizan el flujo del agua? —le pregunté.

—¡Exacto! Me miró con aprobación. —Exactamente de la misma forma.

Pensé en el corazón de mi abuela, latiendo con dificultad en su pecho. Su cuerpo que mermaba al entrar en la vejez. Su piel y sus huesos como los del vagabundo, Umberto, muertos ante mí, secos y delgados.

Este hombre al que llamaba Maestro, con sus afilados cuchillos y su mente aún más afilada, se aventuraba en un terreno desconocido. Y lo hacía por algo más que una simple curiosidad pasajera. Podía ver la verdad, al menos en parte, de lo que había dicho al monje del depósito. Si descubrimos un problema, podemos explorar una forma de resolverlo. Era evidente lo que había ocurrido en este caso con el corazón de Umberto. Con la edad, los canales entrantes y salientes se habían estrechado y habían restringido el flujo sanguíneo. Pero saberlo no ayudaba. No habría habido forma de limpiar esos caminos de manera que mi abuela pudiera haber vivido más años. En sus últimos meses de vida, su corazón se tambaleaba bajo el peso de los años.

Recordaba a mi abuela tomándome la mano y colocándola sobre su delgado pecho. Sentía el ritmo parpadeante y tembloroso bajo el montón de huesos apilados en sus pechos atrofiados. Dentro de la cavidad de su cuerpo, su corazón palpitaba, se agitaba y, a continuación, se calmaba. Mi abuela sabía que su cuerpo se estaba consumiendo, pero no sabía exactamente qué estaba ocurriendo.

—Quizá fue así como murió mi abuela —dije.

—¿Qué edad tenía?

No podía responder a esa pregunta. Entre nosotros, la edad no se medía en años. Las estaciones marcaban nuestro paso por este mundo. Había vivido muchas estaciones en esta tierra. Habían pasado dos veranos desde que enterré sus documentos y bienes de metal, y vi cómo quemaban su carromato. Me encogí de hombros.

—Muy vieja —respondí.

Mi maestro me miró con curiosidad.

—No sabía que conocieras a tu abuela, Matteo. Nunca antes la habías mencionado.

Mis dedos apretaron el farol. No respondí. Cuando narré la historia de mi vida durante los primeros días que pasamos en la fortaleza de Pe reía, me presenté como un huérfano abandonado. No había hecho referencia a mi abuela.

¡Me había descubierto!

## Capítulo 11

—¿Tu abuela?

Parpadeé.

Mi maestro detuvo su reconocimiento del cuerpo.

—¿Matteo? —me llamó—. Dijiste que tu abuela era vieja cuando murió.

—Yo... yo...

Bajé la mirada y murmuré unas palabras evasivas.

Él volvió a su trabajo. Mientras se ocupaba de la otra parte de la anatomía del hombre, yo disponía de tiempo para inventar algunas historias ficticias sobre mi abuela. Me relajé un poco.

—¿Tenías más familia aparte de tu abuela?

No estaba preparado para responder, pero él no pareció darse cuenta de mi turbación y prosiguió con suavidad:

—Me percaté de que, cuando relataste tu historia en Perela, en un momento determinado dijiste «nosotros».

Aparté la mirada rápidamente en señal de alarma.

—Fue cuando hablabas del período que pasasteis en Venecia —él sonrió de forma esperanzadora—. Señalaste que estabas en compañía cuando observabas los barcos en la laguna. ¿Estaba tu abuela contigo en ese momento? Y cuando dijiste «nosotros», ¿te referías sólo a tu abuela o también a otros miembros de tu familia?

Mi corazón atemorizado dio un vuelco.

—No... no recuerdo haber dicho «nosotros» —tartamudeé—. No lo hice por nada en particular. Es una forma de hablar... una mala gramática. No soy culto.

—No, no, no es eso. Tu gramática es muy buena, aunque algo anticuada. Si fue tu abuela la que te enseñó lenguaje y vocabulario, debes saber que te enseñó bien. Dices que procedes de una granja en una colina de los Apeninos y, sin embargo, en el acento de los habitantes de esta zona algunos sonidos vocales tienen un deje que no se suele oír en ninguna otra parte. Se debe a la forma en que colocan la lengua cuando forman la «u» y la «o». La sitúan más cerca de la parte delantera de la boca. Tú no lo haces, Matteo. Pero, si pasaste tiempo con tu abuela, cuyas raíces familiares son originarias de otro lugar, probablemente tomaste algunas de sus inflexiones lingüísticas. Pero, ¿dónde se crio? ¿Lo sabes? Me interesaría averiguarlo. Hay frases que pronuncias con un acento casi del este.

No respondí. No podía. Debía ser un mago para conocer estas cosas. Para descubrir tanto sobre mí en las pocas semanas que llevábamos juntos, había tenido que estudiarme muy de cerca, aunque no me había percatado de su atención.

El Maestro dedicó una mirada curiosa.

—Y tu uso del «nosotros» encierra algo más que significado lingüístico. Es como

si te consideraras distinto a los demás.

Me miraba con atención.

—Al principio te tomé por gitano, pero ahora no estoy tan seguro. El tono de tu piel es más claro que el de la mayoría de ellos. Aunque no es el único motivo, porque el color de la piel no es determinante en ninguna raza. Se supone que las manos y los pies de los viajeros son más pequeños, y tú parece tener esta característica. Pero es más que eso. Tiene que ver con tu carácter independiente. Marcas tu diferencia... te aíslas del resto.

Yo negué con la cabeza.

—No deberías avergonzarte de tus orígenes, Matteo.

Al decir esto, levanté la cabeza y le miré con violencia. No me avergonzaba de mi abuela ni de su pueblo.

—¡Ah! —El Maestro retrocedió—. Ahí, he tocado un nervio.

Había dejado de trabajar y me miraba con curiosidad. Bajé la cabeza para evitar su mirada.

—Aquí tenemos un misterio que resolver —dijo lentamente—. Cuando estábamos en Perela, escuché de tus propios labios que eras un hijo bastardo y que eso te avergonzaba. Supe que te sentías humillado por haber nacido fuera del matrimonio porque tú mismo me lo dijiste. Sin embargo... —se acercó a mí y me levantó la barbilla para poder verme la cara— cuando mencioné tus orígenes me miraste furioso.

Dedicó un momento a estudiar mi rostro. Afortunadamente, la almohadilla de paño que me había dado ocultaba mi nariz y boca, y me recuperé lo suficiente como para velar la expresión de mis ojos.

No iba a escapar sin contestar.

—No estoy enfadado —dije—. Me tomo cualquier ofensa a mi abuela como un insulto personal. Sí, tienes razón, cuidó de mí... durante un tiempo.

—Y fue tu primera maestra.

—Sí.

—¿Tú única maestra?

Asentí con la cabeza. Y, a continuación, sintiéndome obligado a defender a la única persona que me había demostrado amor en mi infancia, dije:

—Me enseñó muchas cosas. Era una mujer llena de conocimiento, adquirido más de la sabiduría de los años y la tradición popular de la naturaleza que de la enseñanza de cualquier libro.

—¡Pero si ése es el mejor conocimiento! —gritó mi maestro—. No lo desprecio en absoluto. Cuando era niño, no me enseñaron latín, por lo que se me negó el conocimiento encerrado en los textos de las grandes mentes del pasado. Sentí profundamente esa pérdida y me he esforzado mucho por intentar remediar la

situación. He aprendido latín para poder estudiar el original de determinadas obras. Entre ellas se incluían tratados sobre el cuerpo humano y absorbí sus enseñanzas. Pero ahora, conforme progreso en mi propio estudio de las formas de vida animal, y cuando analizo un ser humano, empiezo a darme cuenta de que no debo basarme demasiado en el conocimiento recibido.

Hizo una pausa. Parecía esperar que contribuyera a la conversación. Y yo estaba empezando a aprender a no hablar cuando se supone que puedes llamar más la atención que si permaneces en silencio.

—Mi abuela hacía sus propias observaciones y deducciones sobre la enfermedad y los daños sufridos por el cuerpo —dije—. A menudo entraba en conflicto con los médicos.

—¿Era sanadora?

Asentí.

—Entonces era una mujer sabia que se fiaba de su propio conocimiento. Sólo hay un método para conocer realmente una materia y es analizarla y examinarla por uno mismo. Yo estoy compilando mi propio tratado sobre cada materia que me interesa, utilizando una combinación de dibujos y texto para obtener la mayor cobertura que sea capaz de realizar. —Señaló la cavidad del cuerpo abierto ante él—. Por eso es tan importante que lleve a cabo mis propias disecciones, que examine cada parte en detalle, y que realice dibujos y anotaciones sobre cada aspecto tal como lo vea. —Señaló el papel que descansaba sobre la mesa pequeña, en el que, de vez en cuando, dibujaba y escribía cuando hacía una pausa en su trabajo.

Miré el papel. Volví a mirarlo.

Al principio no me di cuenta de lo que había escrito, porque en ese momento no conocía muchas palabras. Mi abuela me había instruido en sus costumbres, por lo que conocía la mayoría de hierbas y plantas, y cómo preparar ungüentos sanadores con ellas. No sabía escribir las palabras correspondientes a perro o gato, pero sabía los términos en latín, siciliano, florentino, francés, catalán y español de remedios para los resfriados, dolor de estómago, viruela, peste, gota y los calambres que las mujeres sufren cuando tienen su flujo mensual. Podía reconocer algunas palabras que mi abuela me había enseñado, pero estas palabras eran fundamentalmente nombres. En primer lugar, mi propio nombre, Janek, y, después, otros que debía memorizar. Me enseñó estos términos para que pudiera entregar pedidos a nuestros clientes. Tenía que ocuparme de esto en cada ciudad o pueblo por el que pasábamos.

«La familia Scutari de la Via Veneto ha pedido un ungüento para curar una erupción de furúnculos».

«Maria Dolmetto, que vive encima de la tienda del fabricante de velas, necesita un bálsamo para sus juanetes».

«Una cataplasma para el hijo de Ser Antonio. Encontrarás al padre en la notaría,

junto a la Piazza Angelo».

«Entrega este frasco a Alfredo, el propietario de la posada en Porte Mereno. Padece la enfermedad sagrada y necesita una infusión».

Y no sólo para la gente sino también para los caballos. Los amaestradores de caballos de las casas nobles venían en busca de remedios para sus sementales ganadores de premios, las yeguas de cría o los potros débiles. Éramos más baratos que los boticarios y, en algunas ocasiones, nuestras medicinas eran más efectivas. Mi abuela tenía reputación de gran sanadora por curar y aliviar el dolor.

Por todo ello, aunque no podía leer a la perfección, estaba familiarizado con las formas de la lengua florentina que mi maestro hablaba y escribía. No obstante, las palabras que había marcado en el papel esa noche no estaban en ninguna lengua que hubiera visto antes. Al principio, creí que era el idioma de los judíos, o las letras utilizadas por los turcos y los musulmanes. Sin embargo, cuando me acerqué más, vi que no se trataba de ninguna de estas lenguas.

También me di cuenta de otra cosa. Había algo raro en la forma en que presionaba el papel con la pluma. Cuando dibujaba, utilizaba ambas manos, pasando la tiza o la pluma de una mano a la otra, de derecha a izquierda, aparentemente sin ser consciente de ello. Pero cuando escribía, utilizaba la mano izquierda. Aún así, su forma de escribir no era tosca, como era habitual en los zurdos, con el papel en ángulo y la mano flexionada como un garfio. El Maestro escribía perfectamente de derecha a izquierda. Yo le observaba mientras lo hacía. Gracias a este astuto truco, su mano no entorpecía el trabajo.

Pero aún así, no podía resolver el enigma. ¿Cómo podía leerlo entonces? Es más, ¿habría alguien capaz de leerlo? ¿El orden de las palabras era incorrecto? ¿O es que pensaba al revés en su cabeza y lo escribía de esa forma en el papel para permitir al lector leer en el orden correcto? Me aproximé más al Maestro. Eché un vistazo a sus papeles, pero no pude sacar nada de ellos.

Entonces vi por qué, y mi alma se enfrió como el mármol.

El texto se leía de derecha a izquierda. No sólo las palabras estaban en orden inverso, sino también las propias letras. Todo el texto. Era escritura especular... para ser leída por el Diablo.

Tuvo que escuchar mi profunda inspiración.

—Te resultará difícil leer estos documentos, Matteo.

—¿Por qué los escribe de esa forma? —le pregunté—. ¿Cómo puede leer lo que ha escrito?

—Me he acostumbrado —dijo, y, a continuación, sin detenerse, habló—. Cuéntame más cosas sobre tu abuela.

—No hay mucho que contar.

Había creado una historia en mi cabeza, que ahora relataba, para satisfacer su



curiosidad.

—Viví con ella en diferentes momentos de mi vida. Pero era vieja y no podía cuidarme, por lo que buscaba trabajo aquí y allá. Después murió y me quedé solo.

—¿Cómo se ganaba la vida? No, déjame que lo adivine —añadió antes de que pudiera responder—. ¿Era sanadora y vendía sus medicinas a los que las necesitaban?

Asentí con cautela.

—Y no les pedía mucho a cambio. Al ser ella misma pobre y de buen corazón, no desearía obtener beneficio del dolor de los demás.

¿Cómo lo hacía? ¿Analizar el carácter de mi abuela, sin haberla conocido nunca, y habiendo recibido la mínima información por mi parte?

Sus ojos brillaron cuando adivinó por mi expresión que estaba en lo cierto.

—Mi conjetura se basa en que, conforme su reputación aumentaba, la gente con dinero y títulos la buscaban y preferían sus remedios a los de los médicos y los reputados boticarios.

Esperó mi reacción. Todavía estaba demasiado impresionado para hablar, pero le ofrecí una ligera inclinación de cabeza como respuesta. Siguió con el método del cazador, que ve a su presa a punto de ser atrapada.

—Así que creo... Creo que los profesionales y la gente del gremio la considerarían una amenaza y, dado que ella no era poderosa y no disponía de un alto estatus, la podrían arrojar fuera del negocio con facilidad. Probablemente tendría que ir de pueblo en pueblo. ¿Te reuniste con ella en estas circunstancias? Sí, eso explicaría tu complexión. Has vivido a la intemperie durante gran parte de tu vida, Matteo.

Ahora que me había hecho revelar la existencia de mi abuela, ¿qué más desearía saber? ¿O ya lo había averiguado?

## Capítulo 12

Casi había amanecido cuando regresamos del depósito de cadáveres.

La aurora estaba ganándole el sitio a la oscuridad del invierno. Desde el río ascendía una débil niebla. Era la hora en la que los muertos que habían salido de sus tumbas se apresuraban a volver a ellas antes de que la luz del día les atrapara y destruyera su alma.

Permanecí junto a mi maestro, casi corriendo para seguir el ritmo de sus largas zancadas. Él iba tarareando una pegadiza melodía popular que la gente del campo cantaba en la época de la cosecha. Había estado trabajando toda la noche, cortando, explorando, diseccionando, descubriendo capa a capa los órganos una vez con vida. Sostuve el farol mientras él medía y realizaba anotaciones, comprobando y volviendo a comprobar las dimensiones, y dibujando después lo que veía; algunas veces de forma rápida y precisa, con un movimiento suave, y otras veces laboriosamente, con trazos minúsculos, delineando los pequeños hilos de las venas y los vasos sanguíneos.

El farol no era pesado, pero me dolía el brazo del esfuerzo de mantenerlo en el lugar indicado por el Maestro. En una ocasión, alargó una mano a ciegas para intentar coger algo detrás de él mientras sostenía con la otra mano una parte del cuerpo que yo desconocía. Me percaté de que necesitaba unas tijeras, así que las cogí y se las pasé. Él se asustó y yo vi que, en ese momento, en lugar de apreciar mi esfuerzo por mantenerme en pie tanto tiempo y sostener la luz en alto, había olvidado que me encontraba allí. No descansó hasta que oímos el cántico de los monjes en sus oficios matutinos y la agitación del hospital que se preparaba para un nuevo día.

Cuando acabamos estaba exhausto; sin embargo, él andaba a zancadas hacia el castillo, con todo su ser rebosante de energía.

Tuvimos que esperar hasta que los guardas nocturnos nos identificaran para poder pasar. Los guardianes le lanzaban curiosas miradas, pero no preguntaron el propósito que le había llevado allí. Sabían que el Maestro estaba bajo protección de su capitán, Cesare Borgia, y que cualquiera que le cuestionara o demorara sería castigado. Pero la seguridad del castillo era hermética y tuvimos que pasar tres puestos de control para poder atravesar los baluartes. Estos soldados no trabajaban de la misma forma relajada que los de Perela. Dado que estaban más próximos al cuartel general de los Borgia en Imola, los guardias tenían que estar siempre alerta.

El castillo de Averno era mucho mayor que la fortaleza del Capitán dell'Orte, y sus fortificaciones eran más robustas. Además de la muralla del castillo, tenía un foso y un puente levadizo. Mi maestro estaba instruyendo a los constructores en el alzado de la muralla y en la creación de contrafuertes para instalar más cañones. Dibujaba planos para reforzar las defensas, y creaba diagramas y modelos de complicadas máquinas de guerra a diario. Se enviaban copias de los dibujos por mensajero para

que Cesare Borgia las inspeccionara, mientras que los modelos se colocaban en los estantes del taller, esperando el día en que 11 Valentino llegara al castillo para aprobarlos.

Una vez que llegamos a Averno, Felipe partió a Florencia para realizar pedidos y traer al castillo más de las particulares provisiones que el Maestro necesitaba para realizar su trabajo. No había hecho más que marcharse cuando Graziano cayó en cama, aquejado de una dolencia en el estómago. En ese momento, me tocó ocuparme de diversas cosas: las comidas y vestimentas del Maestro, y la limpieza y el orden de su lugar de trabajo, para que no tuviera que preocuparse de los quehaceres diarios de la vida.

Era meticuloso en su aseo, por lo que requería una camisa y ropa interior limpia cada mañana, y yo, siguiendo una práctica de mi abuela, le pedí a la lavandera del castillo que colgara lavanda junto a las camisas mientras se secaban.

Él se dio cuenta inmediatamente e hizo un comentario al respecto: —Desde que te ocupas de la supervisión de mi colada, Matteo, mis camisas huelen a algo mejor que el jabón.

Esto no suponía un gran cumplido, pero yo me sentí ridículamente halagado. Me aseguraba de que sus ropas estuvieran bien remendadas y que sus botas y zapatos estuvieran brillantes. En su taller, mantenía en orden sus utensilios de dibujo y disponía nuevos suministros de papel a diario (el Maestro gastaba grandes cantidades de papel). Asimismo, buscaba y acarreaba los materiales que necesitaba. De esta forma, observaba los trabajos en el castillo y todo lo que sucedía de puertas para dentro.

El edificio de las caballerizas se amplió para albergar más caballos. Las despensas se vaciaron, y los suministros frescos de trigo, cebada, salvado, mijo y garbanzos se amontonaron en otra zona. Los toneles de vino, los barriles de frutos secos, el pescado en salazón y la carne en conserva rodaron a las bodegas. Se apilaron grandes cantidades de forraje, paja, heno y pienso para animales en los corrales. Se transportaron grandes bloques de piedra, que atravesaban la puerta a diario en carros tirados por bueyes, desde las canteras de Bisia. Se trajeron ladrillos, madera y otros materiales de construcción en barcas de transporte a través del río, que descargaron en los muelles situados más abajo de la ciudad. El castillo se estaba preparando para la acción, probablemente para resistir un asedio.

En ese momento, en la Romagna y en territorios más lejanos, estaban comenzando a circular disparatados relatos: historias de traiciones por parte de los condottieri, los capitanes militares mercenarios que habían prometido lealtad a Cesare y habían llevado sus propias tropas a luchar en su nombre. Se decía que estos capitanes estaban desilusionados por las acciones de Cesare y temerosos de su poder, que era cada vez mayor, y que estaban alarmados por la facilidad con la que se volvía

en contra de una persona que le había jurado amistad. Para ello, utilizaban como ejemplo el nombre de la ciudad de Urbino.

Meses atrás, el Duque Guidobaldo de Urbino había recibido y acogido a la hermana de Cesare Borgia, Lucrezia, cuando viajaba de Roma a Ferrara para celebrar sus nupcias. Para mostrar a Lucrezia el honor debido, el Duque Guidobaldo había cedido el magnífico palacio de Montefeltro a Lucrezia y su séquito. Había celebrado un baile en su honor y prodigado regalos a Lucrezia. Sin embargo, su generosidad no le protegió de la ambición del hermano de Lucrezia, que posteriormente marchó a la ciudad y la tomó.

Acto seguido, Cesare Borgia proclamó firmemente que sus acciones eran necesarias: había evidencias de que el duque conspiraba contra él. Nunca mostró prueba alguna de ello. Pero todo el mundo sabía que la fortificación construida en la montaña de Urbino controlaba el paso a la Romagna y la Toscana. Cesare tenía que garantizar que sus ejércitos pudieran desplazarse con libertad cuando lo deseara, y ése era el verdadero motivo por el que había tomado el ducado de Urbino para sí.

Este acto conmovió a toda Italia. El resto de señores y príncipes creyeron que sus posiciones estaban amenazadas, y que Cesare y su padre, el Papa, se habían convertido en tiranos que no se detendrían hasta que tuvieran toda la tierra bajo su dominio.

En Averno, los chismes que se escuchaban en las cocinas decían que los nobles querían luchar. Los rumores hablaban de una liga secreta, una conspiración para derrocar a *Il Valentino*, en la que estaban implicados los capitanes *condottieri*. Pero yo había visto de cerca la expedita justicia de los Borgia, por lo que decidí no participar en esta imprudente charla. Era hora de estar atento y hablar poco.

El Maestro me puso la mano en el hombro cuando nos dirigíamos al conjunto de habitaciones dispuestas para él.

—Matteo, es mejor que no comentes nada sobre dónde nos ha llevado esta visita nocturna.

En su naturaleza estaba el no hacerme prometer que mantendría el secreto. Una vez que había admitido a alguien en su círculo de amigos, tenía fe en él. Creo que él pensaba que si confiaba en alguien, eso era suficiente para hacerle digno de confianza. Cuidaba con recelo sus pensamientos más íntimos y sus apegos privados, y mantenía en secreto su obra con la escritura especular y los símbolos que sólo él conocía. Sin embargo, acogía libremente a la gente en su grupo, compartiendo comidas, bromas e historias con ellos.

Cuando llegamos a sus aposentos en el castillo, bajé el farolillo y esperé su permiso para descansar un poco. Dormía en una pequeña habitación situada junto a su taller para que pudiera llamarme cuando me necesitara.

—¿Te ha incomodado nuestra visita de esta noche al depósito de cadáveres?

Sacó papel, tinta y pluma. Obviamente, iba a seguir trabajando.

—Lo que hace es... extraño —dije.

—No es poco habitual la práctica de la disección de un cuerpo.

Eso era cierto. Había oído que las universidades utilizaban cadáveres con estos fines. Por lo general, se trataba de cuerpos de criminales, ejecutados por algún crimen contra el estado. En algunos casos, se permitía a los escultores observar o incluso participar en estas disecciones para poder representar sus estatuas de bronce y mármol como personajes reales.

—Se demostrará que es útil para muchas ramas de la ciencia —prosiguió mi maestro—. Pero hay algunos que, por miedo o ignorancia, ponen impedimentos a este procedimiento.

—El monje del depósito —respondí—, el Padre Benedicto. Contará lo que estuvimos haciendo.

—Un buen razonamiento, Matteo. Esa orden de monjes de hospital no incluye el voto de silencio en sus ordenanzas —permaneció pensativo durante un momento—. Pero no creo que el Padre Benedicto le cuente a nadie nuestra visita. Me da la impresión de que era muy consciente de lo que pensarían de mi trabajo otros con un conocimiento más limitado.

—Me asustó.

Mi maestro me miró con interés.

—¿Por qué?

—Parecía decir que lo que estaba haciendo estaba mal.

—Yo no llegaría tan lejos como para afirmar eso.

—¿Qué ocurrirá si lo notifica a las autoridades?

—No creo que lo haga.

—Mantuvieron una discusión. ¿No cree que estaba muy molesto?

—En absoluto.

—Le amenazó.

—No lo creo —dijo mi maestro—. El Padre Benedicto estaba disfrutando de una desafiante discusión. ¿No viste cómo sus ojos se iluminaban cuando deliberaba sobre si debería permitirme acceder a los que estaban bajo su cuidado?

Mientras hablaba, el Maestro tomó un trozo de carboncillo y, con unas cuantas líneas, dibujó rápidamente en el papel que tenía delante.

Me quedé boquiabierto.

Había capturado la imagen del Padre Benedicto en varias viñetas pequeñas. Su primer boceto mostraba al monje frente a la cabeza de la prostituta. El cabello de la chica caía en cascada a ambos lados de su rostro como riachuelos de lluvia. Las manos del Padre Benedicto ofrecían su bendición al inclinarse sobre ella. La figura del monje rezumaba compasión en cada línea, en cada sombra que se mostraba, y en

las que no se mostraban.

Miré a mi maestro. Pensé en el momento en el que entramos en el depósito de cadáveres. Cómo debería haber trabajado su mente: pensando en su investigación científica, sopesando qué cuerpo elegir, midiendo su interés por los cuerpos disponibles y debatiendo a la vez la ética de la situación mientras el monje ponía reparos. Había llevado al monje en su evaluación del Arte al punto en el que tuvo que reconocer que la Palabra de Dios fue retratada con elegancia por un artista que utilizó el estudio de la anatomía para ello. Mi maestro había hecho todo esto, y discutía lúcidamente con el monje, mientras memorizaba cada detalle de su rostro.

El Maestro volvió a dibujar, esta vez sólo esbozó medio rostro, una nariz, una ceja, un ojo, la boca.

—Sé que el Padre Benedicto disfrutó con el debate —dijo—. ¿Sabes? Tenía la costumbre de fruncir el ceño al discutir. Aparecía una pequeña línea en el puente de su nariz, justo en el punto en el que se une con la ceja —El Maestro alargó la mano y tocó levemente el puente de mi nariz con la punta de su dedo—. Pero no se trataba de un fruncimiento de enojo, sino que su rostro mostraba la energía de su mente cuando pensaba en cómo responderme.

Mi maestro golpeó ligeramente el papel.

—No estaba ahí cuando se sentía en terreno más seguro al citar las Escrituras.

—Porque lo había aprendido de memoria —dije.

—¡Claro que sí, Matteo! —El Maestro levantó la vista hacia mí durante un fugaz segundo—. Esa respuesta ha sido muy perspicaz.

Su mano prosiguió dibujando mientras hablaba.

—Lo que dices es cierto. Y, además, el monje cree en los versículos, por lo que quizás el misterio de las palabras se le escapa, o quizás... —El maestro se detuvo y dijo, en parte para sí mismo—. No, es probable que sea mejor afirmar que, de todas formas, en el caso de este monje en concreto, ha absorbido la Palabra tan profundamente que podría repetirla con fluidez sin tener que meditarla.

Esperé, sin saber si mi maestro había terminado, incapaz de comprender completamente el significado de su discurso.

—¿Comprendes lo que estoy diciendo, Matteo? Él cree en la Palabra. Ha dedicado su vida a ella y, por lo tanto, forma parte de él. Vive la Palabra de Dios, obedece las enseñanzas del Señor de alimentar a los enfermos y desgraciados.

—Bienaventurados los que pasan necesidad y no tienen dónde ir —respondí—. ¿Quiere decir que ya no piensa en el significado, sino que tan sólo repite las frases?

—¿Por qué preguntas eso?

—Porque no tiene ningún valor si lo hace. Cualquiera puede recitar un pasaje de las Escrituras.

Él me miró con entusiasmo.

—¿Cómo cuál?

Mi corazón dio un brinco. ¿Me estaba poniendo a prueba?

Su mano aún seguía dibujando, pero yo sabía que esperaba una respuesta. En ese momento ya me había percatado de que su mente podía llevar a cabo con atención más de dos cosas a la vez. Tenía que recitarle un pasaje. Demostraría si era cristiano o no. Pero estaba seguro de que pasaría la prueba. A mi abuela le gustaba leer en voz alta salmos y pasajes de la Biblia, y yo tenía una memoria precisa para el lenguaje opulento.

—Oh, cualquier fragmento conocido —respondí despreocupadamente.

—Cítame uno.

Mi mente trastabilló. Entonces, recordé al monje del depósito y su referencia al Libro del Génesis, en el que se habla de cómo Adán y Eva fueron desterrados del Jardín del Edén. Lo tomé como guía y dije:

—Y oyeron la voz de Jehová que se paseaba en el jardín, a la hora de la brisa, y el hombre y su mujer se escondieron de la presencia de Jehová, entre los árboles del jardín. Mas Jehová llamó al hombre y le dijo: «¿Dónde estás?». Y él respondió: «Oí tu voz en el jardín y tuve miedo, porque estaba desnudo; y me escondí».

—¿Y tú crees que la desnudez es mala?

El Maestro siguió dibujando con trazos ligeros, aunque yo sabía que su mente estaba puesta en nuestra conversación.

—No lo sé —respondí—. «Desnudos llegamos al mundo y desnudos nos iremos de él». —Me intrigas, Matteo. Una persona que viaja sola, pero que piensa en plural. Un viajero que no es un viajero. Un niño que no es un niño. Vestido como un campesino, pero con un discurso de erudito.

—Si le desagrado, puedo marcharme.

Dije esto con rigidez. Ni siquiera sabía si me había insultado.

Dejó de dibujar, pero no levantó la cabeza. Se produjo un gran silencio en la habitación.

—No me desagradas —dijo por fin—. Todo lo contrario. Pero serás tú él que deba decidir si permaneces conmigo.

## Capítulo 13

Conforme el castillo de Averno se preparaba para la guerra, mi maestro disponía de menos tiempo para sus excursiones al depósito de cadáveres. No obstante, en las ocasiones en las que se aventuraba a salir, seguía pidiéndome que le acompañara, incluso una vez que Felipe regresó de Florencia y Graziano se recuperó de su dolor de vientre. En su ausencia, también me había convertido en compañía constante de sus visitas diarias. Comprobaron que sabía preparar estas excursiones y comenzaron a dejar a mi criterio muchos de los detalles implicados. De esta forma, comenzaron a depender cada vez más de mi presencia.

Felipe había regresado con dos mulas de carga que portaban cajas y paquetes. Además del papel, los pergaminos y los pinceles nuevos, había traído consigo una gran cantidad de materiales, con pelo y piel de animales para fabricar nuevos gorros, botas y ropas para que los miembros del grupo de da Vinci soportaran el invierno.

No pensé que se me fuera a incluir en la confección de ropas, por lo que me sorprendió enormemente cuando el Maestro del Guardarropa me citó en el castillo y me dijo que me tomarían medidas para varias prendas y algo de calzado. Graziano y Felipe se encontraban en los aposentos del guardarropa cuando llegué.

Además de ser aficionado a la buena comida, a Graziano también le gustaba vestir bien y llevaba una piel de armiño envuelta en su cuello.

—¿Crees que así parezco un gran señor? —me preguntó cuando entré.

La piel sólo servía para enfatizar la grasa acumulada en el cuello de Graziano, lo que le hacía parecer en efecto uno de los grandes señores y príncipes que había visto en Ferrara y Venecia. Asentí, esperando en la puerta, pero Graziano me cogió del brazo, me introdujo en la habitación y me presentó a Giulio, el Maestro del Guardarropa.

Este hombre, Giulio, valoraba mucho sus propias opiniones y se sentía más sofisticado que los demás. Me miró de arriba abajo mientras el sastre me medía los brazos y las piernas.

—Recomiendo un corte de pelo —dijo.

—¿Qué le pasa a mi pelo? —pregunté.

Mi abuela insistía siempre en que me dejara el pelo largo y me había acostumbrado a llevarlo de este modo.

Giulio arrugó la nariz mostrando su disconformidad.

—¿Aparte del hecho de que tienes demasiado?

—Es juicioso tener el pelo largo durante el invierno.

—¿Qué tiene que ver el buen juicio con la moda o el estilo?

Todos se rieron, incluido el Maestro, que acababa de entrar en la habitación.

Giulio cogió un peine y, con un movimiento rápido, apartó la maraña de cabellos



de mi rostro.

—Veamos lo que hay debajo de esa crin de caballo, y qué colores y estilo de ropa podrían mejorar la apariencia de este muchacho.

Permanecí quieto, con miedo a que si le irritaba más sugeriría que me afeitaran la cabeza al estilo de los chicos de las caballerizas cuando procedían a la tarea de despiojamiento anual.

Se inclinó hacia mí y dijo:

—Veo que tienes la marca de los dedos de la comadrona en la parte posterior del cuello. No te preocupes. Te cortaremos el pelo de manera que caiga por debajo de las orejas.

Sentí como mi cara se encendía mientras me inspeccionaba y chasqueaba la lengua en señal de desaprobación.

Cuando intenté protestar, Felipe me miró con dureza y me dijo que eran órdenes del maestro. Hablaban como si yo no estuviera allí, deliberando sobre el color de las calzas, el estilo del cinturón que debía llevar y si mis botas debían ajustarse por encima o por debajo de la rodilla. Me sentía como una muñeca con la que juegan las niñas, decidiendo qué ropa debería llevar cada día.

—Dicen que en Europa está de moda el estilo de manga francés.

Levanté la mirada sorprendido. Era la voz de mi maestro la que había hecho este comentario. Estaba hurgando en las cajas y los paquetes medio desembalados, sacando montones de tela, brocados y terciopelos, y contrastando los colores entre ellos.

—Me gustaría que Matteo vistiera un jubón acolchado. Debe disponer de ropas que le otorguen una apariencia formal. Es posible que desee que permanezca de pie a mi lado cuando esté cenando.

—Si acolchamos demasiado el torso, enfatizaremos sus delgadas piernas —objetó Giulio.

—¿Crees que unas calzas en este verde musgo le irían bien?

—Efectivamente, un color oscuro sería lo más apropiado —asintió Giulio—, pero si utilizamos un verde, con esas piernas, le podrían confundir con un saltamontes.

Hubo una risa generalizada y comencé a sentir cómo a mi incomodidad se añadía un sentimiento de irritación. Me balanceaba apoyándome en un pie y luego en el otro.

Graziano, al verme ahí parado, dijo:

—¿Por qué no dejamos que Matteo decida?

—No me importa el estilo que esté de moda —dije—. Las ropas sirven para abrigarnos y protegernos.

—En absoluto, Matteo —dijo el Maestro—. Las ropas tienen más finalidad que su mera función.

No debería estar sorprendido porque mi maestro se interesara por este tipo de

cosas. El efecto del color y el corte formaba parte de la misma atención con la que cuidaba todos los detalles.

Me miró y dijo:

—¿Te preguntas, Matteo, si en realidad es tan importante el que una capa lleve pelo cosido en el borde o no?

—Creo que no se trata de una consideración de moda —respondí—. El pelo de los animales, en especial el del armiño, está diseñado para desviar el viento.

El Maestro se acercó a mí inmediatamente. Me tendió una piel de armiño.

—Demuéstramelo, Matteo.

Tomé el pellejo y pasé los dedos a lo largo de la piel.

—Mira cómo vuelve a su lugar. El pelo crece de esta forma con un fin, dado que cambia a blanco en invierno para que el armiño pueda esconderse en la nieve.

—¿Por qué?

Le miré mientras hablaba. Debía saber el motivo. Volví a sentir que me estaba poniendo a prueba.

—¿Por qué? —repetí—. Para poder sobrevivir.

—¿No viviría en cualquier caso?

—El armiño es presa de pájaros como el gavián y el halcón. En invierno, serían fáciles de distinguir. El pelo cambia de color para disimular mejor al animal cuando se mueve entre la nieve.

—¿Y cómo sucede esto?

—Por obra de Dios, por supuesto —dijo Giulio—. La naturaleza de las cosas es divina.

Él y el sastre intercambiaron miradas.

Mi maestro no se percató. Pero Felipe sí lo hizo.

—¿Qué más necesita el muchacho? —interrumpió—. Date prisa, Giulio, antes de que Messer Leonardo decida examinar en detalle el punto de cada calceta.

Giulio sonrió. Felipe había desviado su atención cambiándola de una leve sospecha a pura despreocupación.

—Echemos un vistazo al paño de color que Felipe trajo de Florencia —dijo Graziano—, y cómo puede combinar con el resto del conjunto.

Les observé mientras buscaban entre los tejidos y entonces me di cuenta de que mi propio maestro quería parecer atractivo e innovador. Combinaba colores que otros no considerarían, como burdeos con rosa o violeta con azul, sugiriendo lazos dorados en una túnica de color verde oscuro.

—Y hay que cortarle el pelo al chico —gritó Giulio cuando abandonamos por en la habitación.

Así que me enviaron al barbero del castillo, que me cortó el pelo. Después, como una oveja esquilada, volví a los aposentos del Maestro.

—Matteo, parece que tienes ojos bajo esa maraña de pelo después de todo —dijo Graziano cuando me vio.

Cuando entré en el taller, todos estaban sentados juntos en taburetes.

El Maestro me llamó y me sujetó la barbilla mientras estudiaba mi rostro.

—Sus rasgos me recuerdan a los de un cuadro de otro artista —meditó—. Tu frente tiene profundidad y tus labios son totalmente redondeados. Los pómulos están bien señalados, lo que es bueno, ya que definirán tu aspecto cuando madures. Creo que podrías llegar a ser altanero, Matteo, si así lo desearas.

Bajé la cabeza e intenté zafarme de su mano, pero me condujo a un espejo de gran tamaño que había apoyado en una pared de la habitación. Había depositado este espejo en un ángulo opuesto a la ventana para que, independientemente del lugar de esa habitación en el que trabajara, pudiera ver el exterior. Esto parecía gustarle, pero a mí me resultaba incómodo tener que pasar delante de este cristal reflectante descubierto.

No me resultaba agradable la visión de los espejos. Era algo en lo que mi abuela y yo habíamos discrepado. «Por tus venas corre sangre supersticiosa», me reprendía cuando yo insistía en que mantuviéramos tapados todos los espejos que poseíamos.

Sin embargo, había oído historias alrededor de las fogatas de otros viajeros y sabía que una persona podía perder su alma dentro de su reflejo.

Mi abuela se reía de este pensamiento. «Un espejo es metal pulido al que se le ha dado forma para su fin, o una pieza de cristal con metal líquido pintado detrás y dejado secar. Es algo muy sencillo: algunos elementos tienen esta propiedad. El agua, que es la fuente de toda la vida, es uno de ellos. En un día claro, si miras en un lago, verás reflejado en él tu cuerpo y el cielo». «Pero —replicaba yo—, mira lo que le ocurrió a Narciso que, al mirar en un estanque de agua, se vio a sí mismo y se tomó por otra persona de gran hermosura. Se enamoró de su reflejo, por lo que no pudo abandonar a esta imagen y pasó el resto de sus días ahí sentado, esperando a su imposible amor. Y nunca fue correspondido, languideció y murió, y crecieron flores en ese lugar». Mi abuela negó con la cabeza. «Ese cuento lo inventaron los antiguos para explicar por qué la flor llamada narciso crece a menudo cerca del agua». Pero yo no estaba convencido. Debía haber algo de verdad en la historia, en la que el agua actuó como espejo e hizo languidecer a Narciso junto al lago. ¿Por qué si no se concebiría una historia tal?

«Porque no lo comprendemos todo, Matteo —respondió mi abuela—. Y, al ser humanos, siempre intentamos que todas las cosas tengan una explicación». Recordaba ahora que el Maestro también había dicho eso: *Nos esforzamos por comprender*.

«Y cuando no podemos hacerlo —prosiguió mi abuela—, entonces inventamos historias que expliquen lo que consideramos inexplicable. En la época antigua,

pensábamos en el sol de esa forma. Los hombres contaban la historia de que la luz llegaba a la tierra a través del gran dios Ra, que nacía como niño cada día y que moría como anciano todas las noches, y que era transportado por el cielo en un carro dorado. Sabemos que eso no es cierto. Por lo que también sabemos que no tenemos nada que temer de una imagen reflejada». En el caso de un espejo, sin embargo, no estaba convencido de que no hubiera un hechizo dentro. La historia de Narciso es una de las muchas que se cuentan sobre aquéllos que quedaron atrapados tras un espejo. Así que, cuando el maestro me condujo ante el espejo para que observara mi reflejo, sólo eché una mirada furtiva. Es decir, sólo pretendía echar un vistazo rápido, pero la imagen contenida allí atrajo mi atención.

La miré fijamente.

El chico del espejo también me miró.

No le conocía. Su aspecto me era extraño y familiar al mismo tiempo, con las orejas despegadas, enormes ojos y el rostro anguloso.

El Maestro debió notar mi gesto alarmado.

—No te apures —dijo—. Estás en la difícil etapa en la que no se es un niño, pero tampoco se ha madurado del todo. La grasa infantil se ha ido, pero todavía tienes que convertirte en adulto. Es un período complicado. Pero creo que cuando llegues a la madurez, harás agitar los corazones en los pechos de las damas.

Fruncí el ceño juntando las cejas en lo que esperaba que fuera una fea mueca. El Maestro se rio de mí y me dio una palmadita en la cabeza.

—Si estás intentando ser repulsivo, lo haces en vano. Pareces más interesante cuando te enfadas, Matteo. Cuando miras de forma tan furiosa tienes un aire peligroso que las mujeres encontrarán muy atractivo.

Fruncí el ceño aún más y me separé de él bruscamente.

—Matteo —dijo Graziano amablemente—, debes aprender a aceptar un cumplido.

Me había retirado a la esquina más alejada de la habitación desde la que solté una respuesta seca.

—No sabía que se tratara de un cumplido.

—Aunque no lo fuera, irte enojado y enroscarte en un rincón no es forma de responder a algo que te disgusta —señaló Felipe.

—Ni arremeter contra nadie daga en mano —dijo el Maestro.

Me quedé sin aliento. ¿Estaba pensando en la vez en que me vio amenazar la garganta de Paolo con la punta de mi cuchillo?

—Debes aprender a reaccionar con sangre fría.

—De esa forma, no se es coherente con uno mismo —dijo.

—Vivimos en una sociedad —dijo Graziano con suavidad.

—Existen normas de comportamiento —dijo Felipe—. Los modales nos ayudan a

convivir, aunque sepamos que algunas de estas gentilezas son algo estúpidas.

—Con más razón hay que mantener el propio punto de vista —dije con terquedad—. Lo que sientes aquí —dije colocándome la mano en el pecho— es lo único cierto y uno debe actuar en consecuencia.

—No obstante, ¿no sería mejor —dijo el Maestro— dominar tus emociones, en lugar de dejar que ellas te dominen?

—¿No significaría eso que ya han dejado de pertenecerte? —le pregunté.

El Maestro se rio, pero se tomó mi opinión en serio, como hacía habitualmente.

—Estoy de acuerdo en que es difícil de determinar, especialmente en la juventud, cuando ser fiel a uno mismo es un asunto de gran importancia. Y así debe ser. Pero entiende, Matteo, que no te pedimos que reniegues de tus sentimientos, sino que cuestionamos la reacción que provocan en ti. Una acción incontrolada puede resultar desastrosa. Para ti y para los demás. ¿Te das cuenta?

Murmuré un sí.

—Es mejor pensar detenidamente y actuar después —añadió—. Es mucho más impactante y efectivo.

—Podría ser un buen lema para los Borgia —murmuró Graziano.

Felipe dirigió su mirada a Graziano, que se calló inmediatamente.

## Capítulo 14

La única parte de mi vieja vestimenta que no deseché fue el fino cinturón con el morral que llevaba bajo la túnica.

No estaba a la vista, y con mis pesadas ropas estaba bien escondido. Había decidido que si me preguntaban acerca de él, respondería que se trataba de un obsequio especial. Aunque el pequeño peso que transportaba en mi cinturón me recordaba constantemente a Sandino, llevaba bastante tiempo sin pensar en él. Estábamos a kilómetros de Perela, al sur de Bolonia, y lejos del territorio controlado por Sandino.

Mi maestro estaba trabajando en asuntos militares. De esta forma, además del protocolo, adquirí información relevante sobre los conflictos y el entorno militar. Aprendí que a un palmo de la clavícula se encontraba la parte más vulnerable del cuerpo de un hombre. En el cuello hay una larga columna que transporta la sangre y es vital para la vida. Si se daña, la sangre brota muy rápidamente.

—Un cuchillo —dijo el Maestro—, un cuchillo afilado o una espada, aplicados en este punto —colocó su mano en el lateral de mi cuello— provocarían la muerte en segundos. Por ello hemos modificado la ropa de los soldados.

Me enseñó su nuevo diseño para el revestimiento de la cota de mallas que cae de los cascos. Mientras los armeros del castillo estaban ocupados con la fabricación de estos revestimientos, el Maestro observaba a los soldados discutir tácticas con los bombarderos encargados del cañón. Había diseñado un inmenso cañón y estaba calculando sus dimensiones y peso. Me resultaba asombroso que amara la naturaleza y, al mismo tiempo, pudiera construir instrumentos para matar. Pero no tenía el sueldo asegurado. No era hijo legítimo y, por lo tanto, no podría exigir ninguna pensión por parte de su padre. Toda su existencia y la de su grupo dependían del patrocinio de los demás.

Aún así, se las arreglaba para salir al campo de vez en cuando y estaba interesado en las tradiciones sobre plantas populares que pudiera contarle. Deseaba conocer todos los detalles sobre el mundo en el que vivimos. Me pidió más información sobre mi abuela y sus habilidades con las hierbas, y anotó la receta de los ungüentos que pude recordar. Pero no tenía todas las recetas de mi abuela en mente. Cuando murió, quemaron su libro junto con sus pertenencias.

Un día, cuando llevábamos cabalgado un buen trecho desde el muro del castillo de Averno, Graziano, que había estado refunfuñando y llevándose las manos al estómago desde por la mañana, nos pidió que parásemos. Había visto una planta que crecía al borde del camino. Nos apeamos de los caballos. Cogió una hoja y se la llevó a la boca. Cuando se arrodilló para hacerlo, se puso a mi nivel, ya que permanecía en pie junto a él. Sin pensarlo, le arrebaté la hoja de la mano como haría con un niño a

punto de llevarse un objeto peligroso a la boca.

—No debes comerla —dije.

—Es menta —protestó—. Ayudará a aliviar mi dolor de estómago.

—No es menta —respondí.

—¿Qué habéis encontrado? —dijo la voz del Maestro con interés creciente.

Graziano rio y dijo:

—El chico me está dando instrucciones. Matteo dice que si como esto, moriré.

—No morirás —dije—. Pero tendrás un fuerte dolor de vientre antes de la puesta de sol, que te durará varios días.

—Llevo tomando menta desde hace tiempo ya que tengo constantes dolores de estómago.

—No es menta —repetí—. Parece menta, pero no lo es.

El Maestro tomó la planta en sus manos y la estudió.

—¿Cómo lo sabes, Matteo? —me miró con curiosidad—. ¿Por qué dices eso?

Este era un rasgo distintivo de nuestra relación. No había ni un atisbo de sarcasmo en su pregunta. No se mofaba de que yo, al ser un niño, pudiera saber más que lo que él sabía.

—Se parece a la menta pero crece en un lugar distinto —le dije.

Hay muchos tipos de menta —dijo el Maestro lentamente—, de distintas tonalidades, de color esmeralda a casi amarillo, y un tipo llamado *herba gitana* con pequeñas flores, que procede de Creta. ¿No podría tratarse simplemente de otra variedad?

—No, porque la cara interna de esta hoja es distinta a la de la menta.

Busqué alrededor hasta que encontré una hoja de menta.

—¿Lo veis?

—Lo veo, Matteo. Cogió la hoja de mi mano.

—Abigarrada.

Lo repitió lentamente para que pudiera interiorizar el término.

—Abigarrada.

Asentí para hacerle saber que había retenido la nueva palabra.

—Eso significa que hay una diferencia de color en la propia hoja —dijo dándole la vuelta—. Debe haber mutado a partir de la menta... ¿o quizá sea una evolución? Esto es más interesante.

—La menta se ha utilizado en la cocina desde la antigua Roma —dijo Graziano obcecado—. Sus propiedades para ayudar a la digestión son conocidas.

—Ésta ayuda a perjudicar la digestión —dije con la misma terquedad—. Se la daría a animales para hacerlos vomitar si creyera que lo necesitan para aliviar otras enfermedades.

—Graziano —dijo el Maestro—, ¿podrías recordarme lo siguiente? ¿Cuándo

experimentaste por primera vez ese dolor de estómago?

—¿Es necesario que lo recordemos? —bromeo Felipe—. ¡Todo el mundo sabe cuándo Graziano se encuentra mal!

—Me sobrevino una dolencia en el vientre, en las llanuras de los alrededores de Milán hace más de dos años —dijo Graziano—. El clima era húmedo. Me recomendaron que masticara hojas de menta, lo que me alivió. A partir de ese momento, las tomo cada vez que las encuentro.

—Desde ese momento, has sufrido constantemente dolores de estómago —dijo el Maestro—. ¿No te das cuenta de lo que ha ocurrido? Estabas enfermo y te prescribieron menta, lo que te alivió, pero entonces, en nuestros desplazamientos, tomaste esta falsa menta y, en lugar de aliviar tu estómago, lo empeoró.

—También comiste mucho —añadí. Y era verdad. Le había visto cenar tarde la noche anterior—. Si llenas tu estómago justo antes de acostarte, te sentirás mal por la mañana.

—¡Habla claro, Matteo!

Felipe se rio a carcajadas. El Maestro se nos unió. Alternaba mi mirada entre uno y otro. No era consciente de que hubiera hecho una broma.

El Maestro me dio una palmadita en el hombro.

—¡Los niños ven la verdad!

Graziano bajó la cabeza en gesto de arrepentimiento.

—No puedo negar que disfruté comiendo.

—Cena un poco menos y disfrutarás más del desayuno —aconsejó Felipe.

—Permitidme un momento para que dibuje esto —dijo el Maestro.

Sus amigos intercambiaron miradas indulgentes cuando se sentó en una roca. Elevó la vista para observarles.

—Sólo me llevará un momento.

—Como las comidas de Graziano —bromeó Felipe.

Pero dijo esto en voz baja para no perturbar al Maestro, que ya había comenzado a dibujar.

Uno de los materiales que trajo Felipe cuando regresó de Florencia fue un suministro de cuadernos. Los encuadernadores los fabricaban según las dimensiones precisas indicadas por el Maestro para que siempre pudiera llevar uno en su cinturón. Podía rellenar un cuaderno en un día, cubriendo las páginas de dibujos y anotaciones. De esta forma, aunque nunca olvidaba una anotación o un dibujo que había hecho, y todos los que trabajaban en su taller sabían que cada hoja, incluso la que contenía el dibujo más tosco, se debía guardar con cuidado, era tremendamente difícil mantener ningún registro u orden en sus manuscritos. Su cerebro acumulaba conocimiento de todo tipo y lo vertía en sus bocetos, historias, fábulas y muchas, muchas anotaciones.

Pronto quedó absorto, no sólo por esta planta sino por las demás que florecían en



el lugar umbrío en el que nos habíamos detenido. Al final, pasamos el día entero allí. Felipe y Graziano le observaban con ojos cuidadosos y vigilantes. Cuando el Maestro terminó de dibujar las hojas, flores y plantas, las recogió y las presionó con cuidado contra hojas especiales de papel. Se aseguraron de que tuviera comida cerca, algo de pan y una botella de vino mezclado con agua. Hice lo que pude para ayudar, llevando a pastar a los caballos, llevándoles a beber al río, buscando bajo los árboles un poco alejados cualquier espécimen inusual que pudiera descubrir. Finalmente, levantó la cabeza. Me llamó para que me acercara.

—¿Conoces esta planta?

—La conozco. La llamamos —comencé a decir. Entonces me detuve. Debía aprender a no decir «nosotros» cuando me refería a mi gente—. En el campo, se le llama Estrella de Belén.

Me mostró la página. Me sorprendió. Había dibujado con mucha precisión la hoja, el tallo y los diminutos pelillos fibrosos que se enredaban debajo.

Había algo más a su lado.

Me vio echar un vistazo y me preguntó.

—¿Qué te parece esto, Matteo?

—Es un fósil, un animal que vivió hace mucho tiempo.

Pasó las páginas y me mostró las hojas en las que lo había dibujado, así como dibujos de rocas de distintas formas y tamaños.

—Maestro —dije—, en calidad de ingeniero, está encargado de la mejora de los castillos para resistir los ataques según las órdenes de *Il Valentino*, Cesare Borgia. Sé que también es pintor, pero que no es el único motivo por el que disecciona y analiza en su búsqueda del conocimiento médico. Ahora manifiesta su interés por las plantas y las rocas. ¿Cuál es su campo de estudio?

—Todos.

—¿Cómo que todos?

El Maestro rio.

—Me interesa el conocimiento de todas las materias. Tengo una mente inquisitiva.

Me puso un dedo en la frente.

—Y me he percatado de que tú también.

Recordé el momento en el que me encontraba frente a la mesa de disecciones con él y me aproximé para ver lo que estaba haciendo. Él se detuvo, movió su mano a un lado y dijo: «Observa detenidamente, Matteo, y mira lo que puedes descubrir por ti mismo».

Estaba examinando la lengua con una lente de aumento. Cuando volvimos a su taller en el castillo, buscó entre sus dibujos uno de un león y me lo mostró. A continuación, relató cómo, cuando trabajaba para el Duque de Milán, vio un león que

tenían encerrado en un foso del castillo. Un día, se sentó y observó cómo la bestia lamió la piel de un cordero hasta retirarla antes de comérselo, utilizando sólo su áspera lengua. Señaló al dibujo y dijo:

—La lengua del león está diseñada para ese fin.

De esta forma, me educaba en muchas materias y, a cambio, le ofrecía mi conocimiento de las plantas. No había ido a la escuela, pero sabía qué podía curar y qué podía matar. Conocía las hierbas que sanaban y las venenosas.

Conocía muy bien las venenosas.

Pero, ese día, al ver que la luz perdía intensidad, el Maestro cerró el cuaderno.

Recogimos sus especímenes botánicos y regresamos a Averno. Había una citación de Cesare Borgia esperándonos en el castillo. *Il Valentino* había enviado un mensaje desde su cuartel militar de invierno en Ímola. Deseaba que Leonardo da Vinci y su grupo se reunieran con él sin demora.

## Capítulo 15

Llegamos a Ímola el día siguiente por la tarde.

Las antorchas que ardían en los muros del castillo iluminaban los banderines amarillos y negros de Cesare Borgia que se agitaban desde las torres. Un hombre moreno con una antorcha llameante nos recibió cuando nuestros caballos cruzaron con estrépito el puente y pasaron bajo la bandera con el emblema del toro pastando.

—Messer Leonardo —dijo—, soy Michelotto, hombre de confianza del Príncipe Cesare Borgia. Su señor, *Il Valentino*, desea veros de inmediato.

—Estoy a sus órdenes.

El Maestro miró a Felipe, que asintió ligeramente y dijo:

—Me encargaré de nuestro alojamiento y de deshacer el equipaje.

—Matteo tomará mi cartera y vendrá conmigo, y le enviaré a recoger cualquier dibujo o modelo que pueda requerir el príncipe.

Seguimos al hombre llamado Michelotto por los pasillos mientras nos conducía en presencia del hombre más temido de Italia. Cuando entramos en la habitación de la primera planta del castillo, Cesare Borgia se levantó de la silla en la que estaba sentado tras la mesa y vino a recibirnos. Era un hombre alto, que aún no había cumplido los treinta años, y caminaba con gracia y determinación. A pesar de que su rostro estaba marcado por lo que se conocía como el mal francés, tenía un atractivo misterioso en sus astutos ojos. Llevaba una túnica negra, cosida y encordada con delicadeza, calzas negras y unas botas negras altas de piel. El único color que destacaba en su indumentaria era un anillo en el dedo corazón de su mano izquierda. Un pesado anillo de oro con un único rubí enorme, rojo como la sangre.

—Tenemos un serio problema, Messer Leonardo.

Agarró al Maestro por el hombro y le condujo a la mesa.

—Mis espías —dijo inclinando su cabeza, y ahí fue cuando me percaté de la presencia de dos hombres ocultos en las sombras de la habitación— me han alertado de que me prepare para un asedio.

Él se rio y, de algún modo, el sonido de su risa era más aterrador que un grito de ira.

—En este castillo, aquí en Imola, yo, Cesare Borgia, voy a ser atacado por mis antiguos capitanes. Por lo tanto, necesito su consejo con urgencia en lo que respecta a la preparación de las instalaciones militares y la defensa.

Chasqueó los dedos y un sirviente dio un brinco para coger la capa de mi maestro. Nos dirigimos a la mesa, abrimos la cartera y sacamos los diseños de la nueva armadura y las máquinas de guerra. A continuación, permanecí en pie a un lado, mientras Cesare Borgia y el Maestro las revisaban y estudiaban, junto con los planos del castillo. Durante vanas horas, mi maestro realizó anotaciones y bocetos hasta que

acordaron el trabajo que se llevaría a cabo de forma más inmediata.

Entonces, Cesare dijo:

—Debéis tener hambre. Comed ahora y hablaremos después.

Ondeó la mano al despedirse.

—¿Todos sus capitanes participan en esta conspiración?

Estábamos en nuestros aposentos, un conjunto de habitaciones en otra parte del castillo.

Felipe respondió a la pregunta del Maestro con voz baja, casi en un susurro.

—Eso parece.

—¿Incluso mi amigo, Vitellozzo?

Felipe miró hacia la puerta y asintió.

El Maestro suspiró profundamente.

—Entonces tiene los días contados.

—Bebe algo de vino —le exhortó Felipe.

Graziano había traído comida y bebida de la cocina y nos sentamos a comer mientras discutían la situación en voz baja.

La familia Borgia deseaba tener toda Italia bajo su poder pero, incluso con el ejército papal a sus órdenes, Cesare no disponía de suficientes hombres ni recursos para ello. Tenía que hacer uso de los mercenarios y los ejércitos de cualquiera que respaldara su causa. Con su apoyo había logrado conquistar gran parte de la Romagna. Pero ahora, sus capitanes habían empezado a preocuparse por su ambición e impiedad y, temiendo que se volviera contra ellos, estaban conspirando contra él ayudados por los señores depuestos. Graziano había oído de los criados del castillo que era de todos conocido que los conspiradores se habían reunido cerca de Perugia para tramar la caída de los Borgia.

—No deberías estar tan preocupado, Matteo —Graziano me sonrió—. Al Príncipe Cesare Borgia le caemos en gracia. Pero deberíamos tener en cuenta, en caso de que el castillo de Ímola cayera, que uno de los capitanes rebeldes, un hombre llamado Vitellozzo Vitelli, es amigo del Maestro.

No obstante, la situación era incómoda. Había estado oculto a salvo en una fortaleza de los Borgia en la que Sandino no me buscaría. Pero vivir en el mismo lugar en el que residía el propio Cesare Borgia era otra cosa. Había mencionado que sus espías le habían entregado informes. Había visto a esos hombres por el castillo y sabía que Sandino trabajaba como espía para los Borgia. Sandino, que todavía deseaba recuperar lo que le había robado. ¿Qué habría estado haciendo ese vil bandido las últimas semanas al no encontrarme? Otros actos criminales, sin duda, para aquél que le pagara más.

No dormí bien esa noche. Tampoco lo hice las restantes, ya que si era poco habitual ver a Cesare Borgia a la luz del día, sin embargo vagaba por el palacio en la

oscuridad, tramando la venganza contra aquellos que le habían traicionado.

## Capítulo 16

Al día siguiente, comenzamos a trabajar con las primeras luces del día.

Nos reunimos con el comandante del castillo y, a continuación, se ordenó a los picapedreros y los carpinteros, provistos de los dibujos y detalles de los ajustes realizados por mi maestro, que empezaran a trabajar. Por la tarde, el Maestro me indicó que le acompañara y partimos hacia Imola.

Durante los siguientes días, midió con pasos cada calle de la ciudad, desde la iglesia franciscana al río, del castillo a la catedral, conmigo a su lado, mientras medía, calculaba, anotaba y dibujaba.

Entretanto yo, fingiendo tener frío, mantenía la capucha de la capa elevada para ocultar mi rostro, mientras recorría cada callejón con él, portando sus materiales. A última hora de la tarde, inspeccionaba las mejoras que se habían realizado en la fortaleza y realizaba tantos cambios como fuera necesario. Tras la cena, sacaba los papeles y trabajaba en su plano de la ciudad.

Cesare Borgia quedó sorprendido y encantado cuando se le presentó al fin el mapa de Ímola.

—Nunca había visto una imagen como ésta —declaró.

Lo colocó en la mesa ante él y anduvo alrededor para estudiarlo desde todos los ángulos.

—Con esto puedo ver como si fuese un águila. ¡Qué inmenso es el poder que me da! Aunque la ciudad fuera ocupada, gracias a esta información podría concebir una estrategia de contraataque —sus ojos brillaban—. ¡Imaginaos que dispusiera de un plano así para cada ciudad y pueblo de Italia!

Estaba tan satisfecho que vino a nuestros aposentos para cenar con nosotros esa noche, y así fue como escuchó la fábula que mi maestro nos contó para entretenernos una vez que acabamos de comer.

Era la historia de la nuez y el campanario, y decía así:

«Un cuervo transportaba una nuez a la cima de un alto campanario. La nuez cayó del pico del cuervo, alojándose en una hendidura de la pared del edificio. Salvada de su destino de ser comida por el cuervo, la nuez buscó abrigo en el campanario».

Pero antes de hacerlo, la nuez admiró la belleza del campanario, su grandeza, altura y fuerza.

—¡Tienes un aspecto grandioso, noble campanario! —dijo la nuez—. Eres tan elegante y grácil. A todos les resulta hermosa la visión de tu contorno en contraste con el cielo.

Después, la nuez elogió el tono y el aspecto de las campanas.

—Tus campanas repican en toda la ciudad y más allá, hasta las lejanas colinas. Muchos dejan su trabajo para escuchar y disfrutar de su música.

A continuación, la nuez se lamentó de cómo le habían impedido caer de su árbol madre a la verde tierra.

—Un cruel cuervo me trajo a este lugar pero si tú, el más generoso y cortés campanario, me ofrecieras cobijo en tus paredes, permanecería aquí en silencio y acabaría mis días en paz.

Y el campanario, conmovido por la compasión, asintió.

El tiempo pasó. Todos los días, las campanas doblaban el Ángelus desde el campanario. La nuez permanecía en silencio.

Pero entonces, la nuez se abrió con un crujido, y desde su cáscara brotaron finos retoños. Echó raíces entre las grietas y hendiduras. Después empujó los brotes hacia arriba, que crecieron más altos que el propio campanario. Las ramas aparecieron, se hicieron más fuertes. Las raíces ensancharon y empujaron con fuerza las piedras del edificio.

El campanario se dio cuenta, demasiado tarde, que estaba siendo destruido desde dentro.

Por último, se partió en dos y cayó en ruinas.

Era evidente que esta historia no trataba de un campanario real. Era una fábula que pretendía ilustrar cómo una persona puede introducirse con astucia en la vida de otra, obtener su sustento y favor, y traicionarle con ingratitud.

¿Había llevado Cesare Borgia esta historia a su terreno y permitido que su oscura mente viera reflejada en ella su propia situación? Los mensajeros iban y venían a todas horas del día y la noche, trayéndole información sobre el paradero y los planes de sus antiguos capitanes *condottieri*.

Así que, en los últimos meses de 1502, el resto de ciudades estado italianas esperaban el resultado de la revuelta de los capitanes. Entre ellas, había una en particular, cuyo territorio bordeaba el de la Romagna, que estaba ansiosa por obtener información y envió un emisario especial a Imola para averiguar las intenciones del Príncipe Cesare. En años anteriores, la opulenta república de Florencia había expulsado a una poderosa familia gobernante, los Medici, y no deseaba reemplazarla por otra de un poder aún más siniestro, los Borgia. Por lo tanto, el Consejo florentino envió a Messer Niccoló Machiavelli a Imola en calidad de embajador.

Este tal Machiavelli era un hombre intrigante e ingenioso, y el ambiente distendido que se respiraba en nuestros aposentos se alteró cuando se unió a nosotros. Mi maestro podía hablar de los clásicos con él, mientras Felipe y yo comentábamos con prudencia la situación política. Ellos consideraban también que la conducta de nuestro anfitrión resultaba amenazadora.

—Sus antiguos capitanes han tomado ahora para sí algunas de las ciudades que capturó —nos contó Machiavelli—. Nunca se lo perdonará. Su comportamiento presagia castigo para cualquiera que le haya enojado.

Conforme se acercaba la Navidad, *Il Valentino* parecía menos tenso y decidió que celebraría la festividad con una cena. Invitó a uno de sus oficiales, un hombre conocido por haber discrepado de sus opiniones.

El clima se había vuelto muy frío, lo que nos hacía tiritar mientras trabajábamos. Mirando hacia abajo desde el muro del castillo la mañana de la cena, vimos al oficial llegar al castillo con su esposa y su comitiva. Esa noche se iba a celebrar un banquete en el gran salón. El propio Cesare se acercó para darles la bienvenida en el patio, ayudando a la esposa del oficial a bajar del carruaje y besando a ambos afectuosamente.

—Un saludo tan efusivo —dijo Graziano— debería placer al oficial.

—O —murmuró Niccoló Machiavelli, que permanecía junto a mi maestro— hacerle sospechar enormemente.



## Capítulo 17

Los ojos de Cesare Borgia se pasearon rápidamente entre los invitados a la cena. Su mirada se posó en mí, situado en pie junto a la silla del Maestro.

—¿Es necesario que este muchacho esté presente?

—Traerá mis bocetos y planos en caso de que así lo requiera, mi señor —dijo el Maestro—. Matteo sabe dónde se guarda todo.

La cena dio comienzo.

Alargué la mano y levanté la copa de vino de mi maestro. Antes de ofrecérsela, bebí de ella.

Los ojos del Maestro se abrieron sorprendidos.

—Insultas a nuestro anfitrión —dijo en voz baja.

Ambos miramos hacia el extremo de la mesa. Cesare Borgia había girado la cabeza para escuchar a uno de los invitados a la cena. Se trataba de la esposa del oficial que había llegado esa mañana, y que era bastante hermosa. Ella le sonreía coquetamente. *Il Valentino* se reía.

Sus huéspedes parecían relajados.

Yo no lo estaba.

Cesare Borgia comía con apetito, pero bebía poco. Con frecuencia, miraba alrededor de la mesa. Tenía el semblante de un hombre que acaba de entrar en un burdel.

Se anunció el postre con una fanfarria de trompetas. Cerezas impregnadas en licor con sabor a cacao, un manjar traído del Nuevo Mundo. Se me ocurrió que, ya que muy poca gente habría probado esta planta, era la oportunidad perfecta para disimular el veneno.

Me incliné y limpié la cuchara del Maestro con la servilleta. Le susurré:

—No pruebe este plato.

—¡Por favor, Matteo!

El plato se iba a servir a cada persona individualmente, pero de forma simultánea. Dirigida por un único tambor, una magnífica procesión de criados desfiló por el gran salón. Cada uno de los criados llevaba un plato, y se posicionaron uno detrás de cada silla, preparados para colocar un plato delante de cada comensal.

Al otro lado de la mesa, se sentaba el oficial. Este hombre había disgustado a Cesare Borgia, y yo recordaba cómo, esa misma tarde, Cesare Borgia le había recibido con pompa, abrazándole en el patio a su llegada, a la cabeza de su columna de soldados.

Pero ahora, los hombres del oficial estaban alojados a cierta distancia del castillo. Y su comandante estaba sentado solo en la mesa del Príncipe.

Mis ojos se encontraron con los del criado que permanecía en pie detrás de su

silla. El aliento oprimido en mi pecho me impedía respirar. No era un criado. Era Michelotto, el hombre de confianza de Cesare Borgia.

*Il Valentino* se puso en pie e hizo una señal. Frente a mí, al igual que el resto de los criados, el hombre de confianza de Cesare Borgia, colocó con ambas manos el plato en la mesa por encima de la cabeza del oficial. Los criados mantuvieron sus manos a cada lado del plato y esperaron.

Los comensales emitieron un sonoro murmullo de aprobación ante un plato tan inusual. Algunas de las damas aplaudieron. La esposa del oficial sacó una cereza con la cuchara y la introdujo en su boca.

—¡Delicioso! —exclamó.

Inclino la cabeza provocativamente hacia Cesare Borgia.

—Deberías probar una.

Le sonrió pero no hizo ningún ademán de comer. Era obvio que no era el único que tenía dudas acerca de este exótico plato, ya que aunque algunos habían levantado sus cucharas, muchos vacilaban.

Como si no hubiera notado nada extraño, Cesare Borgia se sentó, tomó su propia cuchara y la hundió en el postre. Se llevó un bocado a los labios. Pero el resto de los comensales no le imitó hasta que no tragó el bocado.

El oficial cogió la cuchara.

Cesare Borgia asintió e hizo una indicación a sus criados para que abandonaran la sala. La atención de todos estaba puesta en la mesa que se extendía ante ellos. De todos, excepto la mía.

En el lado opuesto de la mesa observé la sonrisa del verdugo de Cesare Borgia. Levantó las manos para descubrir la sorpresa. Entre sus dedos, a la luz de la velas, brillaba el metal de un garrote.

## Capítulo 18

En un repentino gesto violento, las manos del oficial sujetaron con fuerza el borde de la mesa.

Su garganta vomitó un ahogado sonido gorgoteante. Sus dedos se agarraron a la mesa frenéticamente y su plato comenzó a girar. Cayó al suelo y se hizo añicos.

Michelotto tiró del alambre.

Sin perturbarse, Cesare Borgia siguió hablando con la mujer sentada a su lado. Ella miró debajo de la mesa para ver qué había provocado el alboroto. *Il Valentino* sonrió y se inclinó hacia ella. Le susurró algo al oído.

Ella retrocedió. Se llevó la mano a la garganta.

A continuación, se puso en pie y profirió un largo grito. Pero era demasiado tarde para advertir a su marido y el resto de comensales tardaron algunos segundos en darse cuenta de lo que estaba ocurriendo.

El oficial pateaba mientras intentaba zafarse. Su silla cayó al suelo cuando su atacante tiró con fuerza del garrote. El propio peso del hombre facilitó su estrangulamiento. Intento tomar aire desesperadamente, arañando con las manos el rostro de su asesino. Entonces sus esfuerzos disminuyeron en intensidad. Michelotto propinó un último tirón y lanzó al hombre lejos. El cuerpo dio un espasmo y se sacudió con fuerza en el suelo, se estremeció y yació inmóvil. El rostro del oficial presentaba un color negro azulado, con la hinchada lengua sobresaliendo de los labios.

Algunos de los comensales se levantaron de la mesa. Cesare Borgia chasqueó los dedos y los soldados de su guardia personal entraron en el salón. Las espadas estaban desenfundadas. Al unísono, todos los invitados a la cena se quedaron de piedra, sin poder moverse de sus sillas; aquéllos que se habían puesto en pie se volvieron a sentar.

El Maestro se hundió en la silla. Metió la cabeza entre las manos. Felipe se acercó a él y empezó a ayudarlo a levantarse.

Desde el extremo de la mesa, Cesare Borgia habló.

—No he dado permiso a nadie para marcharse —dijo con suavidad—. Todos permanecerán sentados hasta que yo lo diga.

Se puso en pie y se acercó a la esposa del oficial, que lloraba histéricamente. *Il Valentino* abofeteó a la mujer, que dio un traspié y cayó en su silla, aún sollozando.

Felipe se enfrentó a Cesare Borgia y habló sosegadamente.

—Mi maestro no se encuentra bien. Solicito su permiso, mi señor, para que pueda irse a descansar y mañana le sirva en las mejores condiciones posibles.

Cesare Borgia mantuvo la mirada fija en Felipe durante unos segundos.

Graziano había retirado su silla de la mesa pero no se había puesto en pie. Tenía

la mirada puesta en Felipe. Me puse tenso. Contra mi voluntad, mantuve mi mano lejos del cuchillo que reposaba en la mesa a mi alcance. Ya tenía controlados a los soldados de la puerta. Ahora medía cuántos pasos nos separaban de la ventana. Pero sabía que no teníamos posibilidad de escapar. Si Cesare Borgia decidía considerar la petición de Felipe como un insulto, ninguno saldríamos con vida del salón.

—Messer Leonardo —dijo Cesare lentamente—, su trabajo es valioso para mí. Váyase y descanse antes de sus tareas de la mañana. —Miró a Graziano, después a Felipe y, a continuación, me miró a mí, como si memorizara nuestros rostros y nombres, antes de proseguir—. Puede llevarse a los miembros de su grupo con usted.

Sólo había pasado un segundo cuando Graziano y Felipe se colocaron a ambos lados del Maestro para ayudarlo a levantarse. Cogí su cartera. Nos retiramos de la habitación tan rápida y discretamente como nos fue posible.

Cuando nos marchábamos, Cesare Borgia llamó a sus músicos.

—Esta tristeza —gritó— no es propia de una fiesta. Tocad para nosotros una melodía alegre, trovadores.

*Il Valentino* tomó a la sollozante esposa del oficial por el brazo.

—¿Bailaría conmigo ahora?

## Capítulo 19

Nadie durmió en el castillo de Imola esa noche.

Mi maestro no comió, leyó, dibujó ni prosiguió con sus estudios. Se sentó junto a la ventana abierta con una pesada capa sobre sus hombros y observó el cielo nocturno.

Transcurrido un tiempo, Niccoló Machiavelli vino y habló con Felipe unos minutos. Había escrito previamente al Consejo de Florencia, diciendo que estaba en peligro y pidiéndole que le retiraran, pero no había servido de nada.

—Quizá ahora me escuchen —dijo—. Deseo abandonar este lugar en cuanto pueda.

—Y yo debo intentar desligar al Maestro de los servicios de los Borgia —respondió Felipe—. ¿Pero cómo hacerlo de modo seguro?

—La mente de Cesare Borgia está centrada en un único objetivo —dijo Graziano—. Y acabará con cualquiera que se ponga en su camino.

—Al considerarlo una causa importante —dijo Machiavelli—, cree que tiene derecho a emplear cualquier medio para alcanzar ese fin. Es una idea interesante.

—¿Se sabe algo más de los planes de sus capitanes? —le preguntó Felipe.

—Tengo a mis propios hombres trabajando en ello —dijo Machiavelli— y he recibido mensajes codificados recientemente. Pero temo que hayan pasado por las manos de Cesare Borgia por lo que puede que sólo escuche lo que él desee que escuche. —Machiavelli se encogió de hombros—. Por lo que sé, los franceses están enviando tropas para ayudarle. Sospecho que esperará hasta que estén cerca y, entonces, ofrecerá a los capitanes *condottieri* la posibilidad de una reconciliación. Ellos no sabrán que Cesare ha reunido a más tropas al margen de los capitanes y es posible que crean que está intentando hacer las paces dado que le superan en número. Está planeando organizar un encuentro con ellos para negociar.

—¡Es evidente que no será aquí! —dijo Felipe, horrorizado—. No serían tan estúpidos como para venir a esta guarida para ser devorados.

Por la mañana, recibimos noticias definitivas. Cesare Borgia se reuniría con sus antiguos capitanes para negociar, pero no en Ímola. El encuentro se celebraría en su territorio, en un lugar que acababan de tomar y en el que estaban apostados sus efectivos. Teníamos que prepararnos para el viaje. En una hora, Cesare Borgia, sus hombres y sus criados abandonarían el castillo hacia la ciudad costera de Senigallia, en el Mar Adriático.

—¿Todos los capitanes han aceptado este encuentro? —preguntó el Maestro a Felipe mientras nos poníamos en camino. Estaba sentado junto a mí en un carro tirado por caballos que transportaba sus libros y materiales. Felipe y Graziano se desplazaban en sus propios caballos junto a nosotros.

Felipe asintió. A recaudo entre ellos quedaba el nombre de Vitellozzo Vitelli, el capitán amigo del Maestro.

Flanqueados por seiscientas picas suizas, descendíamos la Vía Emilia en el séquito del ejército de Cesare Borgia. Nevaba en los últimos días de ese amargo diciembre. Los pueblos que atravesábamos estaban desiertos. Sospechaba que los habitantes habían escapado ante nuestra llegada y volverían una vez que el ejército se hubiera marchado. Nos detuvimos en Cesena, donde celebraron un baile en honor de *Il Valentino*, que bailó y flirteó como si no le preocupara nada más en el mundo.

Pero, en secreto, Machiavelli nos contó que el ejército de Cesare Borgia se había dividido y que avanzaríamos por separado a través de distintas rutas para converger en Senigallia.

Durante los días anteriores a la Navidad, Cesare Borgia celebraba banquetes y escuchaba música. Sin embargo, seguía pensando en la venganza, por lo que, cuando el gobernador de la región, Remiro de Lorqua, se reunió con él con motivo de las celebraciones, Cesare le arrestó. Bajo tortura, el hombre confesó formar parte de la trama.

De esta forma, en la mañana de Navidad, Remiro de Lorqua fue decapitado en la plaza pública y su cuerpo expuesto para que todos lo vieran. Una vez ejecutado este acto, partimos para Senigallia al día siguiente, veintiséis de diciembre.

## Capítulo 20

Como símbolo de buena fe, Cesare Borgia pidió a sus antiguos capitanes que retiraran sus tropas de la propia ciudadela de Senigallia.

Ellos respondieron a su petición.

De este modo, el último día del año, llegamos al río Misa, donde los rebeldes capitanes *condottieri* salieron al encuentro de *Il Valentino*. Junto a mí, en el carro, el Maestro refunfuñó cuando les vio aproximarse.

Graziano me susurró: «¡Vitellozzo está aquí! ¡El maestro le ha visto!».

Observamos ansiosos el momento en que las dos caballerías se unieron.

Pero Cesare Borgia parecía un hombre nuevo. Avanzó alegremente y saludó a los vigilantes y recelosos capitanes. Sus ojos brillaban de placer al ver sus rostros y les llamó uno a uno por sus nombres. Se inclinó sobre su montura para abrazar a cada hombre como se haría con un amigo al que no se ha visto en muchos días.

Por su parte, los capitanes parecían relajarse. Respiraron tranquilos en cuanto percibieron que Cesare no había traído un número elevado de tropas consigo. Asimismo, parecían hipnotizados por esta muestra de simpatía y atención.

El grupo se preparó para cruzar el puente hacia el burgo. Chasquéé las riendas, pero Felipe se acercó y detuvo mi brazo con su mano. No me dijo nada, pero reduje el ritmo e hice que el animal se retrasara un poco para quedarnos rezagados. Me percaté de que Messer Machiavelli estaba haciendo lo mismo. Al otro lado del carro, Graziano acercó su caballo para proteger al Maestro.

Machiavelli nos indicó posteriormente que *Il Valentino* había enviado a sus espías a la ciudad en gran número para bloquear todas las puertas excepto aquella por la que él iba a entrar.

Así que Cesare invitó a Vitellozzo y al resto de capitanes a acompañarle. Conforme cruzaban el río, la caballería de Cesare Borgia varió su posición y se alineó para vigilar el puente.

Vimos cómo los capitanes miraban alrededor y murmuraban entre ellos.

La procesión entró en Senigallia acompañada sólo de las tropas a las órdenes de Cesare: una división de la infantería gascona y sus hombres de armas personales. Entre ellos estaba Michelotto.

Nosotros nos encontrábamos al final de la comitiva.

La puerta se cerró a nuestra espalda.

En ese momento, la intranquilidad de los capitanes se transformó en auténtico miedo. Se apresuraron a despedirse de su príncipe y señor feudal y volver a reunirse con sus tropas fuera de los muros de la ciudad. Pero Cesare les suplicó que esperaran y continuaran hablando con él. Su suma amabilidad y sus modales afectuosos les confundían. Les dijo que ya había preparado una casa en la que podrían dialogar. Les

pidió encarecidamente que se acercaran y discutieran los acuerdos que tendrían que llevarse a cabo para que la situación mejorara en el futuro. Él avanzó. Y ellos, al igual que nosotros, presionados por su escolta, no podían negarse.

Cuando llegamos a la casa, Cesare Borgia desmontó y los capitanes no tuvieron otra opción que hacer lo mismo.

Felipe y Graziano no lo hicieron. Felipe me echó una mirada llena de intención y yo, que esperaba estar interpretando su significado correctamente, comencé a maniobrar nuestro pequeño carro hacia la entrada. Pero la horda de soldados era demasiado grande. Estábamos atrapados en la multitud.

Cesare atravesó el patio a zancadas. Sus capitanes intentaron seguirle el paso. Había una escalera exterior que conducía a un nivel superior de la casa. Cesare comenzó a subir las escaleras.

Los capitanes hicieron por seguirle.

Pero, inmediatamente, Michelotto y los hombres de armas de *Il Valentino* les apresaron. Apenas pudieron defenderse. Fueron reducidos con tanta firmeza y rapidez que ni siquiera tuvieron tiempo de desenvainar sus espadas.

La trampa estaba servida.

—¡Espere! —uno de sus jóvenes capitanes llamó a Cesare Borgia—. Se lo suplico —gritó este joven implorando piedad—. ¡Mi señor, permítanos al menos hablar!

Cesare se detuvo en el último escalón. Observó a sus enemigos desde arriba. Entonces, se dio la vuelta y entró en la casa.

Los soldados posicionados detrás de nosotros comenzaron a avanzar. Graziano y Felipe sujetaron con firmeza la brida del caballo. El Maestro puso sus manos sobre las mías para reforzar nuestro agarre a las riendas y así poder salir de la confusión y retroceder hacia la puerta principal. Delante de nosotros vimos a Machiavelli, quien nos llamaba por encima del clamor.

—¡Por aquí! ¡Por aquí!

Rodeamos el muro interior de la ciudad hacia otra puerta que él sabía protegida por soldados. Sus propios espías, pagados con dinero florentino, sin duda. La atravesamos sin mediar palabra y salimos cerca de la ribera del río, donde encontramos el lugar en el que había acampado la caballería de Cesare Borgia.

Entonces, esperamos a que las tropas entraran furiosamente en la ciudad, sacando a los habitantes de sus camas y asesinando a cualquiera que consideraran conspirador contra *Il Valentino*. Machiavelli se escabulló desde su puesto de vigilancia nocturno para obtener todas las noticias que pudiera recopilar. No regresó hasta que casi había amanecido. Su rostro estaba serio.

Los capitanes *condottieri* habían sido apresados y conducidos a las habitaciones inferiores de la casa. En las primeras horas del primer día del Nuevo Año de 1503,



Michelotto había estrangulado a Vitellozzo y al otro joven capitán atados espalda con espalda sobre un banco.

—Perdonadme por traeros estas noticias tan horribles —dijo Machiavelli—. Pero debéis saber que *Il Valentino* pretende partir esta mañana con intención de batalla a la cabeza de su ejército. Ahora se dirigirá a Perugia y también al resto de ciudades que se resisten a su sometimiento. Los gobernantes de esos lugares ya han huido antes de que su ira les alcance. Llevará consigo al resto de los rebeldes capturados como prisioneros, pero su destino será el mismo.

Felipe se acercó a mi maestro para notificarle la muerte de su amigo. El Maestro no regresó hasta pasada una hora.

—El Maestro está enfermo —nos dijo—. Necesita tiempo para recuperarse. Debemos ponernos en camino hacia Florencia, donde podrá descansar. Enviaré un mensaje a *Il Valentino* contándole nuestras intenciones, y espero que esté demasiado preocupado por su propia venganza como para perseguirnos.

—Matteo —se dirigió hacia mí—, ¿puedes preparar nuestros caballos?

Me dirigí al lugar en el que habíamos guardado los caballos en sólidos refugios contra el frío. Habíamos colocado heno para que descansaran, pero el sonido de los gritos y la visión de las llamas en la ciudad hacían que los animales estuvieran inquietos. Tiraban de sus ataduras, intentando zafarse. Hablé con ellos y se tranquilizaron. Alargué la mano para desenganchar primero al caballo que tiraba del carro y, entonces, me detuve. Justo detrás de los árboles, dos hombres se movían a la luz de la luna. Reconocí sus rasgos. Uno estaba en la habitación en la que vi por primera vez a Cesare Borgia. El otro era uno de los hombres de Sandino.

Me arrodillé. A mi lado, el caballo se movió e inclinó su cabeza hasta empujar suavemente mi hombro. Dejé caer la mano sobre su largo hocico y soplé suavemente en sus fosas nasales. «No me traiciones, amigo —dije en voz baja al caballo—, mi vida depende de ti». Su conversación llegó a mis oídos a través del aire helado de la noche cuando pasaron cerca del lugar en el que estaba escondido, y en ella pude distinguir un nombre.

—... Perela...

—¡Perela! —me dije.

—... allí... el chico... hace semanas...

Entonces, escuché con nitidez cómo un hombre decía: —Su hombre ya se puso en camino hacia Perela. Sandino irá allí en cuanto lo notifique a Cesare Borgia. Ha jurado que quemará la fortaleza y todo lo que contiene.

Se me hizo un nudo en el estómago y creí que iba a vomitar.

Sandino pretendía atacar Perela.

## Capítulo 21

Felipe y Graziano se reunieron conmigo a primera hora de la mañana. Ya había ensillado sus caballos, y había pasado la vara a través del arnés del otro que tiraba del pequeño carro.

—Bien hecho, Matteo —dijo Graziano conforme comenzaba a empaquetar nuestras pertenencias.

Felipe dejó en el suelo la caja que transportaba.

—Iré a buscar al Maestro —dijo—. Debemos partir antes de que el campamento se ponga en marcha.

—No puedo ir con vosotros —dije.

—¿Qué disparate es éste! —dijo Felipe drásticamente.

—¿Por qué deseas quedarte aquí, Matteo? —preguntó Graziano.

—No es mi intención esperar aquí —dije—. Debo dirigirme a Perela. Escuché por casualidad una conversación entre dos hombres de *Il Valentino* en la que decían que planeaban atacar a nuestros amigos en su fortaleza.

Felipe iluminó mi rostro con su farol.

—¿Es eso cierto?

—Eso es lo que escuché.

—¿Por qué querría hacer Cesare Borgia algo así? —preguntó Graziano—. El Capitán dell'Orte es un soldado leal.

—Sí —dijo Felipe—, pero incluso hay soldados leales que son atrocemente asesinados. —Felipe me miró con atención—. ¿Cómo te enteraste de eso?

—Estaba con los caballos y oí cómo dos hombres se acercaban cabalgando. Eran dos de los espías de Cesare Borgia.

—Tu deseo de ir a Perela y advertirles es muy noble —dijo Graziano—, pero...

—No intentéis detenerme —dije.

No podía explicarles el motivo por el que quería dirigirme al peligro cuando lo más lógico era escapar de él. Ni siquiera podía explicármelo a mí mismo. Mi único pensamiento era llegar a Perela antes que Sandino y poner sobre aviso al Capitán dell'Orte. Tenía suficientes hombres y experiencia militar para resistir un ataque de Sandino y sus bandidos. Pero sólo si se lo advertía a tiempo.

—Utiliza mi caballo —dijo Graziano—. Yo viajaré en el carro con nuestro maestro.

Felipe me cogió la mano. Me dio algunas monedas.

—Guárdalas —dijo—. Puede que necesites dinero. Le diré al Maestro lo que ha ocurrido.

Graziano también me puso algo en la mano. Era una larga daga.

—Esto también te podría servir.

Antes de marcharme, Felipe me dijo:

—Serás bienvenido en nuestro grupo si decides regresar. Haz lo que puedas. —  
Me dio unas palmaditas cariñosas en la cabeza—. Espero que nos volvamos a ver,  
Matteo.

Conduje el caballo de Graziano a un lugar apartado. En cuanto estuvimos lejos de la vista de cualquier observador, monté y partí en dirección a Perela.

Cabalgué tan rápido como pude, para llegar al lugar en el que confluían los ríos al mediodía del día siguiente. Atravesé el puente galopando, mientras el guardián del peaje me gritaba que debía pagar lo debido. Subí la colina coronada por la fortaleza.

En ese momento, vi el humo elevarse en el aire.

Vi el gran portón derribado.

Y me di cuenta de que era demasiado tarde.

# TERCERA PARTE

## LA VENGANZA DE SANDINO

---

## Capítulo 22

Mi primer impulso fue golpear al caballo en el costado y apresurarme en llegar a la fortaleza.

Pero no lo hice.

Frené el paso y observé la edificación. No había movimiento en las ventanas ni ruidos de batalla. Lo que hubiera ocurrido aquí había pasado recientemente ya que, en caso contrario, el fuego se habría consumido por completo y el humo no ascendería hacia el cielo.

Había un huerto en un campo próximo. Desmonté y conduje allí al caballo. En el interior, había pasto para los animales. Dejé que el animal comiera. Después regresé y me dirigí con cautela a la fortaleza.

Los hombres de armas del Capitán dell'Orte estaban muertos. Yacían acuchillados, destrozados en el lugar en el que habían permanecido. Parecía que hubieran tomado a los soldados por sorpresa, vencidos sin resistencia en minutos por una fuerza que no había mostrado piedad alguna con ellos. Nada se movía dentro ni fuera de los edificios. La absoluta tranquilidad que se respiraba me perturbaba. No se oía llorar a las mujeres ni gemir a los hombres. Sólo densas nubes de silencioso humo.

Entonces vi al Capitán dell'Orte.

Le habían decapitado. Su cabeza estaba insertada en una pica junto al edificio de las caballerizas, con el cuerpo desmembrado aplastado grotescamente junto a él. Dos siluetas yacían en el suelo ante él. Rossana y Elisabetta, desplomadas una encima de otra.

Me acerqué a ellas tambaleándome.

Estaban vivas, pero el desorden reinaba en sus ropas, salpicadas de sangre, suya o de su padre, no estaba seguro.

Una gran bocanada de aire de mis pulmones me impedía hablar. Había visto la muerte en muchas formas. Había visto morir a dos hombres, asesinados indefensos ante mis ojos, sin poder intervenir. Había visto a uno ejecutado mediante garrote en el otro extremo de la mesa de invitados a una cena; el primero, un sacerdote, aporreado por Sandino hasta que le reventó la cabeza. Pero esto era peor. Era un crimen atroz.

Comenzó a caer una llovizna de nieve.

—Rossana —susurré—. Elisabetta.

Es inmoral tomar por la fuerza a una muchacha. El hombre que lo haga es más sucio que los animales. Y una vez que una mujer es violada, no se puede enmendar.

Caí de rodillas ante ellas. Alargué la mano y toqué sus rostros.

Miré a Rossana pero su mirada no se encontró con la mía. Apartó su rostro del mío. Yo también bajé la mirada por vergüenza, pero no por ella, sino por mí... por ser

un hombre cuando era un hombre el que le había hecho eso.

Pero Elisabetta, que había vivido mucho tiempo a la sombra de su hermana, no apartó sus ojos de mí. Me miraba con valentía, pero con desprecio, como si dijera: «Ahora he visto lo que un hombre le puede hacer a una mujer, y si ahí es donde reside vuestra fuerza, entonces he resistido. Te desprecio por ello, y ni eso ni ninguna otra cosa volverá a atemorizarme nunca más».

Mi alma se desplomaba ante la intensidad de su mirada.

Entonces, con palabras sabias, Elisabetta dijo: —No estoy avergonzada de mirarte por lo que ha ocurrido aquí, Matteo.

Hacía sólo unas semanas, había dejado a estas niñas en la inocencia de su juego; al regresar, encontré su infancia destruida.

¿Qué había hecho?

Les traje un poco de agua para que bebieran y Elisabetta me contó lo que había ocurrido.

—Un hombre vino a la puerta de la fortaleza. Dijo que era un jornalero que se dirigía a Bolonia, que se había puesto muy enfermo con fuertes dolores de estómago, y que alguien de una granja vecina le había contado que mi madre tenía remedios curativos. Mis padres le acogieron en un gesto de amabilidad. Dispusieron una camilla en la habitación de los guardias para que descansara y, mientras cenábamos, apuñaló a uno de nuestros hombres y abrió la puerta. Otros esperaban fuera. Sólo dos de nuestros guardias estaban armados y lucharon para defendernos como les fue posible, pero fueron vencidos. Cuando oyó el alboroto, mi padre miró al patio desde la ventana y vio lo que estaba ocurriendo. Puso a Dario en los brazos de mi madre y le dijo que corriera con nosotras a nuestra pequeña capilla. Después, se llevó a Paolo con él. Nos dirigimos a la capilla y nos encerramos dentro. Oímos ruidos de lucha, pero no pudimos ver lo que ocurría porque la ventana de la capilla daba al barranco y no al patio. Al cabo de un rato, se hizo el silencio. Entonces, nuestros atacantes vinieron y nos pidieron que abriéramos la puerta. Mi madre se negó. Dijeron que si les entregábamos a Paolo, estaríamos a salvo. Pero Paolo no estaba con nosotros. Nos dijeron lo que nos harían si no le encontraban. Mi madre fue muy valiente. Les gritó que respetaran el refugio de un lugar santo. Pero ellos comenzaron a derribar la puerta. Ella nos condujo a la ventana y nos habló en voz baja. Nos dijo que nuestro padre debía estar muerto irremediabilmente. Dijo que iba a saltar al barranco con el bebé Dario. Iba a hacer eso porque sabía que matarían a Dario. Era un niño, y no le permitirían que viviera para vengar a su familia, y ella no podía soportarlo. Dijo que de esta forma también evitaría el destino que le esperaba si derrumbaban la puerta. Nos imploró que hicieramos lo mismo, pero nos dijo que nosotras debíamos decidir. Entonces tomó al bebé Dario en sus brazos y subió al alféizar y... y... —Elisabetta vaciló— se fue. Y nos dejó allí. Y la puerta cedió y... y...

—Calla, calla —le cogí la mano—. No hables más de ello —miré alrededor—. ¿Alguno de esos bandidos sigue aquí?

Elisabetta negó con la cabeza.

—Se marcharon cuando no encontraron lo que estaban buscando.

Lo que estaban buscando...

Me llevé la mano al cinturón.

Elisabetta malinterpretó mi acción.

—Matteo, una daga no sería de utilidad contra ellos.

Pero yo no buscaba la daga que Graziano me había dado. Había llevado la mano instintivamente al objeto oculto en mi cinturón. El objeto que Sandino deseaba recuperar y por el que había enviado a sus hombres a la fortaleza. Y, al mantenerlo alejado de él, había traído el desastre a este lugar.

El viento soplabla arrastrando los copos de nieve, por lo que pensé que debía poner a resguardo a las niñas.

—¿Puedes ponerte en pie? —dije—. Te ayudaré.

—Rossana no ha dicho una palabra desde lo ocurrido.

Elisabetta acarició el rostro de su hermana. Rossana la observó sin comprender nada.

—Es como si no me reconociera —dijo Elisabetta—. Como si no supiera quién soy. Como si no supiera quién es ella misma.

Elisabetta se puso en pie y ambos ayudamos a Rossana a entrar en la casa.

Encontré un poco de pan. Lo mojé en vino y se lo llevé a las niñas. Elisabetta cogió un poco, pero Rossana no comió nada.

—¿Dónde está Paolo? —dije.

—No hemos podido encontrarle —dijo Elisabetta—. Cuando supimos que nos estaban atacando, huyó con mi padre. Estuvieron discutiendo.

—¿Por qué?

—No lo sé.

Les dejé y busqué a su hermano mayor. Pero no se encontraba entre los muertos. Era imposible que hubiera huido. No, tratándose de Paolo dell'Orte. ¿Dónde podría estar?

Regresé y volví a hablar con Elisabetta.

—¿Puedes recordar algo que tu padre o Paolo dijeran antes de abandonaros?

Negó con la cabeza pero, entonces, dijo: —Sólo una cosa, pero no tenía sentido.

—¿Qué dijeron?

—Mi padre le dio instrucciones a Paolo. Entonces fue cuando comenzaron a discutir. Paolo se negó. Dijo que no quería hacer lo que mi padre le pedía. Mi padre dijo: «Debes obedecerme en esto. —Y, entonces, mi padre dijo algo más—. Messer Leonardo te protegerá».

Elisabetta negó con la cabeza.  
—Eso fue lo que no comprendí.



## Capítulo 23

Pero yo sí lo comprendí.

Tardé un momento en darme cuenta. Pero, de repente supe lo que le había pasado por la mente al Capitán dell'Orte cuando salió a defender su fortaleza, empuñando su espada y tomando a Paolo por el brazo.

La cámara secreta.

Había pensado en ocultar a su hijo mayor en el lugar construido por Leonardo da Vinci y que sólo él conocía. El valiente capitán creyó que su esposa y sus hijos más jóvenes estarían a salvo en el santuario de la capilla, pero que un niño de la edad Paolo no disfrutaría de tal protección. Tuvo que percatarse de inmediato de que la fortaleza sería devastada, así que obligó a su hijo a esconderse en la cámara para salvar la vida.

Y yo, que me hallaba escondido en el altillo de las caballerizas cuando mi maestro le mostró los planos de la construcción de la cámara secreta al Capitán dell'Orte, sabía dónde encontrar a Paolo.

Yacía enroscado como un niño en la habitación oculta. Nos dijo que las paredes eran tan gruesas que no había oído nada. El pequeño cabo de la vela se había consumido, pero él había permanecido allí, en la oscuridad, como su padre le había ordenado.

Elisabetta se sentó con él y le contó lo que había ocurrido en la fortaleza.

Soportó con valentía la noticia de la muerte de su padre pero, cuando escuchó lo que había acontecido a sus hermanas y cómo habían muerto su madre y su hermano, quedó perturbado.

—Mi padre no creía que fueran a hacer daño a un bebé o a las mujeres —dijo—. Sabía que él moriría en la batalla, pero no que ocurriría esto.

Paolo me miró suplicante desde su rostro surcado de lágrimas, implorándome que aprobara la decisión que había tomado.

—Le dije a mi padre que estaba preparado para morir —dijo—. Me dijo que era el único hombre que podría sobrevivir. Nadie conocía la existencia de la habitación secreta. Dijo que no era suficientemente grande para ocultarlos a todos y que, en cualquier caso, si lo hiciera, se preguntarían dónde estaban su esposa y sus hijas, y destrozaban el castillo hasta encontrarles.

—Mi padre me obligó a permanecer oculto. Me hizo jurarlo sobre su espada. Me dijo que su honor estaba en esa espada, su vida estaba en esa espada, y que defendería con su espada nuestro apellido y todo lo que amaba: mi madre, mis hermanas, mi hermano y yo.

Mi madre, mis hermanas, mi hermano. Paolo comenzó a sollozar.

—Mi madre, mis hermanas, mi hermano.

Elisabetta y yo le observamos llorar hasta que no le quedaron lágrimas. Entonces se puso en pie y se secó el rostro. Se dirigió al lugar en el que yacía el cuerpo de su padre y cogió su espada.

—Con esto —proclamó—, les vengaré.

Porque la violencia engendra violencia y ningún hombre puede detenerla. Cuando una guerra se inicia, nos arrastra y consume a todos.

—Paolo —dijo Elisabetta—, tengo que decirte algo e implorar tu perdón. Si hubiera sabido dónde estabas escondido, te habría delatado.

Paolo se dirigió de inmediato hacia ella y la besó. La condujo del brazo al lugar en el que se encontraba Rossana. Atrajo a ambas a sus brazos.

—Me hubiera entregado con gusto para salvaros.

—Pero no las habrías salvado —dije con brusquedad—. Esos hombres te habrían encontrado y asesinado y, después, habrían dirigido su atención a tus hermanas.

—¿Cómo lo sabes, Matteo? —preguntó Elisabetta.

—He vivido con hombres como esos durante las últimas semanas. Aún no sabéis nada de lo que ha ocurrido en Senigallia, donde *Il Valentino* asesinó a sus capitanes a sangre fría. Cesare Borgia fingió perdonarles y les pidió que se reunieran para negociar. Entonces ordenó que los estrangularan. Acto seguido, sus soldados entraron como locos en la ciudad, cometiendo abominables atrocidades.

Elisabetta se estremeció.

—Además, esos hombres parecían más bandidos que soldados alistados. Y hasta parecían asustados de no haber encontrado lo que buscaban. Dijeron que su jefe se enfadaría cuando se reunieran con él y tuvieran que decirle que su misión había fracasado.

Al escuchar esto, el miedo se apoderó de mi garganta. Conocía a su jefe y habría sido más despiadado en su búsqueda. No habría dejado escapar con vida a las niñas. Y, cuando sus hombres le contaran lo ocurrido, creería que la búsqueda no se había llevado a cabo de forma suficientemente exhaustiva. Él mismo regresaría para buscarlo.

Y sólo nos separaban horas de ese momento.

De repente, desde lo alto de la torre, oímos el sonido de un guión de codornices. Corrimos a las almenas. Desde ese punto, podríamos ver más allá del paso del puente. En la distancia, vimos aproximarse a un grupo de jinetes.

Por delante del resto, un hombre galopaba a toda velocidad en solitario. Mi cuerpo fue presa de un temblor repentino.

Era Sandino.

## Capítulo 24

Paolo habría salido corriendo al exterior si yo no me hubiera interpuesto en su camino.

—Espera —dije. Y, cuando protestó, añadí—. Piensa en tus hermanas.

—¿Por qué han vuelto? —preguntó Elisabetta.

—¿Porqué no encontraron lo que estaban buscando? —sugirió Paolo.

—Pero no tenemos nada, ni vajillas, ni cuberterías de plata, ni grandes joyas.

Rossana había comenzado a temblar.

—Debemos irnos ahora —dije—, para poner a tus hermanas a salvo.

—¿Dónde podemos ir? —Elisabetta miró alrededor frenéticamente—. Sólo hay un camino. Nos cogerán cuando intentemos escapar.

—Tomaremos una ruta alternativa.

Ya había tomado a Rossana por el brazo y me apresuré a salir por la puerta, con los chicos tras de mí.

—Debemos bajar por el barranco.

—Es imposible —dijo Paolo—. Lo intenté cuando era un niño y apenas pude descender unos metros.

Rodeamos la fortaleza. Había un estrecho borde de tierra y, más allá, las rocas caían a nuestros pies.

—No hay otra salida —dije—. Escuchad. Están en la puerta.

Permanecemos en silencio. Reconocí una voz en el aire despejado del invierno:

—Matasteis al viejo, su padre, antes de tiempo —Sandino reprendía a sus hombres a gritos—. Hubiera ofrecido al chico para salvar a las niñas.

—¿Y qué hay de esa habitación secreta de la que hablaste? —le preguntó uno de sus hombres—. Dijiste que podría ocultarse allí.

—Hace poco que supe que Cesare Borgia había mandado construir habitaciones secretas en sus fortalezas, de manera que siempre tuviera un lugar en el que esconderse en caso de que alguno de sus castillos fuera asediado cuando él se encontrara dentro. Desconozco dónde se encuentra esa habitación en esta fortaleza. No obstante, no me preocupa. Acamparemos aquí y, si el muchacho sigue ahí dentro, el hambre le hará salir cuando llegue el momento. Puedo esperar. Ya lo he hecho antes. No me importará esperar unos días más.

Me incliné y acerqué mi boca a la oreja de Paolo.

—Debemos bajar.

Negó con la cabeza y articuló las siguientes palabras:

—No podemos.

Entonces, Elisabetta habló con voz baja pero firme.

—No hay otra alternativa.

Fui el primero en iniciar el descenso. Comencé a bajar gateando y, agarrándome firmemente con las manos, encontré apoyos para los pies. Elisabetta fue la siguiente. Guíe sus pies a la posición correcta mientras ella, a su vez, guiaba a Rossana. Paolo, con la espada de su padre sujeta a la espalda, comenzó el descenso en último lugar.

Tras haber bajado un tramo, encontramos una cornisa en la que descansar. Todo el cuerpo de Elisabetta temblaba, pero Rossana parecía indiferente a su destino. Era la diferencia entre alguien que deseaba vivir y alguien a quién la vida no le importaba.

—Prosigamos —dije.

Elisabetta miró al borde del precipicio y se tambaleó hacia atrás.

—¿No podemos esperar un poco más?

—No —repliqué, porque creía que si lo hacíamos, perderíamos el valor y no proseguiríamos la huida.

—Esta cornisa es un saliente, Matteo —dijo Paolo—. A mis hermanas les resultará muy difícil trepar hacia fuera y después descender la pared por debajo del voladizo.

—Lo sé, Paolo. Pero si lo conseguimos, será imposible que los soldados nos vean hasta el momento en el que alcancemos el final del barranco.

Me arrastré para superar el borde de la roca.

—Cuando te acerques —dije a Elisabetta—, intenta no mirar hacia abajo. Déjame que guíe tus pies al lugar correcto.

Me incliné hacia el vacío. El viento me zarandeó. Mi mejilla estaba próxima a la fachada del acantilado. En las hendiduras crecían pequeñas flores a pesar de la crudeza del invierno. Desde lo alto del barranco, se desprendió un guijarro que me golpeó en la frente. Había alguien observando desde el muro del castillo. Me pegué a la pared de piedra. Un hilillo de agua cayó sobre mí. Era un hombre que había ido hasta allí para orinar. Eso me dio nuevas esperanzas. No creían que nadie hubiera escapado por allí; si lo hicieran, sería brea caliente, y no orina, lo que caería en cascada sobre mi cabeza.

Esperé. Transcurridos unos instantes, utilicé mi daga para cavar un poco más de tierra entre las piedras. Arañé con las uñas. Llevaba en esa postura tanto tiempo que mis piernas se sacudían con espasmos. De repente pensé que, si caía, ellos estarían perdidos. Al no tener otra opción, la elección era mucho más fácil.

Mis manos estaban resbaladizas por el sudor, pero el arco solar del cielo comenzaba a mermar y la luz ya no brillaba en los lugares más recónditos del desfiladero. La mitad de mi cuerpo se hallaba suspendida en el vacío mientras buscaba un punto de apoyo. Cavé con la puntera de mis botas hasta que logré aferrarme a la pared. Ahora era el turno de Elisabetta.

Podía excavar algunos huecos y dejar expuesta una roca que sobresaliera lo suficiente como para que ella se agarrara. Ella pesaba menos que yo y su cuerpo era

más flexible. Se balanceó hacia abajo y adentro, y se colocó junto a mí en la fachada del acantilado.

—Bien hecho —suspiré.

Su boca se curvó en lo que parecía una sonrisa.

Notamos una repentina ráfaga de aire y un pájaro pasó volando cerca de su cabeza. Elisabetta perdió su agarre. Y comenzó a caer. Su grito era un susurro, como si hubiera empezado a chillar y se hubiera percatado de lo que ocurriría si la oyeran.

—¡Mamá! —la oí gemir.

Alargué la mano hacia ella... y sólo agarré aire vacío.

Pero había algo más entre mis dedos: la masa destrenzada de su cabello. Cerré el puño con fuerza.

Elisabetta rechinó los dientes en señal de dolor. Sólo teníamos unos segundos antes de que el peso de su cuerpo desgarrara su cabello del cráneo.

—¡Agárrate a mi muñeca, Elisabetta!

—No llego —jadeó.

—Entonces a mis piernas. A mis pies. A lo que puedas.

—Te arrastraré conmigo, Matteo —en su voz había un matiz derrotista.

—No lo harás. Estoy bien sujeto. Hazlo. ¡Ahora! —le grité al verla dudar.

Unas manos pequeñas rodearon mis tobillos.

Pero le había mentado. No estaba bien sujeto.

Una de las piedras a las que estaba aferrado comenzó a moverse. A su alrededor, la tierra se desmoronaba. Oí el golpeteo de los guijarros.

—¿Puedes encontrar algún sitio en el que apoyarte? —le pregunté.

Sus pies rascaban la pared debajo de mí.

—Tengo un punto de apoyo.

En ese mismo momento, el peso muerto de su cuerpo se aligeró levemente.

—Hay un pequeño saliente aquí, suficiente para que descansen los pies.

Nos mantuvimos en esa posición mientras pensábamos qué hacer.

Sabía que ella no tenía espacio para colocar sus dedos donde se encontraban mis pies. Elisabetta también debía saberlo.

Entonces, la cabeza de Paolo apareció justo por encima de mí. Extendió ambos brazos.

—Dame la mano, Matteo.

Yo negué con la cabeza.

—Eres más fuerte y grande que yo, Paolo. Pero somos dos y tiraremos de ti.

He enganchado la hebilla de mi cinturón a la fachada del acantilado y he atado a Rossana con ella. Se ha apoyado de espaldas a la roca detrás de mí y me tiene sujeto por los tobillos. No nos dejará caer.

Si no consigues izar me, ella morirá también.

Se hizo el silencio. Entonces, Paolo dijo: —Lo conseguiré.

—Estoy con Paolo —la voz de Elisabetta surgió de algún lugar próximo a mis pies—. Si fallamos moriremos juntos, Matteo, y sea la voluntad de Dios.

Extendí mi mano libre hacia Paolo. Se acercó todo lo que pudo a mí, y yo a él. Para que tuviéramos alguna posibilidad, tendría que agarrarme por las muñecas. Dos palmos separaban las yemas de nuestros dedos. Oí su suspiro de decepción.

—Tenemos que pensar otra alternativa —dije.

Pero, conforme lo hacíamos, se me ocurrió que podía haber otra solución para superar ese saliente. Dependía del valor de Elisabetta.

—Escúchame con atención —susurré—. ¿Tienes los pies bien sujetos?

—Sí. Estoy apoyada en una pequeña cornisa.

—Elisabetta, voy a descender hacia ese saliente. Para conseguirlo, comenzaré moviendo un pie y tú deberás colocar tu mano en su lugar. ¿Entiendes lo que debes hacer?

—Sí, Matteo.

—Tendré que apoyar ese pie en tu hombro. ¿Crees que podrías soportar el peso de mi cuerpo durante los segundos que tarde en descender junto a ti a la cornisa?

—Sí, Matteo —volvió a afirmar, más resolutiva esta vez.

Noté cómo contraía su cuerpo a modo de preparación.

Llamé en voz baja a Paolo.

—Paolo, deja tu cinturón amarrado a la pared. Cuando Elisabetta y yo estemos en la cornisa, Rossana y tú podréis utilizarlo para bajar. Yo os guiaré el resto del camino.

Llegamos al pie del valle con la puesta de sol.

Estábamos cerca de la parte de la fortaleza que descansaba debajo de la capilla.

Paolo me llevó a un lugar apartado.

—Debemos asegurarnos de que mi madre y Dario estén muertos —dijo.

—Iré contigo.

Donna Fortunata se había roto el cuello al estrellarse contra el suelo. El bebé Dario se había desprendido de sus brazos durante la caída. Su cuerpo yacía un poco más allá, con la cabeza cruelmente aplastada contra las rocas.

Paolo se inclinó para recogerle.

—Déjalo —dije.

—Lo pondré junto a mi madre.

—Si le mueves —dije—, los soldados de allí arriba sabrán que pasamos por aquí.

Paolo comenzó a sollozar.

—¿Vamos a negar a mi madre el consuelo, aún en la muerte, de sostener a su hijo entre sus brazos?

—Así debe ser.

Se inclinó y besó a su madre en los labios.

—Me vengaré del hombre que ha provocado su muerte.

Le aparté del lugar para que no se demorara demasiado. Calcule que disponíamos de un día, quizá menos, antes de que Sandino encontrara nuestro rastro. Entonces nos seguiría la pista, y nos encontraría.

## Capítulo 25

Caminamos unos kilómetros al sur y utilicé el dinero que Felipe me había dado para pagar a un barquero que había atracado su barcaza en el río para pasar la noche.

Corrían tiempos violentos y los fugitivos solían frecuentar los caminos y los ríos. Pero este hombre no pudo evitar percatarse del estado de las niñas, especialmente de Rossana. Sabía que el dinero no era suficiente para garantizar su silencio. En cuanto Sandino y sus hombres comenzaran a hacer pesquisas en los alrededores, el barquero hablaría, por dinero o porque temiera por su vida.

Rossana estaba petrificada. No se quejaba, pero parecía cada vez más distraída, como si su mente estuviera desconectada de su cuerpo. «¿Se manifestaría esto como un signo físico dentro del cerebro?», me pregunté. Si la examinara, ¿descubriría mi maestro alguna parte del cerebro con un daño visible?

Sólo había un lugar en el que creí que podrían estar seguros. Por lo que, una vez más, en la noche, golpeé el portón exterior del depósito de cadáveres del hospital de Averno. El portero me reconoció y nos dejó pasar al patio. La palabra de Cesare Borgia contenida en las escrituras que mostramos una vez garantizó que nos permitiera entrar. El Padre Benedicto, monje del convento, fue parsimonioso al recibirme.

—¿Qué asunto te trae aquí esta noche? —me preguntó.

—Padre, necesitamos su ayuda.

El monje observó a Rossana, Elisabetta y Paolo. Sus ojos volvieron a posarse en Rossana.

—Veo que la desgracia ha caído sobre tus acompañantes. ¿Quiénes son?

—La familia dell'Orte, de Perela. Han asesinado cruelmente a sus padres y a su hermano pequeño.

El Padre Benedicto se dirigió a Paolo.

—Conocía a vuestros padres. Cada otoño, enviaban parte de su cosecha al hospital. Vuestro padre era un benefactor generoso y vuestra madre una señora muy atenta.

Vi cómo los labios de Elisabetta temblaban al oír hablar de sus padres; sin embargo, Rossana no parecía comprender sus palabras. El Padre Benedicto frunció el ceño al observarla.

—¿Qué daño han podido hacerle a esta niña?

Nadie habló. Entonces, dije:

—Los soldados de Cesare Borgia atacaron y arrasaron la fortaleza de su padre en Perela. Las mujeres se refugiaron en la capilla, pero esto no las protegió.

—¿Y ahora habéis venido aquí?

—Padre —dije—, no tenemos otro lugar al que ir.



Antes de que el monje pudiera responder, se oyó un violento batir en el portón exterior.

—¡Abrid la puerta! ¡Estamos aquí por órdenes del propio Cesare Borgia! ¡Abran en nombre de *Il Valentino*!

## Capítulo 26

Paolo desenfundó la espada de su padre.

—¡Al fin me enfrentaré con esos asesinos! —gritó.

—¡Silencio! —dijo el Padre Benedicto bruscamente—. Aparta tu arma. Éste es un lugar de Dios donde sólo tiene cabida el perdón.

—¡Vengaré el daño que han hecho a mi familia!

—No lo conseguirás, te matarían de inmediato.

—¡Pero al menos mataré a uno de ellos antes de morir!

—¿Y qué ocurrirá con tus hermanas? —le preguntó el Padre Benedicto—. ¿Qué destino les espera? ¿Y los monjes? ¿Y los enfermos a mi cuidado? Si los soldados te encuentran aquí, matarán a todos los que se encuentren en el hospital.

El monje hizo una seña al guardián de la puerta para que se acercara. Le habló con rapidez, indicándole que retrasara en la medida de lo posible la entrada de los soldados y pidiéndole que afirmara que nadie había atravesado esa puerta esta noche.

—Esos hombres de armas portan la insignia de los Borgia, pero no debes revelarles ninguna información.

Los ojos del guardián temblaron como los de un caballo aterrorizado.

El monje colocó su mano en el hombro del guardián.

—Ercole, es lo más adecuado. Yo, el Padre Benedicto, te estoy pidiendo que mientas. Los hombres que esperan fuera quieren hacer daño a estos niños... ya les han inflingido castigos terribles —su voz adoptó un tono más suave—. Recuerda la vida que tenías antes de ésta que tienes ahora. Sabes lo horrible que es sufrir tales abusos. No podemos permitir que eso vuelva a suceder. Debes ayudarme a proteger a estos niños. No todos los hombres tienen la oportunidad de hacer algo noble en su vida, pero tú has sido llamado a hacer una buena obra ahora.

Las palabras del Padre Benedicto parecían tranquilizar al guardián. El monje mantuvo su mirada fija en los ojos de Ercole. Entonces, levantó la mano y, con su pulgar, hizo la señal de la cruz en la frente del hombre.

—*Ego te absolvo* —dijo en voz baja—. Todos tenemos que morir algún día, Ercole. Si ésta es nuestra hora, entonces te reunirás con el Creador con el alma pura de un mártir.

El rostro del hombre se inundó de una extraña emoción. Incluyó la cabeza.

Observé al guardián mientras arrastraba los pies hacia la puerta. ¿Estaba preparado para dar su propia vida a cambio de que nosotros sobreviviéramos? Su fe le decía que ése era el camino al Paraíso. *Nadie tiene mayor amor que el que da la vida por sus amigos.* ¿Bastaría su creencia en las Sagradas Escrituras para vencer el peligro inmediato al que se iba a enfrentar? Quizá hubiera sido mejor amenazarle con otra promesa de la Iglesia, como la excomuniación, el luego del infierno y la condena

eterna, para infligir en su mente un terror mayor que el miedo a los Borgia.

Paolo debía haber pensado lo mismo que yo.

—Dile que le rajaré el cuello si dice una palabra.

—No lo hará —dijo el monje—. Ercole es un verdadero amigo del hospital. Le rescaté de un maestro cruel y maltratador hace muchos años, cuando no era más que un niño. Procederá como se lo he indicado.

—En cuanto vea a los soldados, nos delatará —insistió Paolo.

—Tengo confianza en él —el Padre Benedicto nos sonrió—. Hay amor en su corazón y es muy fuerte.

¿Cómo podía sonreír el monje en esta situación? Él también sufriría una muerte horrible en cuanto supieran que había cobijado a fugitivos perseguidos por Cesare Borgia. El ruido en el portón exterior se intensificó. Parecía como si los soldados estuvieran utilizando hachas y arpones contra la madera.

—¡Esperen! ¡Ya voy! ¡Ya voy! —escuchamos a Ercole gritar, pero él no aceleró el paso.

—Le amenazarán con matarle y hablará —dijo Paolo con desesperación—. El miedo es lo que hace que la gente haga lo que le ordenes.

—Yo diría que la fuerza del amor es mayor —dijo el Padre Benedicto—. Pero no tenemos tiempo para entrar en ese debate. Debo encontrar un lugar para esconderos a todos. Venid conmigo.

Tomó a Paolo con fuerza por el brazo y tiró de él.

—Aparta tu espada. Si no puedes perdonar, ahora no es el momento de tu venganza.

Seguimos al monje al hospital.

—Buscarán en cada rincón del edificio. Mirarán en cada armario y en cada despensa. Pensé en disfrazaros como enfermos pero sois cuatro y —dijo mirando a Rossana—, me temo que no superaríais un examen exhaustivo.

—Llévanos a la capilla —dijo Paolo—. Iremos allí. Las normas sagradas del santuario les impedirán profanar suelo santo.

—Eso no les detuvo en Perela —les recordó Elisabetta—. Nos violaron y provocaron la muerte de nuestra madre.

Los ojos del monje se fijaron en su rostro y volvieron a mí.

—Es cierto —confirmé sus palabras—. Cometieron las más atroces vilezas ante el sagrario.

El monje contuvo el aliento.

—¿Qué tipo de mercenarios son éstos? Viles bandidos que persiguen a los niños de una forma tan brutal.

—Contra eso es contra lo que quiero luchar —dijo Paolo—. Debe dejarme que intente matar al menos a uno de ellos, Padre.

—¿Entonces no hay ningún lugar seguro en el que nos podamos esconder? —tembló la voz de Elisabetta.

—Daos prisa —dijo el monje—. No será así cómo viviremos o moriremos esta noche por la Gracia de Dios.

Cogió una antorcha de la pared y nos llevó al depósito de cadáveres. Descendimos al lugar en el que él y las Hermanas de la Piedad disponían los cuerpos para prepararlos para el entierro. Más allá de la pequeña habitación que había proporcionado a mi maestro para llevar a cabo sus disecciones. Al final del pasillo, bajamos algunos escalones. Había una puerta en el extremo del pasaje. Estaba cerrada y atrancada con una barra de hierro sobre un soporte.

—Ayudadme con la puerta —dijo.

Paolo y él agarraron la barra de hierro y la deslizaron a un lado. Entonces el monje nos condujo dentro.

La luz de la antorcha originaba grandes sombras de nuestras siluetas en las paredes y el tejado de arco bajo de esta última habitación sin ventanas. Había aproximadamente una docena de cuerpos en esa habitación, apilados en mesas de caballete. Los cadáveres estaban envueltos en sábanas y desprendían un fuerte olor a amoníaco.

—¿Dónde estamos? —preguntó Elisabetta horrorizada.

—En otro depósito de cadáveres —el monje vaciló—. Es un depósito auxiliar de la sala principal que utilizamos habitualmente.

—¿Por qué guardan todos estos cadáveres detrás de una puerta cerrada con cerrojo?

—Están aquí porque —el monje vaciló de nuevo— son casos especiales. Esperamos los permisos para enterrarles.

Entró rápidamente cuando vio que Paolo estaba a punto de hacer más preguntas.

—Cada uno de vosotros se ocultará bajo una sábana y os colocaréis de lado, próximos al cadáver que se encuentra debajo. Creo que es mejor que coloquéis vuestra cabeza a los pies del otro cuerpo. Os cubriré y entonces saldré de la habitación y cerraré el cerrojo tras de mí. Es casi seguro que vuestros perseguidores pedirán que abra la puerta, puede que incluso deseen entrar, aunque intentaré disuadirles de ello. Intentad no moveros si lo hacen. Si emitís cualquier sonido, estamos todos perdidos.

Rossana se estremeció y se desplomó sobre el hombro de su hermana.

—Sé que podéis hacerlo —dijo el Padre Benedicto para imprimirles valor.

Miró directamente a Elisabetta.

—Dile a tu hermana que sea fuerte. Rézale a la Virgen para que os proteja.

Vi que me correspondía tomar la iniciativa, ya que ninguno de los tres estaba en condiciones de hacerlo. Paolo aún seguía enfurecido por la ira y las muchachas

estaban medio desvanecidas por el miedo y la repulsa. Retiré una sábana del cadáver que yacía junto a una pared retirada. Era un anciano vestido con los toscos hábitos de los barqueros.

—Elisabetta —dije—, muéstrale a Rossana cómo hacerlo. Cierra los ojos y déjame que te ayude.

La niña me miró fijamente.

—Te lo ruego —susurré—. Tenemos muy poco tiempo.

Cerró los ojos. La tomé en brazos y la deposité junto al cuerpo del anciano. Emitió un leve gemido y, a continuación, se mordió los labios.

—Acuéstate de costado. Coloca la cara cerca de sus pies y acerca tu cuerpo al suyo. Eres tan menuda que tu silueta apenas se notará en la sábana.

Elisabetta hizo lo que le indiqué. Cuando lo hizo, abrió los ojos y me miró con tanta confianza que deseé besarla. No como una manifestación del amor entre un hombre y una mujer, sino más bien como el premio que un hermano ofrece a su hermana por haber hecho algo de forma valiente y correcta.

La cubrí con la sábana.

—El Padre Benedicto tenía razón —dije—. Nadie diría que Elisabetta está aquí escondida. Si hacemos esto, podremos escapar.

Paolo no necesitaba más estímulo. Descubrió el siguiente cuerpo de la fila y ayudó a Rossana a trepar junto a la persona que yacía en la mesa. Se tumbó sin mediar palabra y dejó que el chico la ocultara.

—Hay un niño. Ahí en la esquina.

El monje mostró a Paolo el lugar en el que descansaba el pequeño cuerpo.

—Colócate junto a este muchacho. Así habrá menos volumen bajo esta sábana. Ayudó a Paolo y, entonces, se acercó a mí.

Ya había encontrado un lugar para mí y me había subido a la mesa. No miré si era un hombre, una mujer o un niño.

—Tranquilo.

El Padre Benedicto ajustó mi sudario.

—Debo volver al depósito principal a terminar un trabajo. Cuando esos hombres entren en el hospital, quiero que parezca que nada ha perturbado mis quehaceres. No os mováis hasta que vuelva solo y os diga que es seguro hacerlo.

Podía oír el palmeteo de las sandalias del monje mientras salía de la habitación con premura y, después, el chirrido de las bisagras y su susurro:

—Valor, hijos. Que Dios esté con vosotros.

Entonces oímos el sonido de la pesada barra al deslizarse para atravesar la puerta. Silencio y oscuridad.

Estábamos encerrados.

No había luz en la habitación. Sabía que los pies del cadáver que yacía junto a mí

estaban cerca de mi cara, pero no podía ver nada en la oscuridad.

Esperamos muchos, muchos minutos. Entonces oímos un clamor en la distancia, que se hacía cada vez más sonoro. El ruido de unas botas sobre las baldosas del pasillo.

—Matteo, estoy asustada —dijo Elisabetta con voz ronca.

Sólo después me percaté de que pronunció mi nombre como si fuera su hermano mayor.

—No tengas miedo. Me esforcé por que mi voz mostrara seguridad.

—Estoy temblando mucho. Me oirán. Os delataré a todos.

Podía oír cómo su pánico crecía conforme el miedo se aferraba aún más a ella.

—No, no lo harás —dije con firmeza—. Recuerda lo que dijo el monje. Rézale el rosario a la Virgen.

—No puedo. Mi cerebro está bloqueado. Las palabras se enredan en mi cabeza.

¿Cómo podía ayudarle cuando el miedo también recorría frenéticamente mis venas? Mis propios pensamientos corrían desordenados como conejos saliendo de una madriguera cuando se envía a un hurón a buscarlos. En caso de tener que defendernos, ¿de qué armas disponíamos, Paolo y yo? Una espada, en manos de un chico no mucho mayor que yo, y mi daga, que sólo podía emplearse en combates cuerpo a cuerpo. Pero si nos cogían allí, no se molestarían en enzarzarse en una pelea. Nos acorralarían y pondrían paja ardiendo en la puerta para hacernos salir, o esperarían hasta que nos muriésemos de hambre. Estábamos atrapados.

En el exterior, podía oír la voz del monje y, después, la de otro individuo exigente, más insistente.

—Piensa en otra cosa —le dije a Elisabetta.

—No puedo.

—Sí que puedes.

Busqué desesperadamente en mi cabeza alguna situación agradable para distraer su atención de lo que estaba ocurriendo.

—¿Recuerdas la vez que fuimos todos juntos a recolectar las últimas bayas de los arbustos cerca del río en Perela? A Rossana y a ti os habían dejado tareas de costura. Paolo y yo teníamos que pulir las herraduras de los caballos y encerar una nueva silla. Pero por la tarde hacía mucho calor y, mientras que los mayores echaban una siesta, nos fugamos y fuimos a la orilla del río. ¿Te acuerdas?

—Creo que sí —susurró.

—Era uno de los últimos días del otoño —proseguí—, y cruzarnos con sigilo el patio del establo, salimos de la fortaleza y avanzamos hacia los campos. Seguro que te acuerdas de eso.

—Sí —susurró.

—Y encontramos el lugar en el que sabíais que las bayas crecían

abundantemente, y Rossana y tú las recogisteis hasta que os rebosaron los delantales. Y entonces teníamos que comérnoslas todas, porque no las podíamos llevar a casa por temor a ser descubiertos cuando debíamos estar cumpliendo con nuestras tareas. Teníamos las bocas manchadas de morado, y cogí un paño y lo metí en el río, y tuvimos que limpiarnos las caras los unos a los otros.

—Me acuerdo.

—Piensa en eso ahora. Sólo en eso. No pienses en nada más.

Oímos cómo la barra se retiraba ruidosamente de la puerta. El monje estaba haciendo ruido a propósito para advertirnos de que estuviéramos callados.

Esperaba que Rossana y Paolo hubieran estado escuchando la conversación que había mantenido con Elisabetta. Especialmente Paolo, del que temía que saltara con la espada de su padre en mano. El recuerdo de ese día en Perela mantendría ocupadas sus mentes y les sosegaría.

En mi propia cabeza, recordé a Rossana entre las brillantes bayas. Se le había caído la toquilla de la cabeza y su cabello, suelto ahora, se enredaba en las zarzas. Intentaba liberarse por su cuenta, con lo que sólo conseguía enredarse aún más. Suplicaba mi ayuda para que la liberara. Estaba reviviendo ese momento: la coquetería inocente de Rossana mientras se reía conmigo en su aprieto, mi perturbación al estar tan cerca de una chica, el brillo deslumbrante del sol, el calor en el pequeño valle, el tacto de seda de su pelo entre mis dedos. Eso había ocurrido justo antes de un día festivo, el Nacimiento de la Virgen.

Esa noche, había narrado a la familia el gran festival que tenía lugar durante ese día en las ciudades, los festejos, las procesiones en las calles, los bailes y otras atracciones que mirar y en las que participar. Sus padres habían decidido recrear su propio Carnaval en miniatura. Ordenaron matar a un cerdo y jugamos en el patio. Las chicas se habían vestido con las ropas típicas de la región y bailaban las danzas tradicionales, contamos cuentos, mi maestro tocó el laúd y cantó y...

La puerta del depósito se abrió con estrépito.

## Capítulo 27

Bajo la sábana, agarraba con firmeza la daga.

—¿Qué es esto, monje?

Abrí los ojos. A través de la sábana de algodón, podía ver la silueta de un hombre en el marco de la puerta.

Detrás de él, oí la voz del Padre Benedicto, hablando con serenidad.

—Como ve, es un depósito.

—¿Qué inmundas prácticas realizáis que os obligan a guardar estos cadáveres ocultos tras una puerta cerrada con cerrojo?

—Ha escuchado demasiadas historias de brujería y nigromancia. Esto es un monasterio y un hospital en el que los hermanos atienden a los enfermos. No se realizan actos inmundos dentro de estas paredes.

—¿Y por qué guardan entonces estos cuerpos aquí y no lo hacen con el resto?

—Esperamos a que se realicen los preparativos especiales para su entierro.

—¿Qué preparativos especiales?

Se oyó el paso de sus pies enfundados en las botas al entrar en la habitación. Se me hizo un nudo en la garganta. Abrí la boca para facilitar la respiración. El monje tosió. Hubo un crujido. El hombre debía haber retirado la sábana del cadáver situado junto a la puerta.

—Esa mujer está vestida como una campesina, no como un miembro de la nobleza —afirmó—. No habrá «preparativos especiales» para ella. ¿Por qué se ha apartado a estas personas? Se supone que los cuerpos deben ser enterrados una vez transcurridos tres días desde su muerte. Así lo ordena la ley.

—Estos cuerpos están esperando a ser enterrados por sepultureros voluntarios por orden del propio Cesare Borgia.

El tono de la voz del Padre Benedicto había cambiado.

—Le aconsejo que no profundice en el reconocimiento de los cuerpos de estos pobres desafortunados —dijo con autoridad.

—¿Por qué? ¿Qué oculta aquí, monje?

—La habitación es pequeña. Puede ver lo que hay bajo las mesas y el acceso más allá no está restringido. Este lugar no contiene nada más que cuerpos.

Demuéstrémelo entonces.

—Nunca entro en esta habitación a menos que deba hacerlo. He observado que lleva guantes. Ha tenido suerte, ya que casi ha tocado un cadáver.

La duda se manifestaba ahora en la voz del hombre.

—¿Qué quiere decir? ¿Por qué se queda en la puerta?

—No es conveniente pasar mucho tiempo en este lugar —dijo el monje muy lentamente—. La enfermedad que mató a estas personas hace que no desee respirar el



aire que exudan a menos que sea estrictamente necesario.

—¿Su enfermedad? ¿Cuál fue? ¿De qué murieron?

—Fueron llevados por el azote de la humanidad, pobres almas —dijo el Padre Benedicto en un tono muy tranquilo—. Una muerte difícil de soportar. Fueron víctimas de la peste.

El hombre profirió un grito y retrocedió de un salto. Sus siguientes palabras parecían amortiguadas, como si tuviera la mano sobre la boca.

—¿Hay peste aquí?

—Desafortunadamente, sí. Se nos ha enviado esta plaga. Pero con plegarias y expiación podremos aceptar nuestro sufrimiento.

—¡Apártate de mí, monje pestilente! Debería haber informado a las autoridades.

—Lo hice. Informamos al magistrado de la ciudad de inmediato, como marca el protocolo. Pero su propio comandante, Cesare Borgia, ordenó que nadie más lo supiera. Se prohibió un pronunciamiento público por orden directa de *Il Valentino*. No deseaba que la gente huyera de la región mientras llevaba a cabo su campaña. Los caminos se llenarían de refugiados y Cesare Borgia deseaba que estuvieran despejados para que sus ejércitos pudieran desplazarse rápidamente de un lugar a otro. Nos indicaron que mantuviéramos a todas las víctimas en una habitación independiente cerrada con cerrojo y que las enterráramos con discreción, en mitad de la noche, alejados de los muros de la ciudad. Nadie debe conocer este brote de peste. Le aconsejo que cumpla su orden.

—¡Cierre esta puerta de inmediato!

—Estaré encantado de hacerlo.

La puerta chirrió al cerrarse. Volvieron a colocar la barra de hierro en su lugar. Oímos cómo los pasos se alejaban.

Calculé que transcurrieron más de dos horas hasta que volvimos a oír el cerrojo de la puerta retrocediendo.

—Un buen truco, Padre —le elogió Paolo, mientras el monje nos conducía al edificio principal del hospital—. Fingir que esa gente tenía la peste y asustar de esa forma a los soldados.

El monje nos había llevado a una pequeña despensa vacía y había cerrado la puerta. Se colocó frente a nosotros y habló.

—Paolo —dijo con solemnidad—, todos vosotros, escuchad con atención. No fue un truco. No mentí. La gente que yacía en las mesas fueron víctimas de la peste.

Paolo quedó boquiabierto. Elisabetta agarró a Rosanna y la abrazó.

—¡Víctimas de la peste! —dijo—. ¡Estábamos tumbados junto a víctimas de la peste!

—Era el único lugar en el que creí que los soldados no buscarían

exhaustivamente. Habían puesto patas arriba todo el hospital, vaciando los armarios, metiendo sus lanzas por los conductos de las chimeneas, sacando a los enfermos de las camas para buscar debajo de ellos. Os salve la vida al esconderos allí... por ahora.

Paolo se llevó las manos a la cara.

—Escapamos de una muerte para dirigirnos a otra.

—Quizás —dijo el monje en voz baja—. No sabemos exactamente cómo se propaga esta enfermedad. Puede que el Ángel de la Muerte os pase por alto y os mantengáis a salvo, como ocurrió hoy. Pero ahora no podemos demorarnos más.

Puso en mis manos y en las de Paolo un pequeño saco de cañamazo.

—Sólo tengo un poco de pan que daros para vuestro viaje, porque si fuera a buscar más comida a la cocina, alguien más se percataría de vuestra presencia. Es mejor que sólo Ercole y yo lo sepamos.

—¿Nuestro viaje, Padre? —dijo Elisabetta—. ¿Nos está echando?

—Debéis partir inmediatamente. Cuando no os encuentren en ningún rincón de la ciudad, volverán para buscar en todas partes. Y esta vez serán más minuciosos. En cualquier caso, casi es medianoche. A esa hora, la hermandad de los hombres caritativos que cavan las tumbas para los que sucumben a la peste, llega a recoger los cuerpos para enterrarlos. Lo mejor será que partáis cuanto antes.

—¡Pero no tenemos adonde ir!

—Voy a deciros dónde podéis ir.

Se arrodilló y, con el dedo, dibujo un tosco mapa en el suelo de barro.

—Ercole va a sacaros del hospital por un túnel que tiene salida al río. Cuando os separéis, seguid el cauce del río hacia arriba.

—Hacia arriba —dijo Paolo—. ¡Pero eso supone deshacer el camino que hicimos al venir aquí!

—Sí, y por eso estaréis a salvo. Pasado aproximadamente un kilómetro, os desviaréis del río. No volveréis sobre vuestros pasos en dirección a Perela. Os dirigireis hacia las montañas. Tardaréis todo un día en subir a la ciudad de Melte, en la que encontraréis un pequeño convento de monjas de clausura, ya que el terreno que lleva a la colina está en mal estado. Allí, hallaréis un santuario para descansar a salvo.

—¿Un santuario? —repitió Elisabetta—. Si pudiera creerle...

—Créeme —dijo el monje—. Ahora, prestad atención. Ercole sólo puede acompañaros hasta el río. Deberá volver rápidamente para que todo parezca estar en orden en el hospital cuando lleguen los sepultureros, o regresen los soldados.

El Padre Benedicto señaló al mapa que había dibujado en el suelo.

—¿Conocéis la campiña que se extiende más allá del río?

Paolo negó con la cabeza.

—Yo sí —dijo.

El monje me estudió durante unos segundos. Sabía que me había reconocido

como sirviente de Messer da Vinci, pero no lo había comentado abiertamente.

—Muy bien. Le enseñaré a Matteo el camino al convento. Deberás memorizar mi dibujo, ya que después lo borraré. Será mejor que no llevéis con vosotros mapas ni cartas de ningún tipo. Es peligroso transportar documentos. Si caen en las manos inapropiadas, pondrían en peligro al hospital. Pero, una vez que lleguéis a Melte, no necesitaréis ninguna carta. La madre superiora es mi hermana. Decidle que venís de mi parte y pedidle asilo. Os acogerá.

—¿Y si no nos cree? —le pregunté.

—Mi amable hermana no negaría el cobijo a cuatro niños.

—Yo ya no soy un niño —dijo Paolo airadamente.

—Claro que no —dijo el monje con tristeza—. Ya no lo eres.

—Aceptaré a dos niñas, Padre, pero, al ser monjas de clausura, puede que nieguen la entrada a dos niños, casi hombres —señaló Elisabetta.

—Es cierto. Dejadme que piense... Os contaré un episodio que ocurrió en nuestra infancia que sólo ella y yo conocemos, y así creará que venís de mi parte.

Hizo una pausa y, a continuación, prosiguió.

—Recordadle que ella fue la que cogió las rosas para hacer una guirnalda para la estatua de la Virgen, pero fue a mí a quien reprendió el jardinero de nuestro padre.

—Se lo diremos —dijo Elisabetta—, ¿pero no deberíamos decirle también que hemos estado con víctimas de la peste?

—Sí, debéis hacerlo —asintió el monje—. Evitad cualquier contacto con nadie hasta que habléis con ella, y cuidado con vuestras ropas. No sabemos con seguridad cómo se propaga la peste. La primera persona que tuvimos aquí era un recolector de ropa vieja. Podría ser significativo, ya que algunos dicen que se transmite por la ropa. Pero dos de los que nos trajeron para cuidar eran barqueros que transportaban materiales y comida. Afirmaban que la infección reside en las bocas de las ratas y se transmite a los humanos al morder nuestros sacos de grano. No podemos estar seguros. En cualquier caso, advertid a mi hermana que podéis estar impuros. Dios y su propia experiencia le guiarán para saber cómo trataros.

—En nombre de mi familia le doy las gracias, Padre, por ayudarnos —dijo Paolo haciendo una reverencia.

—Me gustaría poder hacer más —suspiró el Padre Benedicto—. Tu hermana Rossana requiere atención médica.

Pero sería demasiado peligroso demorar vuestra partida. ¿Por qué os buscan con tanta vehemencia?

—Hablaron de un tesoro —dijo Elisabetta—. Estaban buscando un gran tesoro.

—Debe tratarse de un error —dijo Paolo—. No tenemos ningún tesoro.

—¿Estás seguro de que eso fue lo que dijeron? —preguntó el monje.

—Sí —dijo Elisabetta.

—¿Os llevasteis alguna joya familiar cuando huisteis de la fortaleza?

Paolo rio con crudeza.

—La familia dell'Orte no tenía joyas, ni vajillas de plata ni monedas de oro. Mi padre fue soldado toda su vida. Vivía y alimentaba a su familia y criados con lo que producía la tierra que rodeaba la fortaleza.

—Ya sé por qué os persiguen para mataros con tanta insistencia —prosiguió el monje—. Saben que un hijo buscaría vengar a su familia y preferirían que no estuvieras vivo, pero no entiendo por qué siguen persiguiéndoos de esta forma. ¿Te temen por algún motivo? ¿Tienes parientes a los que llamar a las armas? ¿Familiares que luchan por ti?

Paolo negó con la cabeza.

—El hermano de mi madre vive cerca de Milán, pero sé muy poco de él. Este tío nuestro intercambiaba cartas con mi madre de vez en cuando. No creo que sea rico o que tenga hombres a los que llamar a las armas.

—Aquí hay mucho que descubrir.

El monje hablaba despacio. Miro a Elisabetta.

—¿Dijiste que les oíste hablar de un tesoro?

Elisabetta asintió.

—Un gran tesoro. Les oí utilizar esas palabras.

El Padre Benedicto frunció el ceño. Vi la expresión de su rostro, la línea que apareció entre sus ojos, la que tan bien ilustró mi maestro cuando dibujó al monje la noche posterior a nuestro primer encuentro. La hendidura de su frente que mostraba que el monje estaba pensando profundamente en algo.

Comencé a sudar. Esperaba que Elisabetta y Paolo no recordaran las palabras exactas que los bandidos habían pronunciado tal como me las habían transmitido a mí.

—No hablaron de un tesoro exactamente —dijo Elisabetta—. No dijeron que Paolo tuviera un tesoro. Dijeron que tenía la llave de un gran tesoro.

—Paolo, ¿tú sabes algo de eso? —preguntó el monje—. ¿Sabes si tu padre guardaba una llave que pudiera abrir algún arca en particular?

—No había tesoro alguno en nuestro hogar. Además, mi padre lo habría ocultado conmigo.

—¿Tu padre no te proporcionó ninguna indicación, te dejó algún mensaje, escribió algo?

Paolo negó con la cabeza.

—He pensado en ello desde que huimos. No lo hizo.

—Tu padre sabía con casi toda seguridad que iba a morir.

Para mi agitación, el monje comenzó a meditar la información que había recabado.

—Pone a su esposa y a sus hijos a salvo en la capilla de la fortaleza, esperando que los soldados no infringieran las leyes sagradas. ¡Una vana esperanza contra esos bárbaros! Y oculta a su hijo mayor porque sabe que el chico tiene edad suficiente como para que decidan matarle.

El Padre Benedicto mantuvo la mirada fija en Paolo.

—Si hubiera algún tesoro, Paolo, te lo habría contado, ¿no crees?

—Señor —respondió Paolo—, mi padre no me elijo nada acerca de un tesoro. Sólo que cuidara de mi madre y de mi hermano —la voz de Paolo se quebró—, y de mis hermanas. Y que defendiera mi honor siempre que pudiera.

El monje miró a Elisabetta.

—Repítame lo que les oíste decir.

Elisabetta pensó antes de responder.

—Dijeron «Debemos encontrar al chico». Tiene la llave del tesoro.

El surco de la frente del monje se agudizó.

—¿Mencionó el nombre de Paolo?

El miedo me hizo sentir calambres en el estómago. Eso me traicionaría. Este monje era demasiado listo como para ver la pieza que faltaba en la historia.

Elisabetta comenzó a hablar.

—Que yo recuerde...

La puerta se abrió y Ercole entró en la despensa. Sostenía un farol en una mano y llevaba en la otra una vara larga de metal.

—Padre, el hospital vuelve a estar en calma y la calle está vacía. Debemos irnos en cuanto podamos.

El monje se apartó para dejarnos pasar.

—Seguid a Ercole y haced lo que os mande.

Al salir de la despensa, me tocó en el hombro.

—¿Quieres que haga llegar un mensaje a tu maestro para indicarle que estás en peligro y necesitas que te ayude?

—No —respondí—. Convenimos encontrarnos en Florencia y eso es lo que espero hacer. Además, trabaja en parte para Cesare Borgia y parecería que el Capitán dell'Orte ofendió a *Il Valentino* de alguna forma, por lo que decidió acabar con él y su familia. Por lo tanto, es mejor que mi maestro no se vea involucrado en esto. Les conduciré al convento en Melte y, después, me dirigiré a Florencia.

—Sí, creo que es lo más conveniente —asintió el monje—. Pero, ¿qué lazos te unen a esta familia, Matteo?

—Nos acogieron el verano pasado mientras viajábamos. Escuché que estaban amenazados y abandoné mi ruta para advertirles, pero llegué demasiado tarde. No podía hacer otra cosa más que quedarme con ellos y ayudarles.

Ya había pensado en que el monje podría preguntarme esto y tenía preparada la

respuesta. Pero, aunque había ensayado lo que diría, me atropellé en mi explicación. Aún así pareció creerme.

—Te ganarás el Cielo como recompensa por tu caridad.

Reposó su mano en mi cabeza. Sentí como mi cara se encendía por la vergüenza.

Cuando llegamos al claustro, se despidió y nos bendijo uno a uno.

—Ahora, iré a la capilla a rezar.

—No servirá de mucho contra las espadas —murmuró Paolo.

—Si voy a morir, no hay mejor lugar para hacerlo —dijo el monje con tranquilidad—. No olvidéis decirle a mi hermana que le perdono la reprimenda que recibí en su nombre.

Tocó a Paolo en el pecho.

—Tu corazón está lleno de amargura. Intenta buscar un hueco para que la gracia de Dios entre en él. Recuerda que el Señor dijo: «Sólo a mí me corresponde la venganza».

Paolo esperó hasta que el Padre Benedicto no pudiera escucharle y siseó entre dientes:

—Y tal como el Señor dijo, así lo digo yo. Lo juro por lo más sagrado, por el honor de mi familia. Muerte, sin cuartel, a los que les robaron sus vidas.

Paolo sacó la espada de su padre de su vaina y, blandiéndola con firmeza, besó la hoja.

—Lo juro por la sangre de mi padre, mi madre y mi hermano. Yo, Paolo dell'Orte, me vengaré.

## Capítulo 28

Ercole nos ayudó a salir del hospital. Al atravesar las entradas a las largas salas en las que los pacientes dormían se reducía la luz del farol, mientras que avanzábamos rápidamente en los espacios abiertos. Una pequeña lámpara votiva ardía bajo esos arcos, pero daba poca luz. Afortunadamente, cualquier persona despierta que mirara hacia la puerta sólo vería sombras en la profundidad del claustro.

Le seguimos por los pasillos hasta que llegamos a los talleres y cobertizos de tejados bajos que colindaban con el edificio principal del hospital. Ahí se encontraba la lavandería. Estaba equipada con rejillas de secado y grandes pilas de lavado con sumideros en el suelo. Se habían colocado enormes cubas en piedras, bajo las que se encendía el fuego para hervir los ropajes y las ropas de cama hasta que estuvieran limpios. Detrás de la última cuba, había una estrecha escalera de caracol. Bajamos las escaleras, con Ercole sosteniendo en alto el farol, y proseguimos hasta que llegamos, medio mareados, al final. Estábamos en una pequeña habitación que no albergaba nada más que una gran rejilla en el suelo de piedra. Ercole puso el farol en el suelo y sujetó la vara de hierro que transportaba con las dos manos.

—¿Qué es esto? Paolo llevó la mano a su espada. —¿Nos ha traído aquí para asesinarlos?

Ercole no se molestó en responder. Atravesó la habitación y colocó un extremo de la vara de metal bajo el borde de la rejilla. Con un gruñido, levantó la tapa un poco e intentó apartarla a un lado.

—Vosotros. Ayuda. Nos miraba a Paolo y a mí.

Nos acercamos para ayudarlo y entre los tres conseguimos apartar la pesada tapa. Bajo nosotros, podíamos oír el sonido de un torrente de agua.

—Dentro —dijo Ercole, señalando el agujero en el suelo—. Todos. Dentro.

—¿Qué hay ahí abajo? —preguntó Paolo.

—Estamos debajo de la lavandería —dije—. El hospital necesita una cloaca mayor para vaciar las tuberías de lavado y deshacerse de los residuos de tanta gente.

—¿Pretendes que vayamos por la cloaca? —preguntó Paolo a Ercole—. ¿Eso es lo que hay ahí abajo?

—Agua. Río —le respondió Ercole.

—Podríamos ahogarnos —dijo Elisabetta.

Ercole la miró con más amabilidad que la que nos había ofrecido a Paolo o a mí. Negó con la cabeza.

—No ahogados. Salida —señaló a Paolo diciendo—. Tú primero.

Y, al ver que Paolo dudaba, dijo:

—Vamos. Ayúdales.

Paolo me miró. Yo comprendía el significado de esa mirada muy bien. Decía: «Te

dejo solo con mis hermanas, protégelas de este rufián».

Incliné la cabeza. Paolo se dirigió a la rejilla abierta y se sentó con las piernas colgando sobre la apertura. Ercole colocó el farol por encima de la cabeza del muchacho para que pudiera ver. Agarrándose a las paredes del orificio. Paolo se sumergió en la oscuridad.

—Hay un túnel —gritó Paolo—. Hay suficiente espacio en el lateral para que los cuatro podamos caminar. Y está seco, por encima del nivel del agua.

Vamos. Ercole tomó a Rossana de la mano y, para mi sorpresa, la niña le dejó conducirla al borde del agujero.

—Siéntate.

Rossana se sentó. Ercole se arrodilló frente a ella en el otro lado del orificio. Estiró las manos. Cogió las manos de la niña. Ercole agarró sus muñecas y Rossana se deslizó desde el borde al agujero. Oímos la voz de Paolo desde abajo.

—La tengo.

Elisabetta procedió sin pedírselo y se sentó en la rejilla de la apertura. Ercole le ayudó a bajar.

Entonces llegó mi turno.

—¿Tú también vienes con nosotros? —pregunté a Ercole—. ¿Para mostrarnos el camino?

Ercole asintió.

Ahora tenía que hacer lo que las niñas habían conseguido con tanta facilidad, pero mis piernas no querían obedecer a mis deseos. Me obligué a avanzar hacia la apertura en el suelo, hacia la nada del agujero. Ercole me miraba. Incliné la cabeza para que no pudiera ver el miedo en mi rostro. Extendió las manos hacia mí. Conseguí arrodillarme frente a él. El vacío comenzaba a arrastrarme. En mi rostro y en las palmas de mis manos se formaba un sudor grasiento. Comencé a temblar.

—Cierra los ojos —gruñó Ercole—. Dame las manos.

Cerré los ojos.

La voz de Elisabetta llegó a mis oídos desde abajo. Hablaba en voz baja pero podía oírla por encima del sonido del torrente de agua.

—Aquí hay sitio para todos, Matteo.

A ciegas, extendí las manos frente a mí.

Sentí los callosos dedos de Ercole en mis muñecas. Tiró de mí. Durante un escalofriante segundo, quedé suspendido en el vacío. Entonces, me dejó caer lentamente. Mi mente vacilaba y mis pies luchaban desesperadamente para aferrarse a las paredes, pero él sostenía mi peso.

—Te tengo.

Los fuertes brazos de Paolo rodearon mi cuerpo y dejé de patalear. Me condujo a un lugar seguro y acercó su boca a mi oreja.



—Si ese hombre lo desea, podría volver a colocar la rejilla y sepultarnos aquí.

Sacudí la cabeza, para librarme de esa idea antes de que pudiera crecer, pero también porque no creía en ella. Ercole bajaría y nos ayudaría a escapar tal como el monje dijo que haría.

—No —respondí a Paolo—. Mira.

Vimos una pequeña luz vacilante frente a nosotros. Ercole, con el farol alojado en su cinturón, había conseguido descender desde el piso superior para reunirse con nosotros bajo la tierra. El frágil destello hacía parecer más intensa la oscuridad que nos rodeaba. Los rostros de las niñas brillaban en un blanco reluciente; sus ojos parecían cuencas vacías.

—Por aquí —indicó Ercole, mientras intentaba pasar entre nosotros—. Iremos en fila.

Nos aproximamos cuanto pudimos los unos a los otros para dejarle pasar delante. Los dientes de Rossana castañeteaban. Yo apreté los míos para que dejaran de hacerlo.

—Tú —dijo Ercole señalándome—, el astuto, detrás de mí. Y tú —señaló a Paolo— tú, que tienes mucho por lo que luchar, irás el último. Si alguien nos sigue, veremos lo que puedes hacer con esa gran espada que cargas.

Vi cómo Paolo se estremecía. No era ésa la situación idónea en la que luchar contra sus enemigos, siendo el último de la fila en una asquerosa cloaca.

Nos dispusimos como nos indicó Ercole y le seguimos por la cloaca.

En las ocasiones en las que había sentido miedo antes, había sido como una sensación desgarradora, acompañada de muertes violentas, sangre chorreante, gritos de dolor. Este terror era de un tipo más insidioso. Avanzaba lentamente y en silencio, acechándonos cuando atravesábamos a toda prisa el túnel, encogidos entre las paredes cubiertas de cieno, el olor a excrementos y los residuos del suelo y del hospital. Una salpicadura en el agua a mis pies y el brillo de los ojos rojos de una rata.

A medida que el túnel abandonaba el hospital, pasaba por debajo de las calles de la ciudad. Sobre nuestras cabezas, oímos el ruido de pasos, el sonido de la madera rompiéndose, puertas quebrándose en dos, el choque del metal contra el metal.

—Esperad.

Ercole se detuvo, transcurridos unos minutos.

Había otra rejilla ante nosotros. Las barras estaban atascadas por la mugre. Ercole colocó las manos en la rejilla sin dudarle y, con un gran esfuerzo, la arrancó de su lugar.

—Id con cuidado —susurró mientras trepábamos para salir del túnel al agradable aire fresco—. Tú, chico —puso un sucio dedo bajo mi nariz—, ve el Último ahora y haz la llamada de la lechuza si oyes o ves algo.

Delante de nosotros, se extendía un camino pisoteado por las lavanderas de la ciudad cuando se dirigen a hacer la colada y tender las sábanas para secarlas al sol.

Ercole apagó el farol.

—Cogeos de las manos —nos indicó—. Haremos el resto del camino a oscuras.

Yo iba agarrado a Rossana. Nunca antes le había cogido la mano a una chica. Reposaba en la mía como una suave manopla. Sus dedos eran muy esbeltos y su piel perfecta. Esta no era la forma en la que debía ocurrir el primer contacto entre un chico y una chica que se atraían. Debía ser en un coqueteo en alguna feria o en un festival, un paseo bajo las estrellas o en el jardín, cuando las manos de uno se aproximaran a las del otro. ¿En qué estaría pensando ella? En un momento en el que las nubes descubrieron la luna, vi su rostro húmedo por las lágrimas.

Cuando llegamos al río, Ercole señaló la dirección que debíamos tomar.

—Por allí —dijo—. Caminad tan rápido como podáis sin deteneros.

Miró a Rossana, abrió la boca como si fuera a hablar, pero sólo asintió, y se marchó.

## Capítulo 29

Dejamos el río y tomamos el sendero a las montañas.

Había caminado en la oscuridad antes, por lo que las formas de los árboles y arbustos no me asustaban. Con el mapa del monje desplegado en mi cabeza, encontré el camino en parte por instinto, con los oídos en alerta por si alguien nos perseguía. El suelo comenzó a elevarse abruptamente. Paolo y yo tuvimos que ayudar a las niñas. Las medias de Elisabetta y Rossana estaban rasgadas y nuestros dedos se desgarraban conforme trepábamos cada vez más alto. Transcurrida aproximadamente una hora, Paolo sugirió que nos detuviéramos.

—Mis hermanas están exhaustas.

Yo asentí a regañadientes.

—Sólo unos minutos.

Comimos un poco de pan apoyados en un árbol. No les dejé que se sentaran, por miedo a que sí lo hacíamos, perdiéramos el deseo de volvernos a levantar.

Al avanzar hacia la cumbre, la nieve estaba aún fresca. Era consciente de que estábamos dejando huellas, pero no podíamos hacer nada. Amaneció, con una fría belleza invernal. Miramos hacia abajo por la ladera de la montaña y vimos cómo la ciudad y el río se revelaban en la bruma matutina.

—Debemos avanzar más rápido —dije con urgencia—, para que no nos puedan ver desde el valle cuando el sol salga.

La gran majestuosidad de la montaña con su manto de nieve caía sobre nosotros. Atravesaba un pequeño bosque y a continuación, avanzaba más allá de la línea de los árboles. Allí la nieve era espesa. Me arriesgué a echar otro vistazo hacia abajo. Pude ver un grupo de puntos moviéndose cerca del río. ¿Eran barqueros preparándose para cargar las mercancías? ¿O soldados reuniéndose para iniciar una cacería?

Seguimos nuestro camino con dificultad. Conforme la nieve se hacía cada vez más densa, avanzábamos con mayor lentitud. A cada paso que dábamos, distinguíamos con menor nitidez la ciudad. Sólo veíamos el perfil del monasterio y el campanario de la iglesia.

—Si no podemos verles, seguramente ellos no nos vean a nosotros —dijo Elisabetta con la voz entrecortada.

No dije nada. Había cazado en la nieve. Un hombre podía distinguir a una liebre, un punto oscuro en el fondo blanco, a una distancia de más de un kilómetro.

Las niñas luchaban por no hundirse en la nieve, que a menudo les cubría la cintura. Estaba pensando que no podríamos llegar mucho más lejos sin descansar cuando Paolo expresó la preocupación que rondaba mi mente.

—Matteo, ¿estamos siguiendo el camino correcto para llegar a Melte?

Nos detuvimos. Creía que había seguido el camino indicado por el Padre

Benedicto, pero no podía estar seguro. Debía decirles la verdad.

—Creo que sí —dije—. Pero creo que ya deberíamos haber visto el camino en la cima de la montaña.

Miramos hacia arriba. No había ningún surco o pliegue en el macizo que se extendía ante nosotros.

—Pero puede que la fuerte nevada de anoche lo haya ocultado —señaló Elisabetta—. Los pasos de montaña a menudo quedan cerrados durante el invierno.

Lo que significaría que nuestra vía de escape estaba bloqueada.

No podíamos retroceder al lugar del que veníamos. Y, en ese momento, no teníamos fuerzas para emprender una nueva ruta en otra dirección.

—Hay un punto más oscuro al final del macizo, allí —dije—. Está a menos de un kilómetro. Parece una cueva. Podríamos refugiarnos allí mientras tomamos una decisión.

Nos encontrábamos a tan sólo unos cientos de metros de la cueva cuando oímos el crujido de una impresionante grieta. Elisabetta gritó y miró hacia atrás. Paolo se giró, intentando desenfundar en vano su espada, al impedírsele la nieve que le rodeaba. Pero Rossana levantó la cabeza y miró hacia arriba. Seguí su mirada y, al hacerlo, me percaté de que el sonido procedía de arriba y no de detrás. Vi cómo todo el peso de la cima de la montaña temblaba.

—¡Avalancha! —grité para advertirles—. ¡Avalancha!

## Capítulo 30

Agarré a Rossana de la mano y la arrastré a la entrada de la cueva.

Elisabetta nos siguió, obstaculizada por sus faldas. Paolo se había quedado bloqueado en el surco de la nieve que se aproximaba.

Un sofocante y cegador torbellino rugió al descender por la montaña. Me giré y me lancé en dirección a Paolo, agarrándole mientras la nieve nos atrapaba y golpeaba al arrastrarnos. Nos estrellamos contra los árboles y caímos por separado.

No supe nada durante varias horas.

Las niñas bajaron y se las arreglaron para subirnos a la cueva. Paolo se había roto un brazo, mi cuerpo estaba entumecido y lleno de moratones, pero habíamos escapado con vida. Elisabetta rasgó sus enaguas para vendarle el brazo a Paolo y nos acurrucamos juntos para aprovechar la comida que nos quedaba, excepto Rossana, que rechazó todo alimento.

Pero ya había caído la tarde y la luz abandonaba el cielo cuando comenzó a nevar de nuevo. Paolo dijo:

—Dios ha maldecido a la familia dell’Orte.

—O ha enviado la avalancha para ayudarnos —replicó Elisabetta—. Ocultará nuestras huellas desde el río hasta aquí y nos ha allanado el camino. He estado fuera y he visto la apertura en el otro lado. Apresurémonos mientras siga nevando así y cubrirá también la última parte de nuestro viaje.

Observé a Elisabetta mientras le decía esto a su hermano. Había cambiado. Desde que el ánimo de Rossana había decaído, Elisabetta había adoptado el rol dominante.

Cuando nos pusimos de nuevo en camino, Elisabetta me preguntó:

—¿Por qué nos condujiste a Averno?

—Sabía que había un hospital en la ciudad.

—¿Cómo sabías que ese monje nos ocultaría?

—Todo el mundo conoce la bondad de los monjes de San Hugo. Su fama por el cuidado de los que no tienen adonde ir se ha difundido por toda Italia.

—Creí que quizás eras amigo del monje del hospital.

Yo negué con la cabeza.

—Pero te conocía.

—No lo creo.

—Sí que te conocía —dijo Elisabetta—. Te llamó por tu nombre, aunque tú no se lo habías dicho.

Lo había hecho. Acababa de recordarlo. Cuando dibujaba el mapa, el Padre Benedicto me llamó por mi nombre, Matteo.

—Estuve allí una vez antes —murmuré una excusa— con el Maestro. Disponía de permiso para practicar disecciones y le acompañé. Pero me dijo que no hablara de

ello ya que la gente malinterpretaba su trabajo.

Ella asintió y apartó la vista de mí. Entonces me percaté de que Elisabetta era muy observadora. No me había dado cuenta antes, ya que siempre se había contentado con ocupar un discreto lugar tras su vivaracha hermana. Pero ahora, al debilitarse esa brillante estrella, era posible ver el brillo de Elisabetta. Me preguntaba cuánto tiempo debería esperar antes de que su aguda mente se cuestionara más fragmentos de la conversación que mantuvieron ella, su hermano y el Padre Benedicto cuando les preguntó acerca del tesoro. Se preguntaría el motivo por el que les estaban persiguiendo. ¿Cuánto tardaría en recordar que los soldados habían pedido información sobre «el chico» y no habían mencionado a Paolo por su nombre? ¿Se acordaría entonces de que había otro chico que había llegado en extrañas circunstancias al hogar de la familia dell'Orte, un muchacho sin nombre propio, cuya procedencia era incierta, y que podía ser él y no su hermano a quién buscaban los soldados?

¿Cuánto tardarían Elisabetta, Rossana y Paolo en descubrir que su madre, su padre y su hermano habían sido asesinados, no por soldados de Cesare Borgia en busca de un botín, sino por una banda de hombres de Sandino, enviados para encontrarme?

¿Que era yo, Matteo, el que había causado la ruina de la familia dell'Orte?

## Capítulo 31

La campana del Ángelus vespertino sonaba cuando por fin llegamos al pueblo de montaña de Melte.

Enseguida vimos el convento de la hermana del Padre Benedicto. Había un pequeño edificio anidado junto a las escarpadas laderas del paso de montaña. Los muros eran altos, sin puntos de apoyo, y sólo había una puerta con una luz brillando sobre ella. La lámpara iluminaba la inscripción que indicaba que se trataba del Convento del Niño Jesús y de San José.

—San Cristóbal —Elisabetta hizo una mueca irónica—, el santo que custodia a los viajeros. Espero que cuide de nosotros ahora.

Hizo el amago de avanzar hacia el convento.

—Tenemos que ser precavidos —dije.

—Iré yo —dijo Paolo—. No tengo miedo.

—Ser precavido no implica que se tenga miedo —regañó Elisabetta a su hermano—. Causaremos menos revuelo si voy yo.

—Un hombre tiene más autoridad para ordenarles que abran la puerta —dijo Paolo, herido por el reproche de su hermana.

—Son monjas de clausura —explicó Elisabetta—. El único hombre que verán será el sacerdote local cuando dice misa o quizá un pariente masculino en los días festivos. Si un extraño toca la campana por la noche, podría asustarles, y no nos dejarían pasar. Iré y le suplicaré a la hermana que cuida la puerta que me deje hablar con la madre superiora.

—No te dejarán —sostuvo Paolo—. Eres una niña. Te dirán que te vayas y vuelvas cuando seas adulta.

Le diré que traigo noticias urgentes de su hermano en Averno y que debo hablar con ella a solas.

Paolo me miró.

—Creo que es mejor que Elisabetta vaya sola —le dije. Entonces me giré hacia Elisabetta y le recordé:

—El monje dijo que le dijéramos a su hermana...

—Ya sé lo que dijo el monje, Matteo. Crees que porque soy una chica no me acordaré, pero recuerdo el mensaje con mucha claridad. Le diré: «Su hermano le implora que no le guarde rencor por haber recibido una reprimenda del jardinero cuando recogía las mejores rosas de su padre para decorar la estatua de la Virgen».

Esperamos mientras observábamos cómo Elisabetta avanzaba y tiraba de la cuerda de la campana situada en la puerta. Transcurrió algún tiempo antes de que se descorriera el postigo de la rejilla.

Elisabetta habló con quien fuera que se encontrara al otro lado. El postigo se cerró

y esperamos varios minutos antes de que se abriera de nuevo. La puerta se abrió unos instantes después. Una monja permaneció en la puerta, pero no salió fuera. Según las reglas del monasterio, a una monja de clausura no se le está permitido traspasar el umbral del convento. Una vez que toma sus votos, permanece allí de por vida; a su muerte, se le entierra dentro de los muros del convento.

Esta monja se inclinó para hablar con Elisabetta y después, miró en la dirección a la que estaba señalando.

Di un codazo a Paolo.

—Ponte firme —dije— para que pueda vernos y entienda que nuestras intenciones son buenas.

Paolo se enderezó, pero Rosanna no podía hacerlo. Con su brazo bueno, Paolo tiró de su hermana y la acercó hacia él como si protegiera a un niño.

La madre superiora hizo una seña para que nos acercáramos. Nos observó detenidamente a cada uno y dijo:

—¿Y cómo está mi buen hermano?

—Estaba muy bien la última vez que hablamos con él —respondí—. Pero puso en peligro su vida al darnos cobijo.

—Entonces debo obrar al menos con tanta bondad como él —dijo y nos hizo pasar dentro.

—Hay algo que debe saber —dijo Paolo—. Hemos estado en contacto con la peste.

La hermana que cuidaba la puerta retrocedió, pero la madre superiora permaneció en su lugar.

—Vuestra necesidad debe ser grande si mi hermano os envió en tales circunstancias.

Y abrió la puerta de par en par para dejarnos entrar.

La madre superiora nos condujo a un sótano bajo la casa. Esta habitación se había tallado en la montaña y hacía tiempo que se había retirado del resto de la comunidad.

—Debéis quitaros las ropas —nos dijo— para que pueda quemarlas. Después os frotaréis los unos a los otros con un cepillo de cerdas duras. Y os afeitaréis la cabeza.

La mano de Elisabetta se dirigió a sus rizos rubios.

—Lo siento —miró a Elisabetta—, pero no nos queda otra alternativa si queremos evitar la propagación de cualquier infección. Iré a buscar otras ropas para reemplazar las vuestras. Cosemos vestiduras para todas las clases del clero, obispos e incluso cardenales. Buscaré en las cestas y veré si hay algo servible que os podáis poner.

—Culpo a los altos cargos del papado de nuestra desgracia —dijo Paolo—. No puedo consentir vestirme como un miembro de esa organización.

—¿Y como un fraile menor? —respondió con seriedad la madre superiora.



Al decir esto, disimuló una sonrisa, y pude discernir que esta mujer tenía la misma mente astuta que su hermano.

Así que, durante nuestra estancia en Melte, Paolo, Elisabetta y yo vestimos el hábito gris de los frailes franciscanos. Y nos llevamos con nosotros estas ropas cuando partimos a través de las montañas al otro extremo de Italia.

En cuanto a Rossana, ni siquiera llevó el hábito de los seguidores del santo de Asís. Cuando la madre superiora se llevó nuestras ropas infectadas, estudió a Rossana con detenimiento. Entonces, la monja regresó con una cálida manta y, envolviendo el pequeño cuerpo de Rossana en ella, la condujo a la enfermería del convento.

Y allí, dos días después, con los muchachos flanqueando su cama, y Elisabetta sujetando su mano, Rossana dell'Orte murió.

## Capítulo 32

Aunque el viento del invierno todavía impactaba contra la montaña, las largas lágrimas de carámbanos del alero del monasterio habían comenzado a derretirse cuando la madre superiora decidió que había llegado el momento de que partiéramos.

—La nieve se está fundiendo. En un día o dos el sendero de descenso estará suficientemente despejado para que un hombre lo atraviese. Si los soldados de Cesare Borgia os perseguían con tanta fiereza, puede que os estén esperando en Averno y, en cuanto los pasos de montaña estén despejados, volverán para buscaros.

Nos dirigimos a la tumba de Rossana para decirle adiós. Para ocultar nuestra presencia en el convento, Rossana debía permanecer en el anonimato tras su muerte. De esta forma, la sencilla cruz de madera que marcaba el lugar de su último descanso no tenía su nombre escrito. Al igual que a las monjas de todos los conventos, se le había otorgado uno distinto. Elisabetta lo había elegido para ella.

—Podíamos ver las cimas de sus montañas desde la ventana de nuestro dormitorio en Perela —dijo Elisabetta a la madre superiora—. Rossana y yo hablábamos a menudo de los ángeles que debían vivir allí, tan cerca de Dios. Ahora está con ellos. Así que marque en su tumba el nombre de Sor Ángela y permita a los ángeles que la reciban en el Cielo como uno de ellos.

La madre superiora dispuso que un pastor de la colina nos guiara a través de la montaña.

Paolo y Elisabetta me dijeron que podía ir con ellos a casa de su tío, que vivía cerca de Milán.

Yo negué con la cabeza.

—Iré a Florencia y me reuniré con mi maestro —dije.

Ya había causado suficientes problemas a esta familia y creía que estarían más seguros si nos separábamos.

—Buscaremos a mi tío —dijo Paolo y señaló a las ropas que Elisabetta y él vestían—. Dos hermanos indigentes no llamarán mucho la atención en los caminos.

—Os deseo prosperidad en vuestras vidas —dije— en caso de que no nos volvamos a ver.

—Nos encontraremos de nuevo —dijo Paolo encarnizadamente—, aunque pasarán muchos años hasta que llegue ese momento. Hay un asunto sin resolver del que tenemos que ocuparnos, Matteo. Necesito tiempo para hacerme más fuerte, para reunir armas y entrenarme para ser un buen luchador. Pero, cuando esté listo, te buscaré para que podamos dar caza a esos hombres. Matteo, júrame que me acompañarás en esta empresa.

¿Qué podía hacer ante las palabras de Paolo? Dadas las circunstancias, sólo podía asentir.

Me agarró del brazo.

—Mientras tanto, te pido que estés atento. Florencia está muy próxima a los acontecimientos de palacio y estás en una compañía inmejorable, Matteo. Sé mis ojos y mis oídos. Te escribiré al estudio de Messer Leonardo da Vinci.

Y entonces partimos.

Ellos a Milán y yo a Florencia. Ellos marcharon con dolor y venganza. Yo con el cargo añadido de la culpa. Y también, colgado del cuello, con el origen de todos los problemas.

Cuando tuvimos que quemar nuestras ropas, la madre superiora se percató de que aún llevaba el cinturón con el morral y me preguntó si contenía algún tipo de reliquia sagrada. Vi en ello una buena justificación de mi apego a este objeto. Mucha gente lleva reliquias o la insignia de un santo favorito sujetas a su sombrero o capa. Asentí.

—Debemos asegurarnos de que no esté infectado. Te haré un nuevo morral, Matteo. Dámelo y lavaré el hueso de santo que contenga con sales de amonio.

—Lo haré yo mismo —dije.

—La potencia de la reliquia no disminuirá al limpiarla —dijo la monja, malinterpretando mi negativa a entregarla—. La creencia no está en el objeto. Le fe está en tu corazón y alimenta al alma.

—Lo entiendo —dije—. Aún así, lo haré yo mismo.

Trajo un plato con sales de amonio y una botella de agua. A continuación, me ofreció una pequeña bolsa de cuero con una cuerda, similar a las que utilizaban los peregrinos colgadas al cuello. Me dirigí al rincón más lejano del patio del convento y quemé el cinturón y el pequeño morral, recogí su contenido y lo coloqué en su nuevo escondite. Pero, antes de hacerlo, observé el objeto que había iniciado una senda de muerte y violencia desde que había llegado a mis manos.

Modelado en oro sólido, con una leyenda en el borde, mostraba el escudo de armas de una de las familias más poderosas de Italia. Un escudo con el diseño de seis círculos brillaba glorioso en la superficie; era el emblema de los banqueros mercantes cuya influencia llegaba a los rincones más apartados del mundo conocido. La familia que fundó Italia y el Vaticano, y apoyó a Francia, Alemania, Inglaterra y España en sus constantes luchas por el poder y la conquista.

Lo que Sandino me había hecho robar. Aquello por lo que Cesare Borgia le había prometido una fortuna.

El Gran Sello de los Medici.

## CUARTA PARTE

### EL ESCRIBA SINISTRO

---

*Florenca, 1505. Dos años después.*

## Capítulo 33

Nadie pareció percatarse de que el comienzo del trabajo estaba programado un viernes a la decimotercera hora.

Nadie excepto yo mismo y el alquimista, Zoroastro.

—No es un buen día para comenzar un proyecto de gran envergadura —me dijo en voz baja, mientras esperaba con los demás la llegada del Maestro Leonardo.

Sabía qué día era. Era viernes. Los pescaderos estaban en la calle como cada viernes porque era el día de abstinencia de la Iglesia. Era el día en que se suponía que los cristianos renunciaron al placer de comer carne para recordar el sacrificio hecho por su Redentor, ya que Jesucristo fue crucificado en viernes. Era el día que muchos, incluso aquéllos que no aceptaban los preceptos de la religión cristiana, consideraban expuesto a una maldición.

—¿Porque es viernes? —le pregunté.

—Porque es viernes —repitió Zoroastro como respuesta—. Es viernes y, además, el Maestro Leonardo propone comenzar a aplicar la pintura en la primera parte del fresco a la decimotercera hora.

Contuve la respiración.

Zoroastro negó con la cabeza con seriedad.

—No es el día ni la hora que yo hubiera elegido para llevar a cabo una obra tan importante.

—¿Le comentó esto al Maestro? —le pregunté.

—Se lo comenté anoche. No quería esperar. Dijo que debíamos comenzar porque no se podía permitir pagar a los trabajadores los sueldos de un día por estar de brazos cruzados. Y dijo que los ediles de la ciudad se estaban impacientando. Querían ver progresos. Se habían quejado de que había perdido mucho tiempo desde que terminó los dibujos para este fresco. Uno de los trabajadores le dijo que si no empezaba a pintar hoy, el Consejo no esperaría una semana más y puede que intentara penalizarle.

Zoroastro y yo sabíamos lo que pensaba el Consejo de Florencia, y en particular su líder, Pier Soderini, de ese fresco. Mostraban muy poco respeto por el talento de mi maestro y le habían criticado a sus espaldas desde que le ofrecieron el encargo hacía casi dos años.

—Cuando llegue, Matteo, habla con él —prosiguió Zoroastro—. Dile que atraerá a la mala suerte si comienza el trabajo a esta hora.

—El Maestro le tiene en gran consideración —repliqué—. Si no puede hacerle cambiar de opinión, yo tampoco lo haré.

—Es cierto. Me tiene en gran consideración por las cosas que hago que son de naturaleza práctica. Mi trabajo con el metal, mi conocimiento de los elementos, su poder y sus propiedades, mi habilidad en la preparación de pinturas de colores...

pero, ¿qué dice de mi otra virtud, la de interpretar presagios místicos? ¡Puf! La rechaza porque considera que esas cosas no merecen la atención de los seres inteligentes. Anoche, cuando le rogué que aplazara el comienzo de la obra porque presentía augurios desfavorables, se rio. Sí, se rio.

Zoroastro frunció el ceño bajo sus espesas cejas negras.

—No es bueno reírse de las fuerzas que no comprendemos.

Bajamos la voz y nos aproximamos el uno al otro para poder hablar lejos de oídos indiscretos, unidos por un vínculo de respeto hacia lo desconocido. El resto de los trabajadores hablaban entre ellos. Parecía que Zoroastro y yo habíamos acordado sin mediar palabra no hablar de nuestros temores con ellos. Creí que si lo hacíamos, se mofarían de nosotros. La gente que estaba reunida allí, en la Sala del Consejo del *Palazzo Vecchio* de Florencia, esperando instrucciones del Maestro, eran en su mayoría expertos artesanos. Una mezcla de aprendices, discípulos y pintores. Algunos eran hombres instruidos que estudiaban religión, arte y los escritos de los antiguos. Uno de ellos, el talentoso Flavio Voici, de tan sólo quince años, unos pocos más que yo, pero muy bien educado, podía leer en latín y griego. Se habrían burlado del instinto que nos inquietaba a Zoroastro y a mí. Unos, como Felipe, fieles a la doctrina de la Iglesia habrían cuestionado nuestra superstición, al creer en el poder de la oración para vencer cualquier mal. Y aquéllos que consideraban al hombre como centro del universo habrían rechazado igualmente cualquier creencia en las fuerzas mágicas. Pero tenía mucho en común con este hombre rechoncho y bajito, Zoroastro, que había llegado a conocer bastante bien en los años que llevaba viviendo en Florencia. Manifestábamos una profunda empatía por las fuerzas naturales y sobrenaturales que existían en nuestro mundo.

—Intentaremos demorarle todo lo posible —dijo Zoroastro—. Al menos hasta que haya pasado la decimotercera hora. Debemos protegerle por todos los medios.

Vi cómo Zoroastro ataba un hilo rojo a los puntales de la prensa de vino que había adaptado para moler los bloques de pigmentos para las mezclas de pinturas especiales del Maestro. Este hilo rojo era una antigua costumbre popular destinada a proteger a los hombres de los malos espíritus. Procedía de la leyenda que contaba que hace muchos, muchos años, al principio de los tiempos, el hombre, cansado de vivir en la oscuridad y el frío, había recibido el fuego de los cielos. Así que si uno tenía elementos rojos en su casa y en su lugar de trabajo, recordaba a los espíritus malignos que tenía el poder de crear llamas para quemarles y, de esta forma, le dejarían en paz.

Además de los materiales de Zoroastro, en la Sala del Consejo se desplegaban las mesas y los andamios traídos desde nuestro taller en el monasterio de Santa María Novella y erigidos de nuevo allí. Había modelos en cera y arcilla de hombres y caballos, y del propio dibujo, gran parte de él todavía clavado a los marcos hechos de puntales de madera. Durante ese mismo año, se trajo una remesa de esponjas, brea y

yeso para preparar la superficie y, en los últimos meses, se había transferido la parte central del dibujo a su posición en la pared. Un escriba y un narrador empleados por Niccoló Machiavelli, Secretario del Consejo, habían redactado un relato de la batalla de Anghiari, una famosa victoria florentina, para que el Maestro la dibujara. A partir de estas anotaciones, mi maestro había recreado toda la escena, la Batalla por el Estandarte. Esta batalla representaba el espíritu de los ideales de libertad defendidos por la República Florentina frente al poder despótico de los tiranos. Era la piedra angular del fresco, y todos los que lo habían observado creían que, cuando se desvelara al fin, dejaría atónito al mundo.

Me asombró la primera vez que lo contemplé.

La imagen te transportaba al campo de batalla: los caballos y soldados se enredaban entre ellos, retorcidos en el esfuerzo de la lucha. Los caballos se levantaban aterrorizados, sacudiendo las ijadas, con las fosas nasales dilatadas; los hombres, mostrando pavorosas muecas de esfuerzo, retorcían sus torsos entre los cascos de los animales, en un torbellino de movimiento.

A un lado, un jinete había caído del caballo, con la cabeza abierta en dos. Sobre él y el resto de hombres caídos, los cascos de los caballos se desplomaban, pisoteando a la muchedumbre herida. En el tumulto y la carnicería, se distinguían los rostros de los combatientes, gritando en espasmos de dolor, rechinando los dientes con el rictus de la muerte. Los soldados forcejeaban en un combate cuerpo a cuerpo para ganar el estandarte de la batalla. Sí, el momento era glorioso, pero en él pude ver la brutalidad de los hombres, luchando y matándose entre ellos para lograr su propósito.

Al caer la tarde, se había completado el esbozo en la pared de la Sala del Consejo. Felipe, el más práctico de los hombres reunidos, observaba el dibujo. Entonces preguntó al Maestro:

—¿Con qué intención has creado esta imagen, que horrorizará a los hombres y mujeres que visiten este lugar?

—¿Es eso lo que te viene a la mente cuando miras este fresco, Felipe?

Se hizo el silencio. Era sabido que el Maestro nunca discutía sus intenciones. También era sabido que aborrecía la guerra, pero que para vivir necesitaba fondos, y los que le pagaban pedían con asiduidad escenas de batallas. ¿Estaba utilizando estos dibujos para mostrar la terrible verdad del combate?

—Si puedes mirar al cuadro —dijo el Maestro al fin—, entonces obsérvalo.

Cuando lo miraba ahora, dentro de mi cabeza parpadeaba la escena acontecida en Perela: la espantosa visión del cuerpo mutilado del Capitán dell'Orte, el olor de la sangre derramada, el zumbido agitado de las moscas que se depositaban sobre los cadáveres. Sentía el cuero deslizándose entre mis dedos mientras ataba el caballo; veía de nuevo los charcos de sangre en las marcas de los cascos de la tierra bajo mis pies. Sí, este fresco asombraría a todos los que lo contemplaran. Pero cada persona lo

interpretaría según su propia experiencia.

—¡Maestro Zoroastro!

Nos giramos. El Maestro da Vinci había subido las escaleras desde el piso inferior sin que nos percatáramos.

—Os deseo un buen día —dijo el Maestro alegremente—. Buen día para todos. ¿Estáis todos preparados para comenzar el trabajo?

Sus trabajadores le saludaron afectuosamente.

—¿Y usted, Maestro? ¿Se encuentra bien?

—Sí, señor.

Empecemos pues.

Zoroastro me miró.

—Afuera está muy nublado —dije inmediatamente, esperando, como Zoroastro había sugerido, poder demorarle hasta que pasara la decimotercera hora, cualquier daño sería menos grave—. La luz no es buena.

—Lo sé.

Se estaba formando un cúmulo de nubes sobre las colinas de Fiesole y cuando pasé junto al Arno, el río corría muy rápido.

—¿No deberíamos esperar entonces? —sugerí.

—Es mejor que no lo hagamos —dijo. Se quitó el gorro y lo colocó en un banco—. Si estalla una tormenta, la luz empeorará aún más.

Era junio y debería hacer un sol radiante a esa hora del día. Pero el día no era soleado, aunque hacía mucho calor, un calor casi asfixiante.

—Pero con una luz tan tenue tendremos dificultad en ver si los colores son los auténticos.

—Ardo en deseos de comenzar —dijo bruscamente.

—Pero...

—Es suficiente, Matteo. Por favor.

Intercambié una mirada desesperanzadora con Zoroastro.

Todo el mundo se reunió en torno al Maestro. Para esta trascendental ocasión había elegido un diseño de la Tierra a los pies de la pieza central. Flavio Voici vertió un poco de vino en las copas, que levantamos en honor al Maestro.

La oscuridad se hacía cada vez mayor afuera. Los artistas y los discípulos se miraban entre ellos.

—Necesitamos más luz —se aventuró a decir uno de ellos.

—Entonces traed faroles y velas —dijo el Maestro.

Zoroastro se mordió los labios.

Deseaba gritar, tanto como yo: «¡Dejémoslo! Haced caso mando las advertencias son tan claras». Pero la lealtad le impedía decir abiertamente nada que pudiera parecer una crítica a su maestro. No se opondría al Maestro delante del resto.



Traje inmediatamente los faroles y algunas de las velas que estaban apiladas a un lado de la habitación. Encendí algunos de estos faroles y velas, y los dispersé por la sala. A continuación, cogí el farol más brillante y me aproximé a mi maestro.

Éste tomó un pincel y lo sumergió en un cubo de pintura preparado según su propia receta. Se dispuso a realizar el primer trazo en la pared; después, acabaríamos juntos la copa de vino. Cargó el pincel con un gris oscuro. El color del lodo, el color de la muerte.

—Así que... —dijo levantando la copa de vino en una mano y el pincel en la otra — habéis trabajado muy duro durante el último año, ayudándome a completar los dibujos y a transferir esta escena central. Y todavía nos quedan muchos meses de trabajo por delante. Pero, por ahora, disfrutemos del momento.

El Maestro avanzó hacia la pared.

En ese momento, se levantó una ráfaga de viento. Parecía venir del río. La oímos con bastante claridad, extendiéndose por el Palazzo della Signoria y agitando los cierres de las ventanas, golpeando el cristal como si se tratara de un demonio que intentaba acceder al interior.

Mi maestro vaciló. Zoroastro bajó las cejas y subió la barbilla, de forma que su corta barba sobresalió de su pequeño rostro. Se cruzó de brazos, pero permaneció en silencio.

Se oyó un estruendo en la parte superior de la sala, como si se hubiera caído una baldosa o la rama de un árbol y hubiera chocado contra el cristal de la ventana. Todos miramos hacia arriba. El viento soplaba con más intensidad. Parecía más un vendaval de invierno que una brisa de verano. Podía oír como bramaba en el exterior.

Entonces, de una forma tan brusca que no tuvimos tiempo de recoger ni apagar las velas dispuestas en la habitación, el cierre de una ventana se soltó y el viento consiguió entrar en la sala. Las llamas parpadearon frenéticamente. Entonces, se extinguieron como si una mano invisible las hubiera apagado.

Las campanas de la ciudad comenzaron a doblar.

—Debemos desistir —siseó Zoroastro a media voz.

El Maestro pareció no escucharle.

La campana repicó su sombría advertencia para indicar a la gente que buscara cobijo. Ya podíamos oír el graznido de las voces de la gente que se reunía bajo los arcos y los aleros de los edificios de la calle. Abajo, en la ribera del río, las lavanderas recogían sus fardos de ropa. Alrededor del área de la Santa Croce, los bataneros abandonaban su trabajo y los muchachos se apresuraban a colocar las tapas en las grandes cubas de tinte hirviendo. Las esposas de los trabajadores más pobres que habitaban en las chabolas en ruinas a la orilla del río reunían a sus hijos y trepaban a zonas más altas. Todos los ciudadanos de Florencia sabían que la fuerza del Arno cuando se desbordaba podía arrancar a un bebé de los brazos de su madre.

El viento crecía en intensidad. El cierre suelto de la ventana cedió completamente y la ventana chocó contra la pared exterior.

—¡Qué los santos nos protejan! —exclamó Flavio Voici.

Violento, como una criatura viva, el viento giraba hacia dentro y hacia fuera. Arrojó una ráfaga de cenizas de la chimenea y abrió la puerta de par en par. Un tremendo soplo de aire se aproximó rugiendo por la enorme sala.

El propio dibujo comenzó a combarse. El Maestro profirió un grito y corrió hacia él. Soltó el pincel y dejó caer su copa de vino. Me acerqué a cogerla. Al hacerlo, golpeé ligeramente el borde del banco de madera, haciendo caer la jarra con agua de su posición en el banco. Zoroastro saltó para salvarla. Sus dedos rozaron la jarra mientras caía y se rompía contra el suelo.

Zoroastro profirió un pequeño gemido y se recito a sí mismo:

*Si cae una  
vasija y agua derrama,  
recupera un poco  
y la suerte será menos mala.*

Había oído a mi abuela recitar esa rima en muchas ocasiones. Se trataba de un ritual que debía realizarse una vez para demostrar que no desperdiciarías ningún obsequio que la Naturaleza te había otorgado con tanta generosidad, siendo el primero de ellos el agua. Sin ella no podría existir la vida. Zoroastro y yo nos apresuramos a recoger parte del agua con nuestras manos para beberla. Pero, antes de poder hacerlo, uno de los aprendices había encontrado un paño y había secado el agua del suelo.

Zoroastro se llevó las manos a la cabeza.

Caí al suelo de rodillas. Quizás quedara todavía algo de agua en el suelo. Pero había desaparecido toda, absorbida o filtrada por la madera. No podía encontrar nada que llevarme a los labios para demostrar que respetábamos el agua derramada. Ni siquiera una gota que pudiera lamer para evitar que se perdiera. Me levanté y me retiré de esa zona.

El Maestro se había repuesto. Alguien había trepado al andamio y había entablado la ventana; otro trabajador había asegurado la puerta. El Maestro y Flavio habían vuelto a apuntalar el dibujo en su lugar.

—Es agua lo que se ha derramado —dijo el Maestro mirándonos irritado—. No oro lo que hemos perdido.

—El agua es un bien máspreciado que el oro —dijo Zoroastro en voz baja.

—Procedía de una jarra hecha añicos —dije inmediatamente—. Y se filtró en el suelo sin que pudiéramos rescatar ni una gota.

—¿Y eso qué significa?

—No trabajaré en este lugar hoy —dijo Zoroastro.

Este hombre bajito, Tomaso Masini, al que se conocía con el nombre de Zoroastro, era muy extraño, pero los discípulos y artistas que trabajaban con mi maestro estaban tan acostumbrados a sus extravagancias que le ignoraban la mayor parte del tiempo. Pero no hoy. Les vi darse codazos entre ellos para prestar atención a Zoroastro.

—Me voy a mi fragua. Vamos, Matteo, me ayudarás.

Hice el amago de obedecerle y, entonces, me detuve. Mi maestro me miraba furioso.

Los discípulos murmuraban entre ellos. Esta gente ilustrada comenzó a sentirse incómoda cuando vio la evidencia ante ellos. Fuera había empezado a caer una verdadera tormenta, que golpeaba ruidosamente en los tejados.

Pero mi maestro estaba sufriendo una de sus extrañas crisis de carácter y no cedería.

—Te quedarás aquí, Matteo —dijo con frialdad—. Tú, Zoroastro, eres un ente libre y puedes hacer como deseas, pero el chico está bajo mis órdenes y deberá hacer lo que le pida.

Zoroastro se puso nervioso.

—Me quedaré —dijo—. Aunque no puedo persuadirte de que dejes tu empresa, no te abandonaré. No dejaré que sufras solo. Ya es demasiado tarde para deshacer lo que ya se ha hecho. Nuestras vidas... nuestras muertes... están ligadas. —Puso un gesto de resignación en su rostro—. Nuestros destinos están decididos. —Y, cuando pronunció las siguientes palabras, el temor tembló en su voz—. Nuestros destinos están entrelazados de forma que ningún poder en este mundo o en cualquier otro podría liberarlos.

## Capítulo 34

—Matteo, quiero hablar contigo.

Habían transcurrido algunas semanas. Tras el desafortunado comienzo, el trabajo en el fresco había continuado y las pinturas se estaban aplicando maravillosamente. Zoroastro y yo nos habíamos preocupado innecesariamente, o eso parecía. Todos los días, bajo la supervisión del Maestro, el fresco evolucionaba ante nosotros como un desfile viviente. Los caballos y los jinetes emergían de sus contornos sombreados, con palpitantes colores que marcaban un ritmo en mi cabeza. Cuando lo observaba, imaginaba que veía el sudor de sus cuerpos y oía los gemidos y gritos de la batalla. En una zona del cuadro, mi maestro había logrado la apariencia del humo, algo que no se había hecho nunca antes en un fresco y que podía resultar una forma limitada de pintura por la dificultad en mostrar la perspectiva. Pero había conseguido que pareciera como si la explosión de un cañón hubiera estallado fuera de escena y el humo de la descarga flotara por la parte inferior de la pared.

Durante este frío y húmedo verano, en cuanto llegábamos a la Sala del Consejo, nos poníamos manos a la obra. Algunas de las tareas que realizábamos eran repetitivas, pero no me importaba. No tenía aptitudes con el pincel y no podía dar color ni al más sencillo de los perfiles. A pesar de tener más de doce años, mi talla y peso todavía eran reducidos, tiradas a ello, podía subir y bajar del andamio con rapidez y llevar a los artesanos sus herramientas de trabajo cuando las pedían: el pequeño palo de punta redonda que los pintores utilizaban para dar punzadas en el cuadro, las bolsas de seda que impregnaban en el polvo para mostrar los contornos. Rellené esas bolsas una docena de veces al día para aplicar el polvo en los agujeros. Al final del día, tras trabajar en condiciones de calor extremo, yo, al igual que el resto de trabajadores, estaba exhausto, aunque no me cansaba del propio fresco. Me fascinaba. Siempre encontraba tiempo para acercarme a observarlo y descubrir un nuevo aspecto que me intrigaba. Como ahora, cuando la mayoría de los trabajadores había acabado su trabajo y se había marchado, me quedaba atrás y miraba el último detalle que el Maestro había dibujado en él.

¿Cómo se llamaba ese hombre? El que estaba muriendo de forma tan patética, sin que sus camaradas se percataran. ¿Su esposa y sus hijos le esperaban en casa? Y el otro, el más joven, ¿por qué había acudido a la lucha? ¿Quería dar emoción a su vida? ¿O, al igual que Paolo dell'Orte, buscaba venganza por alguna atrocidad cometida a su familia? Todos los combatientes habrían escuchado las palabras de sus oradores cuando les llamaban a las armas. ¿Qué tipo de prosa había levantado en ellos el deseo de luchar? ¿Era la promesa de una recompensa o la idea de apoyar una causa noble? Los líderes iban a la guerra por muchos motivos, para conquistar tierras o conseguir poder, por ambición personal o en busca de fama. Pero, ¿por qué luchaban estos

soldados?

—¡Matteo!

Me sobresalté. Estaba tan inmerso en la reconstrucción de una vida para cada personaje dibujado en el fresco que no había oído al Maestro aproximarse.

Estiró la mano en un gesto de afecto y enredó mis cabellos.

—¿Qué pensamientos encierra tu cabeza?

Me encogí de hombros. Era señal de lo dócil que me había vuelto en los últimos dos años el hecho de que permitiera a lodo el mundo acercarse a mí sin apartarme.

—Estaba pensando en los hombres representados en su cuadro. ¿Quiénes son?

—Soldados de Florencia.

—¿Cómo se llaman?

—¿Quieres saber sus nombres?

—Éste de aquí —dije con premura antes de que pudiera continuar—. El hombre que está tendido en el suelo. ¿Sobrevivirá?

El Maestro se acercó más a la pared para examinar el cuerpo del soldado caído.

—Lo dudo mucho. Su herida es muy grave. Probablemente muera, como la mayoría de hombres que caen heridos en la batalla.

—Creo que su rostro muestra resignación —dije—. No desea vivir.

—¿Por qué no?

Mi maestro me observaba divertido.

—Quizás no tenga un hogar. Creo que es por eso. Nadie lo lamentará si no regresa a casa.

—Eso sería triste —dijo mi maestro—. Que a nadie le importara si vives o mueres.

—Mientras que éste —dije señalando a una de las figuras centrales cuya espada estaba levantada para degollar a su adversario— busca la gloria y no le importa morir. Quizá incluso preferiría morir para que su nombre perviviera en la memoria de la gente.

—Existen hombres así.

—Dicen que Aquiles, el más valiente y hermoso de todos los antiguos griegos, era así. Presagiaron que si iba a la Guerra de Troya, moriría con toda seguridad, pero que sus hazañas se narrarían en manuscritos y canciones por siempre. Si se hubiera quedado en casa, habría vivido hasta la vejez, en el anonimato. Decidió partir con Ulises y luchar para rescatar a Helena. Mató al valiente Héctor ante las murallas de Troya pero, a cambio, fue asesinado por Paris en la Puerta Escea. Y es cierto, el nombre de Aquiles no se ha olvidado. Quizás eso es lo que piensa ese hombre. Que si gana el estandarte, su nombre también perdurará para siempre. Un cuadro tiene tantas interpretaciones como personas lo contemplan. Muchos creen que es un momento capturado en el tiempo.

—Supongo que estoy más interesado en lo que ocurrió antes y después del momento representado.

—Vaya, te interesa más la historia. Hay un relato de la batalla de Anghiari. De hecho, existen varios relatos de este momento en concreto, en el que los florentinos se enfrentaron a los milaneses. Pero descubrirás que la historia depende mucho del narrador. Se considera una gran victoria de los florentinos, acompañada de la matanza de su enemigo. Pero mi amigo Niccoló Machiavelli me contó que sólo fue por la casualidad de que una serpiente asustara al caballo de un soldado, tras lo cual el animal se levantó, haciendo que su dueño cayera al suelo, se golpeará la cabeza con una piedra y muriera. Pero el ingeniero de Messer Machiavelli es mordaz y ésta podría ser una lectura más de la batalla.

—Me gustaría saber qué le ocurrió a los soldados después —dije.

—Tienes una mente despierta, Matteo. Y, por supuesto, eso es justo lo que quiero hablar contigo. Antes de que te vayas, ven conmigo a un lugar en el podamos hablar más íntimamente. Hay algo que me gustaría comentar contigo.

Me llevó al centro de la habitación.

—Volviste a formar parte de mi compañía el mismo año que llegaste a Florencia, en otoño. ¿Te acuerdas?

Claro que me acordaba.

Era casi verano de 1503 cuando llegué a la ciudad, tras atravesar las montañas durante semanas desde el convento de Melte. No me había llevado mucho tiempo averiguar el paradero de una persona tan conocida como Leonardo da Vinci. Descubrí que se encontraba fuera de la ciudad y que no esperaba volver a Florencia hasta octubre, cuando iba a montar un nuevo taller para comenzar el fresco encargado por Pier Soderini y el Consejo de la ciudad.

El clima era lo suficientemente cálido como para dormir al aire libre, por lo que encontré un hueco protegido en el dique del Arno y allí me hice una pequeña cueva.

Hacia finales de agosto, escuché noticias de Roma. El Papa Alejandro Borgia había muerto. Había caído gravemente enfermo después de una cena y no se había recuperado. Italia estaba experimentando el mayor calor conocido y en Roma se propagaba la fiebre traída por los insectos de los pantanos próximos. Pero la mayoría creía que había sido envenenado, por otros o, de forma involuntaria, por él mismo. Sufrió una muerte horrible. Parecía un final apropiado para alguien que había vivido de la forma en que él lo hizo.

Durante un tiempo, la Iglesia y sus líderes vivieron momentos de confusión pero, finalmente, se eligió a un nuevo Papa, Julio II. El Papa Julio, siendo guerrero de pleno derecho, no quería como rival a Cesare Borgia, y retiró a *Il Valentino* de su cargo de comandante de los ejércitos papales para poder ocuparlo él mismo. También

se negó a reconocer el título de Duque de Romagna de Cesare Borgia y pidió que las ciudades que *Il Valentino* había conquistado estuvieran de nuevo bajo control papal. Temiendo por su propia vida, Cesare Borgia buscó refugio en España. Me sentí seguro de inmediato al conocer la noticia de la caída de los Borgia, ya que era a Cesare Borgia a quien Sandino pretendía vender el sello Medici.

No sabía esto cuando Sandino me mandó reunirme con un sacerdote al que se conocía en Ferrara como el Padre Albieri. En ese momento, sólo me contó que un sacerdote que asistía a las celebraciones con motivo del matrimonio de Lucrezia Borgia en Ferrara conocía la ubicación de una caja cerrada que contenía un objeto que Sandino deseaba poseer con todas sus fuerzas. Debía encontrar al sacerdote y él me llevaría a la caja. Mi tarea era abrir el cerrojo, sustraer el objeto y volver a cerrar la caja de tal modo que nadie supiera que se había abierto. Cuando el Padre Albieri me condujo en Ferrara a la casa en la que se encontraba la caja, llevé a cabo mi misión con facilidad. El sacerdote me indicó dónde estaba el objeto e insistió en que debía llevarlo conmigo. Colocó el sello en un morral en el cinturón de cuero y me lo ató a la cintura. Debía sentirse culpable por haber animado a un niño a cometer un hurto por lo que insistió en darme la absolución por mis pecados y bendecirme antes de que partiéramos juntos a nuestra cita con Sandino.

¡Estúpido sacerdote! Debería haberse confesado él ya que pronto iba a encontrarse con el Creador. Pero ni él ni yo sospechábamos de ninguna manera que Sandino iba a traicionarnos cuando nos encontráramos con él.

El sacerdote habló primero, después de que Sandino nos saludara.

—He traído lo que buscabas —dijo.

Sandino sonrió con una mueca de triunfo. Se volvió hacia uno de sus hombres y dijo:

—¡Ahora tendremos oro en abundancia! Cesare Borgia nos pagará bien por el sello Medici.

—¿Cesare Borgia? —dijo el Padre Albieri, retrocediendo—. Me dijiste que trabajabas para los Medici. Ése fue el único motivo por el que acepté ayudarte.

—Lo sé —siseó Sandino—. Si te hubiera contado toda la verdad, no tendría este tesoro entre mis manos.

Y, al decir esto, el bandido sacó su porra y aporreó al sacerdote hasta la muerte, y habría hecho lo mismo conmigo si no hubiera logrado escapar de él.

Para empezar, no entendía por qué Sandino quería matarnos. Al principio pensé que quizá no deseara compartir la recompensa, pero llegué a la conclusión de que no podía confiar en que guardáramos el secreto. Sólo cuando crecí aprecié que el valor del sello Medici era mayor que el oro del que estaba hecho. El sello se podía utilizar como una firma para autentificar documentos de cualquier tipo y la gente creería que procedían de la misma mano de los Medici. Así que los Borgia, en su conquista del

poder, podrían haber conseguido préstamos, falsificado documentos, organizar conspiraciones, y dejar que la culpa recayera en la casa de los Medici. Pero ahora, con Cesare Borgia fuera de Italia y después de haber transcurrido un año desde que robé el sello, seguro que Sandino ya no me perseguiría para recuperarlo. De este modo, al oír que el nuevo Papa Julio no toleraría que Cesare Borgia regresara a ningún punto de Italia, me sentía mucho más tranquilo de aparecer en público.

Encontré algunos trabajos en las tiendas alrededor de la plaza del mercado de Florencia. A cambio de un par de monedas y restos de comida, les ayudaba con las entregas. Tenía una habilidad especial para memorizar nombres y direcciones, al tener experiencia previa en ello.

Un día, mientras callejeaba esperando trabajo, una mano me agarró el hombro. Era Felipe. Leonardo da Vinci había regresado a la ciudad y Felipe había salido a realizar un pedido para suministrar al nuevo grupo. Felipe me contó que el Maestro había recuperado el ánimo tras dejar el empleo a las órdenes de Cesare Borgia y había vuelto a pintar. Me llevó al monasterio de Santa María Novella, en el que había montado un taller y dependencias donde dormir.

—Gracias por aceptarme de nuevo en el grupo —le dije al Maestro.

Se sentó en un taburete junto al banco de trabajo de Zoroastro, lo suficientemente lejos en la Sala del Consejo para que el resto no pudiera oírnos.

—No te estoy pidiendo que recuerdes las circunstancias de tu regreso a mi servicio para que me lo agradezcas, Matteo. ¿Puedes acordarte de nuestra estancia en Santa María Novella en el otoño de 1503?

—Con gran claridad —dije.

Me resultó interesante ver cómo se montaba el taller de trabajo de un artista. Todos los miembros de su grupo estaban muy emocionados con la idea de que le hubieran asignado este encargo al Maestro. Suponía ingresos regulares durante unos años y la posibilidad de participar en una gloriosa empresa. Ahí fue donde conocí a Zoroastro. Había venido y montado su fragua en el patio, a un lado del monasterio, y en esos fríos meses todos habíamos trabajado juntos para sacar adelante el proyecto.

—¿Por qué debo recordar ese otoño?

—Porque fue entonces cuando, hace ya casi dos años de esto, la esposa del comerciante, Donna Lisa, dio a luz a un niño, que nació muerto. Me gustaría que te acordaras de la niñera. La que se llamaba Zita, que había sido la niñera de Donna Lisa en su propia niñez, y que había decidido mantener en la casa.

Zita era una anciana que estaba a cargo de los hijos de Donna Lisa y del hijastro nacido del matrimonio anterior de su esposo. La conocimos cuando trajo a dos niños pequeños con ella durante una visita a su hermano, que era fraile en el monasterio de Santa María Novella. A esos niños les encantaba ver trabajar a Zoroastro en su



fragua.

—Me acuerdo de ella —dije al Maestro.

—Esa niñera nos dijo que el motivo por el que el bebé de Donna Lisa había nacido muerto era que un sapo gordo había brincado en su camino a la iglesia el día de Todos los Santos. ¿Te acuerdas?

—Sí que me acuerdo.

—Al permanecer allí, inmóvil, Donna Lisa había tenido que pasar sobre él. Y dijo que por eso el bebé que Donna Usa llevaba en su vientre había muerto.

Asentí.

—Eso es lo que la niñera nos contó cuando hablamos con ella la noche que fuimos a su casa.

—De esta forma —prosiguió mi Maestro—, la niñera nos habría hecho creer que el sapo había hecho que el bebé dejara de respirar en el seno materno. Así que, cuando llegó el momento de que Donna Lisa diera a luz, el niño había nacido muerto.

Asentí.

—¿Tú crees en eso, Matteo? ¿Que el hecho de que la señora, Donna Lisa, pasara por encima de un sapo, hubiera provocado que el niño que llevaba dentro muriera?

Dudé en mi respuesta.

—¿Lo crees? —insistió.

—No parece que fuera la causa —dije a regañadientes.

—¿Sí o no, Matteo?

—No, pero...

—¿Sí o no?

Negué con la cabeza, negándome a responder lo que él deseaba oír.

—Es una cuestión de razonamiento, Matteo. Piensa en ello. Un sapo interpuesto en el camino de una mujer encinta. ¿Cómo podría causar la muerte del niño que llevaba en su seno?

—Mi abuela decía que las creencias tradicionales proceden de la semilla de la verdad —respondí.

—Y yo no podría estar más de acuerdo. Puede ser que si una mujer encinta se comiera a una rana o a un sapo, pudiera resultar perjudicial para ella o para el niño. Es conocido que existen algunos alimentos que deberíamos no comer y que pueden ser especialmente dañinos para las mujeres. Tú mismo lo conoces de primera mano. Advertiste a Graziano de la falsa menta y lo salvaste de un dolor de estómago perpetuo. Y puede ser que comerse un sapo o incluso tocar uno pueda propagar algún tipo de infección que resulte perjudicial para un bebé nonato y que sea el origen del mal.

—Entonces... —dije—. ¡Usted estaba confundido!

El Maestro levantó las cejas.

—¿Lo estaba?

—Pues claro. Aquí tiene la prueba. Acaba de decir que, con casi toda seguridad, el sapo fue la causa de tal desgracia.

—¡Ay, muchacho irrefrenable y problemático! —exclamó.

Le miré angustiado, pero él se reía.

—¿Ves? —proseguí—. Es mejor que las mujeres encinta eviten estas circunstancias para estar completamente a salvo. Así que lo que dijo la niñera tenía parte de razón.

—Matteo, escúchame —dijo, colocando sus manos a ambos lados de mi rostro—. Algo provocó la muerte de ese niño. Pero podría resultar útil para hombres y mujeres echarle la culpa a otros factores. De esta forma, nadie podría considerarse culpable. Ni el padre que engendró el hijo, ni la madre que lo llevó en su seno, ni los criados de la casa que les preparaban la comida, ni la niñera que cuidaba de ella, ni la comadrona que le asistía en el parto, ni el doctor que fue llamado a la cabecera de su cama. Todos quedarán exonerados porque fue obra del sapo. ¿Entiendes lo oportuno que resulta?

—Lo entiendo.

—Pero al culpar al sapo —continuó el Maestro—, no buscamos el motivo real del infortunio.

El Maestro esperó.

Yo no dije nada.

—¿Qué puedes deducir de todo esto, Matteo?

—No lo sé.

—Déjame que te ayude —dijo—. Volverá a ocurrir. En algún otro lugar, otro niño nacerá muerto. Y otra madre sufrirá esta tristeza, con sapo o sin sapo en la historia. Aunque no importará, porque en ausencia de sapo, otra será la causa de la catástrofe. Y así...

Me miró expectante.

—Seguirá ocurriendo —dije lentamente—, y no se descubrirá la verdadera causa.

—¿Y cuál es la ventaja de descubrir la verdadera causa? —me presionó.

—Que podrá evitar que esto ocurra otra vez.

—Bien razonado, Matteo —me felicitó con aprobación—. Ahora ten en cuenta esto.

Me indicó que mirara algo. Como en muchas otras situaciones en las que sus acciones tenían más de un propósito, no era casualidad que me hubiera llevado al banco de trabajo de Zoroastro. Tocó el hilo rojo que colgaba en distintas partes de la prensa de vino.

—¿Para qué sirve esto? ¿Para alejar a los sapos?

Sentí cómo me sonrojaba.

—¿Esto es algo lógico? —me preguntó—. ¿Por qué crees que Zoroastro ha colgado aquí estos trozos de lana roja?

—Es una antigua creencia popular. Más vieja que los antepasados de nuestros antepasados. Es un símbolo muy potente.

—¿Un símbolo?

—Sí.

—¿De qué?

—Está conectado con el fuego —dije. Por eso es rojo. Con el fuego, el hombre se puede proteger. Hasta la Iglesia habla del poder del fuego para expulsar a los demonios.

—Por supuesto —rio el Maestro—. Y si el fuego es efectivo contra un demonio como Pier Soderini —mencionó el nombre del líder del Consejo de la ciudad, que le estaba acosando para que terminara el fresco—, entonces una marca al fuego sería más útil. ¿Pero un hilo rojo? No creo que le mantuviera lejos, ni que hiciera que el viento soplara con menos intensidad o que la lluvia dejara de caer. ¿En serio crees en eso?

Incliné la cabeza.

—Matteo, debes pensar en esto.

—Lo hago —dije con agresividad.

—Vuestras creencias se basan en el miedo. El miedo procede de la ignorancia, y la ignorancia existe debido a la falta de educación.

—Mi abuela me educó.

—Te enseñó lo que necesitabas saber para vivir la vida que llevabas. Ahora tienes una vida distinta. Hay temas para los que tu mente está cerrada, y debemos abrirla antes de que sea demasiado tarde.

—Hay asuntos que los hombres nunca comprenderán. Hay cosas que no se pueden explicar.

—Todo se puede explicar.

—No todo.

—Todo se puede explicar.

Herejía.

—El monje en Averno dijo que hay cosas que los hombres no pueden entender.

Mi maestro se puso en pie.

—Pues yo digo que hay cosas que los hombres no entienden porque aún no hemos desarrollado las herramientas para hacerlo. Hace unos años, no podíamos mirar de cerca a la luna. Así que los hombres inventaron leyendas para explicar lo que veían pero no podían entender. Pero ahora, con los espejos y el vidrio esmerilado, podemos ver la superficie de la luna con mayor claridad y, por lo tanto, sabemos que no es una diosa, ni el alma de una mujer hermosa, ni ninguna de estas cosas. Así que

cuando el monje dice que hay cosas que el hombre no puede entender, dice que hay cosas que los hombres no entienden todavía.

Él maestro se percató de que me entristecía.

—Da igual —prosiguió con suavidad—. Quería hablar contigo porque sé que no sabes leer. Te observo mirar el fresco todos los días. Representa a hombres luchando para poder vivir en libertad. ¿Sabes?, la libertad no sirve de nada si no liberas también tu mente. Una persona que no sabe leer es víctima de la superstición y puede ser inducida a error por la opinión ignorante de otros.

—No obstante, también me ha dicho que ha encontrado errores en los escritos que ha estudiado. Y que son libros que se tienen en alta estima. Me contó que al llevar a cabo sus disecciones, ha visto con sus propios ojos cosas que no se corresponden con los textos que ha leído.

—¡Ayyyyy! —dijo con exasperación y, por un momento, creí que iba a darme una palmadita en la cabeza—. Lo que te estoy diciendo es lo siguiente. Si no aprendes a leer pronto, nunca lo harás. No entiendo por qué tu abuela no le enseñó, ella que te enseñó tantas cosas. Tuvo que darse cuenta de que tienes una memoria excelente y de que eres muy perspicaz.

—A lo mejor no sabía.

—Lo dudo mucho. Dijiste que tenía sus propias recetas. Tenía que disponer de alguna aptitud para la lectura.

—Sé que apreciaba sus recetas. Me hizo prometer que no las quemarían, aunque ella misma no podía leerlas muy bien.

—Yo creo que sí que podía. ¿Por qué no te enseñó a leer entonces?

—Me enseñó lo suficiente —dije a la defensiva.

—Sólo lo que debías saber. Me dijiste que te enseñó los nombres de sus clientes y las calles o plazas en las que vivían. Sólo te enseñó eso. Sólo eso, y nada más. Me pregunto por qué no quería que aprendieras a leer cuando te educó en las historias de *La Ilíada*, las fábulas de Esopo, y otros mitos y leyendas.

No podía responder a eso.

—Tenemos que organizado todo para que aprendas a leer.

—¡No!

Sabía que un criado no debía hablar de forma tan imprudente a su maestro, pero no le permitiría que me persuadiera en esto.

—No lo haré. Los otros lo sabrían y la humillación sería demasiado grande para mí.

—Sé que es vergonzoso, pero creo que lo necesitas urgentemente.

Sacó algo de debajo de su túnica y me lo ofreció.

—Llegaron algunos paquetes una vez que todos abandonaron el taller del monasterio esta mañana. Felipe se había ido ya, por lo que yo mismo los clasifiqué.

Esta carta estaba entre ellos. Es para ti. Sé que has recibido otras cartas antes. ¿Qué haces con estas cartas? ¿Cómo las lees?

No le contesté.

—¿Se lo pides a uno de los discípulos? ¿A Flavio, quizás?

—No.

—Debe resultar muy frustrante para ti no saber lo que hay escrito en esas cartas.

Pero sí lo sabía.

Porque, aunque no podía hacerlo por mí mismo, había encontrado a alguien que las leyera por mí.

El escriba Sinistro.

## Capítulo 35

La primera vez que recibí una carta, aguanté muchos silbidos de los aprendices más jóvenes. Era de esperar por las continuas bromas que hacíamos en el taller pero uno de los discípulos de más edad, Salai, poseía un ingenio malintencionado. Me arrebató el paquete de los dedos y lo olfateó.

—Diría que huele a perfume —afirmó.

—Dámelo. Podía sentir cómo me iba enojando por momentos. Me percate de que había cometido un error al hacer ver a Salai que me había molestado. Sólo sirvió para que me atormentara más aún.

—Nuestro Matteo es el lobo gris que caza en las sombras de la noche —declaró Salai—. El que se mueve sigilosamente por las paredes y del que no podemos distinguir qué es lobo y qué es sombra.

—He visto que sales por las noches —se unió Flavio—. ¿Dónde vas, Matteo?

Era cierto que salía por las noches de vez en cuando, para acompañar a mi maestro al depósito de cadáveres de un hospital cercano, en el que un comprensivo doctor le permitía llevar a cabo sus disecciones. Pero prefería mantener esto en secreto mientras me fuera posible. Un magistrado podía otorgar permiso a un artista para realizar un estudio anatómico de un cadáver si el artista podía probar que tenía una buena razón para ello, tal como había hecho Miguel Ángel al esculpir su gran estatua de David. Pero mi maestro temía que se conociera que su interés en el estudio de los muertos tenía un propósito más allá de determinar la posición de determinados tejidos y músculos para perfeccionar su arte. Si alguien viera sus detallados dibujos de los órganos internos, podría contárselo a otros, que se preguntarían cuál sería la finalidad de este estudio. Estaría expuesto a las habladurías y a los recelos. Sin la protección de un patrón poderoso, era vital que mi maestro mantuviera en secreto sus trabajos.

Salai estaba al corriente de estas visitas nocturnas. En una ocasión, había acompañado a mi maestro en sus excursiones nocturnas. Pero, se había aburrido de aguantar largas horas de trabajo sin que nada ocurriera y, por otra parte, le interesaba más charlar con el resto de aprendices en las tabernas de los alrededores. Dado que yo no tenía esa inclinación, el maestro me llevó con él. Salai conocía este detalle. Así que siguió provocándome, al saber que no revelaría la verdad. Ondeó mi carta en el aire.

—Salta y veamos si puedes alcanzarla —se mofó.

Avancé para intentar recuperarla. Cuando Salai subió aún más los brazos para poner la carta fuera de mi alcance, le propiné una patada en sus partes nobles. El muchacho se retorció, gritando de dolor, agarrándose la entrepierna. Agarré la carta y corrí al taller.

Me había creado un enemigo, pero tenía la carta a salvo.

Ésa fue la primera carta que recibí.

Es obvio que no pude leerla.

Pero reconocí el nombre que aparecía en la última línea del documento.

Elisabetta.

La mantuve junto a mí en todo momento. Salai había decidido vigilarme y sabía que la robaría en cuanto tuviera ocasión. Era el mes de enero y casi había llegado la época del festival de la Epifanía, en el que los maestros ofrecían regalos a sus grupos. Pedí un monedero que pudiera llevar en el cinturón para guardar el dinero y las pocas posesiones preciadas de las que disponía. Guardé la carta durante aproximadamente un mes antes de encontrar a la persona que la leyera por mí.

El hombre al que se conocía como el escriba Sinistro.

Era el nombre que se había dado a sí mismo, en parte porque escribía utilizando la mano izquierda. Y eso fue lo que me llamó la atención de él. Un día, casi un año después de que llegara a Florencia, me encontraba paseando en el otro lado del río. Andaba en dirección del Santo Spirito, dirigiéndome al Ponte Vecchio, donde pude ver al escriba sentado a los pies de una torre justo antes de llegar al puente. Se estableció en un pequeño hueco y se encontraba en una buena posición para atraer a los comerciantes que atravesaban el puente. Disponía de suficiente espacio para sentarse con la caja que contenía los materiales apoyándola en sus rodillas, proporcionándole una superficie en la que apoyarse para escribir. Me percaté de que tenía la pluma en la mano izquierda. Pero no escribía a la inversa como mi maestro, con las palabras fluyendo con facilidad de forma que pudiera ver su obra y leerla tal como la escribía. Este escriba lo hacía con la mano curvada como un garfio, colocando el papel de lado.

Apenas me detuve para mirarle. Era un anciano de pelo blanco y, al igual que muchos otros individuos en las abarrotadas calles próximas al río, vendía sus servicios. Seguí caminando, pero entonces recordé la carta de Elisabetta que portaba en el cinturón y una idea vino a mi cabeza. Me giré y permanecí a cierta distancia de él. Mantenía la cabeza inclinada mientras redactaba sus cartas. Le observé un minuto antes de dirigirme a él.

—Hola, escriba. Veo que escribe muy bien. ¿También sabe leer?

—Es obvio que tú no, muchacho —respondió—. Porque si supieras leer, habrías visto que mi cartel —dijo, señalando un trozo de papel clavado en la pared sobre su cabeza— reza: «Leo y escribo — Prudencia y discreción — el escriba Sinistro».

—El escriba Sinistro —repetí—. ¿Cómo recibiste ese nombre? Veo que eres zurdo, pero aunque la palabra fiorentina para izquierda es *sinistro*, el término adecuado para zurdo es *mancino*.

Me miró con interés.

—Para no saber leer, aprecias las sutilezas del lenguaje —dijo. ¿Cómo te llamas?

—Matteo.

—Si fueras más observador, Matteo, te habrías dado cuenta de que estoy sentado a la izquierda de esta torre, que está situada en la orilla izquierda del río.

Miré alrededor y me percaté de que lo que decía era cierto.

—Me complace hacerlo —prosiguió—. Y cuando uno tiene algo que vender, es bueno tener un nombre que te distinga del resto.

—Ya veo —respondí.

—¿Y qué es lo que veo yo? —Me examinó más detenidamente—. Un chico. Y, además, apostaría a que eres un criado, por tus sandalias, desgastadas en encargos urgentes. Y un chico que lleva un morral de piel de buena calidad en su cinturón. Con gran probabilidad, es un obsequio de su maestro ya que no hace muchos días que se celebró la Epifanía. Y también veo que este muchacho se ha llevado la mano al morral mientras hablaba conmigo. Ummm...

El escriba se atusó la barba teatralmente.

—Diría que hay algo más que dinero en ese morral. Me parece que es una carta lo que llevas ahí, Matteo.

Me crucé de brazos rápidamente.

—¡Ajá! —declaró triunfante—. ¡Acerté! Nada se escapa a los ojos del escriba Sinistro.

El anciano estaba tan deleitado consigo mismo que no pude más que sonreír con él.

—Es más —añadió—, pondría la mano en el fuego a que la carta es de una chica y no quieres reconocer ante tus amigos que no puedes entender lo que dice. —Extendió la mano—. Dame un florín y te la leeré.

—¡Un florín! —exclamé horrorizado—. No he tenido un florín en la vida.

—Bueno, medio florín entonces —dijo a regañadientes—. Pero me sorprende que quieras timar a un anciano de esta forma.

—Medio florín es el sueldo de una semana de trabajo para un artesano —respondí. Y entonces, viendo que podía regatear añadí—: Ni siquiera pagaron tanto a Brunelleschi, que construyó la cúpula de Santa María de las Flores.

—¿Acaso no soy yo un artesano tan bueno como cualquier otro? —preguntó el escriba—. ¿Yo, a quién formó en el monasterio de San Bernardo el venerable Hermano Anselmo? El mismo Hermano Anselmo cuyo taller de escritura es conocido en toda la cristiandad por la elegancia de sus manuscritos. Mi caligrafía es la mejor después de la suya.

—No estoy interesado en sus habilidades caligráficas, escriba. Lo que deseo contratar es su talento para la lectura. El coste será menor, ¿no es cierto?

—¿No me merezco el pago que recibe cualquier artista de esta ciudad?



—¿Medio florín? ¿Por un trabajo de dos minutos? Ni a mi maestro le pagan esa cantidad.

—¿Y quién es tu maestro, que vende su trabajo tan barato?

—Leonardo da Vinci.

—Mentiroso presumido. No me creo que el Divino Leonardo tenga a su servicio a un joven analfabeto.

Me sonrojé e hice amago de alejarme.

El escriba extendió un dedo huesudo para detenerme.

—Por favor, chico. No te ofendas. No todos tienen la posibilidad de aprender a leer y escribir. Además, si fuera así, ¿cómo me ganaría la vida? Déjame que eche un vistazo a tu carta. Si no es muy larga, puedo ofrecerte un precio especial por leértela.

Dudé y, a continuación, saqué la carta de Elisabetta de mi morral.

—Apenas llega a una página. ¿Por qué no me lo dijiste?

Ojeó dentro de mi monedero.

—¿Cuánto dinero tienes en total?

Saqué un cuarto de florín y se lo ofrecí con la otra mano.

—Esto es todo lo que tengo.

—Creo que oí cómo esa moneda chocaba con otra ahí dentro.

—Tómalo o déjalo.

Hice el amago de volver a colocar la carta y el cuarto en mi monedero.

—Está bien, está bien —aceptó—. Aunque me moriré de hambre esta noche mientras tú sin duda volverás con tu maestro a disfrutar de una cena compuesta de nueve platos —se quejó mientras leía mi carta.

Y así nació nuestra amistad.

Desde su posición, junto al puente, veía y escuchaba los acontecimientos de la ciudad, por lo que era una fuente de chismes, con muchas anécdotas divertidas sobre la gente importante. Su ingenio era agudo y poseía un conocimiento sagaz sobre política. Gracias a mis conversaciones con él, me informé de los temas de actualidad. No volví a necesitar sus servicios durante un tiempo ya que no recibí otra carta de Elisabetta hasta casi finales de año.

No obstante, solía detenerme e intercambiar opiniones con el escriba varias veces al mes. Si había que hacer algún recado para el taller, normalmente me lo asignaban a mí, ya que mi memoria era tal que conocía la mayoría de las calles de la ciudad. Mi maestro también visitaba con regularidad la Capilla Brancacci al otro lado del río para estudiar los frescos. Solía acompañarle y, después, llevaba su cartera con los dibujos al taller mientras él iba a comer con unos amigos que vivían cerca. El Maestro tenía estos frescos en gran consideración, pero los rostros aterrorizados de Adán y Eva al ser expulsados del Jardín del Edén perturbaban mis sueños. En estas ocasiones, después de cruzar el río, vagaba por el Ponte Vecchio para charlar con el

escriba y, a continuación, corría a recoger la cartera mientras mi maestro abandonaba la Iglesia de los Carmelitas.

El escriba no recibía muchos encargos de lectura de cartas. El tipo de personas que requerían sus servicios eran supersticiosas y, en cuanto veían que era zurdo, se santiguaban y apartaban de su lado. Pero en los días de los santos, de los cuales había muchos, conseguía vender muchos cuadrados de papel en los que dibujaba el santo correspondiente y escribía una oración.

Esa noche, después de que el Maestro hablara conmigo, fui a ver al escriba para que me leyera la cuarta carta que recibí de Elisabetta. Era casi finales de junio, la víspera de la festividad de San Pedro. Era el santo que se consideraba fundador y primer Papa de la Iglesia cristiana. Esto se debía a que la Biblia afirmaba que Jesucristo cambió el nombre de Simón, que era el líder de sus discípulos, por el de Pedro, que significa roca, diciendo: «Tú eres Pedro, y sobre esta roca edificaré mi Iglesia». Y Jesucristo también dijo: «Te daré las llaves del Reino de los cielos». De esta forma, el escriba había estado ocupado preparando el día festivo de mañana y ya había terminado algunas tarjetas de oración. Había dibujado una cruda representación de San Pedro con unas grandes llaves en la mano y, bajo ella, había redactado una o dos líneas de texto. Había clavado media docena de tarjetas en la pared que le rodeaba.

Cuando crucé el río, le vi inclinado sobre su caja y, de vez en cuando, levantaba la cabeza y gritaba:

—Una oración de los labios del mismo San Pedro. ¡Vean! Tiene las llaves del Reino de los cielos. Clave esta octavilla sobre la cama del moribundo, y San Pedro abrirá las Puertas del Reino y dejará que su alma entre en el Paraíso. ¡Por sólo un cuarto de florín!

Cuando me vio aproximarme, dejó a un lado su trabajo.

—¿Cómo va el gran fresco? —preguntó en forma de saludo, mientras limpiaba el extremo de la pluma en su manga.

Todos los miembros del taller tenían órdenes de no comentar detalles del fresco, pero me era difícil no vanagloriarme de la obra, especialmente cuando estaba tan embelesado con ella.

—Es un trabajo de una magnificencia tal —dije al escriba— que todos acudirán para contemplarlo.

Estaba citando a Felipe. Felipe no estaba muy interesado en el Arte, ya que sólo pensaba en cuánto dinero necesitaría para alimentar a tantos trabajadores durante un período de tiempo determinado. Sin embargo, él también había quedado prendado por el cuadro.

—Desde todas las ciudades del mundo civilizado vendrán artistas a la Sala del Consejo de Florencia para estudiar y aprender —declaré con orgullo.

—Especialmente ahora que los dibujos del honorable Miguel Ángel, que creará su fresco en la pared de enfrente, se han recibido con tanta pompa —dijo el escriba con una expresión inocente en su rostro.

Lo hizo para probar mi reacción, pero ya le conocía muy bien y sólo me reí con su cebo. Era la comidilla de toda Italia cómo el Consejo de Florencia había intentado lograr que los dos artistas más grandes de la época, Leonardo da Vinci y Miguel Ángel, trabajaran simultáneamente en la Sala del Consejo. Leonardo iba a pintar la batalla de Anghiari en un lado de la sala, mientras que Miguel Ángel pintaría la batalla de Cascina en el otro lado. Pero si esto es lo que Pier Soderini y el resto de miembros del Consejo pretendían, no lo iban a conseguir. Mi maestro se había marchado mientras que el escultor trabajaba en sus dibujos. Y ahora que Miguel Ángel había terminado su dibujo, el nuevo Papa Julio, pidió al escultor que fuera a Roma a llevar a cabo un proyecto para él.

—Mi maestro no se molesta por celos insignificantes —dije— y en cualquier caso, el escultor Miguel Ángel se ha marchado a Roma.

—No me sorprende que el escultor se haya marchado a Roma —dijo el escriba—. Si fuera más joven y más fornido, allí es donde iría. Estaría más seguro que aquí. Los días de Florencia como república están contados, como una monja cuenta los padrenuestros en las cuentas de su rosario, ahora que se ha elegido a este Papa.

—El último Papa conspiró para poner a Florencia bajo su control —dije—. Pero, a pesar de sus esfuerzos, incluso tras nombrar a su bárbaro hijo Cesare líder de los ejércitos papales, no lo consiguió.

—Pero este Papa es un guerrero.

El escriba Sinistro disfrutaba de las discusiones. Dejó la pluma en su caja y prosiguió:

—Dicen que cuando Miguel Ángel estaba enyesando su estatua para Bolonia, pretendió poner un libro en su mano y Julio le dijo que lo reemplazara por una espada.

—La república de Florencia es poderosa —respondí.

—La república es tan poderosa como el dinero que tiene y los soldados que pueda pagar para luchar por ella.

—Hay más afluencia en Florencia que en cualquier otro sitio.

Sabía que era cierto. Había estado en Ferrara y había visto los lujosos bailes y celebraciones que tuvieron lugar con ocasión de la boda de Lucrezia Borgia con el hijo del duque.

Los habitantes de Ferrara habían realizado una gran demostración de su riqueza, pero no era nada comparado con el comercio que encontraba a diario en Florencia.

—Esta ciudad prospera como ninguna. Y pronto dejaríamos de ser rehenes de los mejores capitanes *condottieri* con hombres para protegernos. Tendríamos un ejército

propio.

El escriba Sinistro se rio a carcajadas.

—Hemos estado escuchando los pregones de Machiavelli y sus charlas sobre la creación de una milicia civil y la formación de hombres para defender a los individuos y sus propiedades.

—La idea de Messer Machiavelli es muy ingeniosa —dije. Había escuchado a mi maestro hablar de ella con Felipe una noche—. Está formando un ejército civil, una milicia florentina que luchará por sus tierras y sus hogares. Serán más leales que una panda de mercenarios que se puede comprar y vender, y cambiar de bando a su antojo.

—¿Y entonces por quién apostarías, Matteo? ¿Un ejército civil de granjeros y artesanos? ¿O tropas dirigidas por un experto capitán *condottieri*? ¿Eh? ¿Campesinos con horquillas o soldados veteranos que saben que cuando triunfen se les permitirá practicar el saqueo como les plazca?

—Una república poderosa es una causa noble.

—Y una bola de cañón no distingue entre un noble y un canalla —respondió el escriba.

—Tenemos la protección de los franceses. Son la nación más poderosa de Europa. Y su ejército no está tan lejos, ya que se encuentra en Milán.

—Este Papa buscará a cualquiera que pueda ayudarle a unificar Italia bajo su dominio. Hará exactamente lo que Cesare Borgia pretendía hacer. Puede que no sea tan cruel como *Il Valentino* o su padre, pero eso no importa. Lo hará de forma más directa y probablemente con más éxito.

—No puede vencer a los franceses.

—Te digo que, con ayuda, podrá hacerlo. Está estableciendo pactos y coaliciones allá donde va para aislar a sus enemigos, con el fin de reformar y cambiar la situación como es oportuno. En esta confrontación, la república se desmoronará. Cuando esto ocurra, ¿qué utilidad tendrá un fresco que proclame el espíritu democrático del hombre?

No podía responder a eso. Al igual que cualquier otro ciudadano, podría hablar con los jóvenes en las barberías y en las esquinas de las calles, pero los entresijos de la política enredaban mi mente para que no pudiera pensar con lucidez.

—¿No te das cuenta de lo peligroso que es, Matteo? —me preguntó el anciano escriba—. Florencia tenía en mente ser la república que durara para siempre, y esperaba que el resto la siguiera. Pero el príncipe y los dictadores de sus ciudades estados no deseaban que se propagaran tales ideas.

—Pero yo creía que el Rey de Francia y el Papa eran aliados...

No lo dije con mucha convicción ya que había empezado a comprender la frecuencia con la que las grandes potencias manipulaban a los demás para alcanzar

sus propios objetivos, pero sentía que estaba caminando sobre arena y que necesitaba algo de estabilidad a la que aferrarme.

—Sólo mientras les convenga. Una vez que el Papa haya obtenido suficiente poder como para marchar en solitario, dará la espalda a los franceses y los expulsará de Italia. ¿Quién apoyará entonces a Florencia? Su valiente república estará sola, con los chacales esperando para comérsela.

—Florencia ayudó al Papa. Fueron los soldados florentinos los que capturaron al hombre de confianza de Cesare Borgia, Michelotto, y le enviaron al Vaticano para ser juzgado por asesinar a Vitellozzo y al resto de capitanes. El Papa Julio está a favor de la república de Florencia.

—Pero preterirá a un único regente al que pueda sobornar y mantener en silencio antes que a un grupo de hombres libres en favor de la democracia. Cuando llegue el momento de disolver el Gran Consejo, no permitirán que el fresco permanezca en esa sala.

—¿Por qué no?

—¿Crees que cuando regresen para asumir el poder querrán tener un recordatorio de los ideales de la república pregonados en el mayor espacio de Florencia?

—¡Nadie se atreverá a destruirlo! Estaba loco si pensaba eso. O sólo decía eso para hacer que me revolviera como un pez en el extremo de un anzuelo.

—El fresco del Maestro da Vinci es una obra de arte magnífica.

—Pero, ¿no te das cuenta, Matteo? Justamente por eso no puede permanecer aquí. Vendrá gente inteligente e ilustrada de todos los rincones de Italia y hablarán de ella. Servirá para desarrollar la imaginación y estimular el pensamiento de un método alternativo para lograr una vida en armonía. La belleza y el poder de su arte es precisamente lo que no permitirán que sobreviva.

—¿Quién? —pregunté—. ¿Quiénes son éstos de los que hablas con tanto conocimiento, que vendrán y nos quitarán la libertad?

Me miró sorprendido.

—La familia que gobernó Florencia una vez, y que deberá volver a hacerlo.

—Los Medici.

## Capítulo 36

En el hogar de da Vinci, no teníamos una comida de nueve platos cada noche, como el escriba había sugerido una vez. Pero tras la puesta de sol cada día de trabajo, Felipe se ocupaba de que dispusiéramos de grandes platos de comida de manera que todos pudiéramos comer tanto como quisiéramos. Con frecuencia, mi maestro no comía con nosotros. Empleaba el tiempo en trabajar en otros proyectos o en cenar con toda la gente, dentro y fuera de la ciudad, que le invitaba a sus hogares. Algunas veces me pedía que le acompañara, pero esta tarde me alegraba de que no fuera una de esas ocasiones. Engullí la comida y me dirigí a mi dependencia dentro de la casa. Quería estar solo para examinar la carta que me acababa de llegar y que el escriba me había leído antes de dejar que prosiguiera con su trabajo.

El lugar de descanso que Felipe había encontrado para mí estaba bajo tierra: un antiguo almacén en el laberinto de sótanos bajo el suelo del monasterio. Para cuando regresé al servicio del Maestro, éste había establecido su taller en el monasterio de Santa María Novella, y todas las habitaciones disponibles se habían ocupado. Sabía que agradaba a Salai, discípulo celoso de la atención que el Maestro me prestaba, ver que me habían destinado a dormir en un lugar tan modesto. Pero esto me convenía. Prefería estar alejado de los demás, y esto implicaba que mi maestro podría llamarme para salir con él a sus disecciones nocturnas sin que nadie se diera cuenta. Coloqué mi colchoneta en el lado más alejado de la habitación, donde había una puerta de gran altura en la pared. Había sido utilizada una vez como escotilla para introducir comida dentro del monasterio directamente desde la calle. La abría cuando las tardes eran calurosas.

Podía oír los ruidos de la ciudad, y en la pared exterior se encontraba uno de los soportes de hierro donde el vigilante nocturno colocaba antorchas con fuego para iluminar la calle en las horas de oscuridad. Me proporcionaba suficiente luz para examinar mis cartas.

Incluyendo la que había llegado esta semana, había cuatro en total. Llevaba en Florencia dos años y Elisabetta me escribía aproximadamente cada semestre, durante la época de recaudación de impuestos de la granja en la que vivía ahora. Saqué sus cartas de la bolsita que llevaba en mi cinturón y las sostuve inclinadas por la apertura para verlas. Cuando le llevaba mis cartas, el escriba me las leía varias veces (por lo que intentaba imponerme una tarila adicional) para poder almacenar las frases en mi cabeza. Más tarde me las recitaría a mí mismo para recrearme. Y a fuerza de hacerlo, comencé a reconocer algunas palabras y a conocer sus significados.

La primera carta de Elisabetta había sido muy corta, no más de unas cuantas líneas escritas a toda prisa.

*Desde la granja de Taddeo da Gradella, próxima a Milán*

*Querido Matteo, hermano y amigo:*

*Hemos llegado a salvo a la casa de mi tío Taddeo. Su acogida fue sobria, pero nos ha cedido a Paolo y a mí dos pequeñas habitaciones en su casa y con eso me basta, ya que estamos tan seguros como cualquiera puede estarlo en estos tiempos.*

*Espero que tú también estés a salvo y te encuentres bien.*

*Tu hermana y amiga,  
Elisabetta.*

Cuando oí aquellas palabras, la alegría inundó mi corazón, ya que ella y Paolo estaban alejados de cualquier daño futuro. Este sentimiento me cogió por sorpresa. Durante años, me había enseñado a mí mismo a no mostrar mis emociones. La dulzura que me recorría causó un estímulo tal en mi estado de ánimo que hasta Felipe lo notó.

—Tienes mejor carácter desde que llegó esa carta —había comentado irónicamente—. Los aprendices han acertado entonces. Era de una chica ¿verdad?

Respondí entre dientes y decidí no volver a pasar por una situación como ésta. Desde ese día, intentaba estar vigilante para saber con exactitud el momento en el que venían los mensajeros. Así sería el primero en recoger las cartas o los paquetes que llegaran. Esto me ocupaba más tiempo del que tenía, ya que muchos de esos paquetes y cartas eran entregados en nuestra casa. La mayoría de ellos eran para mi maestro y se trataba fundamentalmente de cartas solicitándole algún trabajo, principalmente encargos de pintura, para los que tenía una enorme reputación en cualquier lugar. Esas peticiones venían desde diferentes partes de Europa, muchas de Isabella d'Esté, Marquesa de Mantua, solicitándole la finalización de un retrato que había comenzado algunos años atrás, pero también cada vez más de representantes de la corte francesa en Milán. No me resultaba difícil distinguir entre la forma escrita del nombre de mi maestro y el mío propio. De ese modo, logré hacerme con la siguiente carta de Elisabetta antes de que nadie la viera. Se la llevé inmediatamente al escriba y me la leyó, también por un florín, aunque se quejó de que ésta fuera más larga y que por tanto, debería pagarle más.

*Querido Matteo, hermano y amigo:*

*Me pregunto si mi primera carta te llegó. Paolo y yo estamos todavía en la granja del hermano de nuestra madre. Paolo no está contento con las tareas que se le encomiendan aquí, y hay desacuerdos entre él y nuestro tío. El tío Taddeo*

*esperaba que nosotros trabajáramos duro para ganarnos nuestro sustento, lo que no es injusto ya que él mismo trabaja mucho. Cocino y hago otras labores del hogar pero. Últimamente, desde que mi tío descubrió que era capaz de contar y escribir bien, me permite llevar sus cuentas. Es un hombre severo, dado a la oración y al ayuno, sin falsas apariencias ni días de fiesta permitidos. Se oyen pocas risas en la granja y mi hermano se ha vuelto taciturno. Había pensado en ingresar en un convento y me preguntaba si sería feliz allí. No me gustaría estar encerrada, aunque sé que las monjas de Melte eran felices con su suerte. Pero nunca volvería a llevar un vestido bonito, ni a mostrar mi cabello, aunque no hay ropas elegantes en esta casa. Me gustaría saber cómo estás de todo corazón, Matteo. Temo que hayas caído enfermo.*

*Elisabetta*

Sostuve el papel cerca de mi rostro y estudié el trazo de las letras que formaban su nombre. Elisabetta no era feliz. Podía sentirlo. Esta carta me había desanimado tanto como la primera me había hecho feliz durante un tiempo.

Su tercera carta, la que acababa de abrir, había despertado otra emoción en mí. Cuando la leía en voz alta, el escriba Sinistro detuvo su alocución y miró durante un momento antes de continuar.

*Querido Matteo:*

*El mensajero al que confío esta carta me asegura que la recibirás, pero no tengo ninguna manera de saberlo. De ahí que haya decidido escribir esta carta encomendándosela a Rossana. Como no conozco qué santo, si hay alguno, tiene la virtud de velar por las cartas, recurro a mi querida hermana, que estoy segura de que está en el Cielo con los ángeles, para asegurarme de que ésta llegue a tus manos. Pienso en ella a menudo, y en ti también, Matteo. Aquí hay un pequeño río, donde algunas veces voy para estar tranquila y sentarme a la sombra de un sauce. Algunas veces imagino que ella está a mi lado y le susurro mis secretos como solía hacer cuando era pequeña. No hay respuesta, pero quizás sea su voz la que oigo en el susurro de las hojas, y creo que su espíritu está cerca. Pienso en los días de nuestra juventud en Perela y ahora creo que ha sido la época más feliz de mi vida.*

*Rezo por ti.*

*Tu hermana y amiga,  
Elisabetta.*



Dejé esta carta en el suelo para coger la cuarta y última. La que no había conseguido interceptar y mi maestro me había dado esta misma noche. La que había llevado al escriba Sinistro apenas hacía una hora y por la que había pagado la última moneda que tenía.

*A Matteo, un criado, al cuidado del grupo de Leonardo da Vinci, en la ciudad de Florencia*

*Querido Matteo:*

*Te escribo de nuevo, aunque no he obtenido respuesta por tu parte a mis anteriores cartas, sin saber si he gastado tiempo y dinero en vano, y si debería continuar haciéndolo. Si recibes esta carta, y si hay alguna forma en que me puedas enviar alguna palabra que pruebe que te encuentras bien, me sentiría dichosa.*

*No malgastaré el dinero y el papel de mi tío para enviar más cartas a menos que tenga noticias tuyas. Temo que no las estés recibiendo, o que no quieras que te escriba. Si no recibo respuesta, entenderé que no debo escribirte más. Sin embargo, espero que esta carta te llegue y que, a su recepción, te encuentres sano y salvo.*

*Elisabetta dell'Orte, en el hogar de Taddeo da Gradella, junio de 1505.*

Noté cómo una daga atravesaba mi pecho. A menos que pudiera enviar una carta a modo de respuesta, no recibiría más noticias de ella. Y creería que estaba muerto o que no quería saber nada de ella ni cíe Paolo. Volví a mirarla. Comenzando por el encabezado, articulé en voz alta las frases que había memorizado. Conté las palabras hasta llegar a «Rossana». Lo pronuncié trazando con el dedo el contorno de las letras de su nombre. «Rossana». En mi memoria se entrelazaba el recuerdo de la hermana de Elisabetta, como ellas se habían entrelazado durante la concepción. Sus susurros y sus risas, similares al burbujeo del río en el barranco bajo la fortaleza de su padre. Me froté los ojos y me dejé caer sobre la colchoneta.

Quería contestar a Elisabetta. Pero no tenía dinero para pagar al escriba para que lo hiciera por mí. Mi trabajo no estaba pagado. Felipe había abierto cuentas en distintas tiendas y se me permitía beneficiarme de ello. Si necesitaba un corte de pelo o que me sacaran un diente, iba a la barbería y enviaba la cuenta al taller de da Vinci. Asimismo, si necesitaba unas nuevas calzas o unos zapatos, podía ir al sastre y al zapatero. Si estuviera enfermo, podría visitar al boticario. Me facilitaban comida y alojamiento. No me daban dinero, pero disfrutaba de más ventajas que muchos otros criados. Las familias de algunos de los discípulos de la casa pagaban a Felipe una cantidad elevada por estar en la escuela de Leonardo da Vinci. Los pocos florines que

había ganado hacía ya un tiempo se debían a la generosidad de un mercader de sedas. Ahora ya no me quedaba nada. ¿Cómo pagaría entonces al escriba para que escribiera una respuesta para Elisabetta?

Volví a recorrer algunas de las cartas con los dedos. Me detuve en la E de Elisabetta, en la M de Matteo. Para dibujar y escribir hacía falta un talento del que no disponía. A menudo había visto a mi maestro realizar un dibujo con unos pocos trazos diestros. Una vez cogí un trozo de carboncillo e intenté copiarle, pero los resultados fueron tan nefastos que arrojé el papel al fuego para que nadie pudiera verlo. No sabía dibujar. Y no lo volvería a intentar por miedo a no conseguirlo. Me gustaba el trabajo que hacía. Se me daba bien. Era interesante, recibía un trato favorable y estaba bien alimentado. No necesitaba ser habilidoso con la pluma. Pero ahora empezaba a comprender la ventaja de poder hacer estas cosas por mí mismo.

¿De veras era tan difícil aprender a leer y escribir?

## Capítulo 37

—¿Qué vas a hacer con tu vida, Matteo?

Dejé de barrer el suelo y miré a Felipe, que estaba sentado en la mesa del comedor contando una pila de monedas. Estaba preparando el dinero para pagar las facturas trimestrales de nuestros proveedores, que pasarían hoy a recoger su dinero.

—Estoy feliz con lo que tengo —respondí.

Comencé a barrer más laboriosamente, para poder acabar pronto y ocuparme de otra tarea. No quería permanecer mucho tiempo en la habitación, ya que me temía que se preparara un sermón. Aproximadamente un mes después de que hablara con mi maestro acerca de mi analfabetismo, Graziano me apartó para charlar tranquilamente de la posibilidad de que recibiera una educación adecuada. Pensé en la humillación que sufriría cuando todo el mundo supiera que era analfabeto y en la burla pública por parte de Salai y el resto de aprendices. Me negué a discutirlo, por lo que Graziano se encogió de hombros y abandonó la idea de adoctrinarme. Supuse que una entrevista con Felipe no sería tan agradable.

Felipe se levantó de la mesa y, agarrando la escoba de mi mano, se colocó frente a mí.

—El maestro ha dicho que hay que vigilar tu aspecto, Matteo. Mírate. Tu túnica está hecha jirones y necesitarás un par de zapatos nuevos cuando se acerque el invierno. Y tu cabello. —Felipe levantó un mechón de pelo y lo miró con desaprobación—. Deberías visitar al barbero con más frecuencia.

No podía decirle que, desde mi conversación con el escriba Sinistro sobre la inminente lucha de poder en Italia, prefería llevar el pelo largo. Ocultaba mi rostro y, aunque no creía a ciencia cierta que los Medici volvieran a ser bienvenidos en la ciudad, consideraba que era mejor no exponer mis facciones en público.

—Cuando llegue el frío invierno —respondí—, el cabello me mantendrá caliente.

—No sólo le preocupa tu aspecto. También está el problema de tu educación.

—Sé suficiente para lo que hago en la casa —respondí—. Y, como bien dice, el invierno está cerca. Siempre hay más quehaceres en esa estación y, por lo tanto, no tendré más tiempo que el necesario para las tareas de la casa. No podría dedicarme al estudio.

—Además, dentro de poco celebraremos la fiesta de la Navidad —dijo Felipe con un tinte de provocación en su voz—. ¿Por qué no tomas la decisión de cooperar con los que desean ayudarte a perfeccionar tu mente? Entonces, podríamos celebrar dos fiestas este año. Una para celebrar el nacimiento de Cristo y otra para el nacimiento del nuevo Matteo.

—No quiero... —comencé a hablar.

—Préstame atención —me dijo Felipe, sujetándome firmemente del brazo—. Se

te está dando una oportunidad que nunca tendrán muchos otros muchachos en tus circunstancias. Messer da Vinci se ha ofrecido a pagar tu instrucción él mismo. Recibirías una educación con la que los demás sólo podrían soñar. Al menos deberías reconocer que no puedes ser un niño por siempre. Conforme uno crece, debe aprender determinados requisitos de modales y vestimenta. Para llegar a la edad adulta, hace falta algo más que dejar que transcurran los años.

Me zarandeó con brusquedad.

—Acepta lo que se te ofrece y deja a un lado esa obstinación.

Asentí pero no dije nada.

Felipe emitió una exclamación de enojo y continuó con sus cuentas.

Así que el verano acabó y el otoño apagó los colores ocres, tostados y cobres para dar paso al gris invernal sin que yo escuchara sus ofrecimientos para mejorar mis aptitudes. Lo único que me preocupaba era cómo responder a la carta de Elisabetta. En una ocasión, me aventuré a preguntar al escriba Sinistro cuánto me costaría redactar una carta de unas pocas líneas.

—¡Ajá, Messer Matteo! —exclamó con satisfacción—. Me preguntaba cuándo abordarías ese tema.

—¿Qué tema? —pregunté, fingiendo ignorancia.

—Vamos, tengo suficiente experiencia en juegos de palabras como para dejarme engañar por un mozalbete como tú. Quieres responder a la señorita Elisabetta y necesitas de mis servicios para escribir la carta por ti.

—Hay muchos hombres ilustrados en el taller de da Vinci —respondí con arrogancia—, y allí me tienen en gran estima. Puedo encontrar a alguien que estaría encantado de realizar este encargo como favor personal.

—Pero suponiendo que lo hiciera —rebatí el escriba—, todavía tendrías que pagar el coste de la tinta y el papel, y al mensajero para que la transportara. ¿Cuánto costaría hacer llegar una carta de Florencia a Milán? Más de lo que puedes permitirte, te lo garantizo.

Me había pillado. Porque era evidente que no podía pagar ese servicio. Mi maestro estaba en contacto continuo con Milán. Tenía muchos amigos allí, artistas, académicos y filósofos. Probablemente a Felipe no le importaría que incluyera una carta en uno de los paquetes. Pero supondría un coste adicional hacer llegar la carta a la granja de la periferia en la que Elisabetta y Paolo vivían hora y no disponía de medios para financiar estos gastos.

—¿Qué es lo que guardas con tanto celo alrededor del cuello?

La pregunta inesperada del escriba me asustó. Estaba tan acostumbrado a llevar el sello que a veces me olvidaba de su existencia. Nunca lo sacaba de la pequeña bolsa que lo contenía, ni siquiera cuando me lavaba el cuerpo. La piel se había ennegrecido por el sudor, pero la cuerda lo sujetaba firmemente y ahora notaba su ligero peso

contra mi piel.

—Me he dado cuenta de cómo has reaccionado a mi pregunta, Matteo —dijo el escriba arrugando los ojos—. Si lo que llevas ahí es algo valioso, podrías venderlo para pagarme con el beneficio que obtengas.

Extendió sus huesudos dedos para tocar mi cuello.

Yo retrocedí y agarré el cordón y el monedero de piel que la monja en Melte había confeccionado con mis propios dedos.

—No tiene ningún valor —tartamudeé—. No hay nada dentro.

—Debe haber algo dentro —dijo el escriba—. Veo cómo lo aferras contra ti.

—Es una reliquia —dije—. Una reliquia sagrada.

—¿Qué tipo de reliquia? —me preguntó el escriba—. Si es una reliquia importante, podría valer incluso más.

—Los huesos de un santo.

—¿De qué santo?

—Santa Drusila —dije, pensando en una estatua que había visto en el convento de Melte.

—Es curioso —dijo el escriba—. Es muy difícil encontrar reliquias de Santa Drusila.

—Me la dio mi abuela —respondí—. Me dijo que era muy antigua.

El anciano se rio.

—Ése no es el motivo por el que tu reliquia es tan rara.

Santa Drusila fue una mártir, a la que quemaron en la hoguera. No quedó nada de ella excepto cenizas.

—Yo... yo...

—A tu abuela la engañó algún vendedor ambulante —dijo mirándome con interés—. Y ahora que te conozco mejor, juraría que si tu abuela era como tú, es difícil que la engañaran con tanta facilidad.

Ese día, partí rápidamente al hogar del Maestro. Nuestra conversación me había traído recuerdos que no eran bienvenidos: de Sandino y su conspiración con los Borgia. Italia estaba sufriendo la partida de Cesare Borgia. Sin su gobierno, los dominios de los Borgia en la Romagna estaban cayendo en manos de quienquiera que tuviera poder para reclamarlos. Algunos de los antiguos señores habían vuelto a sus ciudades, como los Baglioni a Perugia, pero otro poderoso predador había puesto sus ojos en estos rentables pequeños reinos. Los venecianos habían visto la oportunidad y sitiaron Rimini junto a otras ciudades pequeñas. Como estos lugares formaban parte del feudo tradicional de la Iglesia, el Papa Julio estaba furioso y estaba formando ejércitos y alianzas para poder recuperar los territorios y volverlos a poner bajo control papal. Si el Vaticano pretendía apoderarse de Venecia, ¿con quién debería aliarse Florencia? En la ciudad habían empezado a correr los rumores. ¿Era el

Consejo lo suficientemente astuto, incluso contando con el asesoramiento del ingenioso Machiavelli, para realizar una maniobra segura entre estas afiladas rocas?

Esa noche, cuando iba camino a casa atravesando el *Ponte Trinitá*, toqué la bolsita que llevaba al cuello. No podía conseguir dinero vendiendo el sello. No había tiendas en Florencia, ni tan siquiera las de los más deshonestos comerciantes, que compraran semejante objeto sin interrogarme acerca de él. La explicación más inocente que podría dar es que me lo había encontrado. Que debió haberse perdido hace unos años cuando asaltaron el Palacio de los Medici, situado en la *Via Larga*, y se expulsó a la familia de la ciudad, y que lo había descubierto en la orilla del Arno. Con casi toda seguridad, la persona a quien intentara vendérselo me tomaría por un espía de uno u otro bando y me llevaría al Consejo con la esperanza de una recompensa.

Miré al Arno por encima del puente. El río estaba crecido por la lluvia y las aguas inactivas de color marrón lodo del verano habían dado paso a la corriente gris veloz, traicionera y agitada de mediados de invierno. Podría arrojar la bolsa con el sello al río. ¿Por qué no? Era una fuente de peligro para mí. Pero dudé. Si alguna vez volvía a encontrarme con Sandino, el sello sería la única cosa que me salvaría la vida. Y también... Toqué la piel del saquito. Era un vínculo a mi pasado, al de la familia dell'Orte. Aunque no fuera el sello, sino la bolsa que lo contenía lo que me hacía pensar en el tiempo que pasé en el convento con Elisabetta y Paolo. No podía separarme de él.

Pero tenía que comunicarme con Elisabetta. Si no lo conseguía, no volvería a saber de ella. Entonces me di cuenta de que tenía que llegar a algún acuerdo con Felipe. Aproveché la oportunidad para hacer mi petición cuando estaba trabajando solo con sus libros de cuentas.

Me miró con dureza.

—Y, a cambio de este favor, ¿qué harás tú, Matteo?

—Me aplicaré en cuerpo y alma al aprendizaje, como usted desea —respondí humildemente.

Entonces hizo algo extraño, algo inesperado. Me agarró los hombros con ambas manos. Fue casi como un abrazo.

—Me alegro por ti —dijo.

En cuanto pude, volví a ver al escriba para decirle que quería que me escribiera la carta.

—No trabajo gratis —dijo con brusquedad—. ¿Tienes dinero para pagarme?

—Tengo algo mejor que el dinero. He traído mercancía por la que te placará vender tus servicios.

—¿Pan? ¿Vino?

—Algo más valioso para usted.

Desenrollé el trozo de papel que Felipe me había dado tan generosamente para hacer el trueque con el escriba. El anciano lo tocó con respeto.

—Es de una calidad excelente... veneciano, diría, o quizás de Amalfi.

Entonces, como si un pensamiento le viniera a la mente, me preguntó rápidamente:

—No lo has robado, ¿verdad?, muchacho.

Su pregunta me ofendió y me aparté de su lado.

—No, no lo he robado.

—No te sientas insultado por mi pregunta. Tenía que hacértela. Hay mucha gente en esta ciudad deseosa de denunciar a los demás por celos. Quiero asegurarme de que si alguien me pregunta cómo me hice con este papel, pueda garantizar que la fuente fue honesta.

Tomó la hoja de mi mano.

—Con esto puedo escribir tu carta, Matteo, y me sobrará suficiente espacio para hacer dos docenas de octavillas de oración.

Así fue cómo Sinistro escribió mi carta mientras le dictaba, y Felipe la envió con la promesa de que me aplicaría en los estudios en cuanto pudiera encontrar a alguien que me enseñara.

Pero antes de que pudiéramos disponer nada, nos enfrentamos a una situación más desesperada.

Había un problema con el fresco.

## Capítulo 38

El frío se había endurecido.

En la gran sala del *Palazzo Vecchio*, trabajábamos con gorros cubriéndonos las orejas, bufandas bien apretadas alrededor del cuello y llevando guantes con los dedos cortados. Las corrientes de viento helado atravesaban las grietas de las ventanas y las puertas exteriores. Florencia es una ciudad asentada en una cuenca del valle del Arno, y la tierra que la rodea es fértil y frondosa, debido en parte al clima moderado de la Toscana. Está protegida por las colinas y sufre pocas nevadas, aún con el peor de los climas, pero ese invierno un frío intenso se filtraba en las calles y edificios de la ciudad.

El cuadro se volvió rígido y difícil de manejar. La receta, tal como la había dejado escrita mi maestro, era complicada de aplicar e incluso a su discípulo más aventajado le costaba seguir sus instrucciones. Tras la primera aplicación de pintura realizada por mi maestro en junio, casi se había completado la sección central y las figuras emergían, espléndidas en su fatalidad. Pero, cuando el resto del dibujo fue traspasado, la pintura se volvió túrgida. Tras consultarlo con el maestro, se colocó un brasero con madera ardiendo cerca de la pared y la disposición del andamio se alteró para acomodar velas y pequeñas antorchas con el fin de que el fresco se secara en las partes más altas.

Esa mañana, cuando llegamos, nuestras herramientas estaban cubiertas de escarcha, y tuvimos que esperar hasta que se encendió la hoguera para poder comenzar con el trabajo. Felipe estaba agujereando otra sección del dibujo y yo ayudaba a Zoroastro a moler más polvo, cuando hubo un alboroto entre los discípulos y aprendices en la parte superior del andamio.

—¡Maestro Felipe! —gritó Flavio, con la voz quebrada por el pánico—. Necesitamos que venga. ¡Rápido!

Zoroastro y yo intercambiamos las miradas mientras Felipe trepaba por el andamio. En pocos segundos, volvía a bajar al suelo.

Zoroastro también descendió rápidamente.

—¡Ayudadme! —gritó y agarró el brasero—. La pintura se está coagulando en la superficie —explicó mientras agarraba el brasero para acercarlo a la pared—. Si no logramos secarla de inmediato, los colores que hemos extendido se precipitarán y se mezclarán con la parte central.

—Esto reúne todos los requisitos para acabar en desastre —dijo Felipe.

—Y se burlaron de nosotros cuando intentamos advertirles —murmuró Zoroastro en voz baja. Sacó la pequeña hacha que portaba en su cinturón y comenzó a cortar madera frenéticamente para hacer más combustible para la hoguera.

—Tenemos que encontrar al Maestro y contarle lo que ocurre de inmediato —dijo



Felipe.

—Se despertó y salió muy temprano esta mañana —gruñó Zoroastro, mientras las astillas volaban sobre su cabeza—, pero no creo que vaya a visitar Fiesole hoy.

Al tener muchos otros intereses que le ocupaban, mi maestro no pasaba en la Sala del Consejo todo el día. Dedicaba el tiempo a llevar a cabo sus estudios botánicos o anatómicos. Alguna vez pintaba en lienzo o en tabla. Pero no era lo más habitual, y sólo aceptaba estos encargos en circunstancias muy concretas, como cuando el Rey de Francia le eligió para pintar una hermosa Madonna con el Niño Jesús jugando con una bobina de hilo.

—¡Matteo! —Felipe me llamó bruscamente—. ¿Sabes dónde se encuentra el maestro en este momento?

—Partió esta mañana a la casa de Donna Lisa.

—Entonces ve por él. Y... —gritó a mis espaldas mientras abandonaba la sala— corre, muchacho. ¡Corre!

La casa de Donna Lisa estaba junto a la Iglesia de San Lorenzo. Me dirigí a toda prisa, vestido por Felipe con una túnica de invierno, calzas nuevas y un par de buenos zapatos, hacia el *Palazzo Vecchio*, girando al pasar por el gran coloso del David y atravesando la *Piazza della Signoria* en dirección al baptisterio.

Donna Lisa vivía con su esposo, el mercader de sedas Francesco del Giocondo, en la *Via della Stufa*. Era el hombre que, hacía dos años me había dado los pocos florines que había ganado en mi vida. Conocía muy bien el camino, ya que había estado muchas veces en su casa en los últimos años.

Nos habíamos conocido a través de la niñera de sus hijos, Zita. A los dos niños que trajo con ella a Santa María Novella les atrajo la fragua de Zoroastro en el patio y contemplaron fascinados cómo el hombrecillo daba golpes furiosamente con su martillo, dejando una estela de chispas a su alrededor. Un día, su madre, Donna Lisa, vino a recogerlos. Estaba preocupada porque los niños habían estado fuera durante la mayor parte del día y la niñera, Zita, que había sido su niñera cuando era niña, se había vuelto olvidadiza con la edad. Fue justo antes de la fiesta de Todos los Santos, a principios de noviembre del año 1503, y Donna Lisa estaba encinta. Podía distinguirse claramente por sus formas y por el corte de su vestido, aunque caminaba con una gracia fluida que recordaba a Santa Isabel llevando a Juan el Bautista en su seno, en los cuadros en los que se encontraba con María, la Madre de Dios.

—Estoy buscando a mis hijos, dos niños —dijo a modo de saludo al entrar en el patio, acompañada de un criado—. Están con su niñera, que visita este monasterio de vez en cuando.

—Están por ahí —dije—, viendo a Zoroastro fabricar clavos de metal para unir nuestras poleas.

Los muchachos estaban en su rincón favorito junto a la fragua. Mi maestro estaba

cerca, supervisando el trabajo de Zoroastro para garantizar que las piezas de metal que estaba creando tuvieran las dimensiones correctas.

—¡Oh! —dijo Donna Lisa, mientras se acercaba—. No sabía que los chicos habían decidido frecuentar el taller de Messer Leonardo da Vinci.

—Si uno tiene que elegir un taller que visitar —dijo mi maestro—, ¿por qué no elegir el mejor? Sus hijos han heredado su buen gusto, sin duda.

—Por supuesto —se rio divertida.

Hizo una señal a la niñera, Zita, que estaba sentada en un banco junto a la pared, para que se acercara.

—Debemos irnos —dijo Donna Lisa—. Pronto llegará la hora y me canso con facilidad.

Una semana o dos después, Zita volvió a traer a los niños. Nos contó que Donna Lisa no se encontraba bien y entonces fue cuando escuché la historia del sapo atravesado en el camino de su señora.

Pocos días después, Donna Lisa entró sola en el patio. Un velo negro cubría su rostro.

—Me gustaría hablar con tu maestro —me dijo.

En ese momento, el Maestro estaba totalmente absorto en el dibujo del fresco. Estaba realizando numerosos modelos de caballos en distintas posiciones, y dibujando una gran cantidad de rostros, brazos y piernas de hombres. Miré a Zoroastro.

—No se le puede molestar cuando está trabajando —le dijo Zoroastro.

—Esperaré —dijo la mujer.

—Puede estar trabajando muchas horas seguidas —le indicó Zoroastro amablemente—. Es capaz de pasar sin comer, beber o dormir.

—Esperaré.

Al final del día, el esposo de Donna Lisa se acercó al taller. Se sentó junto a ella y acarició su mano. Era mucho mayor que ella, pero ésa era la costumbre en los tiempos que corrían. La vida de un hombre era más larga que la de una mujer y por lo tanto, a menudo tenía más de una esposa. Creo que Donna Lisa era la segunda o tercera esposa de Francesco del Giocondo. Le susurró algo al oído, pero no lograría que ella se levantara y se marchara a casa con él. ¿Por qué no le ordenaba que le obedeciera? Estaría en su derecho como esposo si pidiera a los criados que la obligaran a regresar a casa con él. Pero su relación era distinta. Francesco colocó su mano bajo el codo de la dama e intentó persuadirle de que se pusiera en pie, pero ella negó con la cabeza y no se levantó.

Finalmente el hombre se puso en pie.

—Tú, chico —me dijo, y me dio unas monedas—. Si tu maestro te lo consiente, te estaría agradecido si pudieras ayudar a esta dama y traerme alguna noticia cuando

decida volver a casa esta noche.

Pero la noche llegó y ella no se movió. Hacía frío. Zoroastro apiló más madera en la hoguera y colocó un taburete para Donna Lisa más cerca de las llamas. Le ofreció un plato con nuestra cena, que rechazó, y algo de vino, del que bebió un poco. La noche se iba espesando cada vez.

Entonces el Maestro salió del taller. Accedió a nuestra sala común a través de la puerta interior que se había construido a petición suya, para que pudiera pasar de sus estancias directamente al taller en cualquier momento. Su túnica estaba vetuada de yeso y tenía arcilla pegada a los dedos.

Señalé desde la ventana al lugar en el que Donna Lisa esperaba sentada pacientemente.

—Esa señora lleva esperando todo el día para hablar con usted —dije.

—¿Un encargo? Ahora no puedo hacer frente a más trabajo.

—Se lo dije, pero me dijo que debía hablar con usted.

El Maestro suspiró.

—Parece que todas las damas ricas quieren que les haga un retrato, pero no puedo satisfacer sus caprichos.

—No creo que esta mujer haya venido por capricho, ni para satisfacer su vanidad.

—Era Graziano, el mejor consejero de las mujeres, el que hizo esta observación.

Había traído una palangana de agua caliente para que mi maestro pudiera desalojar las partículas de arcilla de sus dedos.

—Muy bien.

Sumergió las manos en el agua.

—Pregúntale qué desea, Matteo.

Me dirigí al lugar en el que estaba sentada Donna Lisa, junto al fuego. Abrí la boca para hablar, pero ella habló primero.

—Dile a tu maestro que necesito que fabrique una máscara mortuoria con urgencia. Dile también que se trata de un cometido tan particular que es la única persona a quien se lo puedo confiar.

Sabía que este trabajo tenía que hacerse de inmediato ya que, incluso durante el invierno, los cuerpos se descomponían con mucha rapidez. Era una costumbre muy popular y había pocos talleres que se especializaran en ello. Estos encargos los realizaban fundamentalmente los aprendices, ya que al hacerlo aprendían la estructura ósea básica y el contorno del rostro humano.

Regresé e informé a mi maestro de lo que quería.

—Dile que cualquier artesano podría hacerla.

—Dice que en su caso se trata de una tarea especial.

—Hay un taller en la siguiente calle cuya especialidad es la fabricación de máscaras mortuorias.

De repente se me vino a la mente que debía haber pasado por delante de la tienda de camino al taller del Maestro.

No agachó la cabeza en señal de sumisión cuando repetí la respuesta del mi maestro.

—Esperaré para hablar con él —dijo la mujer.

Volví al interior de la casa y le conté al Maestro sus intenciones. Hizo un pequeño gesto de irritación. La cena estaba servida en la mesa. El olor de la comida caliente inundaba el aire de la noche. Mi maestro hizo el amago de apartarse de la ventana pero, entonces, se giró y volvió a mirar al lugar en el que estaba sentada, el velo sobre su rostro, las manos cruzadas en el regazo.

—¿La conocemos? Su rostro me es familiar.

—Es la madre o la madrastra de los niños que vienen a ver trabajar a Zoroastro en su fragua —le informó Felipe—. La esposa del mercader de sedas Francesco del Giocondo, que vive en la *Via della Stufa*.

—Giocondo...

El detalle del nombre llamó su atención.

—Jocundo —su lengua jugó con las sílabas—. Un nombre con más de un significado.

—El mercader, su esposo, vino esta noche, pero no pudo convencerla de que volviera a casa con él —Felipe hizo una pausa en su discurso—. Cuando la vimos por última vez estaba encinta.

—Ajá, por eso no la reconocí de inmediato.

Mi maestro se acercó a la entrada y la observó. Ella se percató de que la observaba y levantó los ojos. No bajó su mirada. Tampoco sonreía. Tan sólo le miraba fijamente.

—Graziano —comenzó a hablar el Maestro—, dile con mucho tacto, recuerda, que no puedo...

Hizo una pausa y, a continuación, salió precipitadamente al patio. Habló con Donna Lisa durante unos minutos y después entró en la casa.

—Matteo, quiero que me acompañes.

—¿Ahora?

—Ahora.

No habíamos comido desde media mañana. Mi maestro fue a sus aposentos privados y salió llevando su cartera de piel. Abrió la puerta de los armarios donde almacenábamos los enseres y cogió algunos materiales.

—Guárdanos un plato de la cena —le dijo a Felipe— y no nos esperéis despiertos.

Echándose una capa sobre la ropa de trabajo, partió conmigo a su lado.

Donna Lisa tiritó cuando abandonamos el calor del patio. Al salir de la fragua de

Zoroastro, sentimos el amargo viento que venía del río al centro de la ciudad. Mi maestro se quitó la capa y la puso sobre los hombros de la dama. Donna Lisa le miró y su boca se curvó en una media sonrisa, apenas distinguible bajo la luz de las antorchas de la calle.

Entonces pude reconocer la muchacha hermosa que fue antaño. Antes, su rostro parecía el de una mujer condenada a no volver a sonreír.

No tuvimos que tocar la campana para acceder a su casa. Un criado estaba esperando para vigilar su regreso y la puerta exterior se abrió cuando nos aproximamos. La casa estaba cerrada a cal y canto. El lugar estaba mal ventilado, lo que provocaba una sensación funesta y fatídica.

Subimos las escaleras y entramos en una habitación oscura. La niñera, Zita, descansaba en una silla junto a la chimenea, pero no había fuego en ella. Los espejos estaban cubiertos. En un baúl, había un crucifijo que mostraba el cuerpo roto de Cristo con una vela a cada lado. Bajo la ventana reposaba una pequeña mesa en la que yacía algo cubierto con un paño de lino blanco.

Había un olor flotando en la habitación. Uno que reconocí. El olor de la muerte.

—Perdí el hijo que esperaba —dijo Donna Lisa. Su voz se desvaneció al pronunciar las siguientes palabras—. Una niña.

Nos condujo a la mesa.

—Murió dentro de mi vientre. Lo supe casi de inmediato porque dejó de moverse y eso era algo extraño en ella, porque en los últimos meses la sentía bailar dentro de mí todas las noches. Por el día estaba tranquila, pero al llegar la noche se animaba. Le encantaba la música, a esta pequeña. En las últimas semanas, cuando su agitación me sacaba de mi descanso, me levantaba y tocaba la lira, y el sonido la calmaba.

Se llevó la mano a la cara mientras se esforzaba por continuar. Mi maestro no pronunció palabra. No se movió, sólo permaneció quieto hasta que ella tuvo la fuerza de proseguir.

—Como nació muerta no podemos enterrarla en suelo santo. Ni siquiera me permitirán darle un nombre. Por ello deseo que cree una máscara mortuoria, para no olvidarme de ella —su voz tembló—. No voy a olvidarla. ¿Cómo podría una madre olvidar a su hijo? Los médicos dicen que no podré tener más hijos. No hay consuelo para mí. Y conforme a las leyes, no habrá registro de la existencia de esta niña, ni marca de su vida, su muerte, su paso por el mundo, ¡pero vivió! La sentí viva dentro de mí.

Su ánimo despertó y su voz vibró.

Extendió la mano para asir la del Maestro. Ese hombre, que siempre contenía sus emociones, que en raras ocasiones mostraba dolor o enfado. Pero no la cogió. La dama recobró los ánimos.

—No le turbaré con mi debilidad, Messer Leonardo. He llorado todas las lágrimas

del mundo sobre la hija que he perdido. No me quedan más que derramar.

Mi maestro esperó y entonces dijo:

—¿Su esposo está de acuerdo?

—Mi esposo es un buen hombre.

Recordé con qué ternura Francesco del Giocondo había acariciado su cabeza cuando esperaba con ella en el patio.

—Le dejaré que trabaje —dijo— e iré a hablar con él ahora.

Francesco del Giocondo no tardó en aparecer en la sala para pedirle a mi maestro que pintara el retrato de su esposa.

—Mi esposa sufre una melancolía que me hace temer por su vida —le oí decir al Maestro—. No sale de casa. Apenas habla o come. Nunca toca la lira, ni canta, ni lee. Usted es la única persona con la que ha hablado desde que esta tragedia se cernió sobre nosotros —dijo el hombre, y me miró—. Usted, y el chico. Se lo ruego, Messer da Vinci. Si quisiera venir a mi casa, le pagaría lo que desee. Sólo será una hora a la semana. Se ha encerrado tanto en sí misma que no puedo pensar en nada más que pueda salvarla.

Y así fue cómo supe donde se encontraba mi maestro esa mañana cuando atravesé las calles de Florencia para encontrarle y traerle a la Sala del Consejo.

Les encontré donde siempre, en la pequeña habitación que se abría al patio interior de la casa. En esta sala había creado un pequeño estudio de pintura y llevaba trabajando en el retrato de Donna Lisa durante casi dos años.

Al escuchar mi confuso mensaje se excusó con la dama de inmediato. Abandonamos la casa del mercader para apresurarnos a cruzar las calles hacia el *Palazzo Vecchio*. Yo corría tras de él, dando dos pasos por cada uno de los suyos.

## Capítulo 39

Dentro de la sala reinaba el caos.

Los discípulos y los pintores se apiñaban alrededor del andamio con velas encendidas, paños y pinceles. Felipe, el Maestro del taller, se paseaba de un lado a otro, frotándose las manos una y otra vez. Graziano estaba histérico, vociferando instrucciones a los aprendices y apresurándose después a ayudar en la tarea. Salai permanecía en silencio, por primera vez, completamente conmovido, mientras que Flavio se acurrucaba en un rincón como si esperara una zorra. Zoroastro, con las lágrimas recorriendo su rostro, corrió gritando como un salvaje hacia mi maestro cuando entramos en la sala.

—¿Qué podemos hacer? ¡La mezcla no se secará! ¿Qué podemos hacer?

Inmerso en el tumulto, mi maestro intentaba evaluar la situación. La pintura de las partes más altas del cuadro estaba resbalando por la pared y, en algunas secciones, había comenzado a fundirse con el tramo completado del fresco. Parecía que el calor del brasero había retardado lo que podría haber sido una riada de pintura, pero los colores seguían escurriéndose pérfidamente hacia abajo.

—Avivad el fuego —ordenó el maestro.

—Pero... —comenzó a decir Zoroastro.

El Maestro pasó de largo, ignorándole.

—Tenemos que ir a por más madera —insistió Felipe—. Nos hemos quedado sin provisiones.

—Hay madera a montones a nuestro alrededor —dijo mi maestro con tono grave. Se quitó la capa y, agarrando el hacha, que Zoroastro había dejado en el suelo, se acercó con firmes pasos al andamio.

—Ayúdame, Matteo —dijo, y comenzó a atacar a los soportes de uno de los lados.

Miré su rostro un instante, después el de Felipe, por último el de Zoroastro. Felipe hizo una mueca de horror al cumplir la orden de su maestro. El Maestro extrajo un tablón corto de su lugar y me ordenó que lo añadiera al fuego.

—Tendremos que pagar este estropicio —protestó Felipe—. El Consejo de la ciudad fue muy claro con los términos del contrato. O devolvemos la madera y el resto de partes del andamio o pagaremos su coste.

—Pues dejémosles que vengan y se lo lleven. Pueden achicharrarse sus mequinos dedos en el fuego mientras recogen los materiales de entre las ascuas.

El Maestro cortó de un tajo uno de los puntales.

Felipe retrocedió atemorizado.

Mi maestro soltó uno de los palos. Lo extrajo de su soporte y lo arrojó al brasero.

Zoroastro dio un brinco hacia delante.

—El brasero está demasiado cerca de la pared como para que resulte seguro.

—Déjalo ahí.

—Chamuscará el trabajo que ya hemos hecho.

—Déjalo ahí, he dicho —gritó el Maestro—. ¿No sabes que los florentinos adoran las fogatas? No hace mucho que, animados por su gran profeta Savoranola, se apresuraron a quemar su glorioso arte en la plaza principal de la ciudad. Un año después aproximadamente, quemaron al mismo hombre que ordenó esa hoguera de las vanidades. ¡Hagamos otra fogata para ellos!

Levantó un trozo de madera y lo partió en dos con su hacha.

—Sólo que esta vez será dentro de su propia Cámara del Consejo. ¡Abrid las puertas y las ventanas! Cuando huelan el fuego y oigan el crujido de las llamas, correrán a presenciar este gran incendio como hicieron con los otros.

Le mirábamos impotentes mientras apilaba madera en el brasero. El fuego creció, alimentándose de grandes lenguas carmesí. Vistas a través de las llamas, las figuras y los caballos parecían estar luchando en una condena infernal. El color de las partes más altas se encrespaba ante el avance del enemigo que amenazaba con consumirlo. ¿Estaba funcionando? ¿El calor intenso estaba secando la pintura y el yeso? Pero, entonces, Flavio gritó, con el gemido penetrante de un alma perdida.

—¡Eh! ¡Mirad!

A través de la luz vacilante, vimos cómo la parte inferior del fresco comenzaba a ampollarse. Zoroastro se aproximó rápidamente a la pared, pero Graziano le contuvo. Todos los que estábamos entre esas paredes estábamos obligados a mirar. No había nada que pudiéramos hacer, porque las llamas avanzaban sin mostrar compasión. El fuego crepitante no daba tregua. Nos lamentábamos y agrupábamos unidos por nuestra angustia. El ruido y el calor impetuoso se añadían al temor que suscitaba en nosotros el monstruo voraz que estaba devorando la obra maestra. Las expresiones en los rostros de los soldados condenados en la batalla se reflejaban en el dolor en los rostros de los artesanos que veían cómo su creación era destruida por el fuego.

Cuando el brasero no pudo alojar más madera, mi maestro se tambaleó. De inmediato, Felipe le cogió del brazo y le instó a que caminara con él al extremo más alejado del vestíbulo. Zoroastro, sin prestar atención a su propia seguridad, se acercó y, engancho una de las herramientas del herrero en el asa del brasero, lo separó de la pared. Los demás, moviéndose como monjes en la procesión de un funeral, comenzaron a recoger los objetos que yacían esparcidos. Nadie habló. Me acerqué a la mesa en la que reposaba nuestra comida y vertí una gran cantidad de vino en una copa. Añadí canela y, a continuación, puse una varilla en el corazón del fuego y un minuto después, la saqué y la sumergí en el líquido. Después llevé un taburete y la copa de vino caliente a mi maestro. Cuando coloqué el taburete ante él, me miró como si no me reconociera, pero se sentó voluntariamente. Sostuve la copa de vino



frente a él, donde pudiera oler la especia caliente. El Maestro se frotó los ojos. Entonces agarró la copa y comenzó a beber de ella. Me arrodillé a sus pies. Él colocó su mano en mi cabeza.

—Dejadme —dijo. Miró a Felipe, que permanecía en pie a su lado—. Dejadme. Quiero estar solo.

Los dos regresamos al centro de la habitación, donde preparé vino caliente especiado para todos los que nos encontrábamos allí. Nadie mediaba palabra. El único sonido en la sala era el castañeteo de los dientes de Flavio. Yo mismo bebí un poco de vino. Sólo entonces me atreví a mirar a la pared.

El fresco estaba destrozado.

La parte superior era una confusión de color y ahora se podían ver algunos contornos claros. Las horas de trabajo empleadas meticulosamente en la creación de hombres y caballos, los meses y meses de cuidadoso dibujo, las semanas de preparación de la pared y transferencia del dibujo, la aplicación meticulosa de la pintura... todo había desaparecido en cuestión de minutos. La pared inferior estaba chamuscada y ennegrecida y, aunque las figuras de la parte central seguían allí, como si su energía no se pudiera extinguir, el calor y el humo habían cubierto el cuadro para deteriorar su definición.

Unos instantes después, mi maestro se aproximó desde el final de la sala a las mesas y bancos de trabajo que habíamos agrupado, Era como si buscara algo. Finalmente, tomó parte de la pintura preparada en sus dedos y la olió. Después la frotó contra sus palmas.

—¿Por qué cambiasteis la mezcla?

Los trabajadores se miraron entre ellos.

—Maestro —tartamudeó Flavio—, no la hemos alterado en absoluto.

—Las proporciones son las mismas —asintió Felipe—. Las comprobé yo mismo. Zoroastro dijo:

—Conoces a los artesanos que empleas. Nadie trabaja descuidadamente.

Mi maestro lo sabía, pero dijo:

—Aún así, hay algo que se nos ha pasado.

Todos le mirábamos apenados mientras merodeaba por las mesas y los bancos de trabajo, deteniéndose aquí y allá, para girarse y observar el fresco después.

—No lo entiendo —dijo—. Funcionó cuando lo probamos en Santa María Novella.

—Sólo se hizo en una pequeña porción de la pared —señaló Felipe—. Quizás en un área mayor...

Su voz se desvaneció.

Zoroastro se había dirigido a los bloques de piedra, en los que la pintura esperaba lista para la mezcla. Rascó uno con el dedo, se llevó parte del polvo a la lengua, cerró

los ojos y lo masticó. Se acercó a la jarra de aceite, recién abierta esa mañana cuando comenzaron a trabajar. Sumergió los dedos en la jarra y untó un poco en el dorso de su mano. Avanzó al lugar en el que se encontraba Felipe.

—Este aceite —dijo en voz baja—, ¿quién te lo vendió?

Felipe le miró preocupado.

—¿Por qué lo preguntas?

—La consistencia... —Zoroastro levantó la mano para permitir que Felipe la examinara—. Compruébalo por ti mismo. La calidad no es la misma que la utilizada previamente.

—Utilizamos proveedores distintos. —Felipe se acercó a la jarra y examinó la etiqueta atada al tapón—. Éste es del almacén junto al río, pero el pedido fue el mismo que el resto.

—Pues no es igual —insistió Zoroastro.

—El Papa ha comenzado muchos proyectos nuevos —dijo Graziano— en su determinación por hacer que Roma supere a Florencia como centro artístico y cultural de Europa. Los mercaderes saben que pueden elevar los precios. He oído que conservan los mejores materiales para enviarlos a los artistas que trabajan para él.

—Puede que sea cierto —dijo Felipe. Se dejó caer desplomado sobre un taburete—. En cualquier caso, si la calidad del aceite es inferior, como apunta Zoroastro, es culpa mía. Sólo comprobé el primer lote para asegurarme de que no había ningún problema. No pensé en comprobar todas las jarras una a una cuando las entregaron.

Su rostro estaba gris y parecía como si hubiera envejecido un año en una mañana.

—Debo ir e informar al maestro de mi error.

—También fue mi error —dijo Graziano, colocando con lealtad un brazo alrededor del hombro de Felipe—. No escuché a Flavio cuando intentó decirme que la pintura no se estaba fijando y que deberíamos detener el trabajo. Sospeché que quería marcharse y calentarse junto al fuego, y esperar hasta que hiciera menos frío en la sala. Le dije que siguiera trabajando.

Zoroastro levantó la barbilla.

—También tengo parte de culpa. Al entrar en pánico, coloqué el brasero demasiado cerca de la pared. Cuando el fuego creció, el fresco no pudo soportar el calor.

—Podía haber corrido más rápido cuando fui a buscar al Maestro —añadí mi voz a las suyas—. Si hubiera llegado aquí antes, podría haber solucionado las cosas de otro modo.

Eso no era totalmente cierto. Había corrido tan rápido que todavía sentía una punzada en el costado, pero no quería quedarme fuera de su confraternidad de culpabilidad.

Graziano estiró el brazo y me atrajo hacia ellos de manera que los cuatro también

quedamos unidos físicamente.

—Vayamos e implorémosle perdón al Maestro.

—¡Ya lo habéis visto! —Zoroastro aprovechó la oportunidad para susurrarme mientras nos aproximábamos a Messer da Vinci—. Esto es lo que ocurre cuando los humanos ignoran las advertencias que deben acatar. Este proyecto estaba maldito desde su inicio ese viernes a la decimotercera hora.

El Maestro nos escuchó. E inmediatamente afirmó que no había nada que perdonar. Había dicho al resto que se fueran, que lo consideraran unas vacaciones, y les aseguró que se les pagaría por el trabajo del día. Sugirió que hiciéramos lo mismo.

—Yo me quedaré un rato —dijo—, y preferiría estar solo.

Cuando nos íbamos, miré hacia atrás y le vi allí de pie, frente a la pared. Veía la silueta de su alta figura, marcada por la luz del fuego.

Antes de que nos marcháramos, se afanó en tranquilizarnos para levantarnos el ánimo.

—No estéis abatidos —nos dijo—. Lo devolveré a su estado original.

Felipe se giró. Le oí decir con claridad a Graziano:

—Nunca lo conseguirá.

## Capítulo 40

Sus discípulos y aprendices comenzaron a abandonar el taller.

Como muchos otros, viajaron a Roma. Rafael estaba trabajando allí, y Miguel Ángel, el escultor, estaba realizando un fresco en el Vaticano, en el techo de la Capilla Sixtina. Se rumoreaba que tardaría años en acabarlo. Con ese proyecto en curso y muchos otros encargos en marcha, los romanos se jactaban de que había suficiente trabajo en la ciudad para todos los artistas de Italia. Nuestro Maestro no parecía muy preocupado con la idea de perder a sus artesanos. Su mente inquieta y curiosa se interesaba por una gran variedad de temas que le mantenían ocupado, y dejó a Graziano la tarea de intentar rectificar el daño provocado por el fuego a su cuadro. El trabajo de Felipe era apaciguar a los miembros del Consejo de la ciudad, que estaban comenzando a preguntarse cuándo acabarían el fresco en el vestíbulo del *Palazzo Vecchio*.

Fuerzas externas le estaban presionando a que lo acabara, además de los muchos encargos de cuadros que recibía. Los franceses, que habían establecido una corte en Milán, se habían vuelto aun más insistentes con la idea de que el Maestro trabajara allí. Vinieron a ver al Maestro en varias ocasiones y ahora pretendían pedir al Consejo de Florencia que lo liberaran de su contrato. También debía resolver una antigua disputa sobre una obra para la Confraternidad de la Inmaculada Concepción en Milán. Los hermanos la consideraban inacabada y estaban reteniendo el pago. Pero yo creo que lo estaban utilizando como excusa para obligar al Maestro a ir a Milán para encargarse él mismo. Y, aunque había asuntos en Florencia que requerían su atención, se inclinaba más a no abandonar la ciudad. Habló de regresar al lugar en el que había pasado varios años trabajando en proyectos en los que utilizó todas sus aptitudes, como ingeniero, arquitecto y diseñador, y donde parecía que los franceses apreciarían más su talento. Sabía que Felipe estaría contento de partir y fastidiar a Pier Soderini y su Consejo, que ahora estaban, como había predicho, pidiendo que le devolvieran su andamio.

—Si lo dividimos en piezas pequeñas y después las empaquetamos y las enviamos por separado, me pregunto si descubrirían que faltan algunos palos —nos preguntó Felipe.

—Nunca se darán cuenta —se rio Graziano—. Esos hombres son tan ignorantes que no podrían encontrar su propio trasero para limpiárselo.

A Graziano le gustaba la idea de partir hacia Milán, donde consideraba que los franceses habían erigido una corte civilizada, llena de estilo e ingenio, y suficientes damas para complacerle.

¿Y Salai? Iría donde fuera el Maestro, porque aunque tenía una mente retorcida, creo que en realidad le amaba. Era leal. Salai no desertó como hicieron el resto de

discípulos, pero puede que eso se debiera en gran medida a su propio interés. Tenía talento en el dibujo y la pintura y, aprovechando la reputación del taller de da Vinci, aceptaría encargos privados para llenar su monedero. A veces, haría que el maestro realizara el boceto del dibujo por él y, a continuación, completaría el retrato utilizando materiales de nuestros cuartos de almacenaje. Felipe era suficientemente prudente como para no comentarlo abiertamente, pero esto creaba cierta tensión en el grupo.

Mi maestro parecía no darse cuenta o no darle importancia. Pasó cada vez más tiempo en el lugar en que le había encontrado el día del desastre: la casa de Donna Lisa.

Se convirtió en su refugio. Ella le apoyaba en sus preocupaciones, una vez que él le ayudó a salir de su pena. El Maestro tenía pocas amigas, pero Donna Lisa era una de ellas. La dama se había procurado una educación y estaba creando poco a poco una biblioteca con textos antiguos y modernos. Ambos podrían hablar de los libros que habían leído. El Maestro la respetaba por ello, así como por su capacidad de recuperación. Admiraba la fortaleza de todas las mujeres.

—Las mujeres que se casan y tienen hijos sólo viven hasta que sufren el nacimiento de un hijo —me dijo, cuando volvíamos de su casa un día—. Hace unos años, practiqué una disección al cuerpo de una mujer que había dado a luz a trece hijos. Vi que su pelvis se había fracturado varias veces con los partos. Y de estos hijos e hijas, sólo uno la sobrevivió. Había sufrido los dolores físicos del parto y también, en su mente, el tormento de perder a sus niños.

Pensé en Rossana y Elisabetta. ¿Qué hubiera sido de ellas si hubieran crecido en Perela? A los dieciséis años, habrían contraído matrimonio y estarían listas para dar a luz los hijos de sus esposos. Ahora Elisabetta se encontraba con su hermano en una granja lejana y Rossana, su hermana querida, moraba con los ángeles. Pero intenté dejar de pensar en ello. Cuando recordaba a Rossana, era como si alguien me hiriera en el pecho.

—Los hombres no piensan en los esfuerzos que llevan a cabo las mujeres tanto como deberían —prosiguió mi maestro. Entonces añadió—. Con la excepción, quizás, de un hombre que ambos conocemos.

Se estaba refiriendo al esposo de Donna Lisa, Francesco del Giocondo. Precisamente porque valoraba a su esposa y sentía empatía por la desolación de su alma tras la pérdida de su hija, había pedido a mi maestro que pintara su retrato.

—Donna Lisa no es su primera esposa —dijo mi maestro—. Tiene un hijo de un matrimonio anterior con una mujer que falleció. Pero creo que aún lleva a esta mujer en su corazón. Mi propio padre se casó en cuatro ocasiones. Todas sus esposas, salvo la última, murieron antes que él.

Mi maestro hablaba poco de su padre, un respetado notario de Florencia, que

había muerto hacía unos dieciocho meses. En raras ocasiones manifestaba sus emociones, pero en este caso era algo más que la pérdida de su padre lo que le atormentaba. Había oído a Felipe decir que mi maestro estaría afligido mientras la ley no reconociera a un hijo bastardo, ya que parecía que no iba a recibir ninguna parte del patrimonio de su padre. ¿Estaba avergonzado de estar marcado porque su padre no le reconoció antes de su muerte? ¿Al igual que yo, no estaba reconocido ni por su padre ni por su madre? Quizá ése era el vínculo de afinidad que nos conectaba. Aunque, cuando era niño, mi maestro había recibido las atenciones y los cuidados de una mujer que era lo' más próximo a una madre. Ya que su madre biológica había sido considerada ilegítima, tras su nacimiento su padre había contraído matrimonio con otra mujer y había adoptado a Leonardo, su hijo bastardo, en su familia. Su nueva esposa había tratado a mi maestro con cariño y éste había sufrido al tener que partir cuando le llegó la edad de hacerlo. Aunque su madre adoptiva ya había fallecido, se mantenía en contacto con su hermano, que era un buen amigo de mi maestro. Este tío era clérigo en la Iglesia de Fiesole, en las afueras de Florencia, y allí fue mi maestro a descansar tras la destrucción del fresco.

Mi maestro permaneció en Fiesole durante la Navidad y hasta el año siguiente, para la fiesta de la Epifanía, y así llegó a finales de enero. El líder del Consejo florentino, Pier Soderini, estaba descontento por su prolongada ausencia, y fue al taller de Santa María Novella para quejarse. Felipe tuvo que buscar un método con el que poder desviar la persecución de mi maestro. Trajo sus libros de cuentas y los colocó frente a él. Entonces calculó y recalculó los pagos ya autorizados por el Consejo, y marcó en su almanaque cuántos días habían estado trabajando y cuántos quedaban para la finalización de la obra. Mientras tanto, Graziano vertió generosas cantidades de nuestro mejor vino en este meticuloso pero simple hombre, y le halagó sutilmente, pidiéndole su opinión sobre la situación política.

—Haría bien en emplear menos tiempo preocupándose sobre lo que no se ha hecho —dijo un día Graziano, mientras veía partir a Pier Soderini, algo contrariado— y prestar más atención a lo que está ocurriendo en su propia ciudad.

Felipe asintió.

—Si fuera un observador tan perspicaz de la situación política como cree que es, vería que algo se está cocinando ante sus propios ojos.

Yo había comenzado a retirar las copas y la jarra de vino.

—¿De que habláis? —me detuve para preguntarles.

Se miraron entre ellos.

—Mejor que no lo sepas, Matteo —dijo Felipe—. De esa forma, no te podrán acusar de ser partidario de una u otra facción.

—¿Qué facciones son ésas? —pregunté.

—El Papa tiene un ejército listo para marchar a la Romagna. Está intentando

tomar más ciudades incluso que las que Cesare Borgia conquistó. Hay algunos en Florencia que ven esto como una oportunidad para... introducir cambios... aquí —dijo Graziano, escogiendo sus palabras con cuidado.

—Y hay espías que informarán de conversaciones como esta —dijo Felipe.

Dirigió a Graziano una mirada de advertencia.

Recogí las copas de vino y me fui a lavar los platos. Esta charla confirmaba lo que el escriba Sinistro me había dicho, pero aún no podía creer que fuera posible. Florencia rebosaba comercio y vida. Era evidente que se trataba de una ciudad próspera, ¿por qué alguien querría cambiarla? El Consejo formaba parte de la existencia de la ciudad. Se había nombrado a Pier Soderini líder de por vida. Estaba tan establecido en su cargo, respaldado por el sin par Machiavelli y su ejército de ciudadanos, que nadie podía imaginarlo fuera del mismo.

A pesar de tener un contrato con la ciudad de Florencia para trabajar en el fresco, mi maestro pasaba poco tiempo en el *Palazzo Vecchio* y estaba más ocupado con su estudio de los pájaros y su vuelo. Sus dibujos sobre la materia se contaban por cientos, y los estudiaba minuciosamente con Zoroastro, realizando modelos de alambre, caña y lino estirado. Cuando estos modelos se hicieron mayores, envió a Zoroastro a trabajar en un monasterio distinto, en el que tenía amigos que le proporcionarían un espacio privado, ya que deseaba que su proyecto se mantuviera en secreto.

Además de centrarse en esta actividad, prosiguió con sus excursiones botánicas, su trabajo en el depósito de cadáveres y sus visitas a la casa de Donna Lisa.

Allí continuó con su retrato. A su esposo no le importaba que se tardara tanto en acabar la obra y que mi maestro apareciera por la casa esporádicamente, para pintar o para entablar conversación, a su antojo. Francesco del Giocondo estaba feliz de que la compañía de un hombre tan inteligente y erudito como mi maestro hubiera sacado a su esposa del abismo de su dolor.

El cuadro se realizaba en casa, ya que quedó tan abatida tras la muerte de su hija que no se sentía con suficientes fuerzas para andar. Su esposo nos había contado esto al suplicar a mi maestro que viniera a casa a visitarla.

—Temo por su vida. Y si muere, creo que yo también moriré.

—Ante un amor tan grande, ¿cómo podía negarme? —me dijo mi maestro.

El mercader aceptó que mi maestro creara un pequeño taller en su casa y que trabajara en el retrato cuando deseara. Al principio, mi maestro se mostró algo reticente, pero Donna Lisa ganó su simpatía con su inteligencia y sus maneras. Al final, con el trabajo del gran fresco arruinado, encontró tanto consuelo como sosiego dio a la dama.

Desde el principio, la trató con respeto y no la presionó para posar o charlar

durante mucho tiempo. Pero un día, cuando creyó que ella había recuperado parte de sus fuerzas, le pidió que esperara y me ordenó que les contara una historia.

—Las historias de Matteo son muy divertidas —le dijo—. Tiene muchas almacenadas en esa cabecita. Me indicó que comenzara.

—¿Qué historia le gustaría escuchar? —le pregunté.

—Una de tu propia elección —respondió—. Quizá una de los mitos que te narró tu abuela.

Miré alrededor en la sala en la que me encontraba. Él mismo había preparado meticulosamente la habitación como taller de pintura y había situado a la dama bajo la ventana abierta al patio, con la luz cayendo exactamente donde deseaba. También había elegido su vestimenta. Además de una selección de magníficos vestidos, sus criados habían traído brillantes collares y otras joyas caras, pero él las había rechazado, creando la base con un vestido sencillo al que añadiría su propio diseño alrededor del escote. Creo que al esposo de Donna Lisa le habría gustado que ella se ataviara con un modelo más recargado para mostrar su riqueza, pero mi maestro le había persuadido diciéndole:

—Es suficiente. Una gracia como la suya no requiere mayor complemento.

Las ropas y la joyería se habían retirado, pero una caja con otros adornos permanecía en un rincón de la habitación. La tapa estaba abierta y pude ver, entre los pañuelos y lazos, una o dos plumas: avestruz, perdiz y pavo real.

Me situé fuera de su campo de visión para que la dama no se distrajera y afectara a la composición del Maestro.

—Ahora —comencé—, les relataré la historia del ser a quien los dioses llamaron Panoptes, que significa el que todo lo ve, al que también se conoce como Argos, el gigante de los cien ojos.

»Un día, Zeus, Dios supremo de todos los dioses, estaba visitando al rey de una isla y espío a la hija de este rey mientras paseaba por el jardín. Su nombre era Ío.

»Zeus vio que era muy hermosa y se enamoró de la princesa Ío. Y permaneció con ella durante mucho tiempo.

»En el reino de los dioses se percataron de su ausencia. Y, cuando regresó, la diosa Hera, a la que había prometido ser fiel, le preguntó qué le había demorado en el mundo de los hombres. Zeus le contó que tenía muchos asuntos que resolver, pero ella no le creyó. Hera fue también a la isla del rey y descubrió por qué Zeus se había entretenido allí.

»Hera se puso muy furiosa. Tenía celos de Ío y pensó qué podría hacer para herir a la princesa. Zeus descubrió las intenciones de Hera y se apresuró a pensar en algún método para proteger a la princesa Ío. Decidió convertir a Ío en una ternera blanca y ordenó al poderoso gigante Argos con sus cien ojos que vigilara a Ío mientras paseaba tranquilamente por los campos.



»Pero Hera era inteligente y averiguó lo que Zeus había hecho. Hera convocó a Hermes, el mensajero de los dioses, y le dio instrucciones de lo que deseaba acometer. Hermes se dirigió rápidamente al lugar en el que Ío jugueteaba en los campos. Esperó hasta el atardecer, momento en que Ío dejó de jugar y se tumbó a descansar. El gigante Argos también se sentó para vigilarla.

»Hermes se llevó la flauta a los labios y comenzó a tocar. Con el sonido de su música, Argos empezó a quedarse dormido. Uno a uno, sus cien párpados se cerraron, hasta que sólo quedó un ojo abierto. Pero al final también se cerró. El gran gigante se durmió. Cuando estuvo seguro de que Argos estaba sumido en un sueño profundo, Hermes dejó a un lado su flauta. Levantó su espada para cortar la cabeza de Argos. Pero entonces, Argos se despertó profiriendo un atemorizador rugido. Abrió cada uno de sus ojos y se esforzó por levantarse. Pero era demasiado tarde. Hermes clavó su espada y el gigante cayó muerto.

»Hermes fue a decirle a Hera que había cumplido su cometido y Hera se apresuró a dirigirse al lugar. Argos yacía muerto sobre la tierra, con todos los ojos mirando al cielo.

»Entonces Hera arrancó los cien ojos de la cabeza de Argos y, llevándoselos consigo, los colocó en las plumas de su pájaro favorito.

»Y así es como —cogí la pluma del pavo real y la ondeé en el aire— el pavo real tiene una cola con un ojo en cada pluma, para el asombro de todo el mundo.

Donna Lisa aplaudió.

La observé primero a ella y luego al maestro. Asintió. Y yo, deleitado por su aprobación de mi narración, les sonreí a ambos.

Después de eso, el Maestro me pediría en varias ocasiones que esperara y les contara una historia: una aventura de Ulises durante su deambular por el mundo tras el sitio de Troya, o alguna leyenda que conociera, o una fábula o cuento de mi propia elección.

Esto se convirtió en costumbre cuando el Maestro volvió a trabajar en el retrato en la primavera. Ella seguía sin hablar mucho y él, concentrado en su trabajo, a veces pasaba el tiempo observando el cuadro frente a él sin levantar el pincel. El silencio en la habitación nunca era agobiante. Pero, si era necesario rellenar ese vacío, buscaría en mi cabeza hasta que encontrara una de las semillas de una historia que mi abuela había plantado allí, la alimentaba con mis propias hipérbolas y metáforas, y la dejaba fluir como cascadas de agua de una fuente.

Un día, próximo a la Pascua, antes de sentarse en su silla, Donna Lisa me ofreció un pequeño objeto.

—Es un pequeño panfleto de una de las nuevas prensas que imprimen libros en nuestro idioma toscano. Es una historia que mi madre solía contarme cuando era niña. Me encantaría volver a oírla. ¿Te importaría leérmola esta mañana, Matteo? —me

preguntó.

Incliné la cabeza mostrando mi confusión.

Mi maestro interrumpió la conversación con tacto.

—Matteo prefiere contar historias de memoria.

Al rescatarme de mi apuro, lanzó una mirada severa en mi dirección, como diciendo: «¿Ves? Ahora has decepcionado a la dama. Le hubiera encantado oírte leer esa historia».

Conté mi propia historia ese día y, cuando llegó el momento de marcharme, hice el amago de devolverle el libro.

—No hace falta, Matteo, te ofrecí el libro para que te lo quedaras —dijo—. Me gustaría que lo conservaras. Espero que disfrutes tanto con estas páginas como yo lo hice.

Retrocedí con el libro aún en mi mano. Miré a mi maestro para pedirle permiso para aceptar el obsequio. Inclinó la cabeza. Entonces levantó una ceja.

—Dale las gracias a la señora —dijo en voz baja.

—Gracias —dije. Cuando hice una reverencia ante ella, sentí cómo las lágrimas comenzaban a brotar en mis ojos.

Ella debió percatarse porque giró la cabeza y comenzó a charlar con mi maestro. Era una gran señora, esta Donna Lisa. Sin ser de alta cuna, como las princesas o reinas que gobernaban a sus súbditos, tenía una nobleza innata y la cortesía natural de una mujer buena.

Esa noche, mientras yacía en mi camastro, cogí el libro para examinarlo con más detalle. Reconocí algunas palabras: «y», «el» y «de».

Pasé mi dedo sobre cada uno de los términos que podría reconocer y los pronuncié vacilante en voz alta. De repente, comenzaron a desdibujarse bajo mis ojos. Me di cuenta de que eran lágrimas.

Y lloré. Lloré por la madre que no podía recordar, por el padre que nunca tuve y por mi abuela, que estaba muerta. Lloré por la pérdida de Rossana, mi primer amor. Rossana, sus padres y su hermano pequeño. Lloré por estar separado de Elisabetta y Paolo. Y lloré por lo que había sido mío y me habían arrancado. Lloré por aquellas cosas que nunca tuve. Lloré por todas mis miserias.

Al día siguiente, cogí el pequeño panfleto y lo llevé al escriba Sinistro. Éste lo examinó.

—¿De dónde has sacado esto? —me preguntó.

—Me lo dio como obsequio una dama.

—¿Qué dama daría a un niño un regalo como éste?

—No diré quién me lo dio —le dije—. Pero no lo robé.

—Te creo —respondió—, y por eso su origen es más fascinante.

—Muéstreme lo que dice.

Comenzó a leer en voz alta.

—No —dije—, así no. Muéstreme lo que dice y dónde lo dice.

Señaló con su dedo y leyó: «En una tierra lejana, vivía un dragón...».

—¿Está seguro de que ésas son las palabras escritas en la página?

—Por supuesto que lo estoy —dijo indignado—. Fui formado por el Hermano Anselmo en...

—... el renombrado monasterio de San Bernardo en Montecassino —terminé la frase por él—. Recuerdo su refinado linaje. Así que —me incliné sobre su hombro—, ¿cómo es que conoce el sonido que hace cada palabra?

—Por las letras que contienen —dijo—. Cada letra tiene su propio sonido. Se colocan juntas en distintos órdenes para crear una palabra.

—¿Eso es todo? —reí—. Entonces no puede ser tan difícil.

—¿Eso crees? —dijo con suavidad.

—Sí —dije—. Prosigue, por favor.

—Esto te costará dinero —dijo.

—Le pagaré.

Saqué uno de los cuartos que mi maestro me había dado en Epifanía.

—Aquí está el pago que me pediste cuando te traje las cartas que recibí.

—Oh, no —respondió—. En este caso, no se trata de leer algunas líneas. Eso no es lo que estás pidiendo.

—¿Y qué le estoy pidiendo?

—Me estás pidiendo que te enseñe a leer. Por esa instrucción, el coste será de un cuarto por cada media hora.

Me retiré un poco para contar el dinero.

—¿Cuánto tardaré en reconocer todas las palabras que hay que conocer? —le pregunté.

El escriba me miró y, a continuación, dijo:

—Matteo, ¿cómo de larga es tu vida?

## Capítulo 41

El proyecto secreto comenzó a tomar forma.

Oculto de la vista de la muchedumbre y siguiendo las instrucciones específicas del Maestro, se erigía una elegante y magnífica obra, de vigas de madera y sábanas. Mi tiempo libre lo empleaba en recibir clases de lectura con el escriba Sinistro, pero la mayor parte del resto de mi tiempo ayudaba a Zoroastro a hacer realidad la maravillosa creación de la mente de mi maestro. Trabajamos juntos desde el amanecer y, dado que estaba entrando la primavera y los días se hacían más largos, trabajábamos hasta tarde.

Se había decidido que traería mi camastro y el resto de mis cosas a esta nueva ubicación. Y mientras estaba haciéndolo, Felipe se dio cuenta de los pequeños recortes de papel cubiertos con las cartas y palabras sencillas que el escriba Sinistro había escrito para que las memorizara.

—¿Qué es esto, Matteo? —me preguntó mientras cogía algunos con sus manos y los examinaba.

Miré alrededor. Salai había ido con Graziano al *Palazzo Vecchio* para realizar algunos trabajos allí, y mi maestro y Zoroastro estaban dialogando en la esquina opuesta de la habitación.

—Son mis cartas para aprender a leer —dije a Felipe en un tono calmado—. Supongo que recordarás que te hablé acerca del escriba Sinistro. La persona que escribió la respuesta a mi amiga al comenzar el invierno. Le estoy pagando para que me enseñe a leer, de forma que cuando tengas tiempo de asignarme un tutor, ya tendré alguna experiencia en esto...

Felipe me miró con solemnidad.

—Me alegro de que estés haciendo eso, Matteo.

Eso fue todo lo que dijo, pero el siguiente día encontré sobre mi colchoneta algunas hojas de papel y una tabla con letras como las que se utilizaban para enseñar el alfabeto a los estudiantes.

El escriba Sinistro no era el más paciente de los tutores y consideraba su enseñanza aburrida, sin interés y cerrada a cualquier razón. ¿Cómo se habían elegido esos diseños como nuestras letras? ¿Quién estipuló qué sonido debía acompañar a cada forma? ¿Y cómo se decidió la manera en la que deberían unirse para formar una palabra?

—¿Por qué esto es así? —le pregunté.

Tras decir eso, el escriba me dio un fuerte golpe con sus nudillos en la cabeza.

—No pretendas distraerme con preguntas que no tienen respuesta —gruñó—. Sólo deja que las enseñanzas entren en ese poblado cráneo. Prosigue con eso, antes de que te arroje al Arno.

Pero creo que quizás disfrutaba un poco con el esfuerzo de educarme. Y, cuando el clima se hizo más cálido, conseguí distraerlo en ocasiones. En esos momentos, él dejaba nuestros estudios para contarme partes de la historia de su vida, y así nos hicimos íntimos. De este modo, mi serenidad me hacía estar menos atento y ser más descuidado en mi conversación, revelando cosas de mi propio pasado. Así que cuando el escriba me preguntó de modo informal el origen de las cartas que recibía, hablé con él de Elisabetta, de quién era y cómo la conocí.

No se me ocurrió que pudiera ser más que una conversación sin importancia para él, que él recogía información como una ardilla recolecta nueces para aguantar el invierno. No pensé que el escriba Sinistro pudiera ser un espía.

La curiosidad del amable anciano concernía principalmente al trabajo de mi maestro, pero estaba instruido lo suficiente como para no mencionar algunas de las cosas que mi maestro no hubiera deseado tratar fuera de su grupo.

De vez en cuando, el Maestro llevaba a cabo disecciones en el hospital, y sus anotaciones y dibujos contenían ahora una inmensa cantidad de trabajo sobre todos los aspectos del cuerpo humano. Trabajar con él en estas disecciones no provocaba en mí el terror y la repulsa que había experimentado aquella primera vez en el depósito de Averno, y comencé a prestar más interés en lo que estaba haciendo. Pero no dije nada de esto al escriba, ni de la misteriosa máquina que estábamos construyendo, ni de dónde estaba guardada.

Zoroastro estaba fascinado con la idea de estar trabajando en una tarea que ponía a prueba sus habilidades como ingeniero. Era mucho más feliz haciendo esto que preparando las mezclas para el fresco. Pero conforme el verano se acercaba, se volvía cada vez más impaciente por probarla en el exterior, y me dirigí a él un día a finales de primavera, uniendo mi voz a la del Maestro.

—Volará. ¡Este pájaro volará! ¡Os lo aseguro!

—Pero aún no, Zoroastro —dijo mi maestro.

El hecho de que estos dos hombres fueran amigos desde hacía más de veinticinco años no detendría su discusión. El rostro de Zoroastro enrojecía por la afluencia de sangre cuando se alteraba y tomaba una curiosa apariencia cubierta de manchas. Esto se debía en parte a los muchos accidentes que tuvo cuando mezclaba los productos químicos, y a su falta de cuidado en la fragua, cuando las chispas volaban y aterrizaban, todavía calientes, sobre él. Su rostro, ennegrecido y arrugado, mostraba las quemaduras de estas chispas y en sus manos faltaban dos dedos. Sin embargo, sus ojos eran vivarachos y brillantes, y su temperamento era a menudo nervioso e impulsivo, como en este caso, en el que intentaba persuadir a mi maestro de que era hora de probar su ingenio volador.

—¡Mirad esto! —dijo Zoroastro.

Extendió su mano hacia donde colgaba como un gran pájaro suspendido desde el

techo por un enganche de hierro. Cuando lo tocó, el armazón se movió y las sábanas temblaron.

—Está inquieto. Quiere abandonar su nido y emprender el vuelo.

—Aún no está listo, Zoroastro —contestó mi maestro.

El Maestro estaba de pie bajo la máquina, estudiando la parte del armazón interno dónde se sentaría un hombre.

—Debemos asegurarnos de que la persona que se encuentre a cargo de las alas se coloque de manera que esté derecho. Tenemos cosas que pulir.

—¡Eres muy terco! —exclamó Zoroastro.

—No soy terco, Zoroastro, sino prudente.

El Maestro colocó su mano en el hombro de Zoroastro y dijo:

—Recuerda que Giovanni Battista Danti, intentando este mismo experimento el año pasado, cayó desde su campanario hasta el techo de la iglesia.

—Entonces deberíamos llevar a cabo nuestro experimento desde la cima de una colina —dijo Zoroastro y añadió sagazmente—. El monte Ceceri está cerca de Fiesole.

Sabíamos que Fiesole era un lugar al que al Maestro le gustaba ir para disfrutar de la compañía de su tío, el clérigo. Como mi maestro dudaba, Zoroastro le presionó:

—Siempre has dicho que con el equipamiento adecuado el hombre puede volar. Y hemos construido la mejor máquina voladora imaginable.

—Yo también lo creo, pero el diseño de las alas de los pájaros es mucho más complejo de lo que puedo simular.

—Las alas de los pájaros están formadas por muchas plumas individuales —dije— que se unen para formar una unidad que les permite no caerse.

—La mente de Matteo se aproxima a la comprensión del concepto de la resistencia del aire —dijo el maestro.

Animado por esto, continué mi teoría.

—Observo a los pájaros y veo que viajan a través del cielo gracias al batir de sus alas... —dije, dudando en mi respuesta—. Veo que utilizan las corrientes de aire ascendentes para planear. Pero no termino de entender cómo vuelan cuando son más pesados que el aire y no tienen nada debajo que soporte su peso.

—La fuerza del aire los eleva —dijo el maestro—. Ofrece una resistencia ante ellos, ya que se impulsan con el viento. Pensad en cómo un águila que carga con un conejo o un joven carnero puede permanecer en el cielo y volar lo suficientemente alto como para volver a su nido sujetando con fuerza a su presa en sus zarpas.

Observé la máquina. ¿Sería capaz de volar? No parecía posible que el aire pudiera soportar algo tan pesado.

Tuve un repentino recuerdo de Perela, donde una alta higuera crecía en el interior del muro de la fortaleza. Los vientos de otoño desnudaban los árboles de su verdor

cuando jugábamos en el patio. Paolo y yo habíamos sido designados por Rossana y Elisabetta para arrojar al aire un puñado de hojas y semillas, y hacer que giraran para que ellas las cogieran. El pequeño Dario andaba tambaleándose sobre sus robustas piernas, gritando de gozo por la lluvia de hojas que caía sobre su cabeza. Mi maestro, al encontrarnos jugando, había permanecido cerca, observando cómo las semillas de la higuera giraban en espiral. Había atrapado una y, reuniéndonos a su alrededor, había explicado cómo la forma de alas de las semillas hacía que planearan de esa manera. Fue al interior de la fortaleza, regresó y nos pidió que nos acercáramos a él. Siguiendo sus instrucciones, hicimos pequeños muñecos de palo con ramitas atadas con lana. Entonces ató cada uno de estos muñecos a un cuadrado de tela uniéndolos delicadamente con un poco de hilo a las cuatro esquinas. Subimos a la ventana de la parte más alta de la torre. Allí permanecimos en pie, haciendo turnos para dejar caer nuestras figuras y observar cuál flotaba en el aire durante más tiempo antes de aterrizar lejos de su punto de partida. Pero no pudimos más que reírnos cuando dijo que un hombre también podía volar de esa forma y caer desde una gran altura sin romperse los huesos. Recordé que cuando le tocó a Dario arrojar su hombrecillo, estaba tan entusiasmado que Paolo tuvo que agarrar rápidamente su pequeño cuerpo por miedo a que se cayera por el precipicio.

—Con esto podremos surcar los cielos, girar, cambiar de dirección y observar a todo el mundo desde las alturas.

Zoroastro daba saltos por el taller con los brazos extendidos, emulando a un pájaro.

—Haremos turnos y veremos quién puede volar más alto. ¿No te gustaría intentarlo, Matteo?

Me desperté de mi sueño.

—Por supuesto.

—Para ello tendríamos que ser pequeños, —dijo Zoroastro guiñándome un ojo—, y no altos y fornidos como un hombre común.

—No —dijo mi maestro de inmediato—. El chico no.

Zoroastro rio.

—No pondría en peligro la vida de nadie apreciado por ti.

—A ti también te aprecio, amigo mío —dijo el Maestro.

—Necesitaríamos a alguien más robusto que Matteo —dijo Zoroastro—. Alguien lo suficientemente fuerte para mover las cuerdas de las poleas. —Se quitó el sombrero ante nosotros—. Me presento como candidato para ser el primer hombre volador del mundo.

—La máquina aún no está lista —dijo mi maestro, aunque esta vez su voz era menos convincente.

—Suponiendo que decidas ir a Milán... —argumentó Zoroastro—. Allí no

tendremos la oportunidad de hacer el experimento en privado.

—Tal vez estés en lo cierto. Y también tenemos que tener en cuenta el clima. Si esperamos a que pase mayo, el verano podría ser demasiado cálido.

—Matteo conoce la ciencia del campo —dijo Zoroastro—. ¿Qué dices? ¿Tendremos un verano caluroso este año?

—Los árboles ya han brotado —le respondí—. Y los pájaros han construido sus nidos en las copas de los árboles. Considero eso como un signo de que el verano será cálido, con poco viento.

—Has estudiado el clima —dijo Zoroastro a mi maestro—. Tienes conocimiento de las corrientes de aire. Toma una decisión. Pero, ¡yo opino que ahora es el momento!

Cuando miré al ingenio volador, me sentí intranquilo. Mi maestro había estudiado las corrientes de aire, pero yo conocía la historia de Ícaro.

Icaro era el hijo de Dédalo. Vivieron en la antigüedad. Dédalo era un hombre muy inteligente y por ello el rey de Creta, que se llamaba Minos, le pidió que se encargara de un trabajo de especial importancia. Este trabajo que el rey Minos solicitaba era la construcción de un laberinto que encerrara al Minotauro, un terrible monstruo con cabeza de toro y cuerpo de hombre. Pero una vez que Dédalo finalizó el encargo, el rey Minos temió que pudiera revelar a los demás el camino correcto para atravesar el laberinto. Así que para evitar que Dédalo abandonara Creta con su hijo Ícaro, el rey Minos se llevó consigo todos los barcos.

Dédalo tuvo que pensar otra forma de escapar a través del mar. Gracias a su ingenio, modeló unas alas para él y su hijo, para poder volar sobre el agua. Una mañana muy temprano, Dédalo e Ícaro se lanzaron desde lo más alto de un acantilado. Dédalo voló bajo sobre el mar y aterrizó a salvo en Italia. Pero Ícaro quiso volar más alto.

El sol se alzaba en el cielo. Aún más arriba voló Ícaro. Entonces, el calor de los rayos del sol cayó sobre Ícaro. Derritió la cera que sostenía las alas a sus hombros. E Ícaro cayó al mar y se ahogó.

Pero algunas personas dicen que no fue el sol el que hizo que las alas se fundieran. Fueron los dioses que estaban enfadados con Ícaro, tanto como lo estarían con cualquier hombre que tuviera la osadía de volar.

Pensé en ello cuando me acosté en mi colchoneta esa noche. Sobre mí, el gran pájaro alado chirriaba con el movimiento provocado por la corriente de aire que soplaba entre los huecos de la ventana y bajo la puerta. Recordé el funesto presagio del viernes seis de junio del pasado año cuando, a pesar de las advertencias de Zoroastro, mi maestro había comenzado a pintar su fresco a la decimotercera hora. Zoroastro había demostrado que tenía razón. No era prudente ignorar semejantes augurios. Mi maestro no había prestado atención y ahora su magnífico fresco estaba



destrozado. Los humanos no hemos nacido con alas para volar. Mucha gente cree que alguien que desafía la voluntad del Creador está predestinado al fracaso. Por lo que, si un hombre intenta volar, Dios extenderá Su mano desde el Cielo, y el arrogante hombre será devuelto a la tierra y destruido.

## Capítulo 42

Se ajustó el velo.

Era la sexta o séptima vez que lo hacía. Mientras volvía a su caballete, el Maestro miró detenidamente cómo el velo le caía sobre el rostro. ¿Por qué no le gustaba hoy? Donna Lisa solía arreglarse de forma prácticamente exacta a lo que el Maestro necesitaba.

En los días en los que el Maestro decidió que pintaría su retrato, me enviaba delante de él para garantizar que la dama estuviera disponible y que dispusiera de tiempo para prepararse. Ella se vestiría de la forma acordada e iría a la habitación que servía de taller. Con la ayuda de la niñera, se prepararía en la silla, cubierta con las ropas, su cuerpo en pose, exactamente como había estado haciendo los últimos meses. Cuando el Maestro llegaba a la casa, realizaba los pocos ajustes necesarios y comenzaba con su sesión de pintura. A veces permanecía en la sala y otras la abandonaba, según me lo ordenara mi maestro.

En algunas ocasiones apenas permanecía media hora en la casa, otras pasaba allí más de medio día. Cuando pintaba el cuadro, el Maestro podía permanecer en pie durante muchos minutos, observando a la dama o al retrato. Esto no incomodaba a Donna Lisa. Era una mujer que podía permanecer sentada en silencio inmersa en sus propios pensamientos. Él saldría de su ensoñación y diría una o dos palabras, y ella continuaría la conversación como si no hubiera transcurrido una hora. Ella disfrutaba de su propio tiempo y espacio durante el posado, y no se sentía incomodada por esos prolongados silencios. No obstante, si se sentía baja de ánimo, el Maestro me pedía que contara una historia y yo le obedecía.

¿Qué ocurría con el velo? ¿No le tapaba lo suficiente el rostro?

Él prosiguió, pero sólo trabajó un par de minutos antes de dejar el pincel.

—Cuénteme cuál es el problema.

—No hay ningún problema, Messer Leonardo.

—Hay algo que le preocupa.

—En absoluto.

—La mujer que he pintado en esta tabla no es la que tengo frente a mí.

El Maestro bromeó, pidiéndole una respuesta. Y ella le siguió el juego.

—Nadie me conoce mejor que yo. Le aseguro que soy la misma.

Él suspiró y volvió a levantar el pincel.

Pero había algo distinto en ella. La estudié detenidamente e intenté ver qué podría ser. Su vestido era el mismo. Su rostro, su velo, su expresión...

Miró a la niñera, que siempre se sentaba en una silla junto a la puerta.

—Zita —dijo—, puedes marcharte y descansar un rato. Estoy bien acompañada. Mandaré a Matteo a buscarte cuando vuelva a necesitar tu ayuda.

La niñera se puso en pie agradecida. Salió de la sala en dirección a los aposentos de los criados, atravesando el patio.

Mi maestro me miró.

—Matteo —dijo lentamente—, voy a necesitar algo más de blanco alejandrino. ¿Serías tan amable de volver al taller para traérmelo?

Le miré fijamente. Era mi responsabilidad cuidar de sus pinceles y pinturas, y me tomaba esta tarea muy en serio. Sabía que el maestro tenía bastantes provisiones de blanco alejandrino a mano. Podría verlo claramente desde mi posición. Abrí la boca para decirlo.

Pero, antes de que pudiera hablar, mi maestro prosiguió:

—Necesitaría una mezcla recién preparada. No hace falta que corras. No te espero antes de una hora.

Incliné la cabeza y partí.

Así que tenía una hora de tiempo libre para mí solo. Cuando me adentré en la ciudad atravesando San Lorenzo, consideré las opciones que tenía. Podría ir directamente al taller secreto en el monasterio. Aunque Zoroastro no necesitara mi ayuda, disfrutaba viéndole trabajar. Pero hacía buen tiempo y me apetecía estar en la calle.

Además, había algo que me inquietaba. Lo que había comenzado como un trabajo rutinario, se había convertido, sin que apenas me diera cuenta, en algo más. Conforme el alfabeto y una multitud de palabras básicas habían entrado a formar parte del ritmo de mi vida, había comenzado a disfrutar de la lectura. Mis frases vacilantes se estaban haciendo cada vez más seguras y, cuando descendía el Corso hacia el Arno, miraba los carteles y folletos de las paredes e identificaba las palabras que conocía. Cada día que hacía esto, el número de palabras que reconocía era mayor.

El escriba se encontraba en el lugar habitual, junto al *Ponte Vecchio*. Cuando supo que Felipe me proporcionaría papel de calidad con el que comerciar, aceptó ser mi tutor durante tanto tiempo como me permitieran mis quehaceres. Felipe, que ocupaba su tiempo en intentar restaurar el fresco y apaciguar los ánimos del Consejo florentino, había aceptado este trato. Con la primera hoja que llevé al escriba, obtuvo grandes ganancias durante Navidad y Epifanía. Sus dibujos de los Reyes Magos y su escritura parecían tan elegantes en este papel de gran calidad que atrajo a clientes que estaban dispuestos a pagar un precio superior. Ahora estaba comiendo mejor y podía comprar leña para la estufa de la habitación que tenía alquilada.

—Hola, Matteo —dijo sin levantar la cabeza cuando me aproximé a él.

Para ser anciano, tenía un oído muy fino, y llevaba tanto tiempo sentado en ese lugar, en la esquina de la torre, que la gente se olvidaba de que estaba allí. Esto le permitía recoger retazos de información al oír por casualidad conversaciones descuidadas, y transmitirlos a otros por un trago y un trozo de pan. Ahora que lo

pensaba, cuando se aproximaran tiempos difíciles, ésta sería probablemente la única forma en que podría sobrevivir sin morir de hambre.

Yo sabía lo que era pasar hambre. No hacía mucho tiempo desde que, sufriendo un invierno de hambruna, había aceptado robar algo. Y este acto había provocado la muerte de al menos un hombre: el sacerdote que Sandino había aporreado hasta la muerte.

Me senté para esperar hasta que el escriba terminara el texto que estaba escribiendo. Y, mientras que lo hacía, saqué el pequeño libro que Donna Lisa me había regalado.

—¿Hasta dónde has llegado? —me preguntó el escriba.

—Estoy en la cuarta página y hay seis palabras que no conozco.

—Comenzaremos desde el principio entonces.

El escriba dejó a un lado el papel para que se secara.

—Que yo te oiga.

—En una tierra lejana, vivía un dragón... —leí lentamente—. Este dragón era un feroz monstruo con una cola muy larga. Tenía grandes alas rojas y el cuerpo cubierto de escamas. Cuando abría la boca, espiraba fuego en un poderoso rugido. En el extremo de sus patas brillaban afiladas garras y mataba a todos los que se cruzaban en su camino.

El libro que Donna Lisa me había ofrecido era la historia de San Jorge y el dragón. Era la primera historia que había visto escrita y de la que comprendía las palabras.

—Este dragón vivía en una ciénaga en las afueras de una ciudad. Cada día, los habitantes de la ciudad mandaban dos ovejas para alimentar al dragón. Y, de esta forma, evitaban que destruyera su ciudad y matara a todos los que vivían en ella. Pero, un día, ya no quedaron más ovejas. No tuvieron más remedio que mandar a sus propios hijos cada día, uno a uno.

Me detuve para tomar aliento.

—No te aceleres, Matteo.

—Pero es que quiero descubrir lo que le ocurrió a los niños.

El escriba se rio.

—Y lo sabrás. Continúa.

Yo proseguí el relato, trastabillándome, mientras que él me ayudaba a pronunciar las palabras más difíciles.

—Llegó el día en que no quedaron más niños en la ciudad. Excepto uno. Era la Princesa Cleodolinda, hija del rey y la reina. Los soberanos lloraban lágrimas amargas mientras su hija era conducida a su funesto destino. Entonces, cuando el dragón salió de la ciénaga para comerse a la princesa, un caballero, con la armadura reluciente como el sol, apareció en su corcel. Este caballero era un hombre santo que

respondía al nombre de Jorge y que tenía la fuerza de diez hombres. Desde su castillo, el rey y la reina miraban hacia abajo aterrorizados mientras el dragón se aproximaba a su hija.

Me detuve para observar la ilustración en el texto que mostraba al rey y a la reina, perturbados, en pie sobre el muro del castillo. ¿Cómo sería tener una madre y un padre que se preocuparan de tu destino?

—San Jorge galopaba rápido en su caballo. Desmontó y liberó a la Princesa Cleodolinda. Se colocó entre la princesa y el dragón. Entonces, desenvainó la espada y la clavó en el dragón. No una, sino muchas veces. Pero las escamas del dragón res... res...

—Resistían —me indicó el escriba.

—... resistían —repetí.

Con la ayuda del escriba, proseguí con el resto de la historia.

—Pero las escamas del dragón resistían. Entonces, San Jorge volvió a montar en su caballo. Cogió su lanza en la mano y, buscando el lugar bajo el ala del dragón en el que no había escamas, introdujo la lanza en la carne de la bestia. Y el dragón cayó muerto a sus pies. De esta forma, San Jorge salvó a la princesa y a la ciudad —concluí con un suspiro.

El escriba tomó el libro de mi mano.

Esperaba elogios. En su lugar, el escriba dijo:

—No tiene mucho sentido que aprendas a leer si no aprendes también a escribir.

—Hay muchos que no saben escribir.

—Pues son tontos.

—¿Y eso por qué?

—Piensa en ello. La lectura te servirá de mucho, pero si deseas llevar a cabo un negocio, un contrato o algún tipo de contabilidad, será mejor que cuentes con la habilidad de escribir. Si pides a un escriba deshonesto que escriba una carta por ti en lugar de hacerlo tú mismo, podría escribirla de tal manera que el verdadero sentido quedara velado. ¿Y qué sucedería si te sintieras inspirado por la historia, la poesía o la canción? ¿Cómo podría otra persona plasmar tus pensamientos y sueños en papel?

Al principio, no me proporcionó tinta y papel, ya que no se fiaba aún de mí.

—Buscaré en el margen del río y te conseguiré un trozo de corteza de árbol —dijo—. Podrás practicar con un palo mojado en hollín y agua.

Y así lo hice, titubeante e inseguro. Y, por las noches, a la luz de las velas, practicaba con el carboncillo y la tabla con letras que Felipe me había comprado. El escriba era un maestro estricto y no aceptaría nada que no fuera prácticamente perfecto. Dibujaría cada letra tres docenas de veces o más antes de estar contento con ella. Pero llegó el día en el que había preparado la tinta y la pluma, y me sentó y las

puso entre mis manos, y me dijo que era hora de que escribiera mi primera palabra.

Y algo ocurrió dentro de mí. Como una madre que siente al bebé que se agita en su seno, de repente, para mí, las letras ya no eran hostiles ni extrañas. Las dominaba, dentro de mi cabeza y con mi mano.

Escribí tal como el escriba me indicó.

La larga curva de las aspas ascendentes iniciales con su pluma de distinción en la parte superior, los círculos completos de las vocales, las letras gemelas en el centro para crear la encrespadura del sonido.

Juntas. Allí. Como si siempre hubieran estado en el papel.

Observé la página.

La palabra me sacudió, tan clara y pura como el repiqueteo de una campana en una mañana invernal.

Matteo.

## Capítulo 43

Donna Lisa estaba encinta.

Había sucedido aquello que los doctores dijeron que no podía ocurrir. Tras su pérdida, hacía ya dos años, creyó que no podría traer más hijos al mundo. Había susurrado estas palabras a mi maestro mientras esperábamos en la fría sala junto a la mesa en la que yacía el bebé muerto.

Esa noche, había sacado la pequeña caja del fogón de su bolsa y, utilizando un trozo de pedernal, había encendido un carbón para fundir el bloque de cera que el Maestro había traído a la casa. Mi maestro dispuso pequeños trozos de lino sobre los labios y párpados ligeramente abiertos y, a continuación, con una espátula, untó el rostro de la pequeña con la cera tibia. Cuando se endureció, retiró la máscara y, creando una almohadilla con paja, la colocó dentro de su capa. Después de hacer esto, le pidió a la niñera, Zita, que llamara a su señora.

Sólo entonces Donna Lisa permitió que el dolor la inundara. Podíamos oír sus sollozos resonando tras nosotros cuando nos apresurábamos a salir a la oscuridad invernal.

Por ese motivo, la dama no quería hablar con nadie sobre su embarazo hasta que el bebé dentro de ella creciera fuerte.

Pensé que eso disuadiría a mi maestro en su intención de pintar el retrato pero, al contrario, se convirtió en su ocupación preferida. Acudió a la casa con mayor frecuencia, a primera hora de la mañana, cuando la luz no mostraba la aspereza del mediodía, y de nuevo por la tarde, cuando el sol comenzaba a caer lentamente, creando sombras en el patio. A menudo no levantaba el pincel; sólo observaba el cuadro o pasaba el tiempo estudiando el rostro de DonnaLisa. Realizaba innumerables dibujos en papel de su boca y sus ojos.

El cambio fue tan sutil que al principio apenas pude notarlo. Pero, al estar con ella en la habitación, comencé a percatarme de una viveza en su carácter que no había estado presente anteriormente. Y, conforme cambiaba, mi maestro intentaba capturar su transformación en el retrato. Hasta que llegó el día, como los tres supimos que llegaría, en que dijo:

—Es hora de decírselo a mi esposo.

—Sí —suspiró el Maestro.

Se hizo el silencio.

—Me lo permitiría si deseara continuar, lo sé.

—Es un buen hombre —respondió mi maestro.

—Pero... —interrumpió la dama.

—Lo entiendo.

Las sesiones de pintura no fueron iguales desde entonces.

El centro de su universo se había alterado y quizás no deseara ser recordada por su antigua desesperanza. Era hora de que prosiguiera con su vida. Nos mostró los preparativos que estaba llevando a cabo para el nacimiento de una nueva vida en su casa. Nos condujo al lugar en el que almacenaban su arcón de matrimonio y lo abrió, permitiéndonos ver los vestidos del bebé y las vendas de lino en las que se envolvería al niño cuando naciera.

Un día, el Maestro fue a la *Via della Stufa* solo y se llevó el cuadro. Lo trajo al monasterio envuelto en un paño fino que ella debía haberle dado. Aún en su envoltorio, lo llevó con él cuando nos fuimos a vivir a Fiesole. Había ocasiones en las que lo descubría, algunas veces para trabajar en él, otras para observarlo pensativamente, durante una hora o más. Le acompañó en todos sus viajes futuros.

Nunca se volvió a separar de él.



## Capítulo 44

Esperamos hasta medianoche.

Felipe había preparado un carro con dos pesados caballos. Bajo la luz de la luna y de los faroles que proyectaban sombras sobre nosotros, cargamos con cuidado la máquina voladora y antes del amanecer estábamos abandonando la ciudad, atravesando el puesto de los soñolientos vigías, y entrando en el tortuoso camino a Fiesole.

Felipe, preocupado por los ingresos del grupo, se mostró a favor del traslado. El Consejo de la ciudad había cesado los pagos y ahora sugería que devolviéramos el dinero que ya se nos había pagado. Sabiendo esto de boca de Zoroastro, el tío de mi maestro insistió en que pasáramos un tiempo con él. Como clérigo de la Iglesia, disponía de suficiente espacio para alojarnos a todos.

Los caballos expulsaron su aliento por las fosas nasales cuando comenzaron la subida a la colina. Yo viajaba en el carro con Zoroastro. Ambos permanecíamos agarrados al armazón del gran pájaro para que no sufriera daños con el traqueteo de la carreta. Cuando la luz del sol empezó a despuntar por el borde de las colinas al este, Zoroastro comenzó a cantar.

—Silencio —dijo Felipe de inmediato desde su lugar en la parte delantera del carromato—. El propósito de partir de noche es no llamar la atención. Tus maullidos se pueden oír a varios kilómetros a la redonda.

—Estás celoso de mis habilidades como cantante.

Pude ver el brillo blanco de los dientes de Zoroastro cuando se rio. Pero permaneció en silencio tras la orden de Felipe y el único sonido que nos acompañó esa noche fue el ruido de la respiración agitada de los caballos y las pisadas de sus cascos en el camino.

El tío de mi maestro se llamaba Canon Don Alessandro Amadori. Era el tipo de tío que todos los niños deberían tener. Generoso, amable y de buen corazón, nos recibió y preparó habitaciones para nosotros, así como un lugar especial para el ingenio volador. Lo guardamos en un granero a pocos pasos de la casa, lejos de la vista de cualquier criado o visita. Ahí fue donde coloqué mi camastro para poder vigilarlo.

Esa misma noche, nos reunimos para cenar juntos. Mientras ayudaba a disponer los platos y las copas de vino, vi cómo el clérigo me observaba. ¿Qué tenían los sacerdotes que cuando posaban su mirada en uno hacían temblar el alma? Durante la cena, me percaté de que miraba fijamente en mi dirección.

—Isabella d'Esté.

Acababa de coger un trozo de pan de la bandeja común cuando mencionó el nombre de la Marquesa de Mantua, Isabella d'Esté. La misma Isabella hermana de

Alfonso de Ferrara, el hombre que contrajo matrimonio con Lucrezia Borgia.

—La mujer es muy persistente en sus ruegos —dijo el clérigo a mi maestro—. Sabe que estamos emparentados y me pidió que te suplicara que le pintaras un cuadro —dijo riendo—. Parece que cualquier cuadro servirá. No me va a dejar tranquilo hasta que lo consiga. Estoy empezando a pensar que fue una desventura conocerla en Ferrara durante las celebraciones de la boda de su hermano.

—Matteo también estaba en Ferrara en ese momento —apuntó mi maestro.

Tenía la boca llena de pan. Eso me salvó de la obligación de una respuesta. Asentí ligeramente con la cabeza.

—Pues claro —dijo Felipe—. Matteo nos contó la magnífica historia de cómo, durante su entrada triunfal en la ciudad, la rubia Lucrezia se había caído del caballo. Incluso describió el vestido de tela de oro rematado en satén morado que llevaba para la ocasión.

Salai se inclinó hacia delante y me susurró al oído: —Ahora descubriremos lo mentiroso que eres.

—Tienes una memoria maravillosa, Matteo —dijo el clérigo—. Así era exactamente cómo iba vestida. Y el caballo se alborotó cuando se disparó el cañón, tal como contaste. Y ella se puso en pie y volvió a subir al caballo, animada por los vítores de la gente reunida para asistir al desfile.

Salai me miró con ira.

—¿Cómo es que te encontrabas en Ferrara en ese momento? —me preguntó el clérigo.

Sentí cómo el pan se alojaba en mi tráquea.

—¿Quién te acompañaba?

Tragué.

—Mi abuela —conseguí decir.

La mirada de mi maestro se posó en mi rostro.

Recordé demasiado tarde que le había contado que mi abuela había muerto antes de que llegáramos a Ferrara.

—Entonces tuve que verte entre la muchedumbre —prosiguió el clérigo—. Quizás por eso creí reconocerte, porque tu cara me resulta familiar.

Mi corazón se paró. Me había estado observando antes. ¿Cuánto sabía? Había recibido el sello Medici de manos de un sacerdote. No era este clérigo, pero quizás estuviera cerca cuando conocí al Padre Albieri y yo no le había visto. Me esforcé en concentrarme para evitar tocar la bolsita que colgaba de mi cuello.

Pero el clérigo parecía haber perdido interés en mí ya que la conversación cambió de tema.

—Ferrara ha optado por desafiar al Papa. Se les castigará con crueldad si él llega a conquistar su estado —dijo Felipe.

—Aunque debemos tener en cuenta que se dice que Francesco Gonzaga de Mantua, gonfaloniere de los ejércitos papales, está enamorado de Lucrezia. Quizás ella espera manipularle en su beneficio —dijo mi maestro.

—Un método más agradable que el utilizado por su hermano.

—Cesare Borgia era un buen gobernante —afirmó Felipe.

Su observación me sorprendió.

—Estos principitos con sus feudos permiten que su avaricia nos divida. Por su culpa, Italia es un estado abierto a cualquier conquistador —prosiguió Felipe—. Su principal inquietud es llenar sus castillos de oro sin tener que preocuparse de cómo se gobiernan sus estados. Cuando *Il Valentino* estableció su dominio, designó a magistrados y legisladores, y los comerciantes disfrutaban de tratos justos.

Cuando caminaba hacia el granero esa noche, el sol se estaba poniendo en el valle. Las paredes ocre y los tejados rojos de Fiesole competían con la paleta de colores de la Naturaleza. Desde el bancal, podía ver el río, los campos y los árboles, y las torres y las agujas de Florencia y, sobre la ciudad, el techo de todo el mundo. Como fuego cobrizo, la bola de la parte superior del farol brillaba reflejando los últimos rayos de sol.

La belleza de la vista comenzó a disipar mi agitación.

Pero una última desgracia iba a sacudirme esa noche.

Graziano, que se había quedado atrás para resolver los asuntos del monasterio, llegó tarde a Fiesole, cargado de paquetes. Uno de ellos era una carta para mí.

Me buscó en el granero y dijo: —Matteo, me temo que soy portador de malas noticias. Una grave desgracia se ha cernido sobre el anciano escriba que se sentaba en el *Ponte Vecchio*.

—¿Qué desgracia? —pregunté—. ¿Qué ha ocurrido?

—Siento decirte esto, Matteo, ya que sé que era tu amigo. Ha muerto.

No. Volví a sentir dolor, como el dolor que padecí cuando mi abuela falleció.

—Era viejo y su salud estaba delicada —dije.

—Le encontraron flotando en el Arno —dijo Graziano con sutileza.

—Le gustaba beber más vino de lo que le convenía.

—Sí, pero...

—Y el río está bajando rápido —proseguí, no permitiendo hablar a Graziano—, ya que las tormentas de la primavera han hecho descender el agua de las montañas. Pudo caerse al río porque, aunque ahora anochece más tarde, el camino que recorre para llegar a su hogar está oscuro. Hay pocas antorchas en ese tramo de la ribera. En la oscuridad, puede que se resbalara y cayera al agua.

—Es posible que no muriera ahogado.

No veía el abismo que se abría ante mí.

—Tuvo que ahogarse —dije.

—Matteo, la policía nocturna piensa que se vio implicado en una emboscada. Creen que se negó a pasar información y que por eso le mataron. Aún no se ha esclarecido lo que le ocurrió, aunque parece de lo más extraño. Cuando recuperaron su cuerpo, le habían arrancado los ojos.

## Capítulo 45

Le habían arrancado los ojos.

Una forma monstruosa de morir.

Y todo porque el escriba no quiso dar esa información. ¿Qué información? En su puesto lo veía todo, lo oía todo. Me lo había demostrado un día cuando ambos estábamos en la esquina de la torre: cómo el sonido creaba un círculo acústico natural alrededor de él, justo en el lugar en el que la gente tenía que caminar muy próxima entre sí al abandonar la calle y entrar en el pasaje más estrecho que conducía al puente.

El conocimiento puede ser peligroso. Esto es lo que había dicho el Padre Benedicto, el monje del depósito de Averno.

¿Quién había asesinado al escriba Sinistro? ¿Y por qué?

Todavía conservaba la carta que Graziano me había dado. Debía ser de Elisabetta. Nadie más me escribía. Pero no tema su encabezado en el exterior, aunque reconocía esa letra. Entonces me percaté de quién era el autor.

Era un mensaje del otro mundo, escrito por la mano del escriba Sinistro.

*Matteo, si ése es tu verdadero nombre, te escribo para advertirte de que tu vida corre grave peligro.*

*Debes abandonar Florencia inmediatamente y huir tan lejos de aquí como puedas. No me digas dónde, ni intentes volverte a poner en contacto conmigo.*

*Estoy siendo vigilado por aquéllos que quieren hacerte daño.*

*Yo mismo estoy intentando huir. Hace poco que un hombre vino a Florencia preguntando por un niño a cuya descripción respondías.*

*En el pasado, cuando no tenía qué comer, pasé toda la información que recogí en la calle a un espía que me pagó por hacerlo.*

*Este espía me dijo que un hombre quería hacerme preguntas sobre ti. Quedé en reunirme con ese hombre junto al río esta noche. Pero no iré. Ayer vi a ese hombre en el puente y tiene un aspecto endiablado. Se ha dejado crecer las uñas de los pulgares en forma de garras curvas.*

*Lo mejor que podemos hacer es no saber el uno del otro ni volver a hablarnos nunca más. Te deseo una vida próspera. Eres astuto, Matteo. No pierdas nunca tu ingenio.*

*Cuídate.*

*El escriba Sinistro*

Me sacudió un espasmo de terror.

Un hombre que se ha dejado crecer las uñas de los pulgares en forma de garras curvas.

¡Sandino!

Sólo podría tratarse de él.

Pensé en las cartas de Elisabetta. Su contenido estaba en la mente del escriba. Me golpeé la cabeza con el puño. Y el motivo por el que el escriba sabía lo que contenían se debía a mi orgullo y a mi terquedad en negarme a aprender a leer cuando el Maestro me lo pidió por primera vez. El escriba era... había sido... un hombre inteligente. Seguro que recordaría los nombres, los lugares de los que escribía, la información que permitiría a Sandino seguirme. Saqué las cartas de Elisabetta de la bolsa de mi cinturón y las observé. Había mencionado Melte y Perela. Mis manos temblaban. ¿Le habría dicho el escriba dónde trabajaba? ¿Cuánto le habría contado antes de morir?

Ya había amanecido y no había dormido. Pero no había tenido tiempo de pensar en lo que iba a hacer. Estaba profundamente conmocionado. Zoroastro irrumpió en el granero.

—¡Ha dicho que sí! ¡Ha dicho que sí! Me balanceó por los brazos y me levantó del suelo. —¡Hoy es el gran día! ¡El pájaro surcará el cielo! Volaremos, Matteo. ¡Volaremos!

Entre los dos llevamos la máquina voladora a una explanada que se alzaba sobre el bosque y las canteras de piedra.

—Tendrás que correr para impulsarte —dijo mi maestro.

Zoroastro asintió mientras se abrochaba el arnés. Con sus forzudos brazos de herrero, cogió los agarres. En sus venas se manifestaba la tensión del esfuerzo.

Zoroastro se preparó y, entonces, comenzó a correr. Todos corrimos con él.

Al ser un hombre ligero, cogió bastante velocidad. El borde del acantilado apareció ante él.

De repente, me di cuenta de que no podía parar. Caería arrastrado en mi carrera. Una mano agarró mi túnica. Felipe. Oí el desgarró de la tela cuando perdí el apoyo. Pero otras manos agarraron mi cinturón y mi maestro me puso a salvo.

Zoroastro y la máquina desaparecieron al caer en picado. Nos tiramos a tierra y gateamos hacia delante para ver lo que ocurría. Zoroastro ascendía transportado por el viento. Le oímos gritar maravillado.

Voló.

Deberá mantenerse en la memoria que Zoroastro voló. Pero el viento que le había elevado traía nubes cargadas que se deslizaban desde las montañas. Percibimos el destello de un rayo en el interior de la masa nubosa. El propio cielo se estremeció. Una ráfaga caprichosa golpeó la ladera. Y nosotros no podíamos hacer nada. Sólo

mirar mientras el pájaro volador quedaba atrapado en las corrientes de aire y daba sacudidas como el juguete endeble de una inmensa fuerza superior.

Zoroastro se estrelló contra el suelo.

Murió cinco días después.

Cinco largos días de extrema agonía.

Mi maestro caminaba dando zancadas por el granero, esparciendo todo a su paso.

—¡Destruid estas cosas! ¡Llevedlas lejos! ¡No quiero volver a verlas!

Debía haber llorado.

Tenía que haber llorado por la pérdida de su amigo. Debió experimentar el dolor más grande conocido por saber tanto sobre el cuerpo humano, por haber realizado tantos dibujos, por comprender la ingeniería y, sin embargo, tener que presenciar, impotente, los huesos rotos de su amigo sin poder repararlos. Pero no le vimos hacerlo.

El clérigo le administró la extremaunción y pasó horas de rodillas en la iglesia, rogándole a Dios que le concediera la paz de la muerte.

Le dimos a Zoroastro una correa de cuero. Él la mordió. El sudor resbalaba por su rostro, rígido sobre el blanco de la almohada en la que yacía.

Teníamos que llevarle a otro edificio. Los criados estaban aterrorizados por sus gritos de agonía.

—¡Dadme una daga para que pueda cortarme las venas! —gritó—. ¡Traedme mi hacha! ¡Os lo ruego!

Nos llamó por nuestros nombres uno a uno.

—Matteo —dijo Graziano—, ¿conoces alguna hierba o poción que pueda aliviar este sufrimiento?

—Si pudierais traerme amapolas... —dije, sin llegar a acabar la frase.

—¿Eso le ayudaría?

—Podría hacer una infusión —dije—. Pero...

—¿Pero? —El Maestro me miraba con seriedad.

—Es muy peligroso.

El Maestro esperó. Entonces dijo:

—¿Quieres decir que podría matarle? —Sí.

—Encontraremos los ingredientes que necesitas. Y salió de la habitación.

No nos pertenece a nosotros el poder de quitar la vida.

Eso es lo que yo creía. Tenía la convicción, creada a partir de las creencias de la Iglesia y de las tradiciones antiguas, de que la Naturaleza era la que otorgaba la vida, y de que era ella quien decidía cuándo había llegado el momento de devolvérsela.

Comenté esto en voz alta.

—Prepara la poción, Matteo —me dijo mi maestro—. Sólo queremos aliviarle el

dolor. Prepárala y yo se la administraré.

Mientras preparaba la mezcla, deseé poder tener a mano el libro de recetas de mi abuela. Ahora que ya sabía leer, podría seguir las instrucciones. Sin embargo, no serían necesarias en este caso, ya que nunca olvidaría el modo de preparación de este veneno.

De repente, me vino a la mente el recuerdo de mi abuela preparando este mismo brebaje. Una noche, no mucho antes de morir, un extraño se acercó al lugar en el que acampábamos.

Al oír el sonido de los cascos del caballo, mi abuela se puso en pie y me dijo que me escondiera dentro del carromato. Oí el murmullo de una conversación, y mi curiosidad infantil hizo que me quedara mirando a hurtadillas por la apertura de la lona. Escuché como mi abuela decía: «No quiero tener problemas».

«Entonces dame lo que te he pedido». El hombre tenía un cuchillo. Mi abuela estaba tranquila pero, entonces, ambos se percataron de que les estaba observando.

«Niño —dijo, con la voz llena de angustia—, vete a dormir». «¿Quién es?», preguntó el hombre.

«Mi hijo».

«Eres demasiado vieja para ser madre de un niño de esa edad».

«Un niño huérfano».

«¿Cómo se llama?».

«Carlo».

«¿Un mocoso gitano?».

Ella asintió. Pero yo no me llamaba Carlo. Mi nombre era Janek. ¿Por qué mentiría mi abuela a este hombre? Ella se acercó rápidamente al carromato, me empujó adentro y me dio un dulce para que cerrara la boca.

«Por lo que más quieras —susurró—, no digas ni una palabra más. Te lo suplico».

El hombre cogió la mezcla y se marchó.

Apenas le perdimos de vista, mi abuela comenzó a realizar los preparativos para proseguir el viaje. Y mientras estaba recogiendo los bártulos, le oír murmurar para sus adentros.

«De todas formas, ya era hora. Debemos regresar».

Mi abuela partió en dirección a una senda que conducía a las montañas, un camino que nadie podría pensar que recorriera un carromato. Avanzábamos por un terreno pedregoso en el que el caballo no dejaba huellas. Aún así, ató gruesos fardos de tela a los cascos del caballo y eligió los senderos más rocosos. No nos detuvimos a comer o a lavarnos, y llevamos nuestra basura con nosotros. Yo dormía de noche, despertándome con frecuencia al oír el galope del caballo conducido por mi abuela, que no se detenía nunca. Por contra, ocultaba el carromato en el bosque durante el día. Aunque hacía frío, no encendió ninguna hoguera hasta que estuvimos a salvo al



otro lado del paso, cerca de un lugar llamado Castel Barta. Una vez allí, se sintió indispuesta por la enfermedad que acabaría con su vida.

Un recuerdo nítido, que sólo había venido a mi mente en este momento, al ver hervir el zumo de amapolas. Era zumo de amapolas lo que el extraño había encargado a mi abuela.

Zumo de amapolas, que aliviaba el dolor. E inducía al sueño. Y provocaba una muerte silenciosa.

Tras el entierro de Zoroastro, mi maestro habló con Felipe.

—Estoy decidido. El fresco está destrozado. Donna Lisa ya no me necesita. Le pediré a los franceses que persuadan al Consejo florentino para liberarme de mi contrato y partiré a Milán.

Iba a enviar a Salai por delante con cartas de introducción y para garantizar el alojamiento.

—¿Y tú, Matteo? —me preguntó Salai inocentemente cuando estábamos organizando los preparativos para nuestra partida—. ¿Qué vas a hacer?

—¿Qué quieres decir?

No se me había ocurrido pensar en no acompañarles a Milán.

—No creo que nuestro maestro necesite un criado inculto.

—Ya no soy tan inculto —respondí acaloradamente.

—No sabes leer ni escribir —se burló Salai—. Crees que puedes ocultarlo, pero tu ignorancia es de todos sabida. Nos reíamos de ti cuando fingías que podías leer esas cartas y redactar respuestas a ellas.

—Pues ahora vete a reírte de otra broma estúpida —dije—, porque sé leer. Saqué el libro de mi cartera. —Te leeré la historia de San Jorge y el Dragón. Empieza así: «En una tierra lejana, vivía un dragón...».

Salai se rio despectivamente.

—Conocemos tus capacidades para memorizar incluso el pasaje más largo con las palabras más difíciles. Se lo escuché decir al Maestro cuando hablaba con Felipe creyendo que nadie escuchaba. Puedes relatar historias sin vacilar con tan sólo escucharlas una vez. El Maestro se asombraba de tu memoria. Yo me maravillo de tu estupidez.

—No necesito demostrarte nada —grité.

—Pero yo quiero que me lo demuestres —dijo una voz desde la puerta.

Salai se giró. ¿Cuánto tiempo llevaba el Maestro ahí? ¿Qué había escuchado?

El Maestro ignoró a Salai y se dirigió a la mesa. Cogió una pluma.

—Ahora, Matteo, demuéstreme que sabes escribir.

Cogí la pluma entre mis manos temblorosas. Escribí mi nombre, Matteo.

A continuación, el Maestro trajo un libro de la estantería y lo abrió aleatoriamente por una página.

—Lee, por favor.

Comencé a recitar el texto atropelladamente, pero conseguí leer un par de líneas. El Maestro no sonrió.

—No está mal —protestó—. Pero no es suficiente. Si quieres formar parte de mi grupo en Milán, tendrás que jurarme solemnemente que aceptarás ser educado como yo lo ordene.

Pensé en la carta que tenía oculta en la túnica, la advertencia del escriba. Asentí.

—Promételo.

—Lo prometo.

—Pues que así sea.

El Maestro abandonó precipitadamente la habitación.

Salai partió al día siguiente. Durante la semana, vinieron transportistas para recoger nuestros bártulos, y a comienzos de junio de 1506 partimos hacia Milán.

# QUINTA PARTE

## LA GUERRA

---

*Milan, 1509. Tres años después*

## Capítulo 46

—Paso, uno, dos. Ahora adelante, tres, cuatro. Y... ¡Detente!

—Matteo, pareces un gran buey que se arrastra lentamente por la *Piazza San Marco* cargando ladrillos.

Dejé caer las manos a ambos lados del cuerpo y encorvé los hombros.

—*La Poursuite* es una danza elegante, ingeniosa y con estilo —prosiguió Felipe—. Si vas a asistir a alguno de esos bailes franceses la semana que viene tendrás que mostrarte grácil. Intenta no parecer un recolector que está pisando uvas en la vendimia.

—Debes dar pasos más cortos, Matteo —dijo Graziano para animarme—. Imagínate que te estás acercando a una dama. Una dama, ¿entiendes? Y tú eres un caballero.

—Queremos hacerte un caballero, cueste lo que cueste —comentó Felipe irónicamente.

Graziano le ignoró.

—Matteo, vamos, extiende la mano. Venga...

Ondeó sus dedos hacia mí.

—Y sé cuidadoso, no estás dando la pata como un oso.

Graziano, aún con su gran tamaño, era sorprendentemente ligero para la danza. Haciendo el papel de mujer, bailaba a mi alrededor con minúsculos pasos y me ofrecía delicadamente las puntas de sus dedos extendidas.

Intenté imitar sus movimientos lo mejor que pude, andando de puntillas y estirando el brazo hacia él.

Comenzó a reírse de mí. Felipe se le unió.

Esperé un momento y me reí con ellos. A pesar de los años de convivencia, todavía no acababa de comprender su sentido del humor toscano. Mi propia risa sonaba tensa y artificial. Aunque había crecido y me consideraba un hombre a mis dieciséis años, aún era suficientemente joven para ofenderme con facilidad.

Volví a intentarlo.

—Así está mejor —dijo Graziano. Dejó que mis dedos rozaran los suyos—. Ahora retrocede y avanza una vez más. Pero esta vez el hombre se acerca más a la mujer.

Concentrándome enormemente, me esforcé en adoptar las posturas adecuadas con los pies, mantener mi cuerpo en la pose correcta y realizar los movimientos propios de la danza. Guiado por los tiempos que marcaban las palmadas de Felipe, me aproximé a Graziano y le ofrecí mi mano alzada. Conseguí hacerlo todo a la vez. Estaba bastante contento con mi esfuerzo.

—¡No, no, no! —gritó Felipe desesperado—. Si te desplazas por el suelo de esa

forma, el baile acabará antes de que comience.

—Yo preferiría que terminara pronto —murmuré.

De todas las nuevas artes y habilidades que mi maestro había decidido que debía aprender durante mi estancia en Milán, la danza era la que menos me gustaba. Entendía el propósito de leer y escribir, o de desarrollar una aptitud con un instrumento musical, pero el baile, para mí, era una auténtica pérdida de tiempo. A mi parecer, cuanto antes acabara el baile, mejor que mejor, y así se lo había dicho a mis dos instructores.

—La intención del baile no es que el acontecimiento acabe pronto —respondió Felipe—. El objetivo de una danza va más allá de pasar el rato. Debes disfrutar del movimiento, dejar que tu cuerpo responda a la música.

—Y también a las mujeres y los hombres con los que estés bailando —bromeó Graziano.

—No estoy interesado en las damas ni los caballeros de ese modo.

Felipe chasqueó los dientes.

—Matteo, no importan los asuntos del corazón que elijas no elijas experimentar; debes aprender a bailar. A menos, por supuesto, que pretendas tomar los hábitos.

—En algunas órdenes religiosas está aceptado —dijo Graziano, y se dirigió a mí—. Aprender a bailar es una gran proeza. Este baile es especialmente importante, como si fuera una danza de intriga. Los pasos son un modelo de avance y retirada. Es una lección de la vida.

—¿Cómo puede una danza ser una lección de la vida?

—Se puede considerar una enseñanza sobre cómo conquistar a una mujer.

—Yo no quiero cortejar a una mujer.

—¡Ah!, eso es lo que dices ahora, pero con el tiempo tu corazón te guiará de modo distinto.

—Si quisiera cortejar a una dama, me declarararía directamente.

—Eso sería una sandez —dijo Graziano negando con la cabeza—. No se debe hacer saber a una mujer que has quedado deslumbrado por su aspecto o su encanto.

—¿Por qué no?

—Le daría aún más poder sobre ti.

—Pero si las mujeres no tienen ningún poder, o poco, en cualquier caso...

Ambos hombres sonrieron.

—Y yo que creía que habías dicho que viste a Lucrezia Borgia una vez —dijo Felipe, fingiendo pensar en voz alta.

Ese nombre pertenecía a un pasado que apenas conocía. Mi vida había cambiado mucho desde que llegué a Milán hacía ya tres años. Las circunstancias en las que vivía eran más sofisticadas que lo que nunca pude imaginar. En esta ciudad, los franceses, que gobernaban el ducado, trataban a Leonardo da Vinci con grandes

honoros. El gobernador, Charles d'Amboise, admiraba y respetaba enormemente a mi maestro, tal como lo hacía su propio soberano, el Rey Luis de Francia. Se proporcionó alojamiento y alimento a nuestro Maestro, y se le concedieron honores e ingresos, incluyendo en su hospitalidad a los miembros de su grupo.

Y yo comencé mi educación, tal como había prometido.

Felipe me encontró unos buenos tutores. A pesar de mi inicio tardío y de mi falta de atención primera, mis maestros consiguieron levantar los cimientos establecidos por el escriba Sinistro. Podía escribir bien y leer con fluidez. Y estaban intentando instruirme en griego, latín, matemáticas, historia y filosofía.

Sabía que debía aplicarme en mis estudios. Así que, mientras que los miembros del taller trabajaban en sus encargos artísticos, yo me ocupaba de los libros con mis tutores. Si me quedaba atrasado en mis lecciones o recibía partes negativos, me sería difícil seguir ocupando un lugar privilegiado en el grupo de da Vinci. El taller del Maestro no funcionaba aquí de la misma forma en que lo hacía en Florencia. Desde el primer momento, cuando nos alojamos en el castillo, dentro de este apéndice de la corte francesa, mis tareas se vieron reducidas. Había suficientes pajes, cocineros, limpiadores y muchos otros criados para responder a aquello que Felipe o el maestro necesitaran. Y después, cuando mi maestro dispuso su propio taller cerca de San Babila, Charles d'Amboise se aseguró de que no le faltara nada. Se encargó de su bienestar personal, enviándole con regularidad personal de la corte para asistirle en sus quehaceres: lavanderas, sastres, cocineros e incluso su propio barbero.

Salai tenía razón cuando me advirtió que al Maestro poco le serviría un muchacho inculdo en Milán. Además, mi maestro contaba con un nuevo discípulo, Francesco Melzi, para asistirle personalmente en los menesteres propios de su trabajo. Este Francesco era un joven atractivo y con talento, aproximadamente de mi edad, cuyo padre era amigo del Maestro. Francesco era inteligente y respetuoso. Pintaba y escribía bien, y empezó recopilando y ordenando la vasta colección de papeles, tratados y libros de mi maestro. Organizaba sus citas y redactaba sus cartas, y llevaba a cabo otras tareas que yo nunca podría haber realizado. De vez en cuando, se me pedía que cargara con los materiales de dibujo de mi maestro o que le acompañara en una excursión, para centrarme el resto del tiempo en recibir una educación formal íntegra.

Sin embargo, no me había percatado de que las lecciones que había evitado durante tanto tiempo me harían parte del grupo. El padecimiento de las luchas con la gramática y la comprensión de los textos, y las arduas horas de recitaciones y aprendizaje de acontecimientos, para después relatarlos de memoria, me estimulaban a la vez que agotaban. Al conocer las historias, podría participar en las conversaciones que me asombraban y me seducían. Y todo esto gracias al estímulo propiciado por la propietaria de mi primer libro, la historia de San Jorge y el dragón

que me regaló Donna Lisa en Florencia.

En algunas ocasiones, cuando asistía a una cena formal, el Maestro seguía pidiéndome que cargara con su cartera si tenía dibujos que enseñar a los comensales. Y ahí fue dónde escuché los discursos del matemático Luca Pacioli. Ya no permanecía junto a mi maestro, aburrido y con la mirada perdida, y la mente a la deriva entre el murmullo de las voces. Ahora asistía activamente en la discusión de temas tan amplios e interesantes como los rumores sobre cómo sería el inexplorado Nuevo Mundo. El Maestro debatía con poetas como Gian Giorgio Frissino y Bernardino Zenale, el pintor. Comencé a identificarme con la necesidad de conocimiento de la mente del maestro. Al igual que él, ahora quería saberlo todo.

Todo lo conocido, a excepción de las torturas de las lecciones de danza. No me gustaba ese aspecto social de mi educación. Con mi reticencia natural y el miedo crónico al descubrimiento de mis orígenes, no veía la hora en la que deseara bailar en público.

—Mira —dijo Graziano, levantando la cabeza.

Se aproximó a la ventana y abrió el pestillo.

El firme redoble de un tambor de madera resonaba en la calle. Otra partida de soldados franceses volvía de su gran victoria reciente sobre los venecianos.

—Se celebrará un Carnaval cuando el Rey Luis llegue a la ciudad —prosiguió Graziano—. Sé que te gusta el Carnaval, Matteo. Y esta vez insistiré en que me acompañes al final de la noche para unirnos a los festejos y para que puedas bailar al menos un poco.

## Capítulo 47

El rey Luis de Francia llegó a Milán al siguiente día, el veinticuatro de julio. Le observamos desde nuestro tejado. Mi maestro había ideado algunos de los desfiles y espectáculos que habrían de celebrar la entrada triunfal del Rey de Francia al frente de sus tropas. El Rey Luis había vuelto de su gloriosa victoria en Agnadello, una pequeña ciudad al noreste de Milán. El poder de Venecia había sido pisoteado en el lodo y los victoriosos soldados franceses cargaban numerosos bienes saqueados de la milicia veneciana. Se dispararon los cañones desde las almenas mientras que, flanqueada por los mariscales con el lirio de Francia embelleciendo sus chalecos, la procesión real siguió su camino hacia el castillo, arrojando monedas y confite a su paso.

Y esa noche salí a celebrar el Carnaval con Graziano, más como un adulto que como un niño, y nos unimos al festejo. En vez de vagar por las calles durante la tarde jugando y bromeando como los otros chicos jóvenes, vestía una larga capa y llevaba una máscara que cubría mi cara.

Era la primera vez que portaba una máscara de Carnaval que cubría completamente mi rostro, y el efecto de ver mi cara dorada y lucir la larga nariz en forma de garfio me perturbaba y emocionaba. Me detuve frente al gran espejo que colgaba en nuestro vestíbulo. Siendo ya suficientemente maduro para mirar mi reflejo sin miedo a que ningún espíritu atrapara mi alma, observé la figura que posaba ante mí. Era lo bastante alto como para parecer unos años mayor, al permanecer mis rasgos infantiles ocultos tras la máscara. La capa me otorgaba elegancia y me hacía parecer más alto, con lo que supuse que me tomarían por un joven de dieciocho años.

Una oleada de emoción se apoderó de mí cuando Graziano y yo pusimos el pie fuera del hogar. Mi disfraz me convertía en una persona anónima, irreconocible para nadie, ni siquiera para mí mismo. Inmediatamente, la corriente de la calle nos engulló y, de repente, formábamos parte de la algarabía y las risas. El Carnaval era la época en la que los hombres y las mujeres respetables podían disfrazarse para ocultar su identidad y confundirse entre la muchedumbre. El vino corría y la gente se abandonaba al desenfreno de la fiesta.

Un grupo de festejantes surgió detrás de nosotros, tocando trompetas y arrojando serpentinas. La música se intensificaba conforme nos acercábamos a las calles que conducían a la plaza central. En la *Piazza del Duomo* los malabaristas hacían girar platos y bolas de colores en el aire, mientras que sus ayudantes se escurrían entre los espectadores, intimidándoles y pidiéndoles unas monedas. Los enormes zancudos se agrupaban formando una furia de colores: morados, amarillos, rojos y verdes brillantes. Había bufones y payasos haciendo cabriolas entre la muchedumbre. El olor de las hogueras y el vino, y el calor de los cuerpos con su mezcla de sudor acre y



dulce perfume despertaban mis sentidos.

Un desfile de bailarines nos adelantó. En el extremo final de la fila había una mujer, con una máscara de seda en la parte superior de su rostro. Sus labios eran de un rojo brillante. A través de los orificios de la máscara, sus ojos me miraban con provocación. Ella se alejó, pero se detuvo y me hizo una señal.

Graziano me dio un empujoncito en la espalda.

—Ve con ellos —dijo.

—No conozco los pasos de este baile —protesté.

—Matteo, Matteo —rio—, todos los hombres y mujeres nacidos en este mundo conocen los pasos de esa danza. Son aquéllos que aprendes al participar en ella.

La mujer me tomó de la mano y me arrastró con ella. Su agarre era firme y, cuando nos deteníamos aquí y allá, me daba a beber vino de una bota de piel que guardaba en un bolsillo de su capa.

Al llegar al centro de la plaza, me llevó a un enorme círculo y alguien me cogió la otra mano. En el frenesí de los giros perdí la noción de con quién bailaba. ¿La mujer estaba presionando deliberadamente su cuerpo contra el mío? Sentí las huellas de sus dedos en mi cuello mientras girábamos y se inclinaba hacia mí, uniendo sus manos para aplaudir al ritmo de la música, con el escote abierto. La turgencia de sus pechos era evidente. Al moverse, la sombra entre ellos se hacía más profunda.

Nos sacaron del círculo pero, casi de inmediato, otro grupo se formó a nuestro alrededor. Unas manos me tiraron de la túnica y me arrastraron a otra fila de enmascarados. Me sentía turbado por el vino que había bebido, la danza, la presencia de la mujer... De repente, ella estaba de nuevo frente a mí. Se reía en mi cara, me pellizcaba la mejilla y se marchaba girando en espiral. Corrí para alcanzarla.

¡Sabía bailar! Y lo hacía muy bien. Bailé con todos los que me dejaron, hombres, mujeres, niños, niñas, hasta las horas previas al amanecer, hasta que mi visión se nubló y me sentí desfallecer.

En algún momento de la noche, perdí a Graziano.

Al final, tropecé con una pared e intenté recuperarme. Salí de la plaza a duras penas y entré en un callejón. Ahí Lodo estaba más tranquilo, casi vacío. Un patio se abría ante mí. Había una fuente en el centro. Me quité la máscara e incliné el rostro sobre el agua para beber.

Había una mujer a mi lado.

—¿Se encuentra bien, joven caballero?

Su voz era ronca.

—Necesitaba tomar un poco el aire.

La cabeza me daba vueltas mientras intentaba enderezarme, pero mi mente estaba suficientemente despejada como para reconocer a la mujer que me había arrastrado al baile. Debía haberme seguido. ¿Qué interés tenía en mí? No nos conocíamos y esta

noche no llevaba dinero alguno.

La mujer debió percatarse de que mi mano se dirigía al cinturón del que colgaba normalmente mi monedero, porque se rio y dijo:

—No es tu cinturón lo que me interesa precisamente.

Pronunció esto último con una débil inflexión y, cuando vio que entendía el significado de sus palabras, de su boca brotaron nuevas carcajadas. Estiró la mano y me acarició la mejilla. Sentí su calor. Se quitó la máscara y me miró.

Entonces, me besó en los labios.

Me pilló tan desprevenido que no pude hacer nada.

Me quedé boquiabierto. Nunca antes me habían besado. No de esa forma. El beso de bendición de mi abuela en la frente o la mejilla era breve y lo daba con los labios cerrados.

Los labios de esta mujer tenían un matiz especial. Lo notaba. En mi boca saboreaba algo más. Mezclado con su aliento destacaba el fértil aroma de la pulpa de alguna fruta que había comido. Y, oculto bajo todo eso, aunque vibrante entre estos sabores, había algo más, insistente y peligroso.

—Cierra la boca —me dijo, levantando mi barbilla con sus dedos—. Pareces un bacalao boquiabierto de un puesto del mercado.

Cerré mis labios, pero los volví a abrir cuando me ofreció su bota de vino. Bebí de ella.

Sin apartar su mirada de la mía, recuperó la bota de vino e inclinó el cuello para beber. A continuación, la dejó junto a la fuente y se giró para situarse frente a mí. Colocó ambas manos en mi pecho. Sus uñas eran largas y estaban pintadas.

En el patio entraron, acompañados de una oleada de sonido y energía, varios bailarines que giraban arrastrados por el frenesí. Llamaron a la mujer y dos de ellos le pidieron que se marchara con el grupo, haciendo oídos sordos a sus protestas. Ella se encogió de hombros y me lanzó un beso mientras se alejaban danzando.

Me temblaban las piernas y me ardía la cabeza. Volví al callejón. La pared estaba más fría que el aire que me rodeaba y presioné mi rostro contra ella. Agarrándome en busca de equilibrio, caminé tambaleándome hasta que llegué a una de las calles principales, donde giré en dirección al taller.

Encontré mi cama pero no conseguí dormirme hasta que amaneció en la ciudad y se acalló la voz del último de los festejantes.

## Capítulo 48

—Te vi con esa cortesana anoche, Matteo.

Mi rostro se tiñó de carmesí.

—¡Vaya, qué color más maravilloso tiene Matteo en las mejillas! —Graziano siguió provocándome.

Cogió una manzana de la mesa del desayuno y comparó su piel sonrosada con el color de mi cara.

—¿Lo veis? El tono de la fruta parece apagado a su lado. Si pudiera capturar el rubor de Matteo en mi paleta, mis atardeceres serían gloriosos.

—¿Una cortesana? —balbuceé.

—¡No me digas que no lo sabías! —dijo Graziano sorprendido—. ¿Qué mujer si no besaría a un hombre en la calle de tal forma?

—Deberíamos preguntarnos si te besó también a ti, Graziano —dijo Salvestro, uno de los discípulos, uniéndose a la conversación para apoyarme.

—Por supuesto —respondió Graziano—. Y puedo decir que antes de que acabara la noche me habían besado más de una vez.

Tras decir esto, nos guiñó un ojo.

Estaba horrorizado. La mujer del Carnaval que había perturbado mis sueños la noche anterior también había besado a Graziano. ¡Graziano! No es que no fuera una persona agradable. Era muy simpático. Pero era mucho mayor que yo y bastante gordo.

—¡Vaya! Mirad el rostro de Matteo. Parece desolado. ¿Creíste que había reservado sus labios sólo para ti, pequeño?

Ahora el que habló fue Salai. Y, como siempre, llevó la burla al extremo de la humillación.

Se inclinó sobre la mesa y me tiró de la oreja. Yo le aparté la mano. Pero eso no le impidió que siguiera molestándome.

—Apuesto a que había besado a una docena de hombres más, antes de que acabara la noche.

Otros hombres.

Qué estúpido había sido.

No pensé en eso. Por supuesto que habría besado a otros.

—Matteo —interrumpió Felipe, entrando en el taller—, el Maestro va a salir de viaje en breve y me ha informado de que desea que le acompañes.

Me miró, captando la aflicción de mi rostro, y levantó una ceja.

—Quizá te convenga abandonar Milán durante un tiempo, ¿no crees?

—Sí —respondí con impaciencia—. Me prepararé de inmediato.

—Con las mujeres persiguiéndole por todas partes, uno podría pensar que

preferiría quedarse —dijo Salai—. A menos que Matteo le tenga miedo a las mujeres.

Como las pullas de los bravucones, las palabras de Salai tenían una parte de verdad. Aunque rara vez conocía a chicas, cuando lo hacía, me sentía más incómodo en su presencia que en la de otros muchachos de mi edad.

—Llévate tus libros y ropa para varios meses —prosiguió Felipe—. El Maestro piensa pasar una temporada en Pavia.

Aunque nunca había estado allí con mi abuela, sabía dónde estaba Pavia. Era una ciudad mucho más pequeña que Milán, situada en una carretera principal a más de treinta kilómetros al sur.

—¿Ha elegido Pavia por algún motivo en especial? —pregunté.

Felipe asintió.

—Un amigo del Maestro es profesor en la Universidad de Pavia. Messer Marcantonio della Torre dirige una escuela para estudiantes de medicina. Supongo que el Maestro aprovechará la oportunidad para realizar sus disecciones.

Mi interés creció. Habían transcurrido muchos meses desde que acompañé a mi maestro a la última disección. Durante los últimos años, había centrado sus estudios en la campiña de los alrededores y había examinado cómo la geología de la zona podría permitir la implantación de un sistema de riego del terreno y la construcción de canales para el transporte y el suministro de agua limpia. La idea de participar en sus observaciones sobre el funcionamiento del cuerpo humano me atraía. Pero si iba a abandonar Milán durante unos meses, había algo que quería hacer primero.

—Si voy a estar fuera tanto tiempo —dije a Felipe—, me gustaría pedir permiso para visitar a mis amigos en la granja y despedirme de ellos.

Felipe asintió.

—Tendrás el día libre mañana para hacerlo. Pero después de eso, ven a verme. Además de tu propio equipaje, deberás ayudar a empaquetar algunas cosas que el Maestro desea llevar con él a Pavia.

Miré a Francesco Melzi, que seguía sentado a la mesa. El joven se había acostumbrado a ocuparse de los materiales del Maestro, por lo que yo no quería inmiscuirme en tareas que él podía considerar como suyas.

Pero Francesco Melzi no era como Salai, siempre vigilante y celoso. Por contra, era agradable y cortés en sus modales.

—Sería bueno que te ocuparas de ello, Matteo —dijo de buena gana—. Ahora que dedicas más tiempo a tus estudios, creo que el Maestro echa de menos tu ayuda en su trabajo. Suele quejarse cuando dejo algo fuera de su sitio y me regaña diciendo que a Matteo nunca le habría ocurrido eso. Me dijo que habías ingeniado un sistema para ordenar su equipo de dibujo y que lo consideraba el método más eficaz.

Al oír estas palabras, me llené de infantil satisfacción. Si Francesco me había dedicado ese cumplido, era porque le agradaba. En caso contrario, como ocurría

ahora, era muy amable por su parte reconocer mis habilidades de ese modo.

Al día siguiente, me dirigí a los establos del castillo de Milán para pedir prestado un caballo que me condujera a Kestra, donde se encontraba la pequeña granja del tío dell'Orte.

En cuanto llegué a Milán, recuperé mi amistad con Paolo y Elisabetta. La granja de su tío estaba situada al sureste de la ciudad, lo que me permitía ir a verles de vez en cuando. Su tío era un anciano arisco que trataba con firmeza a sus sobrinos. Hacía meses desde mi última visita, pero sabía que mi presencia se recibiría como un respiro en su vida marcada por la austeridad y el trabajo duro.

En los establos me encontré al mozo de cuadras, al que me unía una amistad desde el momento en que preparé un brebaje para uno de sus caballos preferidos que sufría de cólico. Así es como me prestaría su caballo siempre que quisiera visitar la granja en Kestra. Mientras sacaba la yegua castaña de la cuadra, el mozo me comentó que uno de los jóvenes oficiales franceses, un tal Charles d'Enville, recuperado recientemente de las heridas recibidas en el campo de batalla, quería ejercitar a su caballo esa mañana y buscaba compañía. El mozo de cuadra también invitó a otro mozo del establo para que viniera a cabalgar con nosotros.

Así que los tres abandonamos Milán a primera hora de la mañana de un soleado día de verano. Salimos del castillo por el arco de la Torre Filarete. Aunque dañado por los disparos de los soldados franceses, aún se distinguía la serpiente curva del escudo de armas de la familia Sforza sobre la cúpula. El Duque Ludovico Sforza había gobernado el ducado hasta que fue expulsado por los franceses hacía casi diez años. El rey francés reclamó esta parte del norte de Italia pero el hijo de Ludovico, Massimiliano, en el exilio, planeó conquistar Milán de nuevo a la vez que los Medici planeaban su regreso a Florencia.

Milán disfrutaba del mismo bullicio que las calles de Florencia. El Rey de Francia auspiciaba a los artistas de la zona, y en los talleres y estudios se agolpaban jóvenes que deseaban trabajar como aprendices. Los soldados y sus damas paseaban y chismorreaban, los criados corrían errantes, los mercaderes hacían negocios alrededor del *duomo*, mientras sus tenderetes se llenaban de botines de las tropas que regresaban de la batalla.

Pero yo prefería el campo a la ciudad. Cuando miraba al cielo en la campiña, mis pensamientos se aclaraban y mi ánimo se levantaba. La granja en la que vivían Paolo y Elisabetta dell'Orte estaba a pocos kilómetros de Milán, por lo que pusimos nuestros caballos al galope y disfrutamos del viaje.

Montar a caballo era una habilidad para la que no necesitaba instrucción. Cabalgamos juntos, sintiendo el estruendo de los cascos y la ondulación de las crines de los caballos. Estaríamos en la granja antes del mediodía, a tiempo de disfrutar de una buena comida.

Transcurrió una hora. Salimos de la senda principal en dirección al este. El paisaje cambió a nuestro alrededor. Las viñas y los campos frondosos dieron paso a los terrenos rocosos y las matas de vegetación escasa. Nos encontrábamos a unos kilómetros de la intersección en la que debíamos cambiar a un sendero menor que nos conduciría finalmente al camino de la granja. El terreno estaba poco poblado y disminuimos el ritmo para adaptarnos al cambio de superficie. Charlamos durante el viaje. El mozo de cuadras y yo nos limitamos a escuchar a Charles, el alegre capitán francés, mientras nos relataba sus gestas en la batalla de Agnadello, en la que Francia había derrotado al ejército veneciano y a su enorme contingente de mercenarios suizos. Avanzábamos al trote cuando, en un recodo del camino, nos encontramos con un campamento gitano. Habían dispuesto un caldero sobre las brasas ardientes, junto a su refugio bajo los árboles, en la zona de sotavento de una pequeña colina.

—¿Qué tenemos aquí? —dijo el capitán francés, frenando a su caballo.

—Gitanos —afirmó el mozo de cuadras de inmediato. Y escupió en el suelo.

Sentí cómo el corazón me daba un vuelco.

—No tienen derecho a acampar junto a la vía pública —declaró el mozo—. Deben respetar el edicto. Tienen que pedir permiso al dueño de las tierras y sólo se les concede en determinadas circunstancias.

—Yo no lo llamaría campamento —dijo el capitán francés.

Si desearan disponer de un refugio sólido, habrían inclinado varios álamos jóvenes y habrían utilizado una tela para cubrir las ramas encorvadas.

—No están autorizados a levantar un campamento —insistió el mozo de cuadras.

El capitán negó con la cabeza. Creo que habríamos proseguido nuestro viaje si el mozo de cuadras no hubiera llamado la atención sobre la situación en la que él podría intervenir para remediar la falta de autoridad. Avanzó con su caballo y saludó con un grito, esperando que alguien respondiera. Un hombre salió de la pequeña carpa, seguido de dos niños harapientos. Retrocedí con el caballo para protegerme. No reconocía a este hombre de mi campamento o de los grupos de gitanos a los que conocía, pero no era motivo suficiente para que él no me reconociera a mí, aún con el paso del tiempo.

Desde que dejamos Florencia había vivido tranquilo en Milán. Durante el primer año, había vivido en el castillo del gobernador de Milán, acogido por el grupo de da Vinci. Quedé tan perturbado por el destino del escriba Sinistro que en todo este tiempo no me había aventurado más allá de los aledaños del castillo. Felipe encontró un tutor para mí entre el personal del castillo para que comenzara con mis lecciones, por lo que nada me obligaba a salir de allí. Entonces recibí noticias de Cesare Borgia. En los últimos años, *Il Valentino* había intentado crear un ejército propio que luchara para reconquistar sus dominios en la Romagna, pero el Papa Julio descubrió sus planes y obligó a Cesare Borgia a partir a España. Allí se había visto implicado en

una disputa y había muerto en una emboscada mientras luchaba en Navarra. Sus agresores le dejaron desnudo en un barranco con veinticinco puñaladas en el cuerpo, una muerte violenta para un hombre que nunca mostró piedad con los demás. Así que, cuando el Maestro estableció su taller finalmente en otro distrito de la ciudad, me sentí a salvo. Estaba seguro de que Sandino no me había seguido la pista hasta Milán, ya que en caso contrario habría recibido noticias suyas. También imaginé que Sandino tendría suficiente trabajo ahora para mantenerle ocupado. Esta guerra se caracterizaba por la abundancia de espías y conspiraciones entre las facciones, enemigo a enemigo, aliado a aliado. Por ello, durante el año pasado, mientras el Papa aseguraba la mayor parte de la Romagna y se aliaba con los franceses contra Venecia, mi mente pudo descansar con más facilidad. La bolsita de piel que llevaba alrededor del cuello se había erosionado hasta formar parte de mí. No me la había quitado nunca. Tampoco pensé mucho en ella, ni en lo que contenía.

Hasta ahora.

—Son un atajo de arrepentidos —me dijo el capitán francés en voz baja.

Una joven corrió la cortina y se plantó delante de la puerta de su refugio.

—No parecen tan arrepentidos —comentó el mozo de cuerdas, al ver su figura.

La muchacha se percató de su mirada y volvió a esconderse en la sombra. Sentí su humillación al ser considerada de tal forma.

Su padre avanzó hacia el fuego dando un pequeño paso.

Había presentido el peligro y buscaba un arma. Vi la larga vara de metal que mantenía suspendido el caldero sobre las brasas. Entonces vi algo más.

Un pañuelo rojo atado fuera del refugio.

Avancé con mi caballo unos pasos para acercarme al capitán y le dije en voz baja:

—Se han visto obligados a acampar aquí —dije—. Su esposa está dando a luz.

Los ojos del gitano buscaron mi rostro.

Desde la carpa oímos el grito penetrante del recién nacido.

—Mi esposa... —dijo titubeante el gitano en francés—. Acaba de dar a luz a nuestro hijo.

El capitán francés sonrió.

—Un niño, espero.

—Una niña.

—¿Le habéis dado nombre ya?

—Se llamará Dalida.

Dalida. Un nombre gitano. Significaba arboleda, un grupo de árboles jóvenes junto al río. Miré a mi alrededor. Un pequeño arroyo corría cerca del camino. Esta niña había recibido el nombre del lugar en el que había nacido.

De repente, me percaté de que el gitano me estaba observando. Se había dado cuenta de que comprendía el significado del nombre de su bebé, además del

significado del pañuelo rojo en la puerta del refugio. Incliné la cabeza para evitar su mirada.

—Una niña puede ser una bendición tan grande como un niño.

El capitán, que no tenía mal corazón, sacó una moneda de su cartera y la lanzó a los pies del hombre.

—Úsala para su dote.

Miró al mozo de cuerdas y, haciendo gala de su rango, añadió con severidad:

—Ahora marchaos de aquí. No quiero que estéis en este lugar cuando regresemos.

Casi no me atreví a mirar si el gitano se agachaba a recoger la moneda.

Pero no lo hizo.

Sus dos hijos pequeños corrieron al lugar en el que la plata brillaba sobre el barro.

—Dejadla —le oí decir en su propia lengua. Y me miró con firmeza. Entonces levantó la mano hacia el capitán y volvió a hablar en su dialecto gitano.

El capitán se tocó el sombrero a modo de reconocimiento por el agradecimiento del hombre.

Pero yo, que entendía las palabras del hombre, sabía que no le había dado las gracias al capitán. Había echado una maldición sobre el francés por la incomodidad que sufriría su esposa al tener que partir. Obligué a mi caballo a cambiar de dirección de inmediato.

—Ladrón canalla —dijo el mozo de cuerdas mientras nos poníamos de nuevo en camino—. Deberían exterminarlos como a las sabandijas que son.

Y, para mi propio deshonor, yo no me opuse.

Miré hacia atrás y vi al hombre reunir a sus hijos y entrar en el refugio. En una hora ya se habrían ido, pero sabía que este gitano recordaría todo sobre nosotros, incluida la edad y las marcas de nuestros caballos.

Tampoco olvidaría la cara del muchacho que había comprendido su lengua y sus costumbres.



## Capítulo 49

Llegamos a la granja en Kestra a mediodía.

Elisabetta salía de la casa con una cesta de ropa mojada para tenderla en las cuerdas. Dejó a un lado su carga y corrió para saludarme, besándome en ambas mejillas al bajar del caballo.

Le presenté a Charles d'Enville mientras el mozo de cuadras iba a darle agua a los caballos. El capitán francés se quitó el sombrero emplumado de oficial e hizo una reverencia con gran pompa. A continuación, tomó la mano de Elisabetta en la suya e, inclinando la cabeza, beso las puntas de sus dedos.

—¡Por favor, Matteo! —exclamó—. Como se os ocurre dejar crecer a una hermosa flor cómo ésta en el campo cuando su brillo podría deslumbrar a la corte en Milán.

Miré con sus ojos a la niña que siempre había considerado como mi hermana y descubrí que con los años Elisabetta había ganado en belleza. Su cabello dorado recogido en la nuca revelaba el perfil de su rostro y su silueta estaba madurando para convertirse en una auténtica mujer. Sus ojos, aunque aún ensombrecidos, brillaban bajo sus marcadas cejas.

Al escuchar las palabras del francés, dos manchas de color iluminaron las mejillas de Elisabetta. Me preguntaba cuánto tiempo hacía que nadie le dedicaba un cumplido. Elisabetta nos condujo a la casa en la que su tío estaba hablando con el dueño de una granja vecina, un hombre llamado Baldassare. Compartían un sistema de riego para traer agua a sus tierras desde el río. Estaban arremangados e intentaban encontrar una fuga en los tubos de suministro de agua. Baldassare era un hombre de mediana edad, más bien grueso, con una cara cordial y un carácter agradable. El tío de Elisabetta era mucho mayor, encorvado y deteriorado por las duras faenas del campo. Ambos dejaron de cavar con sus palas cuando nos aproximamos.

—Tío —dijo Elisabetta, poniéndose de puntillas y plantando un beso en su coriácea mejilla—, Matteo ha venido a visitarnos y ha traído a un amigo. Me gustaría invitarles a compartir nuestro almuerzo de mediodía.

Su tío aceptó con un gruñido.

—No pretendía parecer arisco —se disculpó Elisabetta por la falta de modales de su tío mientras regresábamos a la granja—. Ha vivido solo gran parte de su vida y no se siente cómodo con las visitas.

Al sentarnos a comer pensé en lo distinto que le parecería todo a Charles, acostumbrado a los banquetes formales y pomposos de la corte francesa.

—¿Luchaste con el ejército francés en Agnadello? —dijo Paolo, que se unió a nosotros para el almuerzo. En cuanto supo la historia del extraño sentado a la mesa, comenzó a hacer preguntas ansiosamente.

—¿Viste acción en el campo de batalla?

—Uno no ve acción allí —respondió Charles con seriedad—. Cuando uno está luchando, lo percibe como una experiencia más visceral.

Esperaron a que prosiguiera.

Su mirada se encontró con la de Elisabetta y vaciló.

—Puede continuar con su relato, *monsieur*.

La joven le devolvió una mirada llena de valentía.

—Tengo experiencia en tales horrores. Atacaron la fortaleza de mi padre, y mataron a mis padres y a mi hermano pequeño. Mi hermana, que murió poco después, y yo sufrimos graves ultranzas por parte de los asaltantes.

Había narrado su experiencia vital con bastante franqueza y esperaba la reacción del capitán.

El caballeroso soldado francés no le defraudó.

—Durante la guerra, los hombres pueden comportarse como bestias —dijo—. En nombre de los hombres te ruego aceptes mis más sinceras disculpas. No hay justificación para ese tipo de comportamiento. Uno puede derrotar e incluso matar a un oponente con caballerosidad.

—Sí —dijo Paolo—. Un caballero lucha por una causa justa con honor.

La mente de mi amigo Paolo seguía venerando los ideales infantiles de la gloria del combate.

Charles d'Enville suspiró.

—Desafortunadamente —dijo—, mi experiencia me dice que las causas justas son poco frecuentes. Los hombres no luchan por gloria, sino por orgullo, y luchar por honor sigue siendo una empresa sucia y sangrienta.

Pensé en el fresco de la batalla de Anghian pintado por mi maestro. Su escena central representaba la lucha por el Estandarte y los hombres que participaron en ella. Recordé las figuras en tensión. Los rostros de los guerreros retorcidos en la angustia de la muerte.

—En una guerra justa los hombres luchan con nobleza —dijo Paolo.

—Pero es horrenda igualmente —replicó Charles—. Aunque ganamos en Agnadello, tuvimos suerte. Me encontraba con la caballería a las órdenes de nuestro *Seigneur de Chaumont*, Charles d'Amboise, y sabíamos que el ejército del enemigo se había separado en dos divisiones mientras se preparaban para ir a nuestro encuentro. El primer comandante veneciano ocupó su posición en un cerro sobre el pueblo. Se nos ordenó que atacáramos colina arriba y no podíamos romper nuestras filas. Estaba lloviendo a mares y nuestros caballos andaban a duras penas en el barro. Entonces, apareció nuestro rey con el resto del ejército francés y libramos una sangrienta batalla, matando a más de cuatro mil de sus efectivos y acabando con su caballería. Cuando la noticia de nuestra hazaña llegó a oídos del otro comandante

veneciano, sus mercenarios desertaron.

Charles miró a Paolo con seriedad.

—Si esos dos hombres hubieran conseguido unir sus fuerzas contra nosotros, no habríamos sido superiores.

—Pero aún así fue una gran victoria —dijo Paolo—. Derrotar a tantos hombres de una sola vez.

—Pero detrás de la muerte de cada hombre hay una historia —respondió Charles con suavidad.

—Has traído una rareza a nuestra mesa, Elisabetta —comentó su tío—. Un francés que dice cosas con sentido.

Charles inclinó la cabeza.

—Me lo tomaré como un cumplido, señor.

—Puede tomárselo como desee —respondió el tío de Elisabetta. Se levantó de la mesa y añadió—: Ahora tengo trabajo que hacer.

Elisabetta, avergonzada, dejó caer la cabeza, pero a Charles rio pareció afectarle y le dijo a Paolo:

—No deseo desesperanzarte, pero creo que es justo advertirte que la vida de un soldado es dura. La probabilidad de morir en la batalla es muy alta.

Pero Paolo no se desanimó por la sobriedad de los comentarios de Charles sobre la guerra.

—Usted mismo fue herido y sobrevivió —dijo—. ¿No se trataba de una herida mortal?

Charles se puso en pie.

—Veo que no' puedo hacer otra cosa más que mostrarte mis honores de guerra.

Sus ojos estaban llenos de picardía. Se abrió de par en par la camisa. Una enorme cicatriz irregular recorría su abdomen. Sobre su piel morena brillaba el blanco de la cicatriz.

Elisabetta se llevó la mano a la boca.

—Mis heridas de guerra nunca dejan de impresionar a las damas. Charles me guiñó un ojo.

Comprendí que lo había hecho a propósito para distraer a Elisabetta de su preocupación por los modales de su tío.

—Un mercenario suizo intentó destriparme con su pica —dijo alegremente—. Las entrañas me colgaban fuera del cuerpo. Tuve que agarrarme el estómago mientras gritaba pidiendo auxilio. Si mi primo, el Conde de Céline, que trajo a su propio cirujano para coserme no me hubiera oído, habría perecido allí mismo, en el campo de batalla.

—¿Te dolió mucho? —le preguntó Elisabetta.

—Horriblemente —admitió Charles—. Y lloré como un bebé mientras me cosían.

Me estremecí al imaginar lo duro que debía ser para él. Recordé una noche en el depósito de Santa Maria Nuova, en Florencia: el Maestro había retirado la espiral de intestinos enrollados dentro del vientre de un hombre para poder examinarlos. Pensé en ello. El atacante de Charles debía haber perforado la pared estomacal, pero quizá no el propio intestino. En caso contrario, no podría haber comido con tan buen apetito. Aunque una de las disecciones que mi maestro había practicado mostraba un hombre con el intestino dañado y mi maestro dijo que creía que llevaba años así y, sin embargo, el hombre había conseguido sobrevivir. En cualquier caso, el cirujano del Conde de Céline tuvo que ser muy diestro para reparar la herida de Charles.

Baldassare, que se había unido a nosotros, tosió discretamente. Charles se apresuró a cerrarse la camisa y sentarse.

—Perdonadme —dijo—. Me dejo llevar fácilmente por mis propias gestas.

Ayudé a Elisabetta a quitar la mesa y aprovechamos la ocasión para charlar en la cocina. La conversación y la compañía habían traído luz a sus ojos, y me contó los progresos del jardín de hierbas que había plantado la última vez que visité la granja en Pascua.

Desde el exterior nos vino el sonido metálico de las espadas. A pesar del calor de la tarde, Paolo había persuadido a Charles para que le enseñara unas cuantas estocadas y el uso de la daga corta en el combate mano a mano.

—¿Recuerdas, Matteo —me preguntó Elisabetta— el momento en el que pusiste tu daga en el cuello de Paolo?

—Sí.

Me miraba con ojos que parecían mayores y más sabios que los que tenía en el momento del incidente.

—Estabas acostumbrado a llevar un arma, ¿verdad, Matteo?

Su pregunta tenía mucho de afirmación.

Conseguí encogerme de hombros y asentir al mismo tiempo.

—Al viajar por los caminos —respondí— había aprendido a cuidar de mí mismo.

—¿Viajabas por los caminos?

La sangre se me heló en las venas. ¿Qué acababa de decir? Intenté recopilar mis pensamientos en busca de una explicación para fabricar un parche para el despiste que le había contado sobre mi historia personal cuando me encontraba en Perela.

—¡Ah!, sí —continué—. Cuando hui de mi tío, caminé muchos kilómetros antes de encontrar un empleo.

Mi mente intentó encontrar una forma de cambiar el rumbo de la conversación.

—Pero, y tú, —proseguí—, no estás tan mal aquí con tu tío, ¿no?

—No, no me quejo —dijo Elisabetta—. Tiene mal carácter, pero puedo ganármelo con palabras dulces. Paolo es demasiado orgulloso para hacerlo. Él odia el trabajo de la granja. Todavía sueña con coger las armas e ir a vengar a nuestra

familia.

—¿Pero dónde iba a buscar venganza? —le pregunté—. Esos hombres deben estar muy lejos, probablemente estén muertos.

—Ahora Paolo piensa que trabajaban para otra persona y no sólo para Cesare Borgia. Debe haber una relación con los Medici. ¿Recuerdas el monje en Averno que nos cobijó cuando nos perseguían?

Asentí. Sentí cómo mi estómago se descomponía. Esa noche escondidos con las víctimas de la peste. ¿Cómo podría olvidarlo?

—El monje escribió a su hermana en el convento de Melle y ella me escribió aquí para informarme de algo. Había descubierto que los hombres que nos estaban buscando cumplían órdenes de un rufián llamado Sandino.

Sandino.

Tragué saliva. Su nombre pronunciado en voz alta en la dulce voz de Elisabetta, incluso en un día cálido de verano, tenía el poder de estremecerme con un escalofrío de miedo.

—Ese hombre, Sandino, es un espía y un asesino —prosiguió—. El monje escribió para decirme que es un bandido que vende sus favores al mejor postor y que es un peligroso doble agente.

—Entonces, ¿cómo podemos saber para quién estaba trabajando cuando atacó Perela? —le pregunté.

—Conoces al buen monje de Averno, el Padre Benedicto, mejor que yo —respondió Elisabetta—. Su reputación es tan intachable que no dudo de su palabra. Dijo que creía que, cuando Perela fue atacada, Sandino cumplía órdenes de Cesare Borgia.

—Eso no tiene sentido alguno —dije, esperando confundir sus pensamientos—. Perela era un bastión de los Borgia. Había pedido a mi maestro que fuera allí a supervisar las forni naciones. Cesare Borgia quería reforzarlo, no destruirlo.

—Algo tuvo que hacerle cambiar de opinión —dijo Elisabetta—, ha teniendo en cuenta mi afirmación. Y, de hecho, no destruyeron nuestra fortaleza. Buscaban algo más allí.

Tenía el pecho tan oprimido que apenas podía hablar.

—Pero, ¿quién podría saber lo que pretendía Cesare Borgia? —preguntó Elisabetta.

—Nadie, supongo —logré responder—. Y ahora *11 Valentino* está muerto. Le asesinaron hace un año en Navarra. Así que aquí termina la búsqueda de venganza de Paolo.

Elisabetta se giró para mirarme.

—Pero seguramente sepas, Matteo, que Paolo culpa de todos nuestros problemas al Papa. La idea de dañar al Vaticano a cualquier costa es lo que ocupa la mente de mi

hermano. No descansará hasta que lo haya conseguido.

## Capítulo 50

Charles tenía que volver a su cuartel para presentarse ante el oficial al mando, pero Elisabetta me rogó que me quedara un poco más.

Vi a Charles en el patio, preparándose para volver a Milán con el mozo de cuadras.

El capitán francés volvió a inclinar la cabeza sobre la mano de Elisabetta.

—Es muy difícil para un soldado en activo mantener cualquier tipo de correspondencia con una dama —dijo—. Pero me gustaría pedirle permiso para escribirle, si fuera posible.

—Señor, esperaré sus cartas —respondió Elisabetta.

—Y yo me sentiré honrado si se digna a responder. —Charles le sonrió.

Mientras montaba en su caballo, la joven le dijo:

—Intente no encontrarse con más mercenarios suizos en sus viajes.

Elisabetta le sonrió. Y pensé que no había visto a Elisabetta sonreír o hablar de forma tan alegre en mucho tiempo.

Cuando partieron, Elisabetta y yo paseamos tranquilamente por el jardín. Me condujo a su herbario e intercambiamos información sobre el secado de las plantas y los mejores métodos para preparar distintos ungüentos. Saqué de mi camisa algunas semillas que había comprado para ella en un mercado de Milán.

—Tendrás que esperar a la primavera —dijo—, pero estas semillas crecerán en un lugar sombreado.

—Este lugar se ha convertido en mi refugio —dijo—. A mi tío no le importa que pase mucho tiempo aquí ya que las plantas nos proporcionan ingresos. Recojo las hierbas secas y las vendo en el pueblo, y uno de los boticarios de una ciudad vecina me ha pedido que le suministre algunos productos.

La muchacha parecía complacida con su proyecto y le prometí que preguntaría en Milán si alguno de los boticarios necesitaba provisiones.

También hablé con Paolo antes de mi partida. Su actitud también parecía menos seria y más entusiasmada de lo habitual en mis visitas. Pero no era mi compañía lo que le había afectado de ese modo, sino su conversación y la sesión de entrenamiento con el capitán francés.

—Charles dice que hay muchas oportunidades para los soldados —me dijo.

Nos habíamos detenido para charlar antes de sacar mi caballo del establo.

—¿No irás a unirse al ejército francés? —le pregunté.

—No lucharía en el bando del Papa en ninguna guerra. Pero hay muchos *condottieri* independientes buscando hombres robustos con experiencia en el manejo de la espada.

Paolo dio una patada a la puerta del establo mostrando su frustración.

—¡Si tuviera suficiente dinero para comprar un par de armas y un caballo!

Estaba anocheciendo cuando emprendí el camino de regreso a Milán.

Me aproximé con precaución al giro del camino en el que nos habíamos encontrado a los gitanos. Pero, como esperaba, habían desaparecido. No había ningún rastro de su paso por allí. Habían desatado los árboles, recogido sus pertenencias y quemado las ascuas de su hoguera. Parecía como si nunca hubieran estado allí.

Excepto por una cosa.

La moneda.

La vi brillar en la tierra.

Sabía por qué el hombre, tan pobre como era, no se agarbo a recogerla. No somos perros a los que lanzar un hueso para que escarben por él en el polvo. Si Charles hubiera ofrecido a los gitanos una oportunidad digna para aceptar su dinero, el hombre la habría aceptado agradecido. El capitán francés debería haber efectuado una especie de trueque, haber pedido al hombre información sobre el terreno o incluso haberse sometido a la lectura de la buenaventura. O, en caso de pretender ofrecerlo como regalo, debería haber desmontado de su caballo y entregado la moneda al gitano. Pero lanzarla a los pies de un hombre es deshonroso. El orgullo del gitano le impidió quedársela.

Dejé la moneda en la tierra.

Un error.

Debía haberla cogido. Más adelante la utilizarían como señal.

Serviría para indicar el lugar por el que había pasado y, por lo tanto, convendría vigilar la zona, ya que probablemente volvería a pasar por allí.

Mostraba el mejor punto del camino para tender una emboscada.



## Capítulo 51

Antes de acabar el año, me encontraba en Pavia con el Maestro.

Su amigo, el Profesor Marcantonio della Torre, impartía sus clases en la universidad y llevaba a cabo las disecciones en un teatro independiente destinado a tal efecto. Cuando asistíamos a estas sesiones, el Maestro ocupaba un lugar de honor. Su silla estaba situada junto a la mesa de disecciones frente a los bancos de los estudiantes, y yo permanecía en pie junto a él. En días como aquél, teníamos que atravesar a duras penas la muchedumbre de estudiantes y los pocos miembros del público que habían pagado un alto precio por disponer de una silla en la sala. Un gentío de mercaderes se agolpaba en las puertas de la universidad, regateando con la gente por pañuelos, trozos de papel perfumado y pequeños saquitos de seda llenos de Chipre, destinados a paliar olores nauseabundos.

La primera disección a la que asistía la realizaron con el cuerpo de un joven que había muerto de un absceso intestinal. Su estómago estaba exageradamente hinchado y lleno de bilis, y el olor cuando el cirujano barbero lo perforó fue tan desagradable que deseé haber tenido una moneda para comprar uno de los saquitos que estaban a la venta en el exterior. Mi maestro no parecía afectado por el hedor. Se puso en pie para ver el contenido del estómago mientras el doctor asistente vertía el fluido verde en un recipiente de cristal. El Profesor della Torre presidía sobre una plataforma elevada, con un hombre desnudo a un lado y un esqueleto al otro. Con un largo puntero indicaba en ambas figuras dónde estaba realizando sus incisiones el barbero, y disertaba sobre los órganos que sostenía el medico. Cuando el absceso se abrió, una mujer de la galería pública se desmayó y tuvieron que sacarla del auditorio. Alguien que esperaba entre la muchedumbre de gente del pasillo, ansioso por acceder a la sala, ocupó su lugar.

Mi maestro me hizo una señal e indicó a los asistentes que rociaran vinagre alrededor y que quemaran romero en los braseros.

—Es más agradable que utilizar la orina propia para atenuar el olor —dijo—. Pero garantizo una menor efectividad una vez que el cirujano esponga los órganos internos en su totalidad.

Conforme la disección avanzó, gran parte de la audiencia comenzó a toser y a sentir náuseas. Oí a la gente que se apilaba en los bancos a mis espaldas susurrar que el cuerpo estaba medio descompuesto y que era muy probable que lo hubieran sacado de una tumba.

Esa noche, durante la cena, mi maestro le preguntó al Profesor della Torre qué tenían de verdad esos comentarios. La profanación de tumbas era un crimen que se castigaba con la muerte, pero el profesor nos contó que en algunas ocasiones los estudiantes viajaban a las afueras de la ciudad para robar un cuerpo y diseccionarlo

para su aprendizaje.

—No sin riesgo —dijo—. Los campesinos guardan sus camposantos con celo y atacan a cualquiera que se acerca a los cementerios de noche.

—Recomienda a tus estudiantes que sigan a los numerosos ejércitos que luchan en Italia —dijo mi maestro con voz grave—. Encontrarán cuerpos a montones allí por dónde pasen.

—Crees que esta guerra no ha acabado aunque los franceses hayan acorralado a los venecianos en su estado del norte, ¿no es cierto?

—Al aliarse con el Papa, los franceses creen que han consolidado su posición en Italia —dijo Graziano—. Pero han yacido con un zorro. Un viejo y astuto zorro que les atacará cuando menos lo esperen.

—El Santo Padre busca la unidad —argumentó Felipe, que era piadoso y tradicional en sus creencias— y, para ello, necesita expulsar a los ocupantes extranjeros, derrocar a repúblicas como Florencia y nombrar gobernantes en las ciudades estado que sean favorables al Papa.

—¿Traerá a los Sforza de vuelta a Milán? —preguntó el Profesor della Torre.

—Creo que así lo hará —dijo Felipe—, y devolverá Florencia a los Medici.

Durante su estancia en Pavia, además de sus disecciones, el Maestro se dedicaba a compilar cuadernos con sus estudios de agua y óptica. Y trabajaba en el cuadro de Donna Lisa.

Había visitado a la dama cuando tuvo que regresar a Florencia para solucionar una disputa con sus hermanos respecto a la herencia de un familiar suyo. No comentó abiertamente este problema con las tierras dejadas en herencia, pero había escuchado a Felipe mencionar a Graziano que el Maestro tuvo que pelear por su parte. Eso nunca le hubiera ocurrido a un hijo legítimo. El estigma de la bastardía le persiguió hasta la vejez.

Pero, cuando estuvo en Florencia descubrió que, en la *Via della Stufa*, Donna Lisa había dado a luz a un bebé sano.

El niño recibió el nombre de Giocondo.

Así que pasamos el invierno en Pavia. Y descubrí que el Maestro no sólo había venido a la universidad para continuar sus estudios; también lo hizo en mi propio beneficio. La biblioteca contenía libros magníficos y, con su ayuda, comencé a ampliar mis lecturas.

Un día, mientras disponía pluma y tinta para que dibujara los detalles de los tendones del brazo del hombre, me dijo:

—Mira esto y maravíllate.

No se refería a su exquisita caligrafía. No era tan fanfarrón. Quería que observara la eficaz y elaborada construcción del cuerpo humano.

—El hombre es una máquina —dijo—, la más preciosa obra de ingeniería.

Recordé la anécdota de las patas de pollo que vivimos en Perela. El Maestro había cogido las patas cortadas de un capón recién sacrificado y había atado un trozo de cuerda fina a los tendones. Paolo y yo las ocultamos en nuestras mangas y avanzamos silenciosamente hacia Elisabetta y Rossana. Tocamos los cuellos de las niñas con los muñones de pata, tirando de las cuerdas para hacer que las garras se abrieran y cerraran. Las niñas gritaron de miedo y las perseguimos hasta que corrieron chillando hacia su madre para quejarse de nuestro comportamiento.

No sabía que este juego infantil pudiera ser una lección práctica de anatomía. Estiré la mano. La mantuve en alto de manera que quedara entre mis ojos y el sol. A través de la piel pude discernir la sombra más oscura del hueso. Si se pudiera crear una luz suficientemente deslumbrante para brillar a través de la piel, puede que no hiciera falta practicar disecciones para observar el funcionamiento interno del cuerpo en acción. Curvé los dedos hacia mi palma y volví a estirarlos.

—¿En qué estas pensando, Matteo?

El Maestro me estaba observando.

—Me preguntaba cómo podemos abrir y cerrar los dedos sin pensar en ello.

Le conté a mi maestro que había observado al bebé Dario en Perela mientras dormía en su cunita. Cuando las niñas iban a despertarle, extendían sus pequeños dedos y los colocaban en la palma del niño. En su sueño, los dedos se curvaban automáticamente alrededor de los de las niñas.

—¿Por qué hace eso?

—Creo que se trata de una reacción instintiva. Una que tiene algún propósito en el desarrollo del niño y es necesaria para su supervivencia. Pero —detuvo su discurso—, un teólogo podría decir que es obra de Dios.

—¿Y por qué iba a hacer Dios algo así?

El Maestro me miró divertido.

—Hubo un tiempo, Matteo, en el que habrías pensado que realizar esa pregunta constituía una herejía.

—No creo que descubrir el auténtico significado de las cosas sea malo.

—Hay algunos que discreparían. Tienen miedo de saber.

—Pero Dios no puede tener miedo de su propia creación —argumenté.

Mi maestro inclinó la cabeza mostrando su aprobación.

—No si él es la verdad, como la Iglesia le declara.

—Hay una leyenda antigua que dice que fue Prometeo el que modeló al hombre a partir del barro. Pero se le castigó por ello.

—Sí. Se le consideró un trabajador del metal experto y un alquimista.

—Como Zoroastro —dije.

—Sí —dijo mi maestro suspirando—. Como Zoroastro. Su rostro languideció y

las líneas de su frente y su boca hundieron sus facciones en una mueca de tristeza.

Nunca le vi como un hombre viejo. Su rostro, especialmente sus ojos, siempre estaba vivo por el interés o la determinación de perseguir algún enigma. Mientras trabajaba, fuera pintando, modelando o escribiendo, la concentración confería refinamiento a sus rasgos como si el genio que latía en él otorgara energía a su ser. Pero, al mencionar a su amigo, que había perecido de forma tan cruel en Fiesole, vi cómo envejecía.

—¿Cree que alguna vez sabremos cómo reparar unas heridas tan graves?

—Quizás —dijo—. Pero ahora estoy cansado, Matteo. Déjame descansar.

A la mañana siguiente, me levanté temprano para aplicarme en mis libros. El cielo se oscurecía pronto por las tardes y tenía que disfrutar de tantas horas de luz solar como me fuera posible. Estaba sentado en un patio interior, envuelto por el gélido aire de la mañana, cuando Graziano me encontró.

—El recadero acaba de traer algunos paquetes. Había una carta para ti.

Cuando extendí la mano para cogerla, reconocí una caligrafía en la cara externa del papel. Era una carta de Elisabetta dell'Orte.

## Capítulo 52

Querido Matteo:

*Te escribo para informarte de que mi tío está muy enfermo. Cayó desplomado en el campo cuando estaba trabajando. Paolo había ido al mercado de Milán y yo estaba haciendo las tareas de la casa. Mi tío no se podía mover ni gritar para pedir auxilio por lo que tuvo que yacer allí durante un tiempo. Sólo me di cuenta de lo que había ocurrido cuando no volvió para el almuerzo. Entonces fui a buscarle y le encontré tirado en el suelo. Sabía que no podría levantarlo sola así que me dirigí a la granja de Baldassare. Trajo una manta y entre los dos conseguimos enrollar en ella a mi tío y de esa forma, le arrastramos a la casa. Mi tío ha perdido la movilidad en los miembros de un lado de su cuerpo y apenas puede hablar, pero nos hace señas para indicar lo que necesita. Baldassare ha sido muy bueno con nosotros y ha pagado a un médico para que venga a examinarle. El médico le ha sacado sangre del brazo en dos ocasiones. Esto no ha conseguido ayudarlo sino que parece que le ha debilitado. Le estoy administrando compresas calientes y haciéndole tomar caldos de cebada y leche caliente cortada con vino, además de preparados de camomila y valeriana. No sé qué más hacer para conseguir que mi tío se recupere o poder aliviarle su malestar.*

*Matteo, dado que eres un experto en el arte de las hierbas y las medicinas, te pido que me indiques el mejor método para ayudarlo.*

*Sé que estarás ocupado con tus estudios y tendrás poco tiempo libre, por lo que entenderé que no puedas responderme inmediatamente.*

*Tu hermana y amiga,  
Elisabetta*

Llevé la carta a mi maestro y esperé a que la leyera.

—Antes de marcharme —dije cuando hubo terminado—, me gustaría pedirle consejo a Messer della Torre sobre este asunto.

No respondió, pero se dirigió a una estantería y sacó un conjunto de papeles. Hojeó las páginas hasta que encontró unos dibujos.

—Mira, Matteo. Estudia este boceto.

Observé la página que me mostraba.

—¿Estabas conmigo cuando realicé esa disección? Era un anciano de cien años o más, que murió en el hospital de Santa Maria Nuova, en Florencia. —El Maestro abrió un pequeño cuaderno mezclado entre los papeles—. He escrito algunas de mis observaciones aquí. Sus arterias se habían vuelto finas y se habían secado. Es

evidente que, al igual que los canales se obstruyen, esto debe obstruir el flujo sanguíneos.

—¿Cómo le ocurrió a Umberto, el anciano al que diseccionó en el depósito de Averno?

—Sí —asintió—. Y el ataque del tío de Elisabetta es una aflicción que sufren los hombres de su edad —prosiguió mi maestro—. Y algo impide que el flujo sanguíneo corra, es posible que algunas de las funciones del cuerpo también se hayan deteriorado.

El dibujo que me mostró no correspondía a una disección que hubiera presenciado. Debía haberla llevado a cabo cuando volvió a Florencia desde Milán para resolver el problema con su herencia. Me percaté de que su método de ilustración de las disecciones había mejorado. Los órganos estaban presentados desde más de una perspectiva, para que se pudieran ver desde todos los lados. Inconscientemente, me toqué los brazos con la mano. Podía sentir los tendones, los nervios e incluso aquello situado aún más profundamente. Bajo mi piel notaba las capas que había dibujado. Su boceto era consecuencia de muchas horas de disecciones y el resultado directo de realizarlas él mismo, en lugar de respetar la costumbre habitual de permitir a un barbero llevar a cabo las incisiones y pedir a un médico que extrajera los órganos.

—Debes ir tú mismo —explicó—. Algunos de mis reconocimientos rebaten el texto del saber establecido. Si no lo cuestionas, los errores se quedan sin resolver y pasan al siguiente estudiante.

—Sus observaciones nos pueden ayudar a comprender mejor por qué ocurre.

—Siempre buscas el «porqué», ¿verdad, Matteo?

Mi mirada se fijó en la suya mientras hablaba y diría que me miraba con orgullo. Pero el momento fue efímero, por lo que no estaba seguro.

—Y, sin embargo, ¿por qué este hombre sólo está afectado en un lado de su cuerpo? —se murmuró a sí mismo—. ¿Por qué ocurre eso?

Hizo algunas anotaciones en el margen del papel, una indicación para sí mismo: «Preguntar esto».

—¿Qué más podría hacer? —meditó—. ¿Qué podría provocar los síntomas que Elisabetta ha descrito en su carta? ¿Un ataque?

Conocíamos otras enfermedades o dolencias que cursaban con estos síntomas. Había ejemplos en la antigüedad: Julio César padeció el gran mal.

—Pero —se giró y me dijo—, tú conoces al tío de Elisabetta dell'Orte. ¿Notaste si sufría alguna dolencia?

Negué con la cabeza.

—¿Cuántos años dirías que tiene?

—Unos sesenta, quizá más. Es difícil de decir. Estaba muy estropeado por el

trabajo en el campo.

—¿Cómo era su carácter?

—Era seco.

—¿Malhumorado?

—Un poco... —dudé.

Pensé en cómo uno adquiriría una reputación en la vida: uno de vago, otro de soberbio. Sin embargo, a veces un hombre tenía que cargar con un sambenito toda la vida por la maldad de los demás. En realidad, no tenía ninguna prueba de que el tío de Elisabetta tuviera mal carácter. Su rostro se suavizaba cada vez que miraba a su sobrina. Quizás le recordaba a su hermana muerta, la madre de Elisabetta. Todos creían que el hombre estaba continuamente enojado, pero ahora intentaba verle a través de los ojos de Elisabetta. Estaba solo y era viejo. Trabajaba duro y se impacientaba con los que no lo hacían.

—Veo que estás meditando mi pregunta, Matteo —dijo mi maestro—. Y es bueno que lo hagas. Toda la información puede resultar relevante para la sanación del cuerpo.

—¿Cree que su enfermedad está avanzando y puede ser el motivo por el que se muestre tan brusco? ¿No puede deberse simplemente a su carácter?

—Sí y no —dijo mi maestro—. Todo tiene una causa. Así que incluso su humor puede tener su causa en alguna enfermedad del cuerpo. Cesare Borgia, un hombre carnal y lascivo, sufrió penosamente lo que se conoce como mal francés. No sólo provoca la aparición de furúnculos y puede conducir a la muerte, sino que creo que puede tener un efecto perjudicial en el cerebro y en las reacciones de un hombre, incluso hasta el punto de volverle loco.

Me miró pidiéndome mi atención.

—Recuerda esto, Matteo. A tu edad, pronto comenzarás a tener relaciones amorosas. Las relaciones fortuitas implican peligros de todo tipo.

Estaba avergonzado, pero él pareció no percatarse. Se había desvinculado de la emoción del momento y se volvió a girar para sumergirse en sus bocetos. Me di cuenta de que, incluso sabiendo el riesgo que corría, había observado y anotado el comportamiento y las formas de Cesare Borgia cuando trabajaba para *Il Valentino*. Pero ahora su mente estaba concentrada en los dibujos expuestos ante él. Había una diferencia en cómo ambos veíamos los acontecimientos. Mientras que yo analizaba el motivo de la enfermedad de su tío, también veía a Elisabetta corriendo por la hierba mojada por la lluvia. El viento soplando en su contra, el dobladillo de su faldón mojado cuando, con Baldassare, intentaba poner al anciano a resguardo.

El Maestro me dejó allí, diciéndome que continuara con mi trabajo y que se ocuparía de ese asunto más tarde.

Me resultaba difícil concentrarme. El pasaje de Petrarca que me había interesado

en el pasado ya no llamaba mi atención. Seguía pensando en la carta de Elisabetta. Ojalá mi abuela estuviera viva. Habría encontrado los mejores remedios para la enfermedad del tío de Elisabetta. Le había visto curar a ancianos aquejados de dolencias similares. La recordaba en el gran campamento de gitanos en Bolonia, donde el jefe de uno de los principales grupos había perdido la fuerza en sus miembros y la vista en un ojo. En cuanto su familia supo que se encontraba en la zona, fueron a buscar a mi abuela para pedirle que le ayudara y ella releyó una y otra vez su libro de recetas, buscando un método para aliviar sus síntomas. ¡El libro de recetas de mi abuela! Aún estaría enterrado en su caja de madera en algún lugar al norte de Bolonia. Estaba seguro de que podría encontrar el sitio en el que descansaba. Pero, aunque pudiera hacerlo, estaba demasiado lejos para ir y buscar en él algo que ayudara a Elisabetta. Todavía estaba luchando con estos pensamientos y con mis estudios cuando, aproximadamente una hora después, Felipe vino a buscarme.

—Matteo, el Maestro me ha dicho que hable contigo y te dé las siguientes indicaciones. —Felipe me entregó un paquete—. Aquí encontrarás medicinas de la farmacia del hospital universitario, con instrucciones sobre cómo utilizarlas.

Le miré sorprendido. No había tenido tiempo de pedirle consejo a Marcantonio della Torre.

Felipe continuó hablando.

—El Maestro te ha concedido un permiso para que abandones tus estudios y vayas a visitar a tus amigos, la familia deir Orte. He hablado con el herrero de la ciudad. Te dará las indicaciones necesarias para que puedas encontrar el camino a su granja desde aquí. Pagará el alquiler de un caballo durante varios días, Matteo, así que será mejor que tomes estas medicinas y vayas a visitar a Elisabetta y Paolo.

Me puse en pie inmediatamente.

—Me gustaría darte las gracias —balbuceé.

—No me lo agradezcas —dijo Felipe—. Dale las gracias a tu maestro cuando regreses.

Cogí el paquete que me ofrecía.

—Vamos. Vamos —Felipe agitó la mano para instarme a que me apresurara—. Un caballo te espera en casa del herrero. Mantente alerta y ten cuidado en tu viaje.



## Capítulo 53

Para volver desde Pavia a Kestra, tuve que viajar rodeando por el sur la ciudad de Milán y tomar el camino que atravesaba la ciudad de Lodi.

Estos caminos eran los más agradables, ya que los militares apenas viajaban por ellos. Las tierras de Lombardia eran diferentes a las de la Toscana, aunque al salir de Lodi y dirigirme hacia el sur, por el valle del río Po, el paisaje no era menos hermoso. Mi ruta me llevo por una profunda garganta de tierra escarpada con rocas y pequeños acantilados. Atravesé un desfiladero por donde el agua caía bruscamente provocando un gran estruendo. Fue en ese mismo lugar, bajo la cascada, donde volví a la vida. Me alejé de allí y, siguiendo las instrucciones del herrero de Pavia, llegué a una vía que desde el sur, ascendía a la granja del tío de Elisabetta.

Al instante me di cuenta de que hacía tiempo que en esas tierras faltaba la mano del dueño. La hierba había crecido demasiado y los pollos corrían alocados en el corral.

Nadie vino a recibirme.

Elisabetta estaba dentro atendiendo a su tío. Baldassare, el dueño de la granja vecina, también estaba allí. En la habitación del enfermo, había dos sillas colocadas junto a la cama. Y ahí era donde Baldassare y Elisabetta se sentaban y hacían turnos día y noche para cuidar al paciente. El anciano se había convertido en un reflejo arrugado de sí mismo. Me recordaba a una de las figuras grotescas del Maestro. Tenía la frente caída, la boca torcida y el rostro deformado por el dolor.

Y sin embargo, Elisabetta le cuidaba como si no le repugnara. Cuando entré, puso su mano sobre la cabeza del anciano.

—Tío —dijo con voz alta y clara—, Matteo ha venido a verte.

El anciano no se inmutó.

Elisabetta deslizó un cojín bajo su cuerpo.

—Acércate, Baldassare. Por favor, ayúdame a incorporar a mi tío.

El anciano se quejó al moverle. Baldassare le habló esperanzado y sus ojos parecieron abrirse un poco. Él me miró, fijando su ojo bueno en mí. Intentó hablar y por su barbilla comenzaron a resbalar unas gotas de saliva.

—¿Ves? —comentó Elisabetta con alegría—. Te ha reconocido, Matteo.

—Tío —dijo inclinándose hacia delante—, Matteo ha traído medicinas de los mejores médicos. ¡De los mismísimos amigos de Leonardo da Vinci! Ahora descanse. Iré a prepararle una infusión.

—Elisabetta —dije mientras salíamos de la habitación, dejando que Baldassare cuidara al anciano—, lo mejor que podemos hacer es aliviar las molestias de tu tío. Las hierbas le van a ayudar, pero los achaques que sufre no van a desaparecer.

Salimos al patio del establo.

—Supongo que es normal —dijo ella—. Es mayor.

Me di cuenta de que algo más le preocupaba.

—¿Dónde está Paolo? —pregunté.

—En las tabernas de Lodi.

—¡Ah!

Esperé unos segundos a que ella volviera a hablar.

—Pasa demasiado tiempo con malas compañías. Estoy preocupada por él.

Empecé a responder, pero un visitante nos interrumpió. Un hombre de apariencia arrogante había entrado en el patio y bajado del caballo. Miró la casa fijamente e hizo el amago de entrar en el granero. Le llamé para preguntarle su nombre y el propósito de su visita.

—Me llamo Rinaldo Salviati. He oído que el dueño está enfermo —dijo—. Venía a echar un vistazo al edificio ya que tengo la intención de comprarlo.

—Aquí no hay nada a la venta —contestó Elisabetta furiosa.

—Pero tengo entendido que pronto lo estará.

Se acercó a nosotros.

—Tú debes de ser la muchacha a la que se conoce como Elisabetta. —El caballero la miró con malicia—. Estoy soltero. Podría hacer una oferta para incluirte en la compra de la propiedad.

Cerré el puño y salté hacia él.

Nunca antes había golpeado a alguien en serio. Su nariz estalló. La sangre brotaba a borbotones y el jinete hizo una mueca de dolor, mientras yo alcanzaba un grado de satisfacción tal que me asustaba. La seducción del poder de un hombre sobre otro.

Se subió al caballo, sacudió las riendas y se fue alejando por el camino.

—Bueno, Matteo —dijo Elisabetta—. En cuanto a mi propósito de conseguir casarme con alguien de esta zona, has acabado con todas mis oportunidades.

—Si ésa era la mejor proposición de matrimonio, he hecho bien.

—Era la única proposición, Matteo. Sabes que mucha gente conoce mi desgraciada historia en Perela, por lo que tengo que considerar cualquier proposición de matrimonio.

Sus palabras me golpearon. ¡Por supuesto que se conocía la historia de Perela! El hombre al que había golpeado era quizás el único dispuesto a pasar por alto ese hecho.

—Lo siento —comencé a decir.

Entonces me di cuenta de que se estaba riendo.

—Prefiero pudrirme en un montón de estiércol a estar casada con un tipo como ése —dijo—. Si hubiera podido golpearle yo misma, lo hubiera hecho.

Ambos soltamos una carcajada.

—Me ha sorprendido que no lo hicieras —dije.

—¡Qué bueno es reírse! —me dijo ella—. Hacía mucho tiempo que no me reía así.

Me agarró del brazo.

—Vamos a recoger bayas —dijo ella.

—¿En esta época del año?

—Ven conmigo.

—¿Es prudente dejar a tu tío así? —pregunté.

—Baldassare ha sido mi fiel compañero durante estas últimas semanas. Confío plenamente en él.

Elisabetta me empujó hacia la puerta que conducía al prado.

—Ahora, Matteo. Ahora.

Me cogió la mano.

—Corramos —dijo ella.

Corrimos y corrimos, hasta que Elisabetta no pudo continuar.

—Tengo una punzada en el costado —dijo jadeando.

Me giré. Me dieron ganas de besarla. No porque fuera Elisabetta, sino porque era una mujer, era hermosa y estaba sonrojada. La sangre me hervía, era verano y hacía calor y...

La cogí por la muñeca e hice que corriera conmigo.

Llegamos al río. Un sauce sobresalía por encima del borde del agua. Nos metimos allí, bajo una maraña de ramas donde hacía fresco y nos recostamos sobre la hierba, casi sin aliento.

Nos acomodamos jadeando. Por alguna razón que no podía explicar, las lágrimas empezaron a resbalar por mis mejillas. Puse la mano sobre mi cara y traté de calmar mi respiración unos minutos. Me giré hacia su lado y la miré.

Estaba dormida.

Dormía como un bebé. Y, cuando dormía, se parecía a su hermanito, el pequeño Dario, con los brazos sobre la cabeza...

En Florencia y Milán había visto muchos cuadros de mujeres. Damas que miraban al suelo, mujeres desnudas, chicas atractivas y cortesanas: la representación por parte de los mejores artistas de la feminidad, desde diosas a vírgenes. Pero no había nada que se le pareciera a la realidad de estar próximo a una chica dormida. Sentir la respiración de una mujer, la sombra de sus pestañas, las mejillas sonrosadas con un pálido color rosa, la boca con los labios curvados que apenas se rozaban. Miré durante mucho tiempo a Elisabetta y después fui a sentarme a la orilla del río, donde me dediqué a jugar moviendo el agua con los dedos.

Cuando regresamos, Baldassare se encontraba en el patio. Estaba ayudando a Paolo con el caballo. Paolo se tambaleó y dio un traspié al desmontar.

—¡Hermano! —gritó agitando las manos.

—Paolo.

Le puse la mano en el hombro para tranquilizarle.

Me miró a los ojos.

—Hermano, Matteo —dijo.

Sus ojos brillaban como carbones encendidos.

—Hubo un tiempo en el que tuve otro hermano. Pero murió.

—Lo sé —respondí en voz baja.

—Yo le maté.

—No lo hiciste.

—Sí. Lo hice. Mi cobardía les mató a todos.

—No, Paolo —le reprendió Elisabetta—. No pudiste evitar lo que ocurrió en Perela.

—Por supuesto que pude.

—No —insistió ella—. Nadie habría podido hacer nada para salvarnos.

—Pero fui un cobarde. Al menos debí haberlo intentado.

Elisabetta negó con la cabeza pero no dijo nada más. Sólo miró a Baldassare. Él avanzó y, deslizando su brazo sobre el hombro de Paolo, comenzó a intentar convencerlo para que fuera a casa a descansar. Por su forma de comunicarse con miradas, observé que Baldassare había estado ayudando en la granja en anteriores ocasiones y me percaté de que Paolo estaba acostumbrándose a volver a casa borracho.

Pero Paolo escapó de Baldassare y se volvió a acercar a mí antes de que montara para partir en mi largo viaje hacia Pavía. Él apretó su cabeza con la mía y sus ojos se inyectaron en sangre.

—Pronto —dijo con un tono claro y firme—. Pronto llegará la oportunidad de vengarme.

## Capítulo 54

Regresé a Pavia por el mismo camino por el que había venido.

Había movimientos de tropas en los principales caminos que conducían al norte: hombres desfilando con carros de provisiones por detrás de mí. Al reconocer una fila de ellos en la distancia, me desvié del camino con mi caballo y me dirigí hacia el oeste para evitarlos, y poder así volver al camino más tarde. Cuando estaba cerca de Pavia, un grupo de mensajeros franceses a caballo me adelantó a gran velocidad. Unos mercenarios estaban sentados en el borde del camino mientras sus caballos pastaban a escasos metros. Al verme, se levantaron automáticamente y su rudo capitán *condottieri* me divisó a mí y a mi caballo. Levantó la mano e hizo un gesto para que me acercara.

—¡Alto! ¡Ven aquí! —gritó. Levantó una copa de vino con joyas incrustadas para que la viera—. Conseguirás cuantiosas ganancias si vienes con nosotros. ¡Oro! ¡Y las mujeres que quieras! Una vida llena de aventuras para un joven como tú con un elegante corcel. ¡Ven y únete a nosotros!

Me limité a devolverle el saludo y a negar con la cabeza. Me alegré cuando empecé a divisar las torres de la ciudad e intenté avanzar más rápido.

Aunque ya era la hora de la cena, me percaté de que las calles de Pavia estaban llenas de gente, especialmente en la zona del *Ponte Coperto* y la orilla del río. Llegué a la universidad a tiempo para comprobar que a muchos estudiantes ya se les había notificado que abandonaran sus clases y también para ver que Felipe estaba recogiendo nuestras cosas.

—Parece que el Papa ha dado la espalda a los franceses —dijo Felipe— y se ha aliado con los venecianos.

—¡Los venecianos! —exclamé—. Creía que el Papa consideraba a Venecia como su enemigo.

—Sólo cuando estaban invadiendo la Romagna —dijo Felipe—. Ahora Venecia ha aceptado devolver las ciudades que el Papa reclama como suyas.

—Los franceses se sentirán traicionados —dije—. ¿Crees que incluso el Papa Julio se arriesgará a provocar la ira del rey Luis?

—Eso parece —dijo Felipe encogiéndose de hombros—. La ciudad de Pavia es muy vulnerable. Está situada en la principal ruta norte sur y pese a todos los vigías, no dispone de suficientes fortificaciones para defenderse adecuadamente. Regresaremos a Milán.

—¿Que sucederá con los franceses del castillo de Milán? —le pregunté.

Felipe extendió sus manos.

—No lo sé.

El ambiente en Milán estaba tenso.

En ese aspecto, la ciudad reflejaba el ánimo del país. Los gobernantes de las ciudades estado italianas temían al ejército papal y creían que debían someterse al poder del Papa. Sólo Ferrara se atrevía a desafiarlo. El duque Alfonso había afirmado que la familia d'Esté no pagaría diezmos a Roma y que no intervendría en su forma de gobierno. Se decía que uno de los motivos por los que Ferrara se mantenía firme era que el pueblo consideraba a Lucrezia Borgia su indomable duquesa y que no aceptaría en su estado a ningún intruso. Había ido con sus damas de compañía a ayudar a construir barricadas en sus muros.

Pero eran los franceses los que estaban bajo inminente amenaza. El Papa Julio había afirmado que Italia necesitaba deshacerse de todos los extranjeros. Se había referido a aquéllos no nacidos en Italia como bárbaros.

¡Bárbaros! ¿Los franceses? Pensé en la elegancia y el refinamiento de su corte. También las exquisitas formas del capitán francés, Charles d'Enville, con Elisabetta la primera vez que la vio, al besar sus manos endurecidas por el trabajo en la granja. Los franceses no se tomarían a bien que les llamaran bárbaros.

Un día, vi a Charles paseando fuera del castillo cerca de la *Porta Tosa*. Eso de que los soldados franceses se dejaran ver por las calles en su tiempo libre se estaba convirtiendo en algo menos corriente y, si lo hacían, algunos habitantes de la ciudad les evitaban. Pero me agradaba Charles. Había mantenido su promesa y seguía escribiendo de vez en cuando a Elisabetta. Además, le había enviado un pequeño detalle para darle las gracias por la cena en la granja. No dudé en hablar con él.

—¿Cómo puede resistir el Papa contra tu ejército? —le pregunté—. Es el más poderoso de Europa.

—Reclutará a los suizos —dijo Charles—. Por su forma de vida, son los mayores mercenarios. Sobreviven a inviernos extremos ofreciendo a sus hombres en alquiler. El Papa lo sabe, y por eso ha formado a su guardia personal en el Vaticano con soldados suizos.

Yo apenas tenía idea sobre asuntos militares, pero me parecía que Francia era mucho mayor que Suiza. Por eso había más soldados y más dinero para pagarles. Le comenté a Charles este pensamiento.

—Se te olvida el reino de Nápoles —replicó—. Está lleno de tropas españolas. Si el Papa Julio les pide ayuda, los franceses y los que se opongan a él estarán acorralados.

—¿Y no tienes miedo?

—La verdad es que sí. Pero me siento feliz como soldado, Matteo. Es una vida hecha para mí, no para ti.

Hizo una pausa.

—Aunque Paolo en tu lugar habría hecho igual. ¿Lo sabías?

Asentí.

—Vino a verme al cuartel para hablar conmigo y mi comandante. Me preguntó si podíamos reclutar a un grupo de soldados.

—Paolo no abandonaría a Elisabetta al cuidado de su tío —dije.

En el taller del Maestro en San Babila, los debates en las comidas trataban fundamentalmente de política, pero las discusiones eran ahora más violentas debido a las acciones del Papa Julio.

—Está protegiendo a Italia —afirmó Felipe.

—Pero están empezando a sonar las alarmas —dijo Graziano—. Se está haciendo mayor. El guerrero está comenzando a desfallecer.

—Eso le hace aún más peligroso —comentó mi maestro.

El escudo de armas de los Sforza había empezado a aparecer pintorreado en los muros de Milán. Había algunos que apoyaban la causa del hijo del duque Ludovico, en el exilio desde que los franceses habían depuesto a su padre. Un soldado francés fue apuñalado y tres hombres ejecutados por el delito. La tropa de guarnición francesa desconfiaba de la falta de provisiones. El Papa Julio había ordenado a los suizos que saquearan el norte de Italia para intentar cortar la comunicación entre Francia y sus tropas.

Ayudé a Francesco Melzi a desempaquetar el equipaje que traíamos de Pavia. Él miró sorprendido las ilustraciones de las disecciones. Cuando vio cuántas había, exhaló un profundo suspiro fingido y dijo:

—Te vas con dos cajas y vuelves con catorce.

Le habló a Felipe.

—Mi padre tiene una casa en Vaprio, a la orilla del Adda. Sería un lugar más seguro para almacenar los manuscritos del Maestro. Y si la situación se vuelve desesperada, sé que él le brindaría hospitalidad al Maestro.

Al escuchar la conversación, me pregunté qué sería de mí si eso pasaba.

Al anoecer, Felipe me llamó para hablar conmigo. Estaba sentado detrás de su escritorio y sus palabras fueron muy directas.

—Matteo. Sé que te has aplicado con los estudios en Pavia. Y nuestro maestro dice que pareces estar interesado en las disecciones. ¿Es eso cierto?

—No tanto el practicarlas —le respondí honestamente—, como la información que puede extraerse al observarlas y la explicación que proporciona sobre el cuerpo humano.

—Entonces —prosiguió—, ¿desearías estudiar esta materia en profundidad si te fuera posible matricularte en la universidad?

Mi corazón empezó a latir muy rápido.

—No veo la forma de hacer eso posible.

Felipe chasqueó los dientes contrariado.

—No le corresponde a un niño como tú decir lo que es o no es posible.

—Perdóname —dije—. Sólo quería decir...

—Hazme el favor de responder la pregunta.

—Si fuera posible —dije rápidamente—, me gustaría mucho estudiar en la Universidad de Pavia.

—Entonces, debes saber esto. El profesor Marcantonio della Torre ha aceptado que vayas a sus clases como favor personal a nuestro maestro. Cuando empiece el próximo trimestre, él será tu padrino y dispondrá todo lo necesario para que te matricules en Pavia.

Quería ir corriendo a ver al Maestro y ponerme de rodillas para agradecerérselo, y así se lo dije a Felipe.

—Supongo que por eso —respondió—, fue por lo que el Maestro me pidió que fuera yo el que te diera las noticias de la buena suerte que tienes, para así evitar cualquier tipo de demostración. Tú debes recompensarle aplicándote en el estudio. Ahora creo que el suelo del taller necesita de tus cuidados.

Cogí la escoba mientras Felipe abandonaba la habitación. Ya había barrido el suelo, pero no creo que pudiera hacer algo mejor que volver a barrerlo.

Unos días más tarde, Charles d'Enville vino a verme. Tenía órdenes de partir. Los franceses habían acordado enviar efectivos a Ferrara.

—Ten cuidado cuando salgas a la calle —me dijo—. La ciudad ya no es segura.

—Vuelves a la guerra —dije.

—Eso espero —respondió con ojos vivos—. Odio merodear por ahí esperando acción. Prefiero estar en el campo de batalla, haciendo lo que mejor sé hacer.

—El Papa tiene muchas divisiones junto a él —le recordé.

Charles se rio.

—Las tropas francesas no han perdido el valor. Dejemos que el Papa traiga consigo a quien quiera, los españoles de Nápoles, los venecianos, los suizos, todos los ejércitos papales. Nosotros tenemos al líder más brillante, sobrino del mismísimo rey, Gaston de Foix.

Me abrazó.

—Espero que nos volvamos a ver —dijo.

Un ambiente hostil se había apoderado de Milán. Se debía a la esperanza de vida mermada y al terror. En algunas zonas, el comercio ya estaba en decadencia. Incluso las cortesanas que trabajaban en las calles ya no buscaban la compañía de los soldados. Si los franceses retiran todas sus tropas, habrá represalias contra sus aliados. Entre aquéllos que aún proseguían con sus negocios estaban los boticarios y, recordando mi promesa a Elisabetta de encontrar un negocio para ofrecerle, me acerqué a la botica más cercana.



No tardé mucho en llegar a un acuerdo con el anciano propietario.

—El comercio podrá estar en decadencia, pero nunca abandonaré mi negocio — dijo—. Uno de los ejércitos, sea del bando que sea, regresará. Sea francés o italiano, victorioso o derrotado, traerá hombres heridos. Y, por supuesto, los ejércitos siempre traen la viruela consigo. Pagaré para que me envíen algunas hierbas.

Pude escribir a Elisabetta para contarle el éxito de mi negociación.

Justo antes de Pascua, recibí una carta suya. Me escribía para decirme que su tío había muerto: «Matteo, me gustaría pedirte que me visitaras cuanto antes».

Su necesidad debía ser urgente. Ella nunca me había pedido algo antes.

Los mozos de las caballerizas estaban con los nervios de punta. Las tropas de guarnición francesas habían sido traicionadas, y el castillo estaba preparado para el ataque. El capitán había regresado con sus oficiales a la zona interior más segura de la Rocchetta. Con dificultad, y gracias a mis amistades personales, conseguí que me prestaran una yegua castaña para acercarme a la granja de Kestra.

El tiempo era desapacible, con un viento frío que soplaba desde las montañas. Sabía que tenía que devolver el caballo antes del anochecer, así que no paré ni me entretuve al cabalgar sobre el camino por el que habíamos pasado el verano pasado, donde se encontraba el campamento gitano.

No dejaba de pensar en Elisabetta y la necesidad que tenía de que fuera a verla.

Por ello, ni siquiera vi al hombre que observaba y esperaba entre la maleza de los árboles.

## Capítulo 55

En la granja se percibían claros síntomas de abandono por todas partes. Las ovejas habían deambulado entre los cultivos, y los valiosos utensilios y herramientas de la granja yacían descuidados en el suelo. Dentro de la casa, Elisabetta y Paolo estaban sentados uno frente a otro, en extremos opuestos de la mesa de la cocina. Parecía que hubieran discutido.

Paolo se puso de pie de un salto cuando entré en la habitación.

—¡Al fin! —gritó—. Alguien que hará entrar en razón a mi hermana.

Mi mirada paseaba entre uno y otro. A diferencia de muchos hermanos y hermanas, ellos apenas se peleaban. Habían sufrido demasiado en sus vidas como para permitir que algo trivial se interpusiera entre ellos. Debía ser algo importante para que perturbara esa calma.

Paolo me invitó a sentarme.

—Ya le he comentado a Elisabetta mis intenciones con el dinero del tío. Lo guardaba en un paquete que encontramos debajo de su cama, el muy tacaño.

—No era tacaño, era un hombre precavido —Elisabetta contradijo a su hermano—. Si hubiera sido tacaño, no nos habría acogido, ni nos habría alimentado ni vestido.

—El tío no me daba dinero cuando se lo pedía —respondió Paolo tozudamente.

—Porque pensaba que lo malgastarías a lo loco —dijo Elisabetta con calma—. Y el dinero que guardaba se necesita para pagar los impuestos y las deudas de las tierras.

—Hay suficiente para que tenga mi propio grupo de soldados —prosiguió Paolo exaltado—. Podré convertirme en capitán *condottieri* y nos uniremos a los franceses. Van a luchar contra el Papa. Por culpa de la expansión papal perdí a mi familia y ahora tengo la oportunidad de frustrar sus planes.

—El Papa está en la tierra como enviado de Cristo —apuntó Elisabetta—. No deberías ir en contra de sus deseos.

—El rey Luis ha declarado que el Papa es un líder espiritual y no puede interferir en asuntos mundanos —dijo Paolo.

—Al rey Luis le conviene inmovilizar a la única persona que puede unificar a los italianos —dije, aunque citando una observación realizada por Felipe.

Pero Paolo había encontrado una diana contra la que dirigir su enfado y una forma de expresar su dolor.

—Ya he hecho mis planes. Compraré armas y pagaré a mis hombres. Seré conocido como el Condottiere dell'Orte. Llevaremos túnicas negras con un fajín rojo atado por delante, haciendo una diagonal desde el hombro hasta la cintura. Seremos conocidos y temidos por estas bandas rojas que cruzarán nuestras túnicas. La *Bande*

Rosse. ¡Mira, Matteo! Ya he reunido los materiales y he pedido a Elisabetta que confeccione los fajines.

Miré hacia donde estaba sentada Elisabetta. En la mesa situada a sus espaldas había unas tijeras y un montón de seda de color carmesí. Ella hizo un leve gesto de impotencia con sus manos.

—¿Quién irá contigo? —pregunté a Paolo.

Estiró las manos por encima de la mesa y agarró las mías.

—¡Tú serás el primero, Matteo! Es lo que siempre hemos deseado. Lo que prometimos hacer juntos en el monte de Perela. ¿Te acuerdas? Todavía tengo la espada de mi padre y la desenvainaré en cuanto tenga oportunidad. Mi grupo de soldados luchará contra los ejércitos papales. Así es cómo me vengaré. Y tú serás el segundo de abordó, mi fiel oficial.

Miré a Elisabetta. Ella no respondió. Se limitó a mover la cabeza para evitar mi mirada. Me di cuenta de que su pelo estaba primorosamente trenzado y enrollado en la nuca.

—Tengo que echar un vistazo en el granero. Cuando hayas terminado de hablar con Elisabetta, ven a ver lo que he preparado. —Paolo se levantó y salió al exterior.

Cuando se marchó, reinó el silencio en la habitación. Entonces dije:

—Podrías negarte a ayudarlo.

Levantó su mirada para encontrarse con mis ojos.

—¿Cómo podría hacerlo? Sufrió una humillación muy grande en Perela. Casi le matan. Además, algunas veces pienso que hubiera sido mejor para él que hubiera muerto junto a mi padre.

—Tu padre le ordenó que se escondiera.

—Creo que mi padre estaba seguro de que esos hombres no violarían a su mujer y a sus hijas.

—Esos bandidos eran crueles y no tenían principios.

—Sí. Tú y yo lo sabemos, Matteo.

Mi corazón se aceleraba por el impacto de sus palabras. ¿Qué querría decir con eso de «tú y yo lo sabemos»? La miré, pero ella se había dado media vuelta y estaba mirando por la ventana.

—Desde aquí veo las cimas de las montañas —dijo—, aunque no espero que sean las mismas colinas que veíamos desde nuestra fortaleza en Perela.

En su miedo por lo que ocurriría de ahora en adelante, recordaba su infancia, regresando a los buenos recuerdos para sentirse aliviada.

—No sé lo que será de mí —dijo—. Paolo ya ha adquirido préstamos a costa de la propiedad. Es una granja rentable, pero necesita una buena mano de obra.

—Los hombres se ganan la vida vendiéndose a los ejércitos y a los nobles —dije con cautela.

—Si, pero esa no es la vida que mis padres hubieran querido para Paolo. La granja tiene mucho trabajo, pero ofrece suficientes ingresos...

Su voz se fue debilitando. Ella sabía que Paolo nunca sería feliz con la vida y el trabajo de un granjero.

Lo intenté de nuevo.

—Un hombre puede hacer ambas cosas —dije—. En Florencia, bajo la supervisión de Niccoló Machiavelli, tienen su propio ejército de ciudadanos, reclutados, armados y pagados por el estado. Parece una solución más razonable. De esta forma, cada persona tiene un interés por el que luchar, en lugar de servir al suyo propio.

—¡Ah! —dijo Elisabetta—. Veremos lo que pasa si ponen a prueba a este buen ejército de ciudadanos. Contra hombres movidos sólo por el asesinato, ¿que pueden hacer granjeros, artesanos y comerciantes?

—Están entrenados —persistí—. Tienen su propio uniforme.

—Sí —dijo Elisabetta—. Dale a un hombre un uniforme —levantó el fajín rojo que estaba cosiendo para su hermano—, ponle unos ropajes llamativos, con una pluma de adorno en el sombrero y una alabarda en la mano, y marchará a cualquier lugar siguiendo el sonido de un tambor. Pero sabemos lo que ocurre después. El capitán francés Charles d'Enville dijo la verdad cuando nos contó que había poca gloria en la batalla. Ya que muchos soldados son meros criminales de la calle a los que se permite saquear, asesinar, ultrajar, robar y matar a sus anchas. Así será el futuro de mi hermano, con ese tipo de gente.

Las lágrimas empezaron a brotar de sus ojos y se levantó desconsolada.

—Mi hermano no podrá vivir en paz sin cumplir su propósito y morirá si no llega a ser capitán *condottieri*. Pero, si lo hace, ¡estoy segura de que lo habremos perdido de una forma aún peor! Y empezó a llorar sin parar.

Sus lágrimas caían sobre la seda roja. El material se llenó de grandes manchas de agua salina.

Me levanté y me dirigí hacia donde ella estaba.

—La tela —dije—, se va a estropear.

Me estiré para cogerla y, de repente, me encontré con su cabeza en mi hombro y su cara cerca de la mía. Sentí sus cálidas lágrimas al presionar su rostro contra mi cuello. Parecía haberse derrumbado al apoyarse en mí y tuve que sostenerla con más firmeza. Su cabello se desenrolló ligeramente y el peso de la trenza cayó sobre mi brazo y mi muñeca. Ella permaneció así unos minutos hasta que escuchamos a Paolo, que me llamaba desde el patio.

Tenía que ir a inspeccionar sus caballos y las armas y armaduras que tenía almacenadas. Había un buen arcabuz, algunas espadas y unos cuantos escudos estropeados.

—¡Ven y mira esto! He levantado una fragua en el establo. El herrero ya está trabajando.

Paolo me mostró sus avances. El herrero estaba allí trabajando, elaborando cuidadosamente la hoja de una espada. Varios niños y algunos hombres que parecían enfermos vagaban por allí, viendo cómo trabajaba y bebiendo cerveza.

—Éste es mi amigo —dijo Paolo al acercarnos—. Él será el segundo de abordó.

—Paolo... —empecé a decirle.

Pero él continuó sin parecer haberme escuchado.

—Matteo es un buen jinete y muy hábil con la daga.

—No puedo marchar contigo —me aventuré a decir—. Paolo, sabes que ya tengo una ocupación.

Empezó a avasallarme.

—¿Es eso lo que siempre has querido en la vida? ¿Ser un mísero sirviente?

Me puse colorado. ¿Así era cómo me veía? ¿Cómo a un sirviente de lo más miserable?

Me puso el brazo en el hombro.

—Creía que nos unía un vínculo —dijo—. Un vínculo de fraternidad y, por encima de todo eso, un juramento que hicimos juntos cuando nos fuimos del convento de Melte.

Le ignoré por completo y me fui.

En la cena comimos juntos. La comida era buena y se notaba que estaba bien preparada. No era típico de Paolo guardar rencor y enseguida empezó a hablar como de costumbre. Pero Elisabetta permanecía callada, mirándome, y yo tenía que cuidar mis contestaciones. Pretendía que tomara los planes de Paolo en serio.

Cuando terminé, ella se acercó para hablar conmigo.

—No tienes que acceder a los planes de Paolo.

La joven hizo una pausa.

—No tienes que —buscó la frase adecuada— sentirte obligado. Aún teniendo en cuenta las circunstancias que unieron nuestras vidas.

Pero yo sabía que eso no era cierto.

Fui yo el que provocó la muerte de sus padres, de su hermano pequeño y de su hermana.

Al partir de regreso a Milán, mi cabeza era un cúmulo de pensamientos enfrentados. ¿Qué debía hacer? El Maestro, con toda generosidad, había ampliado mis perspectivas de vida de una forma inimaginable. También tenía razón Paolo cuando decía que un vínculo me unía a él. Sin ninguna duda, un clérigo argumentaría que una promesa hecha bajo coacción, no era vinculante. ¿Entonces por qué tenía el alma encogida pensando que no iba a mantener mi palabra?

Atravesé los diferentes caminos trazados desde la granja hacia el cruce con el

camino principal que llevaba a Milán. Mis pensamientos ocupaban mi mente y mi ánimo, por lo que no estaba pendiente de lo que pasaba a mi alrededor.

Después del cruce, cuando ya había recorrido cierta distancia, llevaba la barbilla medio caída y no prestaba atención a lo que ocurría ante mí. De todas formas, las ramas de los árboles habrían oscurecido mi perspectiva, ya que estaba cerca del giro en el que el camino quedaba fuera de mi ángulo de visión.

No tenía ningún indicio de que algo fuera mal, nada que me hiciera sospechar una emboscada. Antes de que pudiera darme cuenta, tenía a los asaltantes encima de mí.

## Capítulo 56

El primer hombre saltó desde un lado de la carretera y cogió las riendas de mi caballo.

Grité conmocionado.

El agresor hizo que mi caballo se detuviera. Intenté quitarle las riendas de las manos, pero el puño de mi enemigo estaba bien cerrado. Reaccioné siguiendo mis instintos de autodefensa y le propiné una patada en la cara. Pero él había previsto una represalia de cualquier tipo y bajó la cabeza, a la vez que tiraba rápidamente de las riendas. No tuve una segunda oportunidad. Para entonces, otro rufián había saltado al caballo y se había colocado detrás de mí para tirarme al suelo. Nos enzarzamos en una sucia pelea. El caballo relinchaba y se movía en círculos, golpeando sus cascos en la lucha por la resistencia. Con la mano que tenía libre, uno de ellos me agarró la pierna, mientras que el otro, que estaba detrás, rasgaba mi túnica y mi cinturón. Entre los dos, intentaron dominarme.

Pero la yegua era un animal con carácter y no se tomó a bien que la atacaran de esa manera. Empezó a morder enconadamente al hombre que agarraba las riendas y éste gritó de dolor. Entonces la yegua castaña empezó a saltar.

Las riendas se quebraron por el agarre y el agresor salió despedido por los cascos del animal. El otro rufián me rodeaba la cintura con los brazos y permanecía sentado conmigo en la yegua. Sus manos ásperas rascaban mi cuerpo. Medio cayéndome de la montura, me agarré a las crines del caballo que había empezado a galopar rápido.

El hombre que tenía detrás sacó la daga de mi cinturón. Me tensé esperando el golpe, pero éste no llegó. Una parte de mí pensaba: «Tiene mi cuchillo, ¿por qué no lo usa?».

El caballo estaba aterrorizado y, a medida que el camino abandonaba la zona curvada, aumentaba el paso. El hombre me agarraba del cuello con un brazo. No podía hacer nada. Estaba esforzándome al máximo para seguir agarrado del cuello del caballo. Entonces, movió su mano hacia mi cara y sentí como sus dedos buscaban mis ojos.

Proferí un gran alarido de miedo e intenté arañar sus dedos con mis manos. Un segundo después, caí al suelo con tanta fuerza que estuve aturdido durante varios segundos.

El caballo continuó galopando en dirección a Milán.

Me levanté. El segundo atacante había conseguido mantenerse agarrado al cuello de la yegua. Supuse que debió esforzarse para poder dominarla, ya que mientras la observaba, su paso se iba reduciendo. El bandido trataría de cambiar su rumbo hacia nosotros en cuanto pudiera. Pero yo había ganado un poco de tiempo. Debía correr hacia cualquier refugio que pudiera encontrar. Miré el camino que habíamos

recorrido para llegar a este lugar. En su carrera presa del pánico, la yegua había cubierto una gran distancia desde la zona arbolada del giro del camino. Al menos estaba lo suficientemente lejos del primer atacante como para poder estar seguro.

Entonces, de los árboles, apareció un jinete.

Mis ojos se movieron rápidamente. El único refugio eran unas rocas a unos pocos cientos de metros de distancia. Corrí hacia ellas. La pequeña protección que ofrecían sería suficiente. Cuando llegué a ellas, miré hacia atrás a mi perseguidor. Un hombre que montaba un caballo de gran envergadura se dirigía hacia mí a mucha velocidad. Un poco detrás, corría otro hombre. ¿Qué demonios era eso? ¿Había tres hombres esperándome entre los árboles?

Desde la distancia, pude ver que mi segundo atacante había dado la vuelta con la yegua castaña de Indias y regresaba de nuevo galopando todo el camino que había emprendido a saltos. Se dirigía a recoger a mi primer atacante, al que había pateado la cara. Después, siguieron persiguiéndome junto al otro jinete. No tardarían mucho en acorralarme.

Me escondí entre las rocas. El suelo se desniveló bruscamente. Me encontraba en una especie de barranco. Un pequeño arroyo Huía por el surco de la tierra. Más allá, a más distancia, vi un trecho de tierra que me parecía familiar. De camino hacia Kestra, viniendo desde Pavia, había parado alguna vez cerca de allí para comer en una zona situada junto al río. El arroyo que corría debajo de mí debía desembocar en otro río, en algún afluente del río Po. Si lograba llegar hasta allí, podría ir a algún lugar al que los caballos no podrían seguirme.

Me subí a las rocas, salté el arroyo y antes de que escuchara sus gritos ya había alcanzado la otra orilla. No miré atrás. Puse toda mi energía en llegar al río. El jinete tendría que tener cuidado con su animal si no quería que se rompiera una pierna en ese terreno. Pero los otros dos podrían abandonar a la yegua y seguirme adonde fuera. Estaba seguro de que harían eso y avanzarían para aproximarse a mí por cualquiera de las orillas.

Crucé el barranco lo más rápido que pude, resbalándome y deslizándome mientras seguía el curso del arroyo. No había forma posible de moverme sin hacer ningún tipo de ruido. Me habían visto y ahora proferían amenazas contra mí. Pero yo era más joven y estaba más en forma. Mantenía la distancia con respecto a ellos cuando, de repente, el arroyo se introdujo bajo la tierra y me encontré a los pies de un peñasco irregular. No podía escapar. El curso del río era demasiado estrecho para seguirlo, una simple madriguera bajo la tierra, y un peñasco demasiado liso como para escalarlo. Giré la cabeza hacia atrás. Debía escalar inmediatamente. Ahora podía escuchar cómo se acercaban, resoplando por el esfuerzo.

Me detuve para recoger una piedra plana y afilada del lecho del arroyo y me dirigí a la fachada de la roca. Había una pequeña hendidura de unos treinta centímetros



sobre mi cabeza. Cavé en la tierra con la piedra y ahuequé un agujero donde agarrarme. Al hacerlo, pude ver un arbusto que se extendía más allá del pedregal. Alargué mis dedos para asirme y elevarme un poco. Necesitaba ganar mayor altura. Pese a que estaba lejos de su alcance en el lugar en que me encontraba ahora, podrían agarrarme si uno se subía a hombros de otro. Estaba excavando otro agujero por encima de mi cabeza cuando se aproximaron.

Uno de ellos se lanzó a la fachada de la roca. Me deslicé rápidamente hacia arriba, fuera de su alcance. El bandido cayó hacia atrás, golpeándose la cabeza contra el suelo. Era aquél al que había propinado la patada en la cara. No estaba teniendo el mejor de sus días. Su compañero no se detuvo para ocuparse de él, pero aún se encontraba a su misma altura. Cogió una piedra suficientemente pequeña para lanzarla lejos, pero suficientemente grande como para hacerme daño si me golpeaba. Se abrió de piernas para equilibrarse, apuntó en mi dirección y desplazó hacia atrás su brazo para arrojarla con más fuerza.

—¡No!

El grito provenía del tercer hombre a caballo. Agitó sus brazos en el aire.

—¡No! —gritó de nuevo.

Seguía el camino con prudencia por el lecho del arroyo. No esperé para ver cómo se acercaba y abrí otra hendidura para elevarme más hacia arriba, lejos de ellos. Me sentía más seguro de mis posibilidades a medida que avanzaba. Los dos rufianes habrían sido entrenados para ser asesinos, pero yo era más joven y más ágil, y no había olvidado la forma de escalar un precipicio. Solo miré hacia abajo al alcanzar la cima.

Los dos rufianes habían desaparecido. El tercero debía haberles mandado a buscar otra forma de perseguirme mientras él esperaba allí, vigilándome. Le miré fijamente mientras recuperaba el aliento. Parecía un compañero un tanto raro para los otros dos. Su caballo era un pura sangre, un corcel negro con ricos adornos morados de terciopelo.

Cuando me vio mirar en su dirección, gritó algo. Pero estaba demasiado lejos para escucharle. Ondeó su puño para indicarme que quería que fuera con él.

¿Creía que estaba loco? Me retiré del borde del precipicio para pensar qué camino tomar. Había una zona llana en la cima, que conducía a un valle poblado de árboles. Podía avistar dónde emergía el arroyo subterráneo y desembocaba en el río. Comencé a correr. ¿De cuánto tiempo dispondría antes de que llegaran hasta donde estaba y siguieran el camino a caballo? No tenían perros, por lo que no era necesario que me mantuviera pegado a la orilla. Cuando llegué al río, decidí que era mejor no seguir esa ruta. Ése era el camino que ellos creerían que tomaría. Conducía a la ciudad, un lugar donde podría mezclarme con la multitud, y que obviamente resultaba la forma más fácil de escapar. Así que no fui por ese camino. Elegiría otro. Manteniéndome al

abrigo de los árboles, encontré un camino forestal que se dirigía al campo.

Corrí esquivando los árboles sin parar. Transcurrida una hora, encontré una zona abierta con unas cuantas cabañas. Las evité. Si me habían seguido el rastro, la gente que vivía allí afirmarían que no me había visto, lo que haría pensar a los rufianes que tomé una ruta diferente.

Apenas había abandonado aquel lugar y estaba a punto de volver al camino cuando escuché el sonido de los cascos de los caballos que resonaban detrás de mí. En el sendero había un roble en plena floración estival. Me deslicé bajo sus ramas hasta que pude distinguir al jinete.

Era el hombre que montaba el semental negro.

¡Qué imprudente fui al no haber pensado en eso! Se habían separado. Debía haber enviado a los dos rufianes a seguir el río mientras él exploraba esta ruta.

No estaría a más de un metro de mí. Pude ver su fina capa adornada con pieles, sus guantes caros y su sombrero, igual al de los nobles, con un largo cintillo colgando del borde.

Recorrió el sendero. Cuando desapareció de mi vista, me retiré silenciosamente del roble y volví al camino por el que había venido. Avancé por la tierra siguiendo mis propias huellas. Entonces me subí a otro árbol.

El jinete estaba ya a unos cuatrocientos metros.

Podía ver lo que estaba haciendo. Recorría metódicamente cada camino forestal, mirando fijamente al suelo e indagando de un lado a otro, buscando ramas rotas o cualquier otra cosa que indicara mi presencia. Era un hombre que cazaba, y que tenía experiencia siguiendo rastros.

Se arrodilló, cogió algunas hojas y miró a su alrededor.

Abrí la boca un poco para que mi respiración no fuera tan agitada. Ahora estaba lo suficientemente cerca como para tocarme. Si decidía levantar la vista, estaba muerto.

En ese momento, un faisán salió de su refugio y comenzó a cruzar el camino. Al instante, volvió a subir al caballo y se marchó por esa dirección.

Me arrepentía de no haber elegido ir hacia la ciudad. El jinete era muy listo al haberme seguido la pista hasta ese lugar, aunque no podía estar seguro de que el fugitivo que perseguía estuviera entre esos árboles. Podría tratarse fácilmente de otro viajero.

Volví sobre mis pasos, tomando todas las precauciones necesarias para moverme sin desestabilizar los arbustos. Entonces vi una pared. Parecía una casa de campo y quizás contenía dependencias en las que esconderme. Más allá, había tierra cultivada y campo abierto.

Desde el bosque se oía el sonido de un caballo y un jinete.

Tendría que aprovechar mi oportunidad en esa casa. No me buscaría por todos

lados. Nadie me había visto; ningún perro había ladrado ante mi presencia. El bandido no podría estar seguro de que hubiera escapado en esta dirección.

## Capítulo 57

La pared estaba desmoronada y era fácil trepar por ella.

En poco segundos había llegado a la cima. Al ir con prisa para no ser visto por mi perseguidor, salté sin mirar y caí en el sendero de un jardín.

Una chica joven cosía sentada en la esquina de la pared. Estaba vestida con un hábito de monja, todo de blanco. Levantó la vista al verme caer desde el cielo.

Me llevé la mano al cinturón.

—¡No se mueva o la mato! —dije.

Ella me miró fijamente.

—Tengo un cuchillo —dije.

—Estoy dispuesta a morir por Jesucristo —contestó serena.

Eso me bloqueó, pero me recuperaré rápido.

—No tiene por qué morir —dije—. Sólo haga lo que yo le pida.

—¿Pretende violarme?

—¿Cómo?

—Eso es lo que más temo y no podría soportar el dolor de esa carga. —Me miró directamente. Sus ojos eran leonados con manchas verdes—. Bueno, al menos es lo que pienso. No me ha pasado nunca algo así, por lo que no puedo afirmarlo con seguridad. Aunque he oído decir que puede ser una experiencia divertida. Pero si disfrutara, sería una pecadora, ¿no es cierto? ¿Es algo inapropiado disfrutar de una cosa prohibida cuando no es voluntad de una misma? ¿No es correcto sacar algún provecho a una situación desafortunada si se produce? Después de todo, no sería culpa mía si eso ocurriera. Has caído del cielo. ¿Qué se supone que debo hacer?

Gritar. Eso fue lo primero que se me vino a la cabeza. Cualquier otra chica hubiera gritado al instante. Pero no iba a sugerirle eso.

Ella siguió hablando sin parar.

—Iré a preguntarle qué opina de ello mi confesor, el Padre Bartolomeo. Aunque es muy mayor y no querría disgustarle con asuntos complejos. Dice que su corazón esta débil. Sería injusto causarle ansiedad.

—Yo... —empecé a decirle.

Ella levantó su mano.

—Hay un joven sacerdote nuevo que viene a confesarnos a veces, cuando el Padre Bartolomeo está indispuesto. Es el Padre Martín. Quizás le pregunte a él. Nuestra madre superiora no suele dejar que las monjas jóvenes o las novicias se confiesen con el Padre Martín. Reserva sus visitas para las monjas mayores. Pero la hermana María del Santo Rescate, que tiene ochenta y dos años, me dijo que después de confesarse con el Padre Martín, tuvo que confesarse otra vez, con el Padre Bartolomeo por los pensamientos que había tenido con respecto al Padre Martín. A

mí me parece que es una pérdida de tiempo y que, más que ayudar al Padre Bartolomeo cuando está indispuesto, le crea más trabajo. ¡Menudo lío! Estoy tratando de explicármelo, pero me encuentro algo perdida.

La chica acercó lo que estaba cosiendo hacia su rostro. Abrió la boca y con uno de sus pequeños dientes brillantes, cortó el hilo. Prendió su aguja a un diminuto alfilerero y se puso en pie.

—Parece hambriento. Espere aquí y le traeré algo de pan.

—No —dije y salí al paso para prohibirle que se marchara, pero no pude impedirlo.

Me quedé con la boca abierta. Oí un ruido procedente del otro lado de la pared, el sonido de un puño golpeándola puerta exterior. Iban a capturarme. Busqué desesperadamente a mi alrededor y vi a la chica corriendo hacia mí.

—Cuando estaba en la cocina buscando el pan, hubo un revuelo en la entrada y me arriesgué a echar un vistazo. Alguien le está buscando, ¿no es así?

Asentí con la cabeza.

¿Y le matará si le encuentra?

Pensé en Sandino y en su forma de castigar a aquéllos que huían de él.

—Para ese hombre —dije—, la muerte será poco castigo.

—Si es tan cruel, seguro que vendrá aquí. El que nos encontremos en una orden de clausura no le detendrá.

Miró a su alrededor.

Procedí a trepar la pared para escapar, pero ella me agarró del brazo. Sus manos eran pálidas como pétalos de lirio, pero sus dedos eran fuertes.

—Al quedarme aquí le estoy poniendo en peligro —dije.

—Si se marcha ahora no tendrá oportunidad. Métase bajo la banqueta —me ordenó—. Esparciré mis faldones sobre ella. Es lo mejor que podemos hacer.

—Si ese hombre me descubre, le matará. El hecho de que sea una monja no le protege.

—En primer lugar —dijo enérgicamente—, no soy una monja... todavía. En cualquier caso, diré que me estaba amenazando con su cuchillo.

—No tengo cuchillo —reconocí.

—Pues coja el mío.

De debajo del escapulario de su hábito sacó un cuchillo de trinchar. Alzó sus cejas al ver mi expresión.

—Cuando fui a cortar el pan a la cocina, pensé que sería prudente llevarlo conmigo.

Cogí el cuchillo rápidamente y me arrastré bajo la banqueta.

Resonaron voces graves y escuché el progreso de los pasos en el sendero. Entonces, una mujer de más edad profirió un grito.

—¡Al buscar a un fugitivo entre estas paredes está deshonrando las antiguas leyes de santuario!

—Madre abadesa, el hombre que busco es muy peligroso —dijo una voz de hombre pacientemente.

—¿Quién es la persona que puede pedir acceso al convento con esa autoridad?

No era uno de los habituales hombres de confianza de Sandino. El tono de este hombre era civilizado.

—Usted y sus hermanas serán asesinadas en sus camas o incluso algo peor, si permito la libertad de este hombre.

—Entonces busque donde necesite.

—¿Ha estado esta monja en el jardín toda la tarde? —preguntó el hombre.

—Sí —respondió la abadesa—. Hermana, ha escuchado lo que este caballero ha dicho. ¿Algún hombre mal educado ha perturbado su paz hoy? —preguntó con gentileza.

—Ningún rufián ha pasado por aquí, madre reverenda —dijo mi joven novicia tímidamente—. He estado cosiendo en paz aquí durante varias horas.

—Eres una buena postulante y trabajas concienzudamente. Ve adentro ahora. Es casi la hora de la cena.

Debajo de sus faldones, bajo la banquetta, me preparé para correr por si tenía que hacerlo.

—¡Ah!... —mi joven novicia suspiró—. Me gustaría que supiera, madre abadesa, que en la última confesión, recibí una penitencia del Padre Bartolomeo de abstenerme de una comida esta semana. Así que me quedaré aquí y, utilizando la luz que Dios nos proporciona, seguiré cosiendo si me lo permite.

La muchacha inclinó la cabeza.

—Por supuesto, hija.

Oí a la abadesa seguir al hombre mientras caminaba por el sendero del jardín hacia la casa.

—Creo que debe permanecer ahí por ahora —la monja novicia me hablaba en voz baja mientras oíamos las pisadas del hombre dentro de la casa—. Si le busca con tanta avidez, vigilará la puerta. Pedirá refuerzos. Y, en cuanto pueda, ocupará los caminos de los alrededores y regresará mañana para buscar a fondo en cada lugar. Así que debe esperar al anochecer para marcharse.

—Me marcharé ahora.

Estaba empezando a sentirme avergonzado por haberme escondido bajo las faldas de una monja para protegerme. Saqué la cabeza por detrás de la banquetta.

—¡Shh! —dijo ella enérgicamente—. No querrá deshacer el trabajo que tan bien hemos hecho. Tengo un plan. Al caer la tarde, un hombre viene a regar los jardines. Lo hace mientras que las hermanas están en la capilla recitando completas. Se llama

Marco, fue sirviente de mi padre una vez y me tiene mucho cariño. Me las ingeniaré para hablar con él y pedirle que le saque de aquí.

—¿Cómo podrá esconderme?

—Nos trae barriles de agua en una carretilla.

—Un barril vacío es el primer lugar en el que me buscarían.

—No soy tan estúpida como parece.

La joven novicia me miró encolerizada, con la boca apretada y los ojos desencajados, y me di cuenta de cómo era su carácter cuando se soliviantaba.

—Como parte del pago, Marco suele coger parte de abono que producen los asnos. Se esconderá ahí debajo y le llevará con él hasta su chabola, cerca de las canteras de Bisia. ¿Tiene algún plan mejor?

Negué con la cabeza y volví a meterme debajo de la banqueta.

—Tengo curiosidad —dijo—. Me dijo que el hombre que le buscaba era un asesino. Y está en lo cierto, lo es. Pero por lo que contaba, pensé que era un bandido, no un amable caballero.

—¿De qué amable caballero habla?

—El hombre que estaba en el jardín buscándole. ¿No le conoce?

—No. ¿Cómo se llama?

—Jacopo de Medici.

Esa misma noche me metí en la carretilla de Marco y dejé que me cubrieran de abono. La novicia vigiló mientras el jardinero lo hacía. Parecía divertida cuando se inclinó hacia mí para despedirse.

—Que Dios cuide de usted —me susurró.

—Su Dios debe pensar poco en mí si me coloca en un carro lleno de estiércol.

—Dé gracias de que esté vivo —respondió—. Él fue el que guio sus pasos hasta este convento de monjas. Piense qué hubiera pasado si hubiera trepado la pared de un convento en el que los hábitos tuvieran faldones menos espaciosos. Tenga eso en cuenta si busca refugio de nuevo en un convento.

Le escuché reír y dijo en voz baja mientras nos íbamos:

—¡Evitad a los Carmelitas a toda costa!

Nos detuvieron prácticamente al abandonar los alrededores del convento. Nadie medió palabra. Marco era un trabajador demasiado modesto para protestar o cuestionarse por qué rebuscaban en su carro. Apreté los ojos, que permanecían cerrados y me encogí para hacerme lo más pequeño posible. Pero la novicia había tenido una buena idea. Abrían y examinaban cada barril, pero apenas inspeccionaban el abono. Una vez que terminaron con todos los barriles, pudimos pasar libremente.

Marco se tomó su tiempo. Desconocía si era normal que no se pusiera nervioso o si lo hizo así para no levantar sospechas. Pero la hora que tardamos en llegar a su

casa me dio mucho tiempo para pensar. Cuanto más vueltas le daba a la cabeza sobre lo ocurrido durante el día, más preguntas sin respuesta encontraba.

Los tres perseguidores no eran ladrones normales que esperaran tender una emboscada a un viajero imprudente. Me conocían. Debían haberme visto viajar por la mañana y esperaban mi regreso. ¿Y cómo sabían que solía viajar por ese camino en particular? En cuanto se me ocurrió la pregunta, encontré la respuesta. El gitano. La familia gitana que había acampado allí para que la mujer diera a luz. Donde quisiera que hubiera ido, habría contado la historia del oficial francés que le había obligado a partir con un hijo recién nacido, y la del joven que había ido con ellos y que entendía las costumbres y la lengua de los gitanos. Y Sandino, que tenía espías por todas partes, habría logrado seguirme el rastro. No lo suficiente para perseguirme por todos los caminos a la granja de Kestra, pero lo suficiente para seguirme los pasos y esperar en ese tramo del camino a ver si pasaba de nuevo.

Debía haber oído cómo me aproximaba. No habían tenido tiempo de estirar un alambre en la vía para que tropezara con él. Y el hombre que era su jefe en esta expedición les había ordenado que dejaran de tirarme piedras mientras escalaba el precipicio. El sacerdote de Ferrara me había dicho cuando tenía nueve años: «El que lleva este escudo, lleva a los Medici en la palma de su mano».

Pero ahora comprendía que llevaba alrededor de mi cuello algo más que el escudo. Ellos me habían seguido la pista hasta muy lejos y durante mucho tiempo, y habían asesinado al escriba Sinistro. Sólo podía significar una cosa. Venganza.

Mi vida había cambiado mucho por este motivo. Mi sangre se enfrió al pensar en ello. Ahora que sabía que el hombre era uno de los Medici, supe por qué deseaba capturarme. Era necesario para su honor cobrarse su propia venganza conmigo. Y cuando me cogiera, ¿de qué manera me torturaría? ¿El potro? ¿Tenazas al rojo vivo para achicharrar la piel? ¿O la favorita de los Medici y los florentinos, el *strappado*? Ataban al reo por las muñecas, le izaban bien alto y le dejaban caer una y otra vez hasta que cada hueso del cuerpo se dislocaba y se rompía.

Aunque había conseguido que no me capturaran esta vez, ¿dónde podría ir ahora? Si intentaba regresar a Milán, me encontrarían. A pesar de que estaba todavía bajo las órdenes de los franceses, los Medici tenían poder y dinero para pagar espías que vigilaran las puertas de la ciudad.

Entonces me di cuenta de que sólo podía elegir un camino.

Debía enviar un mensaje a Felipe y al Maestro contándoles lo que iba a hacer. Esperaba volver a verles algún día y poder explicarles que no había tenido otra opción que dejar mi plaza en la universidad. Las circunstancias habían decidido que debía pagar la deuda que había contraído durante mi infancia por el mal que había provocado. Debía aceptar a Paolo dell'Orte como mi capitán *condottieri* y convertirme en segundo de abordo de sus hombres de armas.



Me pondría el fajín de color carmesí y marcharía con la *Bande Rosse*.

## SEXTA PARTE

### LA BANDE ROSSE

---

*Ferrara, 1510*

## Capítulo 58

Tan recta como una flecha en pleno vuelo, la *Via Emilia*, el camino de la antigua Roma, atravesaba el impresionante valle del río Po.

Y fue por esta ruta como entré a la Romagna de nuevo, iras una ausencia de siete años. Esta vez cabalgaba rebosante de valentía, con un cuerpo de tropas a caballo, hacia las ciudades y estados ciudad cuya propiedad era amargamente disputada.

Más allá de Bolonia se encontraban las ciudades que Cesare Borgia había conquistado de forma eficaz y despiadada. Desde su cuartel general en Ímola al mar Adriático, su nombre traía recuerdos de sangrientas historias.

Faenza, donde Astorre Manfredi había aceptado unir sus fuerzas con Cesare y convertirse en uno de los capitanes de los Borgia para así salvar a su pueblo de ser saqueado y evitar que sus gentes fueran asesinadas. Una vez atraído desde la seguridad de sus propias tierras a Roma, le apresaron y arrojaron al río Tíber.

Desde allí a Forli, donde Caterina Sforza había desafiado a los Borgia en un gesto de osadía. Cuando los hombres de Cesare capturaron a sus hijos, le gritaron que se aproximara a los muros de su ciudadela. Los levantaron del suelo para que ella les viera y amenazaron con asesinarlos ante sus ojos. Caterina había levantado sus faldones y gritaba como respuesta...

«¡Haced lo que queráis! ¡Tengo los medios para hacer más!».

Senigalia, donde me encontraba cuando Cesare Borgia estranguló a sus capitanes después de fingir perdonarles.

Recordé que también era otoño por entonces. El terror y las tropas saqueadoras hacían que la gente del campo temiera por su seguridad y no supiera nunca a qué señor feudal tenía que implorar protección. En todos estos años, sus tierras habían sido destrozadas y disputadas, cuando podían haberles servido a los pobres. Mi maestro estaba en lo cierto cuando lamentaba el coste de la guerra. Pero al marchar hacia el sur los frutos permanecían en los árboles, por lo que no había duda de que en las zonas tranquilas la gente continuaba con sus quehaceres diarios, recolectando provisiones para el invierno. En los pueblos como en el que vivían los dell'Orte, intentaban evitar los problemas y continuar con sus vidas.

Paolo debía compartir esos pensamientos, ya que había cabalgado a mi lado durante el trayecto.

—Estamos cerca de Perela, Matteo —comenzó a decir.

—Lo sé —respondí. E instintivamente supe cuáles serían sus siguientes palabras.

—Me gustaría desviarme e ir allí.

No dije nada. Aunque pensé que no era amable por mi parte. Al callarme, le obligaría a preguntarme de forma directa.

—¿Vendrás conmigo?

—Una vez allí, ¿qué pretendes hacer?

Me miró sorprendido.

—Nada en especial —dijo. Prosiguió tras unos segundos—. Claro, entiendo que le opongas. Piensas que podría querer expulsar a cualquier persona que se hubiera instalado en la fortaleza para reemplazar a mi padre.

No respondí. No sabía qué pensar sobre su plan de visitar la casa de su infancia. Lo único que sabía con seguridad es que no me agradaba la idea de regresar allí.

Dejamos a nuestros hombres en una posada, no muy lejos del camino principal. Paolo pagó al señor de las tierras para que les diera buena comida y vino. Y también dio estrictas órdenes a sus soldados para que no molestaran a las sirvientas. No estábamos inquietos por haberles dejado allí. En su mayoría eran un grupo obediente: jóvenes como Stefano y Federico de la vecindad de Kestra, con esperanzas de gloria y buena fortuna, felices de estar lejos de la monotonía del trabajo en la granja, especialmente ahora que era la de más trabajo del año.

Paolo y yo cabalgamos rápido hasta que llegamos a la convergencia de los ríos que marcaban el lugar en el que debíamos cruzar el puente hacia Perela. Subimos lentamente por el camino de la fortaleza. Vi cómo su mirada se dirigía al desfiladero. Ninguno de los dos dijo nada. Ambos sabíamos que había animales salvajes en esta zona y, después de tantos años, no quedaría rastro de su madre ni de su hermano pequeño. Confieso que me sentí aliviado al ver que la fortaleza estaba completamente en ruinas. Las paredes se habían derrumbado y la puerta principal apenas parecía que hubiera estado allí un día. Seguramente la habrían utilizado como leña. La gente de la zona, debía haber picado las piedras que quedaban y se habían llevado cualquier cosa de valor. El camino estaba abierto y desprotegido. Atravesamos los arcos hasta llegar al patio.

Mi corazón temblaba de miedo.

Había una carpa haraposa ensartada entre dos estacas y una anciana de raza gitana que permanecía sentada al lado de un matojo de ramitas quemadas.

Hice girar a mi caballo al instante.

—No nos vamos a quedar aquí —dije.

Para mi sorpresa, Paolo estaba de acuerdo conmigo.

—No, no hay nada que hacer aquí.

Miró a su alrededor. Las ventanas y las puertas habían desaparecido, al igual que la mayoría de las tejas. La casa estaba abierta a la lluvia y al viento.

—¿Para qué vamos a molestar a esta pobre mujer si esto le permite refugiarse en el invierno?

De vuelta al camino principal, avanzamos rápidamente hacia nuestro lugar de encuentro con Charles d'Enville y la caballería ligera francesa.

El comandante francés se había separado del ejército a las afueras de Bolonia. El

capitán esperaba que todo se desarrollara sin contratiempos para volver a reunirse con él. El Papa estaba muy enfermo y todo el mundo sabía que los boloñeses recibirían con agrado la ayuda de los franceses para devolver el feudo a su antiguo señor. Preferían a la familia Bentivoglio como gobernante, en lugar de un enviado designado por el Santo Padre. Pero, al llegar, las noticias no eran buenas. El Papa había renacido de sus cenizas, se había marchado de Roma y había llegado a Bolonia para motivar a sus tropas. No sólo resistiría enérgicamente en Bolonia a cualquier ataque, sino que tenía la intención de seguir adelante con su campaña. Ahora que había garantizado la ayuda de Venecia, no veía motivo por el que Ferrara no pudiera ser vencida y, de esa forma, expulsar a la familia d'Esté de su territorio.

La presencia del Papa en Bolonia daba un cariz distinto a la situación. El clima era muy frío y las tropas francesas deseaban tener un alojamiento adecuado para el invierno, sin tener que esperar en el campo mientras los ejércitos papales celebraban la navidad en la ciudad. Entonces los mensajeros informaron de que los venecianos habían enviado un ejército para ayudar al Papa. Los franceses estaban preparados para retirarse de su posición cuando llegamos.

Paolo estaba completamente desanimado. Estaba deseando algo de acción y había creído las historias que contaban que tomarían Bolonia con facilidad. Había prometido a nuestros hombres que participarían en la batalla principal y que regresarían a casa, cargados de joyas y otros botines, para el festival de la Epifanía.

Hasta Charles d'Enville estaba abatido.

—Esto es lo que ocurrió con los venecianos en Agnadello —dijo—. Se necesitan órdenes tajantes. Si no las recibimos, nos retiraremos como hicieron ellos y nos veremos forzados a luchar apresuradamente.

Nos unimos a la unidad de caballería ligera de Charles y nos dirigimos de regreso al norte con las tropas francesas. Los ejércitos papales y sus aliados se agrupaban y marchaban tras de nosotros.

El objetivo del Papa estaba claro. Pretendía exterminar Ferrara. El Papado deseaba el gobierno supremo, desde Roma hasta los límites de Venecia. Pero la pequeña Ferrara desafiaba sus pretensiones. Cuando el Papa supo que los franceses estaban ayudando al duque Alfonso, puso de manifiesto su mal humor y gritó a los cuatro vientos que haría de Ferrara un lugar desolado, sin una sola casa en pie. Prefería ver la ciudad en ruinas antes que dejarla caer en manos de los franceses.

Chales nos contó que el Papa había enviado emisarios a Ferrara para transmitir su amenaza. Pero el duque y la duquesa se habían mofado de ellos. Habían obligado al emisario papal a ver sus fortificaciones y artillería, y había cargado uno de sus cañones diciendo: «Voy a utilizarlo para contestar al mensaje de su Santo Padre».

El emisario se retiró a toda prisa, temiendo que el duque quisiera dispararle con su pistola.

Esta historia era una de las muchas que contaban los soldados alrededor de las fogatas por las noches. Había otras, como era de esperar, más escandalosas, que tenían que ver con Lucrezia Borgia. Uno se preguntaba si había algo de cierto en ellas. Se decía que había encantado de tal manera a Francesco Gonzaga, el *gonfaloniere* del Papa, que le había ofrecido paso libre y seguridad a ella y sus hijos si se decidía a abandonar Ferrara. Charles se había enterado por su tío, primo del rey, que sus espías habían interceptado cartas a este respecto. No obstante, Lucrezia no había abandonado su ducado. Al contrario, permanecía en Ferrara animando a la gente.

Durante ese amargo invierno, mientras que los pueblos de los alrededores iban siendo conquistados, ella había aguantado en la ciudad con sus damas. La duquesa Lucrezia daba limosna a los necesitados y ayudaba a los niños, vestida con sus mejores galas para que el pueblo la viera. Los ciudadanos se mostraban confiados gracias a su serenidad y determinación.

Durante noviembre y diciembre, las divisiones del Papa se acercaban lentamente. Tomaron Sassuolo y luego Concordia, pueblos aliados de Ferrara. Parecía que nada podría detener sus avances. Al llegar la Navidad, acamparon a tan sólo cuarenta y cinco kilómetros al oeste de Ferrara y enviaron a la *Bande Rosse* a ayudar en el pueblo que estaban asediando, un lugar llamado Mirandola.

A principios de enero de 1511, acampamos con la caballería de Charles, y al día siguiente avanzamos hacia las fuerzas contrarias.

Avistamos la carpa papal entre las otras y la bandera con las llaves cruzadas ondeando sobre ella, rodeada por los estandartes amarillos y azules de la Guardia suiza.

—Es un truco —nos dijo Charles—. Nuestros espías nos informan de que él duerme en una cabaña normal para que los soldados sepan que sufre la campaña de invierno igual que ellos.

—Da un buen ejemplo —dije—. Los hombres morirán por un líder así.

—No está lo suficientemente recuperado como para montar a caballo —dijo Charles—. Quizás nos ahorrará algunos problemas si muere primero.

—Podría morir con la punta de mi espada —comentó Paolo.

—Tiene escudos. No creo que ninguna punta le incomodara —dijo Charles sarcásticamente entre risotadas.

Pero el viejo e indomable Papa se recuperó. Aún sin poder subirse al caballo, insistió en que lo llevaran en una rama de paja para presenciar el asedio a Mirandola.

Esperamos. Nos indicaron que contuviéramos el flanco. Sólo teníamos que ir a por ellos si lanzaban una ofensiva.

Los espías retrocedieron y regresaron a las líneas enemigas.

Una mañana de mediados de enero, nos dijeron que nos preparásemos. Nuestro

objetivo era agruparnos en formación.

Entonces apareció un jinete que portaba un mensaje desde el monte gritando: «¡Nos atacan! ¡Nos atacan!».

## Capítulo 59

Charles corrió hacia nosotros. Agarró nuestras manos.

—Que Dios esté con vosotros.

Su rostro estaba tenso. Estaba emocionado por la posibilidad de volver a luchar.

Yo también estaba inquieto. Pero mi inquietud se debía a una premonición. Tenía un mal presentimiento en mis entrañas y ganas de escapar. ¿Era un cobarde?

Las alarmas sonaron en nuestro campamento, los tambores repicaban para llamar a nuestros hombres.

La misión de la *Bande Rosse* era acosar a los soldados de infantería de este lado del asedio. Al atacar su flanco deberíamos atraer sus disparos y desviarlos del pueblo. Una brecha daría tiempo a los defensores para reagruparse y reparar el daño. Nuestro objetivo principal era un grupo de mosqueteros armados con arcabuces pesados. Los mosqueteros realizaron una mortal ronda de disparos y se protegieron mientras reemplazaban sus filas de soldados con picas. Estas picas medían dos metros o más, y cuando se agrupaban en escuadrones la formación era casi impenetrable. Tenía la esperanza de que la caballería ligera francesa, liderada por Charles y apoyada por la *Bande Rosse*, a diferencia de la caballería pesada armada, pudiera atravesar los escuadrones.

Pero ésta era nuestra primera batalla. La carga con lanzas a sacos llenos de paja y el entrenamiento con espadas de madera no nos había preparado en absoluto para la ruidosa y horrible experiencia de una auténtica batalla. Stefano y Federico aproximaron sus caballos y, casi sin percatarnos, Paolo y yo hicimos lo mismo.

Mirandola se extendía ante nosotros. Parecía pequeña y vulnerable. Las bocanadas de humo de la artillería ascendían en el despejado cielo. El ruido de los cañones nos llegaba en el aire helado. Como avanzábamos delante, podíamos ver la magnitud del ejército agrupado que sitiaba la ciudad. Las filas de picas brillaban y las armaduras de miles de soldados de infantería, apoyados por la caballería pesada y ligera, relucían cuando se agrupaban en formación. Podía identificar insignias suizas, alemanas y venecianas, entre muchos otros señores con sus propias vestimentas.

Charles rio.

—Parece que éste va a ser un día glorioso. —Desenvainó su espada y besó la hoja.

—¡Hasta la victoria! —dijo.

Paolo le siguió complacido de inmediato.

—¡Hasta la victoria!

Me sentí obligado a desenvainar mi espada y hacer lo mismo.

—¡Hasta la victoria! —dije.

Paolo dio media vuelta en su montura. Lanzó un grito, estridente a sus hombres.



—¡Hasta la victoria!

Sacaron sus espadas y un rugido salió de sus gargantas.

—¡Hasta la victoria!

Avanzamos rápidamente, manteniendo la marcha de los soldados a pie que nos seguirían tras nuestra carga.

Nos detuvimos en una pendiente sobre el campo de batalla.

Las filas de soldados de infantería con uniforme de d'Esté alzaron sus estandartes y gritaron al unísono.

—¡Ferrara! ¡Ferrara!

Charles avanzó ligeramente con su caballo al frente de la línea. En la formación de caballería, los soldados de la caballería ligera se agruparon detrás de su líder.

Paolo recibió una señal de Charles para que procediera. Guio su caballo al frente de nuestros hombres.

Me moví junto a él.

Giró y me sonrió abiertamente.

Apenas podía tragar por el miedo.

Charles levantó la espada sobre su cabeza. Antes de que la bajara para señalar la embestida, gritó.

—¡Por el rey Luis, y por Francia!

Paolo golpeó con sus talones al caballo para obligarle a emprender la marcha. Cuando su caballo brincó hacia adelante, levantó también su espada y profirió un grito.

—¡Dell'Orte! —gritó—, ¡Dell'Orte!

Nuestros hombres repitieron el grito.

—¡Dell'Orte! ¡Dell'Orte!

Y me encontré gritando con tanta fuerza como todos los demás.

—¡Dell'Orte! ¡Dell'Orte!

## Capítulo 60

Oí el ensordecedor estruendo de los cascos de los caballos a mi alrededor.

Percibí el chasquido de las riendas y el sudor de los hombres. Algunos lloraban, con las lágrimas recorriendo sus mejillas abiertamente mientras cargábamos. Otros gritaban de gozo, en una enajenación de furia y exaltación. Los caballos se abrían paso para alcanzar su posición, sus cascos chocaban sin piedad contra el duro terreno. Caímos sobre nuestra presa: feroces lobos sobre acorraladas ovejas.

Contábamos con la ventaja de la sorpresa. Los soldados enemigos que portaban las picas, encrespadas como erizos, aún estaban colocándose en posición, sujetando sus largas astas.

Cuarenta y cinco metros... cuarenta... treinta.

Se giraron profiriendo gritos de terror, intentando reagruparse en formación de defensa.

Nos tenían encima.

Pero su comandante gritó una orden y la línea posterior tuvo tiempo de obedecer.

En lugar de apresurarse para ayudar a sus camaradas, la línea posterior clavó las picas en el suelo. Pero ya no podíamos detener nuestros caballos. Las picas estaban inclinadas apuntando al vientre de los caballos.

Vivimos una angustiosa situación cuando colisionamos con sus soldados. Los caballos bramaron y aullaron cuando las lanzas y las picas rasgaron sus flancos y desgarraron sus estómagos. Los sonidos que emitían los animales debían ser como los que se deben oír en el infierno. Nuestros animales no estaban acostumbrados a esto. Habían cabalgado por los campos de trigo de los alrededores de Ferrara, donde les habíamos criado, peinado y dado cobijo, y les habíamos enseñado a confiar en nosotros. ¡Qué vil traición habíamos cometido al hacerles partícipes de esta carnicería concebida por el hombre! Apenas podía soportar la imagen de su miedo y sus salvajes heridas.

Los hombres se agarraban a sus cuellos y cabezas mientras caían bajo la descendente cuchillada curva de las espadas de la caballería. Mi brazo hundía toda la longitud de la espada cuando ésta tocaba el hueso. Un soldado sacó con premura su pica y la enganchó en las riendas de mi caballo. Atrajo la cabeza de mi caballo hacia el suelo.

El hombre sacó una daga larga. Sentía su aliento en mi rostro. Caliente en el aire gélido.

Yo blandía la espada en mi mano. Pero esto era distinto a golpear con ella aleatoriamente a cualquier enemigo desconocido. Era un hombre. Un hombre que

respiraba y vivía, del que veía brillar los ojos bajo la rejilla del casco que los cubría.

Éste hombre pertenecía al fresco de la batalla de Anghiari.

Al igual que yo.

Los colores me deslumbran. Ante mí se encuentra el portaestandarte retratado en el muro de la Sala del Consejo de Florencia. Su rostro se retuerce con el esfuerzo de soportar los colores. Todo es un caos en contorsión.

Y, en ese instante, comprendí por qué el Maestro lo pintó de ese modo, con símbolos y capas de significado.

El soldado suizo me agarró la garganta y levantó su daga.

Se oyó el crujido del cuerpo de un caballo.

Me habían liberado.

Paolo había chocado su caballo contra el mío lo suficiente como para que el hombre perdiera su agarre y me diera un respiro. Después, clavó su espada.

El soldado gritó a duras penas, con la sangre brotando de su garganta.

Paolo le asestó un nuevo golpe, y otro más. Su espada atravesaba el jubón del guerrero, su brazo, su cuello. Una fuente de sangre manaba de mi agresor.

—¡A mí! ¡Matteo! ¡A mí! —gritó Paolo—. Mantente cerca de mí y yo te protegeré.

Y avanzó con su caballo entre la multitud enzarzada en la batalla. Recogí las riendas de mi caballo y seguí su estela.

Había ganado.

Entonces, oí el sonido del corneta de Charles y me esforcé por llegar al lugar en el que se encontraba.

—¡Retirada! Señalaba con su espada la cima de la colina.

—¡Ha sonado la retirada! —grité a Paolo.

—¡Tenemos que continuar! —me gritó Paolo a su vez.

—¡Debemos obedecer la orden!

—Pero si están huyendo...

—¡Vamos! Agarré sus riendas.

Él intentó zafarse.

—Perderemos la ventaja que tenemos.

—No podemos saber lo que ocurre en otras zonas.

Sus manos estaban resbaladizas por la sangre. Miré hacia abajo. Las mías también lo estaban.

—¡Ahora! —le grité.

Paolo parpadeó y liberó las riendas de mis manos. Pero me siguió cuando abandoné el campo de batalla.

Algunos de sus hombres habían desmontado para arrancar las insignias de las túnicas y los anillos de los dedos de los muertos.

—¡Volved a montar! ¡Volved a montar! —les gritó.

—Es nuestra recompensa. Tenemos derecho a cogerla.

Uno de nuestros compañeros más brutos gritó a Paolo.

—No me iré sin mi botín.

Paolo le propinó una patada.

—¡Monta! —le gritó—. ¡Yo, Paolo dell'Orte, te he dado una orden!

El hombre cogió una pica abandonada.

Cabalgué para colocarme al otro lado del hombre.

—El botín se repartirá a partes iguales —grité—. Pero no habrá nada para los hombres que se queden aquí.

Dicho esto, avancé con mi caballo para que me siguieran. Oí cómo los hombres que habían sobrevivido venían tras de mí.

Una vez alcanzada la cima de la colina, nos dirigimos al lugar en el que Charles nos esperaba.

—¡Hasta la victoria! —le saludó Paolo—. ¡Hasta la victoria!

Pero Charles no sonreía. Otro oficial francés se acercó para dialogar con él. Entonces apareció un mensajero, y otro más le siguió.

—Vamos a retirarnos —dijo.

—¿Cómo? ¡No lo haremos!

Paolo no podía contenerse.

—Retirada de inmediato.

El oficial francés dio la orden en un tono que no admitía disputa.

—¡Pero si hemos ganado la batalla de hoy! —protestó Paolo—. Tenemos que aprovechar nuestra ventaja.

Oí cómo el oficial de Charles le hablaba con dureza.

—Su artillería ha atravesado las murallas de la parte más lejana —dijo Charles—. Mientras hablamos, los ejércitos papales están avanzando por la ciudad.

Nos han golpeado.

—¡Pero si hemos ganado! —insistió Paolo—. Hemos matado a sus soldados por docenas. Los pocos que quedaron, huyeron. ¡Esta batalla la ganamos nosotros!

Charles le ignoró.

—Puede que el *gonfaloniere* de los ejércitos papales haya decidido sacrificar a esos hombres para lograr una victoria mayor en otra parte.

—¡No podemos marcharnos como si fuéramos unos perros miserables!

—Trae a tus hombres y sígueme —replicó Charles en un tono frío.

—¿Y qué pasa con los caídos en el combate? ¿Y con los heridos?

—Permanecerán donde cayeron —dijo Charles y añadió con brusquedad—. Así es como funcionan las cosas en la guerra.

Hizo el amago de marcharse, pero Paolo le siguió, protestando.

Charles frenó su caballo.

—Escúchame —siseó a Paolo—. Esto es una guerra. No una batalla fingida, ni una justa cortesana en la que se tira a unos cuantos hombres de sus caballos para el entretenimiento de las damas. ¡Esto es una guerra! Como te dije durante la comida en la granja de Kestra, es una empresa sucia y sangrienta.

Paolo reculó en su vehemencia.

—Ahora, reúne a tus hombres, los que hayan sobrevivido, y sígueme.

Paolo le miró con tristeza mientras Charles clavaba las espuelas a su caballo al galope. Organicé nuestro grupo más o menos en orden y avanzamos tras él.

Después nos enteramos de que antes de que el resto de sus tropas emergieran por el gran agujero de la muralla defensiva, el Papa Julio ordenó que le trajeran una escalera para elevarse sobre la grieta. Entonces, apoyado por sus sirvientes, trepó para proclamar su victoria personalmente.

El asedio concluyó el diecinueve de enero. Mirandola se había rendido.

## Capítulo 61

Nos retiramos con el ejército francés en dirección a Ferrara.

Durante el viaje, Paolo recuperó la compostura y, para cuando alcanzamos nuestro cuartel, él y Charles ya volvían a dirigirse la palabra.

—¿Qué ocurrirá con los heridos que hemos dejado atrás? —pregunté a Charles.

—Esperamos que les cuiden —respondió—. Los prisioneros importantes pueden ser tratados como distinguidos invitados. Sobre todo si se pueden utilizar como trueque o se puede obtener un buen rescate por ellos.

Pensé en nuestros jóvenes. Si alguno sobreviviera a sus heridas, su vida valdría poco para el ejército enemigo.

—No estés inquieto —dijo Charles—. Dudo que sean asesinados sin más.

Pero habíamos oído que, aunque Mirandola se había rendido para salvar al pueblo, el Papa se estaba cuestionando los términos y quería ejecutar a algunos como ejemplo. Y sabía que era asunto sencillo cortar la garganta de un hombre mientras yacía en el campo de batalla. Era más fácil de saquear y, mientras reunían los cuerpos para el entierro, nadie se cuestionaría si el acto se había ejecutado antes o después de la batalla.

Habíamos perdido seis hombres, entre ellos Federico. Tuvimos que impedir a Stefano que volviera a buscarle. Eran amigos de la infancia, y habían soñado con regresar como victoriosos guerreros a Kestra, cargados de tesoros.

—Merece la pena conservar a un buen guerrero —argumentó Charles—. Y si tus hombres son listos, harán lo que cualquier otro superviviente haría y aceptarán luchar para el Papa.

—¿Así que cambiar de bando es una práctica habitual?

Paolo parecía sorprendido.

—Si eres un mercenario, sí —respondió Charles—. Al fin y al cabo es un negocio. Y te vendes al mejor postor, o al bando vencedor.

El capitán dio una palmadita a Paolo en la espalda.

—Vamos, busquemos algo de comida —dijo—. Tengo tanta hambre que me comería una oveja asada entera.

A diferencia de Mirandola, en la que los ciudadanos habían pasado hambre, a Ferrara no le faltaba comida. Estaba situada cerca de un paraje en el que el cauce del río Po era más ancho conforme se acercaba al mar y el control que el Duque Alfonso ejercía sobre el canal, hacía que el transporte de suministros permaneciera intacto. Se encontraban en una posición vulnerable, por lo que florecieron tiendas llenas de provisiones, ya que la ciudad era una guarnición rebotante de tropas francesas. Los ingenieros habían estado cercando con barricadas la ciudad, derribando casas y reforzando las fortificaciones durante meses. Las murallas tenían un grosor tres veces

superior gracias a los sólidos diques que se construyeron. Las hogueras de las fraguas del Duque Alfonso ardían noche y día para crear cañones, artillería y otras piezas del equipamiento militar. Se rumoreaba que incluso en el día del casamiento con Lucrezia había pasado tiempo en las fraguas. Pero ahora se había demostrado que esta pasión resultaba incalculable para su pueblo. Sólo unas semanas después de la caída de Mirandola, el duque condujo a sus tropas a través del río Po para intentar proteger las fortificaciones de La Bastia. Paolo y yo fuimos con nuestro destacamento de hombres para ayudar en la tarea.

Este choque animó a Paolo enormemente. El duque era un hombre astuto y no participó en la confrontación de forma temeraria, por lo que las tropas papales enviadas para luchar contra él fueron expulsadas. Volvió como un héroe a Ferrara. Conseguir una victoria, por muy pequeña que ésta fuera, tras un invierno de derrotas y de desesperanza era motivo de celebración. La gente salió a las calles y festejó las proezas de su valiente duque, que luchaba por ellos contra el poder de Roma.

En La Bastia, Paolo cayó herido por una bala de mosquete, que se alojó en su muslo. Junto a los ejércitos viajaban doctores y cirujanos para realizar amputaciones, pero su reputación era tan nefasta que Paolo insistió en que yo me ocupara de su herida. Como tratamiento para una herida por bala de mosquete normalmente se utilizaba aceite caliente. Pero en Pavia los estudiantes de medicina hablaban de distintos tipos de remedios. Recurrí a esta experiencia y al conocimiento sanador de mi abuela y extraje la bala de metal, limpie la herida, apliqué sal en ella y la cubrí de musgo. Sobrevivió sin sufrir infección alguna, aunque le dejó una cicatriz.

Paolo no dejó que la herida le desanimara, sino que lo tomó como un símbolo de hombría. Tras superar dos batallas, se consideraba ya todo un veterano. Cualquier esperanza que Elisabetta mantuviera de que su hermano desistiría en su sueño al vivir la experiencia de una auténtica batalla, no iba a dar fruto. Al contrario, la camaradería de los hombres, que se fortalecía bajo la presión, le alentaba aún más. Sacó brillo a su espada y le escribió una carta a Elisabetta para que tejiera más fajines, ya que los que llevaban se habían manchado y descosido.

Ella le envió una suma de dinero destinada a pagar una de las deudas que había contraído. Pero me di cuenta de que él no quería que leyera la carta de Elisabetta. Sólo pude averiguar lo que contenía. Por el tono de la carta que me escribió a mí, estaba descontenta con la forma en que Paolo estaba gestionando sus finanzas. No iba a criticarle abiertamente, pero noté su preocupación e inquietud.

«Las deudas que Paolo ha contraído dejan a la granja en una situación vulnerable frente a nuestros acreedores».

Debía haber escrito a su hermano de modo similar ya que cuando le pregunté sobre la carta, él dijo: —Le he dicho a Elisabetta que el ejército francés es imbatible. Francia es un país mucho mayor que los insignificantes estados que rige el Papa

Julio. Puede reponerse una y otra vez. ¿A quién ha llamado el Papa en busca de auxilio? ¿A los españoles? ¡Bah!

Paolo había reclutado a más hombres y no tuvimos problema en encontrar voluntarios cuando vieron que, a pesar de nuestra inactividad actual, el joven tenía dinero que gastar y pagaría a los soldados aunque no estuvieran luchando por el momento. A mí no me gustaban nuestras nuevas adquisiciones. Estos hombres procedían de una parte distinta del país, hablaban un tosco dialecto y eran menos obedientes que los hombres que habíamos perdido en Mirandola. Ya no parecíamos el grupo de hermanos que habíamos partido esperanzados de Kestra. Pero Paolo estaba contento ya que tenía más hombres a los que dirigir y había indicios de que una nueva batalla se estaba fraguando.

Los espías enviaron noticias de Bolonia a los franceses. El Papa pretendía regresar a Roma. En cuanto lo hiciera, incitaría al pueblo a levantarse contra su representante. Debíamos estar preparados para enviar refuerzos.

Mientras tanto, en Ferrara parecía que ya hubieran ganado la guerra.

Incluso durante la Cuaresma, la duquesa Lucrezia organizaba lujosos banquetes y actividades de ocio para mantener entretenidos a los soldados. Después de Pascua, declaró una fiesta especial para celebrar las noticias de que la regencia del Papa en la Romagna había decaído. Charles d'Amboise, gobernador de Milán, había muerto, y la duquesa dispuso un período de luto, adecuado aunque escaso, para honrar al desaparecido. Sin embargo, poco después, convocó un gran baile al que todos los oficiales del ejército estaban invitados para dar la bienvenida al joven comandante francés Gaston de Foix, duque de Nemours.

Yo me incluía en esa invitación.

Y, una vez más, estaba en presencia de Lucrezia Borgia. La última vez que la vi fue con motivo de la celebración de su matrimonio, pero en ese momento tenía puesta mi atención en otra cosa, ya que seguía instrucciones de Sandino para encontrar al sacerdote que tenía el sello que aún llevaba colgado al cuello. Entonces era sólo un niño, pero quedé deslumbrado por su cautivador encanto, como en esta ocasión.

A pesar de haber parido hijos y sufrido embarazos difíciles, su figura era tan delgada como la de cualquier mujer joven. Era muy hermosa y llevaba ropajes a la moda. Se decía que un grupo de costureras cosían todas las noches para mantener su estilo completamente actualizado.

—Desea impresionar a los franceses —escuché decir a un cortesano esa noche en el baile.

—Esperemos que respondan a sus artificios —respondió su compañero—. Estaremos seguros siempre que se apiaden y no sean capaces de abandonar a una dama en un momento de necesidad.



Yo la observaba desde cierta distancia. Lucrezia podía conversar en francés de forma fluida. A diferencia de Graziano, yo no tenía habilidades ni conocimientos en el arte del coqueteo, pero vi cómo la duquesa se inclinaba sobre el brazo de un oficial, a continuación acercaba su cabeza a otro, y reía alegremente cuando ambos le hablaban. El efecto sobre estos hombres era inmediato y visible. Sus amigos empujaban hacia delante para ver a esta mujer, hija de un Papa, hermana del tristemente célebre Cesare Borgia. Esperaban a un monstruo. Si bien no un demonio real que vomitara humo y fuego, quizá una mujer siniestra, con ojos negros, boca escarlata y carmín en sus mejillas. En su lugar, se encontraron con una mujer agradable, de rostro blanco, cuyo cabello brillaba con múltiples reflejos, desde bronce a rubio, pasando por el lustre del oro blanco.

Sus ojos resplandecían. Sonreía delicadamente. Recitaba poemas, tocaba instrumentos musicales y bailaba bien. Le encantaba bailar. Cuando bailaba, el suelo se despejaba para permitirle danzar sola, con sus damas de compañía, o con un caballero con suerte.

Esa noche había elegido como compañero a Gaston de Foix.

Este hombre, sobrino del Rey Luis, era responsable del ejército francés en Italia. Era alto y bien parecido, un comandante carismático e ingenioso que había implementado su propio método de asedio y retirada, desplazando rápidamente sus tropas por todo el país. Ahora Gaston de Foix conducía a Lucrezia Borgia sobre el suelo. Y yo, al igual que todas las personas de la habitación, les observaba bailar juntos cuando vi a Charles hablar con una joven que me daba la espalda.

El capitán me hizo una señal para que me acercara y, mientras me aproximaba, dijo a la mujer:

—Quiero que conozcas a un amigo mío.

La chica se giró.

Y yo miré directamente a un par de ojos verdes moteados de avellana.

## Capítulo 62

—La señorita Eleanora d’Alciato da Tra valle.

Charles realizó una reverencia exagerada mientras presentaba a la muchacha que había conocido previamente vestida con el hábito de una monja.

La dama se recuperó primero de la sorpresa. Su mirada estaba tranquila y repitió su nombre tal como Charles lo anunció.

—Teniente Matteo de la *Bande Rosse*.

Pero Charles había notado mi reacción.

—¿Os conocéis?

Su mirada escudriñaba nuestros rostros.

—No creo —dijo, tras una segunda pausa—. Pasé gran parte del último año en un convento. Cuando mi padre murió, fui a un convento de clausura para meditar sobre mi futuro y considerar mi vocación.

—En nombre de los hombres debo decir que estamos contentos de que haya vuelto al mundo —respondió Charles galantemente.

—Y usted, señor —dijo dirigiéndose a mí—, ¿en qué ha ocupado su tiempo recientemente?

—Formo parte de la caballería ligera francesa —conseguí responder.

—Matteo es demasiado modesto —dijo Charles—. Es teniente del capitán *condottieri* Paolo dell’Orte, que dirige la *Bande Rosse*. Pero antes de esto, fue discípulo y compañero del famoso Leonardo da Vinci, y le ayudó recientemente con sus disecciones en la escuela médica de Pavia.

—Así que, Messer Matteo, tiene experiencia en el manejo de los cuchillos, ¿no es cierto? —respondió de inmediato.

Me alegra decir que le respondí con la misma velocidad.

—Sólo si la situación así lo requiere.

Charles percibió la tensión y nos observó con curiosidad. Pero yo apenas me percataba de su minucioso análisis. Eleanora llevaba el cabello recogido en la nuca en pequeñas trenzas, con rizos del color del cobre bruñido enmarcando su rostro. En la corona de su cabeza había prendido un velo de gasa. Era de un verde pálido y estaba cosida al borde con diminutas perlas.

Entonces, Charles dijo:

—¿Me permite este baile?

—*Enchantée*, monsieur.

Se giró y le ofreció el beneficio de su encanto.

—*Connaissez vous La Poursuite?*

—*Mais oui, mademoiselle* —dijo Charles—. *Je la connais très bien.*

—*Moi aussi* —interrumpí con suavidad.

¿Pensaba jugar conmigo de esa manera?

—*Si vous voulez danser, je serais enchanté de vous accompagner.*

Sus ojos se abrieron de par en par. En la profundidad de su mirada brillaba un verde más oscuro.

Charles se retiró de inmediato.

La joven estiró su mano hacia mí.

Yo hice una reverencia.

Mientras la conducía al salón de baile pensaba: «Si hubieras probado en latín o incluso en griego rudimentario, te habrías sorprendido con mi destreza».

La Poursuite.

La danza del avance y la retirada.

Sus dedos rozan los míos.

La miro fijamente.

Ella baja los párpados.

Yo mantengo el rostro serio, pero sonrío por dentro.

¡Graziano, qué bien me enseñaste!

Ella eleva la mirada. Yo aparto la mía.

Ahora ella me sigue.

«Si deseas perseguir a una dama, a veces deberás fingir que andas en dirección contraria».

La voz risueña y provocadora de Graziano está en mi cabeza.

La miro con indiferencia y ella me recompensa con el destello de asombro de sus ojos. ¿O es furia? ¿Quizá enojo?

—Ten cuidado de no exagerar el movimiento de tu mano, amigo mío.

Me sobresalté. Era Charles, que me susurraba al oído mientras pasaba próximo a él en la danza. Seguía mis progresos con una sonrisa divertida.

Poco después, Charles me encontró observándola mientras atendía a la duquesa, arreglando el vestido de Lucrezia cuando ésta se sentó para descansar en una silla dorada.

—Si deseas cortejar a esa dama —dijo Charles—, tendrás que mantenerte alerta. No es una mujer frágil que muestre indulgencia en los juegos cortesanos.

—¿La conoces?

—He oído hablar de ella. Donna Eleanora es una de las damas de compañía de la Duquesa Lucrezia y, como tal, es inteligente y más capaz que muchas otras que asisten en su corte.

—Ella es una dama de alta cuna y yo un teniente *condottieri* integrante de un destacamento de caballería del ejército francés —dije de modo pesimista.

Charles rio.

—Eres independiente y hombre, y ella es una mujer. Vamos, Matteo. No dejes que se te escape. Ya hay otros oficiales aglomerados a su alrededor.

Me acerqué y permanecí junto a un pilar desde el que podía ser visto aunque quedaba un poco apartado del resto de invitados. Y esperé.

Transcurrió casi una hora hasta que, agarrada del brazo de una mujer de mayor edad, se aproximó y fingió pasar de largo. La señora mayor había jugado a este juego antes y sabía lo que se esperaba de ella.

—¡Vaya, si es uno de nuestros jóvenes capitanes *condottieri*! —exclamó—. No es apropiado que permanezca ahí solo cuando arriesga su vida en la batalla para defendernos. Eleanora, debemos hablar con él. Sería muy maleducado por nuestra parte no hacerlo.

Condujo a Eleanora hacia mí y después de intercambiar saludos, se apartó a un lado, aunque permaneció lo suficientemente cerca como para oír y escuchar lo que ocurría entre nosotros.

Ahora que Eleanora estaba delante de mí, apenas podía hablar. Había olvidado los pocos retazos de conversación que había practicado mientras esperaba a que se acercara. De repente, dije abruptamente:

—Donna Eleanora, ¿disfruta de su vida en la corte de Ferrara?

La joven inclinó la cabeza como si pensara si debía tomarse mi pregunta en serio.

—Tiene sus distracciones —respondió lentamente—. Pero es difícil disfrutar de la vida cuando están muriendo tantos hombres.

Eleanora hizo una pausa y, a continuación, dijo:

—Pero usted debe saberlo mejor que yo.

Miré alrededor. Los brillantes satenes y sedas de los vestidos de las damas se entremezclaban con los colores de los uniformes de los soldados: mangas y calzas rayadas, y bonetes emplumados. Todo irradiaba esplendor.

—Luché en Mirandola —dije.

—¿La ciudad que se perdió?

—Sí —dije—, junto con seis de nuestros hombres.

Estiró la mano impulsivamente y sus dedos tocaron mi manga.

Su chaperona carraspeó. Eleanora retiró la mano.

—Ver perecer a sus camaradas debe abrirle a uno una herida en el alma.

Miré su rostro. Sus palabras no respondían a un mero gesto de banalidad. Su expresión mostraba una intensa condolencia. Pensé en Federico, ahora muerto, y en como su amigo Stefano ya no cantaba con el resto de los soldados cuando acicalábamos a nuestros caballos cada mañana.

—Es muy perceptivo por tu parte observar que las heridas no sólo las sufre la carne del hombre.

Ella se sonrojó. Y vi que tomó mi observación como un cumplido. Pensé que

Eleanora era distinta a las demás mujeres, que aceptaban alabanzas por el estilo de su vestido o el color de su cabello.

De repente, se produjo un revuelo entre los cortesanos y los embajadores extranjeros. El Duque Alfonso entró en la sala y habló con premura a la duquesa. Deseaba reunirse con sus asesores. La duquesa Lucrezia reunió a sus damas y abandonó el baile.

Paolo se aproximó corriendo para informarnos de las noticias.

—El Papa regresa a Roma. ¡Mañana partiremos a la conquista de Bolonia!

## Capítulo 63

—Charles dice que Bolonia es la coronación del resto de victorias —me dijo Paolo mientras reuníamos a nuestros hombres al día siguiente—. Es la ciudad más próspera de la Romagna.

Desde el muro del castillo, un orador proclamó al pueblo de Ferrara el propósito del duque de atacar Bolonia. En primer lugar, adelantó el derecho indiscutible de nuestra causa. A continuación, habló del valor de los ejércitos, de nuestro incuestionable honor y de la nobleza de las hazañas que haríamos realidad. El disparo de un cañón desde las almenas, dándonos la señal para que avanzáramos, interrumpió su discurso. Sus esfuerzos por continuar fueron acallados por los gritos de los soldados reunidos y la muchedumbre que les vitoreaba. Volvimos a oír un disparo de cañón y partimos.

La *Bande Rosse* marchó en espléndida formación hacia las puertas de la ciudad, con el estrépito de los cascos de nuestros caballos y el tintineo de nuestras armaduras y armas dando ritmo al avance.

En contraste con la dureza de la campaña de invierno, ahora era mediados de mayo y el tiempo era magnífico. Paolo tarareaba una melodía al son del cascabeleo de los correajes y el redoble de los tambores. Éste era un aspecto de la vida de un soldado que cualquier joven disfrutaría. Resplandecientes en nuestros fajines carmesí, con una mano en la cadera y la otra agarrando con firmeza las riendas de nuestros caballos, pasamos bajo los balcones y los tejados en los que las mujeres ondeaban pañuelos y lanzaban montones de pétalos de flores que caían en cascada sobre nuestras cabezas.

Me erguí sobre mis estribos y miré atrás a nuestra fila de *condottieri*. Hasta Stefano parecía animado esa mañana. Sus ojos brillaban y se tocó el visor de su casco para saludarme. Levanté mi puño a modo de respuesta y le sonreí. Entonces fue cuando atravesamos las murallas de la ciudad.

No tardamos mucho en ver las torres de ladrillo rojo de Bolonia en el horizonte, y oír el bramido y el estruendo de una batalla ya comenzada. Nuestros hombres clavaban las espuelas a sus monturas, ávidos por alcanzar el lugar de la acción. Pero Paolo y yo teníamos más experiencia ahora, y no estábamos preparados para permitir que se repitiera la melé de Mirandola. Su voz, cuando les daba órdenes, tenía un matiz de autoridad que no había escuchado antes. Vi cómo Charles d'Enville le miraba con aprobación mientras nuestros jinetes se disponían en la posición adecuada junto a él.

El enviado del Papa ya se había escabullido a Ravenna, una ciudad costera fortificada a cuarenta y ocho kilómetros al este. La guarnición defensora se había atrincherado dentro del *Castello di Galliern*, y desde allí oponían resistencia hasta

que el cañón móvil del Duque Alfonso llegó y procedió a disparar contra las murallas.

Pronto se abrió una brecha, que se amplió rápidamente cuando los otros disparos siguieron su marca.

Oímos una serie de explosiones desde dentro de la fortaleza.

Un emisario dio un mensaje a Charles.

—Están haciendo estallar sus propias municiones —dijo—. Nos han pedido que entremos y les convenzamos de desistir.

El capitán desenvainó la espada y besó la hoja, y sus ojos brillaron cuando nos dio la señal de que avanzáramos a través del agujero en la muralla.

Nuestro ataque resultó triunfante frente a su débil defensa y galopamos fácilmente entre sus líneas. Dejamos a la infantería la tarea de acabar con los enemigos restantes y proteger la fortaleza. Y al fin nuestros hombres pudieron obtener el botín esperado.

Cuando las noticias de la caída de la Galliera se difundió, los ciudadanos llegaron en hordas. Pronto la gente salió de la ciudad cargada de platos, copas y otros enseres. Algunos de los mercenarios enviados para proteger la fortaleza abandonaron sus armas y se unieron a los saqueadores.

—Debemos encontrar armas y ropajes suficientes para pasar el invierno —me dijo Paolo—. Puede que el botín que recojamos sea tan cuantioso que nos proporcione provisiones para varios años.

Le miré alarmado. Habíamos acordado con los franceses que lucharíamos a su lado durante un año. Todavía tenía esperanzas de asistir a la universidad en Pavia y había planeado dejar de luchar cuando venciera nuestro contrato. Ese momento se estaba acercando.

—Pero si ya hemos conquistado Bolonia —dije—. No hay nada más que hacer.

Paolo no me respondió, y todo lo que pude hacer fue seguirle al arsenal.

Había una multitud en el edificio. Derribaron las estatuas y las cortinas de seda, e hicieron pedazos los suelos de madera, utilizando hachas para astillar los paneles de puertas y paredes. Cortaron en trozos los tapices que eran demasiado grandes para sacarlos intactos fuera de las salas. En uno de los pasillos, me encontré con Stefano, que tenía intención de contraer matrimonio al regresar a Kestra. Tenía un hatillo de hábitos de sacerdotes en sus brazos.

—Me los llevaré a casa para mi Beatrice. Se hará un camisón de fina seda para nuestra noche de bodas.

Paolo y yo perseguimos a un grupo de pillos boloñeses. Encontramos espadas y lanzas, y pedimos un carro para que las llevaran a nuestro cuartel. Paolo eligió piezas de armaduras para su uso personal. Sobre su grueso jubón acolchado, se abrochó un peto suizo decorado y un gorjal de acero. Le quedaba bien, y se pavoneó con este collar como una muchacha con una joya nueva.

Cuando cayó la noche, la ciudad respiraba desasosiego. El ambiente era peligroso y salvaje. Decidí quedarme en el interior y jugar una partida de cartas con los oficiales franceses. Era más de medianoche y estábamos inmersos en la partida cuando Charles levantó la cabeza al entrar en la habitación uno de sus compañeros oficiales, Thierry de Villars. Había ido al hospital de la universidad para ver a un amigo que había recibido un balazo en el hombro.

—¿Cómo está Armand? —preguntó Charles.

—Se está muriendo.

La voz del hombre se quebró.

Charles se dirigió al antepecho en el que reposaba una botella y vertió un poco de vino en una copa para Thierry.

—Una herida tan superficial... —dijo Thierry golpeando la palma de la mano con su puño—. Todos pensamos que podría curarse.

—Hay pocos médicos allí —dijo otro hombre que jugaba a las cartas con nosotros—. Los monjes del hospital hacen lo que pueden, pero hay cien heridos por cada fraile.

—Matteo —me llamó Charles—, vi cómo trataste a Paolo en Ferrara cuando sufrió una herida de bala de mosquete en la pierna. Eres ducho en medicina. ¿Podrías examinar la herida de este hombre?



## Capítulo 64

Armand, el amigo de Thierry, estaba gravemente herido y sufría una alta fiebre.

Era el resultado habitual de la infección causada por la herida de una bala de mosquete. Se había aplicado aceite hirviendo a la carne abierta, que ahora supuraba pus. Deduje que este veneno estaba viajando por su cuerpo y quizá había llegado a su cerebro. Vagaba desorientado, poniéndose en pie y mirando alrededor con frenesí, como si viera demonios que nosotros no pudiéramos percibir. Su amigo Thierry, que me había llevado hasta él, permanecía junto a la cama con una mirada tan desolada que apenas me atrevía a confirmarle lo que ya sabía. Había llegado demasiado tarde.

Pero preparé un ungüento de miel y alumbre, y limpié la herida. Le dije a los médicos que dejaran de utilizar el aceite y di nuevas instrucciones para su tratamiento.

Thierry comenzó a poner reparos.

—Tus palabras son contrarias a las instrucciones que se proporcionan a los soldados para tratar heridas de guerra como ésa.

—Éste es el método que yo aconsejo —dije y abandoné el hospital.

Para ser sincero, estaba algo enojado por su actitud, en parte porque estaba ganando a las cartas y tenía una buena mano, por lo que me molestó que me interrumpieran.

Regresé a la mañana siguiente y Armand no había mejorado, pero tampoco había empeorado. Ocurrió lo mismo cuando le visité la mañana siguiente. Pero por la tarde, Thierry vino a buscarme y me dijo que aunque la herida todavía no se había curado, su amigo estaba despierto y podía mantener una conversación con cordura.

Regresé para examinar la herida de Armand. En los bordes de la herida, la piel estaba empezando a sanar. Me sentía muy orgulloso de mí mismo. Mientras me encontraba allí, un monje del hospital se acercó y me preguntó si podría tratar a otros dos soldados afligidos por la misma dolencia. Tengo que admitir que me regocijaba de mi éxito y que sentía curiosidad por saber si mi método podría funcionar también con otros individuos. Y pensé que en lugar de perder dinero jugando a las cartas y esperando a que Eleanora d'Alciato asomara la cabeza, el hospital era un sitio estupendo para emplear mi tiempo mientras esperaba a nuestra próxima designación con la caballería francesa.

Aproximadamente una semana después, cuando fui al hospital, los monjes me dijeron que alguien importante deseaba verme. El hombre esperaba en el despacho del monje de la enfermería y se presentó como el doctor Claudio Ridolfi de la escuela médica de la universidad de Bolonia. Quería detalles sobre mi tratamiento de las heridas de mosquete.

—No quería hacer este trabajo —protesté inmediatamente.

De mi estancia en Pavia aprendí que había reglas estrictas relativas a la práctica de la medicina. Los cirujanos barberos no podían administrar medicamentos e incluso los boticarios debían ser inspeccionados. Al clero también se le había prohibido realizar operaciones y cualquiera que practicara la medicina sin estar cualificado podría acabar en prisión o correr una suerte aún peor.

—No acepté pago alguno —dije— y sólo traté a los que me pidieron los monjes.

—No he venido aquí para criticarte —dijo el doctor Ridolfi—. Sólo quiero saber lo que haces y cómo es que lo haces tan bien. Aunque eres joven, parece que tu conocimiento es extenso.

—Me crie en el campo —dije, no con menos inquietud—. Aprendí remedios tradicionales desde pequeño. Y tengo algunos conocimientos del funcionamiento interno del cuerpo humano, al haber observado las disecciones realizadas por el profesor de anatomía de la universidad de Pavia.

—¿No sería por casualidad Marcantonio della Torre?

—El mismo —dije.

—Entonces has sido un privilegiado. Su trabajo se conoce en toda Europa.

Asentí con la cabeza.

—Es un hombre muy talentoso e ilustrado.

—*Era* —dijo el doctor lentamente—. Si no estabas al corriente, entonces lamento ser yo el que tenga que informarle de las malas noticias. Messer della Torre ha muerto.

—¡Ha muerto! Estaba aturdido. Era un hombre joven que no llegaba a los cuarenta años.

—Lo siento —dijo el doctor.

—¿Cómo murió?

—Cayó víctima de la peste. Fue a Verona a atender a los afectados. Tenía familia en esa región y él mismo sucumbió a la enfermedad.

El profesor, comportándose como un auténtico médico, había muerto al intentar ayudar a los demás poniendo en peligro su propia seguridad. Pensé que este golpe habría dejado desolado a mi maestro. Charles d'Amboise, el gobernador de Milán, que había dado la bienvenida al Maestro cuando llegó a la ciudad, había muerto recientemente. Y ahora el profesor della Torre. Dos de sus amigos, con los que había compartido sus pensamientos, se habían ido de este mundo.

El doctor Ridolfi me concedió unos minutos para recuperarme de la noticia y entonces dijo:

—Estoy interesado en saber por qué no trataste primero las heridas de artillería con los métodos convencionales.

—No conozco ningún método convencional.

—Creía que habías estudiado en Pavia.

—Sólo lo hice durante unos meses, mientras mi maestro trabajaba allí realizando sus propias disecciones y llevando a cabo sus investigaciones —respondí.

—¿Tu maestro?

—En ese momento, pertenecía al grupo de Leonardo da Vinci.

—¡El gran Leonardo! Te has rodeado de buena compañía en tu juventud, Matteo.

—Sí —dije—. Lo aprecio más ahora que soy mayor. El Maestro estaba dispuesto a ayudarme para continuar mis estudios en Pavia, pero... —dejé la frase sin acabar.

La amenaza de Sandino, que pretendía cumplir la venganza prometida, y mis responsabilidades como *condottieri*, me habían impedido aceptar la oferta que el Maestro me había hecho el año pasado. Pero siempre creí que mi experiencia actual era meramente transitoria. Con la ignorancia de la juventud, había pensado que algún día podría regresar a Milán y que el Maestro lo dispondría todo para que pudiera ir a la universidad de Pavia. Pero, con Marcantonio della Torre muerto, arrastrado cruelmente por la peste, el mundo había perdido a un gran médico y yo mi oportunidad de prosperar.

Me senté en el escritorio y cogí pluma y tinta.

—Escribiré mi receta —le dije al doctor— para que pueda utilizarla cuando desee.

Apenas había acabado cuando Paolo y algunos de nuestros hombres entraron en el hospital para buscarme.

—¡Ven! —gritó Paolo—. Debes ver esto, Matteo. Están derribando la estatua del Papa.

Nos dirigimos a la plaza, en la que se congregaba una multitud, nos abrimos paso y conseguimos acceder a un tejado. Habían atado cuerdas alrededor de la colosal estatua de bronce del Papa Julio, creada por Michelangelo. Esta estatua tenía tres alturas y había varios grupos de hombres tirando de las cuerdas mientras que un consejero boloñés regordete golpeaba un tambor y gritaba: «¡Tirad!», para coordinar sus esfuerzos.

—¡Tirad! ¡Tirad! —los espectadores se unieron al cántico.

Paolo me agarró del brazo cuando la estatua comenzó a balancearse hacia delante y hacia atrás.

—¡Tirad! ¡Tirad! —gritaba la muchedumbre.

Varios de los magistrados de la ciudad salieron precipitadamente y ordenaron a los soldados que despejaran la plaza. Estos hombres intentaron empujar a la gente hacia las calles laterales pero, aunque peligraban sus vidas, decidieron no moverse. Había una docena de granujas en cada árbol y la gente trepaba a los tejados de los edificios circundantes, luchando entre ellos por la mejor vista.

—¡Tirad! ¡Tirad! —el clamor retumbaba en la plaza.

La estatua del Papa Julio se tambaleó y, a continuación, el coloso cayó al suelo.

En el aire volaron esquirlas de piedra mientras los adoquines se hacían pedazos.

Los ciudadanos alzaban a sus hijos para que lo vieran, diciéndoles:

—¡Mirad! Bolonia derriba al Papa. Seremos un ejemplo para el resto de Europa.

Se oyó el sonido de una trompeta y los soldados se reunieron en la plaza para ahuyentar a la gente que se apiñaba alrededor de la estatua. Los magistrados tuvieron que protegerla con una guardia. Se llamó a los herreros para que le cortaran la cabeza. Después la arrastraron por las calles de la ciudad, donde la gente le lanzaba piedras y bolas de estiércol, gritando: «¡Julio, aquí tienes los diezmos que nos pedías!».

La ciudad de Bolonia decidió ofrecer la estatua al Duque Alfonso. Éste remitió una carta pidiendo que se la enviaran de inmediato. Afirmó que la fundiría y fabricaría un arma que portaría el nombre del Papa. Este nuevo cañón sería fiero y atronador, y se conocería como *Il Julio*.

## Capítulo 65

Se construyó un carromato especial para llevar la estatua del Papa a Ferrara. Reforzado con ruedas de acero y tirado por doce bueyes, avanzó por la *Via Montegrappa* y a través de la puerta de *San Felice* hacia Ferrara.

Parecía como si todo el pueblo de Bolonia hubiera salido para ver cómo la procesión abandonaba la ciudad: los tenderos y las lavanderas, los comerciantes y mercaderes, los artesanos, los miembros de la corte, la clase media, el clero, los nobles y los mendigos. La *Bande Rosse* había colocado un destacamento de escolta delante, así que cabalgábamos con marcha lenta abriendo la cabalgata. Había grupos de reparadores de carreteras que trabajaban un día por delante para garantizar que el suelo bajo nuestros pies fuera lo suficientemente seguro como para soportar el peso de la carreta. Les acompañaba un destacamento de soldados de infantería cuya misión era despejar los caminos de cualquier otro tráfico.

Los campesinos dejaban su trabajo para observarnos al pasar y los habitantes de los pueblos salían al camino para jalearse a los soldados. Lanzaban montones de botones de oro amarillos, margaritas blancas y otras flores que crecían en la campiña. Caía sobre nosotros una lluvia de flores, y nos reíamos al sacudirnos las cabezas y los hombros. Esas gentes habían soportado un duro invierno pero, ahora, con la familia Bentivoglio de nuevo en el poder, esperaban disfrutar de un verano de paz en la región. Paolo sonreía con placer y los muchachos más jóvenes de nuestro grupo silbaban a las chicas que salían a nuestro encuentro en la campiña. Era la marcha de nuestra victoria, portando el botín de la conquista, con las felicitaciones y el aplauso de los admiradores agradecidos.

—Formamos parte de la historia —me dijo Paolo con orgullo mientras nos aproximábamos a Ferrara y veíamos la congregación de ciudadanos que nos esperaba en las murallas.

Esa noche se celebró una fiesta al aire libre. Encendieron una enorme hoguera frente al *Palazzo dei Diamanti* y la gente del pueblo bailó alrededor del cuerpo de bronce del Papa.

Ya había una gran masa de gente concentrada en el centro de la ciudad de Ferrara cuando Charles y yo salimos de nuestro cuartel a última hora de la tarde. Nos abrimos paso como pudimos en las calles hacia la *Piazza di Castello*, donde las celebraciones estaban más organizadas. Se había reservado una zona para el baile y los músicos tocaban melodías populares para el regocijo de los ciudadanos.

El duque y la duquesa habían bendecido el evento con su presencia y permanecían sentados en un estrado observando las celebraciones. El duque pronto se cansó del jolgorio y se escabulló, sin duda para avivar el fuego de sus fraguas, con el fin de que estuvieran listas para achicharrar al Papa, aunque sólo fuera en efigie.

Donna Lucrezia había sido coronada Reina del mes de mayo. Tenía flores prendidas en el pelo y llevaba un fino vestido de flores blanco. Sus damas le asistían con vestimentas similares.

Charles me dio un codazo. Pero yo ya había visto a aquélla cuya forma y figura reconocía.

Eleanora d'Alciato.

—Te dejaré solo —me dijo Charles al oído—. Esta noche tengo otra presa a la que perseguir. Parece que hay una buena mesa de juego en aquella posada. Que tengas buena caza.

A pesar de la instrucción recibida por Graziano y Felipe, no estaba seguro de la etiqueta. Imaginé que, durante el Carnaval, o en una ocasión como ésta, las normas se tornaban con mayor relajación. ¿Dónde estaba Charles cuando necesitaba su consejo? ¿Y Paolo? Estaría sacando brillo a su armadura para prepararla para la siguiente batalla. ¿Podía acercarme a una dama sin ser anunciado?

Con una máscara, todo es posible.

Pagué unas monedas a un vendedor de la calle por una pequeña máscara que sólo cubría los ojos. Me la até y avancé con valentía.

—¿Puede esta hermosa dama concederme el honor de un baile?

Ofrecí a Eleanora mi mano. Ella retrocedió un poco y se cubrió el rostro con la capa.

Uno de los cortesanos que velaba por su seguridad se llevó la mano a la empuñadura de la espada. Al tener conocimiento de las armas, supe que se trataba de una hoja ligera con un puño decorado. Del tipo que se llevaba por exhibición en lugar de por uso práctico. Probablemente era un poeta, de los que rondaban siempre a la Duquesa Lucrezia.

—Esperaba que la dama me reconociera —dije con suavidad—. Ya hemos bailado juntos en una ocasión. Pero entonces se trataba de una danza francesa más sofisticada, *La Poursuite*, y nos encontrábamos en un salón de baile distinto.

Eleanora dio un pequeño suspiro.

—Los pasos de este baile son menos complicados —proseguí—, pero no menos divertidos.

Hice una pausa.

—Con mi ayuda, estoy seguro de que los aprenderá con facilidad.

Sus ojos resplandecieron.

¡Ajá! ¡Había acertado!

Eleanora miró a Donna Lucrezia.

—¿Puedo?

Lucrezia Borgia nos observaba con una mirada divertida.

—¿Conoces a este hombre? —preguntó a Eleanora.

—Sí. Nos presentamos debidamente en su propio palacio, mi señora.

Donna Lucrezia dio su consentimiento.

—Puedes bailar con Donna Eleanora —me dijo—, pero debéis permanecer donde pueda veros, y limito mi autorización a un solo baile.

Agradecí sus condiciones y ofrecí mi mano a Eleanora.

La conduje a la plaza.

La danza era una ronda labriega, que se solía bailar tradicionalmente en las viñas durante la época del pisado de la uva. Teníamos que formar un círculo y, de inmediato, sentí una oleada de celos cuando vi que su acompañante al otro lado era un hombre. La tomé del brazo y la acompañé a otra posición del círculo para que se colocara entre otra mujer y yo.

Parecía que había sonreído discretamente a consecuencia de mi acción. No tuve tiempo de estudiar su rostro ya que la danza comenzó y se animó rápidamente.

En el primer giro, nuestros pies chocaron en numerosas ocasiones y Eleanora se quejó de que sus pies no eran lo suficientemente robustos para los toscos guijarros.

—¡Mira! —dijo. Se levantó un poco los faldones y me mostró unos delicados pies con zapatos de satén color rosa y unos tobillos redondos revestidos en calcetas blancas.

Le ofrecí mis botas.

Ella se rio. Vi sus dientes blancos espaciados uniformemente y la lengua entre ellos. En mis manos, las suyas parecían pequeñas y eran suaves como el ante. Sus ojos brillaban, reflejando las llamas de las hogueras, y cuando girábamos en círculo, su cabello caía sobre su rostro en pequeños rizos, sus labios estaban húmedos y yo tenía tantas, tantas ganas de besarla.

## Capítulo 66

Cuando el baile terminó, uno de los asistentes de la Duquesa Lucrezia apareció para acompañar a Eleanora de vuelta a su lugar en el estrado. Este hombre no era el fantasioso poeta, sino un ejemplo más sólido de la hombría de los *estensi* y nos permitió un segundo de intimidad.

Andaba detrás de nosotros cuando la devolví al grupo de damas.

Estábamos cerca del estrado cuando ella me dijo en voz baja:

—Todavía tengo que descubrir, Messer Matteo, por que eligió una forma tan poco ortodoxa para visitar el convento de mi tía el año pasado.

Entonces, la Duquesa Lucrezia hizo una señal y Eleanora inclinó la cabeza y me regaló una reverencia para despedirse.

En los siguientes días, los artesanos de la fragua de Ferrara trabajaron para fabricar el nuevo cañón. Cubiertos sólo de taparrabos, sus cuerpos sudorosos trabajaban bajo las indicaciones del duque para transformar la obra maestra de Michelangelo en una máquina de guerra. Me acerque para formar parte del proceso y tuve la repentina imagen en mi mente del alegre rostro de Zoroastro, mientras se inclinaba sobre el fuego de la fragua.

El bronce fundido brillaba en una tonalidad roja cuando el río de metal caliente fluyó hacia los moldes dispuestos en el suelo. Con este calor intenso, y el poder y la majestuosidad de los elementos, podía entender fácilmente cómo los hombres creían en la magia de la alquimia. Creamos formas a partir de otras sustancias, transmutando los elementos, fusionándolos a nuestro antojo. ¿Quién, además de un dios, puede hacer esto?

Cuando finalizó la construcción del gran cañón, el duque envió un desafiante emisario a Roma para informar al Papa de que el traje de su santidad servía ahora para defender Ferrara. Se proclamó por doquier que *Il Julio* estaba preparado para la batalla. Entonces, el enorme cañón se sacó fuera para que el pueblo pudiera verlo y lo celebremos con un día especial de juegos y justas sobre el césped del castillo Tedaldo.

Asistidos por sus escuderos, los caballeros franceses desfilaron en primer lugar. Se desplazaban por el campo en sobreabrigos de satén y oro, y sentados en sus caballos de guerra, ornamentados ricamente con brocados y terciopelo. Después de estos caballeros completamente equipados, los mozos de cuadra sacaron los animales más ligeros para mostrar sus destrezas en el manejo del caballo. Dieron una vuelta ante el gentío y mostraron cómo sus caballos podían galopar, trotar elegantemente o girar en círculos y sacudir la cabeza. Todos los que observaban el espectáculo se



maravillaban con estas cosas, pero yo sonreía en silencio. Se trataba de trucos muy fáciles que cualquier niño gitano podía enseñar a un caballo.

Los hombres de varios *condottieri* se retaron en justas y rompieron algunas lanzas de madera en los enfrentamientos. Y entonces llegó el turno de la *Bande Rosse*. En el saqueo de Bolonia, Paolo había encontrado un libro de batalla del ejército suizo y había enseñado a nuestros hombres nuevas formaciones. Avanzamos a medio galope y, con un fuerte grito, lanzamos nuestros sombreros al aire. A continuación, hicimos girar a nuestros caballos y galopamos a toda velocidad hacia el césped. Volviendo a cambiar súbitamente de sentido, corrimos y nos bajamos de las monturas para recoger nuestros sombreros. En ese momento, me consideraba el mejor jinete del grupo.

¿Me estaría viendo ella desde la plataforma del duque?

Para acabar el torneo, tuvo lugar el evento conocido como el Premio de las damas. Se había clavado una larga estaca en el suelo en mitad del campo. Estaba remachada con clavos, cuyas cabezas sobresalían para que se pudieran atar lazos a cada uno de ellos. Los hombres tenían que cabalgar rápidamente en grupo y luchar para intentar agarrar uno de estos favores del mástil. Las damas que participaban cogían los lazos de su cabello o vestido y los alzaban para que todos pudieran ver quiénes eran y los colores que las representaban. Un paje leyó la declaración correspondiente y la muchedumbre repitió el nombre y los colores mientras la dama ataba su lazo al poste.

Una mujer debía ser valiente para hacerlo. Algunas se negaban, porque eran muy tímidas o porque temían que ningún hombre quisiera luchar por sus colores. Sin embargo, también podía ocurrir que una dama no quisiera ofrecer el lazo con sus colores en público, por miedo a sufrir las bui las de la muchedumbre, que no era precisamente reacia a gritar el escándalo que se asociara a su nombre. Un hombre podría conocer así la infidelidad de su esposa, sin haberle nido sospecha previa de la falta de decoro de su mujer.

Yo estaba pendiente de una única doncella. Mi pulso se aceleró cuando la vi entre el resto de las damas.

La Duquesa Lucrezia había colocado los colores de los Borgia, amarillo y morado, en el punto más alto del mástil. En cuanto los caballeros alineados en sus caballos en el extremo de la improvisada pista la vieron hacer esto, comenzaron a empujarse para colocarse en primera posición. Todos querían ser el que consiguiera el lazo de Lucrezia. Pero yo tenía puestos los ojos en el lazo lila y verde pálido que estaba atado un poco más abajo. El vestido de Eleanora estaba cortado con brocados en la manga y cuello para mostrar un filo de seda lila con un lazo blanco. Eleanora ató su lazo, sin alzarlo previamente, ni esperar a que el paje la nombrara. En lugar de ello, lo miró rápidamente y se apresuró a volver a su lugar, sin desviar su mirada hacia mí.

El campo estaba abarrotado. Los hombres brincaron a sus caballos para ganar los favores de la Duquesa de Ferrara. La mayoría se había puesto ropas limpias para este último evento del día. Yo llevaba una camisa de lino blanco, rizada en el cuello y la cintura, pero atada holgadamente en el pecho, lo que me permitía una mayor libertad de movimientos al dejarla semiabierta. La conjuntaba con unos pantalones de piel de ante y largas botas que me cubrían las rodillas. Mis guanteletes eran de suave cuero y llevaba una manga de acero en el brazo en el que sostenía las riendas con el fin de poder controlar mejor mi caballo, ya que teníamos que cabalgar sin montura... no teníamos ninguna silla ni estribo a los que sujetarnos. Al agarrar al caballo con las rodillas, sentí los poderosos flancos del semental entre mis piernas.

¡La señal!

Mi caballo dio un brinco hacia delante y, sin darme cuenta, ya estaba en la carrera.

Veinte hombres y sólo cinco favores que ganar.

Estaba cerca del líder pero no debía ganar la carrera: si llegaba primero, estaría obligado a coger el lazo de la Duquesa Lucrezia. Los demás luchaban a mi alrededor mientras yo intentaba apartarles, permitiendo sin embargo a los nobles de Ferrara que alcanzaran el mástil antes que yo.

Los cascos de los animales arrojaban enormes nubes de polvo y la multitud rugía al pasar a su lado como rayos.

¡Habíamos llegado al poste! Y el primer hombre cogió el lazo de la duquesa. Ahora tenía el camino más libre para agarrar mi premio.

Coloqué la mano sobre el lazo lila.

Pero otro hombre, mayor y más pesado que yo, me propinó un golpe en la cara con su puño.

Los espectadores le insultaron.

El golpe me obligó a cambiar de dirección.

Él agarró el lazo. Estaba muy bien atado y no podía soltarlo.

La muchedumbre se rio de él y yo volví a la disputa. Mi caballo hizo frente al suyo y los animales se enzarzaron en una pelea. Su caballo mordió al mío.

Pero había viajado con mi semental, alimentándole a diario, quitándole piedras de los cascos y permaneciendo a su lado en las frías noches de invierno en el campo a las afueras de Mirandola, y no me fallaría ahora.

Como esperaba, mi caballo se irguió frente a mi oponente y le azotó con los cascos. Y el otro caballo relinchó de miedo y salió despedido.

Estiré la mano.

¡Tenía el lazo! ¡Tenía el lazo!

Ahora Eleanora debía pedirme que se lo devolviera.

Los cinco ganadores esperábamos en línea para devolver los favores. Una fanfarria llamó a las damas una a una para que se acercaran a recoger sus lazos.

La Duquesa Lucrezia permitió que el ganador de su lazo le besara los dedos.

Los espectadores gritaron de sorpresa cuando la siguiente dama se descalzó y ofreció la punta del dedo del pie al valiente caballero.

Las siguientes dos damas prefirieron sus manos.

Sonó la última trompeta.

El paje anunció:

—¡La señorita Eleanora d'Alciato!

Bajó los escalones y yo empujé suavemente a mi caballo. El semental inclinó el cuarto delantero y bajó la cabeza ante ella. La multitud rio deleitada y aplaudió.

Parecía que estaba complacida. Aunque fingía un aire de calmada superioridad, Eleanora d'Alciato no podía ocultar su sonrojo y los hoyuelos que se formaban en su rostro cuando sonreía.

—Reclamo mi beso.

Tenía la garganta seca. Apenas podía articular palabra.

Su mirada se encontró con la mía. Se cortaba el aire entre nosotros.

Sus ojos estaban fijos en los míos. Se oscurecieron cuando me miró. Aunque el día estaba claro, las pupilas de sus ojos estaban dilatadas.

Entonces giró el rostro.

Y yo puse mis labios sobre su mejilla.

Esa noche se celebró otra gran fiesta en la plaza. Me acerqué al lugar temprano para buscar una buena posición donde creía que la duquesa aparecería con sus damas. Pero la noche pasó y ella no vino. Pregunté a uno de los cortesanos reales si ocurría algo. Me dijo que los acontecimientos del día habían agotado a su buena duquesa. Se había sentido indispuesta y se dirigió a sus aposentos para recuperarse.

## Capítulo 67

En unos días supimos que la Duquesa Lucrezia había perdido al hijo que esperaba. Ella y sus asistentes prolongarían su estancia en el Convento de San Bernardino.

Ahora que me habían privado de la presencia de Eleanora, comencé a atormentarme con pensamientos desoladores sobre nuestro futuro. Quizá durante su estancia en San Bernardino pensaría que la vida de una monja le convenía. Puede que decidiera quedarse allí y no la volviera a ver jamás. Echaba de menos a Eleanora, tanto como la corte de Ferrara extrañaba dolorosamente a su duquesa.

Sin Lucrezia allí para conquistar a los comandantes de los ejércitos, los franceses estaban inquietos. Charles nos dijo que esperarían otro invierno en Italia, pero que, a menos que ganaran una victoria decisiva, se retiraría a las tropas francesas. El Rey Luis estaba cada vez menos interesado en las conquistas italianas y más preocupado por la seguridad del corazón de Francia.

Sin embargo, aunque el Duque Alfonso d'Esté no tenía la duquesa a su lado, no serviría su cabeza en bandeja al Papa. La captura de Bolonia y su nuevo cañón eran fuente de un inmenso orgullo para él y molestia para el Papado.

—Pensaríais que el santo padre se sentiría adulado —bromeó Charles con nosotros— si tuviera una obra de maquinaria tal con su nombre.

Y aunque el Papa volvía a estar muy enfermo, todavía podría echar más fuego que cualquier cañón. Estaba fuera de sí porque Ferrara no se rendiría ante él. Cuando escuchó que la familia Bentivoglio volvía a mandar en Bolonia, juró venganza sobre Ferrara por ayudar a sus enemigos. Los emisarios del Duque Alfonso informaron de que el Papa Julio se había arrastrado desde su cama y, en un arrebató de cólera, había recorrido los pasillos del Vaticano diciendo que recuperaría Ferrara aunque fuera lo último que hiciera en la tierra, que prefería morir como un perro antes que abandonar la batalla.

Esto sólo sirvió para reforzar la resistencia de Ferrara y su resolución de proseguir la lucha. Y Paolo quería formar parte de ello. Pero yo no sabía qué camino tomar.

Cuando regresé de Bolonia, me esperaban cartas de Milán. Una del Maestro y otra de Felipe.

*¡Al fin [escribió el Maestro] tenemos noticias del paradero del muchacho errante! Mis plumas están desordenadas y no encuentro mi lápiz de punta de plata desde hace unos días. ¿Y a qué se debe? Porque la persona responsable de garantizar que estos objetos estén a mano ha decidido escabullirse sin decir nada. ¿Cómo puedo trabajar entonces con eficacia?*

*Ayer estaba paseando por los canales de las afueras de la ciudad y*

*observando con qué pereza se movía el agua. Pensé en el cuerpo del anciano que diseccionamos y cómo, en ese momento, comparábamos la obstrucción de las venas con la sedimentación. Me giré para llamarte la atención sobre este hecho, pero no estabas allí, Matteo.*

*Sentí cómo las lágrimas brotaban de mis ojos y estiré la mano para tocar el papel. Me conmovió que mi ausencia se sintiera y que no me hubieran olvidado.*

*Cuídate [acababa su carta], porque adiestrar a otro asistente resultaría un gasto incómodo.*

¿Era una broma? Me lo tomé como tal y sonreí. El resto eran palabras de tristeza y pesar.

La carta de Felipe era más vivaz y práctica.

*Sin duda habrás escuchado que las tropas francesas de Milán están siendo hostigadas en este momento. Graziano te envía sus mejores deseos y [reí al leer las siguientes palabras] te pide que le hables bien de él a la bella Lucrezia. Graziano se ha sentido indispuesto recientemente; si no fuera así, te habría escrito él mismo. Espera que estés aplicando en la corte los modales que te enseñó.*

Entonces añadió:

*El maestro desea que sepas que, a pesar de las dificultades, serías bienvenido en el grupo, Matteo, en caso de que quisieras regresar alguna vez.*

Pero ahora no podía volver. Paolo deseaba continuar luchando con los franceses. Nuestros hombres tenían que imprimir su marca en el documento. Los que habían sobrevivido el último invierno y la batalla de Mirandola estaban preparados en su mayoría para ello. Estaban más animados desde nuestro éxito en Bolonia y los festejos de Ferrara. La medicina me parecía más adecuada ahora que la vida de soldado, pero, ¿qué camino debía elegir? Eleanora d'Alciato era un motivo más que suficiente para permanecer en Ferrara. Al propio Maestro le estaba resultando difícil mantener al grupo. Mi plaza en la universidad de Pavia dependía de la reputación de Marcantonio della Torre. Ahora estaba muerto. Por lo tanto, me vi obligado también a firmar el contrato de mi capitán *condottieri*.

Nuestro acuerdo con los franceses especificaba un número determinado de hombres y caballos por lo que debíamos reclutarlos hasta alcanzar la cantidad necesaria. Uno o dos de nuestros hombres habían desertado en Bolonia.

Otro se había enamorado de una joven y nos había pedido que le liberáramos de su atadura. Teníamos que reemplazar a hombres y caballos. Yo busqué y compré los mejores sementales, mientras que Paolo reclutó a más hombres, les proporcionó

armas y les entrenó.

Estos nuevos hombres no procedían de ningún sitio. Eran del tipo que aparecía de pronto y luchaba del lado de los ganadores. Paolo tuvo que trabajar duro para contener su temperamento, pero se había convertido en un buen capitán *condottieri*. Adoptaba constantemente métodos del ejército francés y los ponía en práctica. Estaba comenzando a demostrar que era un líder y, a fuerza de un fuerte entrenamiento, puso a nuevos soldados a sus pies.

Paolo gastó una gran cantidad de dinero en proporcionarnos un nuevo equipamiento. Compró pistolas y municiones, pólvora y balas. Para estar mejor protegidos en futuras batallas, sustituyó nuestros cascos de piel gruesa por unos hechos de acero, con revestimientos laterales para, salvaguardar las mejillas y un ala trasera para proteger las partes vulnerables del cuello. Compró petos de ante y placas independientes para el pecho y la espalda para llevarlas encima. Nos proporcionó nuevos guanteletes y también calzones y botas altas de montar.

Mientras nos preparábamos para la campaña de invierno, Francia convocó un sínodo de obispos para desafiar al Papa. El Rey Luis quería que declararan con claridad que el Papa no tenía autoridad temporal en Italia. Demandaba que el Papa Julio retirara sus fuerzas de los estados italianos que los franceses reclamaban.

A lo cual, como se dijo, el Papa respondió:

—¡Soy el Papa! ¡Y el Papa no es un capellán del Rey de Francia!

Pero mientras el Rey Luis conspiraba contra él de esta forma, el Papa Julio atravesaba rápidamente el tablero de ajedrez que era Europa. Formó una nueva alianza, llamada la Liga Santa, que incluía a Suiza, Inglaterra y España. Ahora Francia estaba rodeada de estados hostiles. Y España estaba enviando soldados desde su reino en Nápoles para ayudar a los ejércitos papales en Italia.

En Ferrara, nos preparamos para una lucha inevitable.

Entonces, Felipe me escribió una carta fechada justo antes de la Navidad de 1511. Me contó que empezaba a resultar peligroso permanecer en Milán.

*Los suizos han encendido hogueras en las afueras de la ciudad. Desde el tejado del Duomo, podemos ver arder las granjas y viñas. El Maestro pretende ir a Vaprio, junto al río Adda. El padre de Francesco Melzi le ha ofrecido cobijo en su casa. Pretendemos partir pronto, ya que se teme que Milán se vea cercada.*

Kestra no estaba lejos de la ciudad.

Elisabetta estaba en peligro.

## Capítulo 68

Paolo debía permanecer en Ferrara para formar a los nuevos soldados, por lo que me llevé a Stefano y a otros dos jóvenes conmigo a Kestra.

Mi objetivo al elegir a Stefano era hacerle un favor. Quería darle la oportunidad de abandonar la *Bande Rosse*. Había quedado abatido tras la pérdida de su amigo Federico, y pensé que cuando se reencontrara con su familia y viera a su prometida, se daría cuenta de que la vida en una granja era preferible y más segura que regresar a Ferrara. Pero algo extraño ocurrió cuando nos dirigíamos a Kestra. Stefano, que había lamentado tanto la muerte de su amigo y que había jurado que si volvía a ver la granja de su padre, no la abandonaría jamás, había cambiado de opinión.

La conquista de Bolonia había afectado su parecer. Una victoria fácil y el botín le habían hecho un hombre distinto. Mientras nos dirigíamos al este, se jactaba de sus hazañas y estas se hacían más grandiosas y osadas con cada kilómetro recorrido. Olvidados estaban sus lamentos por la derrota en Mirandola, la crudeza del invierno, el brote de disentería. Sus palabras narraban la gloria de la toma de Bolonia: cómo habían devuelto al emisario del Papa a Rávena y habían derrotado a los hombres del ejército papal. Cuando llegamos a su granja, cargados de bultos amarrados a ambos lados de las ancas del caballo y pequeños paquetes para su novia atados a la montura, le recibieron con honores de héroe. Su familia le miró con orgullo y, cuando vieron su botín, insistieron en que les recogiera a él y a su hermano Silvio a mi regreso a Ferrara, para que pudiera volver y traerles más. Le dejé allí, contando valientes historias de su lucha con ejércitos imaginarios, y partí a Kestra.

Al principio, creí que la granja de Kestra estaba abandonada. No había indicios de vida en el lugar en el que mis dos compañeros y yo desmontamos. Les pedí que desempaquetaran los bártulos y llevaran los caballos al establo. Yo me dirigí a la casa. Elisabetta estaba en la cocina, inclinada, intentando encender el fuego bajo la olla.

Me acerqué por detrás y cogí el pedernal que tenía entre las manos.

—La madera está muy húmeda —dije—. Una chica como tú debería saber que la llama no prende si la leña no está totalmente seca.

Elisabetta dio un pequeño grito. Entonces, cuando se percató de que era yo, rompió a llorar.

—¡Menuda bienvenida! —exclamé—. ¿Así recibes a un pobre soldado que vuelve de la guerra?

Se secó las lágrimas de los ojos y nos abrazamos.

—¡Ay!, Matteo —dijo—. Matteo, Matteo, Matteo.

—Se diría que no te alegras de verme —bromeé—. Espero que te animes un poco cuando te diga que tu hermano Paolo se encuentra bien y te envía su amor y muchos

obsequios.

Mientras decía eso, mis dos soldados se encontraban en la parte trasera de la casa, apilando los regalos que había traído de Ferrara. Les dije que cogieran parte de los víveres que habíamos traído con nosotros y que buscaran un lugar en el granero en el que comer y descansar. A continuación, llevé los paquetes dentro de la casa. Abrí mi propio obsequio para Elisabetta. Era una fina pieza de tejido ferrarés por la que había pagado una gran suma de dinero.

—¿Qué opinas de esto? —le pregunté, alzando el trozo de tela para que lo pudiera inspeccionar.

Tocó el paño con gesto de agradecimiento.

—Es de magnífica calidad —dijo—. Podré venderlo a buen precio.

—¿Vas a venderlo? —dije—. Compré este brocado especialmente para ti con el propósito de que te hicieras un vestido para las fiestas de Navidad.

La chica plegó la tela y la dejó sobre la mesa.

—Creo que mi hermano no te ha mantenido informado de nuestra situación económica —dijo—. Pero primero comamos, luego hablaremos.

Cortó un trozo del jamón salado que habíamos traído y lo cocinó con unas cebollas dulces. Mientras comíamos, me pidió que le contara nuestras aventuras y le relaté la verdadera historia de cómo su hermano me salvó la vida en Mirandola. Me habían dicho que era un buen narrador, y puede que embelleciera un poco las acciones de Paolo mientras se las describía a su hermana aquel día.

—Cargó con su caballo para ayudarme —dije—. Fue como cuando jugábamos de niños en Perela. Paolo fue un caballero noble en la batalla. Fue un león. Fue un fiero guerrero tártaro. Fue un gladiador en la arena del Coliseo. Fue todas esas cosas. Me salvó la vida. Y eso era cierto. Lo esencial de la historia no era falso. Sin la ayuda de Paolo, habría muerto ese mismo día.

Después de mi narración, Elisabetta me contó cómo le iban las cosas. Disponía de una pequeña renta gracias a la venta de hierbas al boticario de Milán, pero no era suficiente para sacar adelante la granja. Me enseñó la casa. Las habitaciones estaban cerradas. Faltaban la mayor parte de los muebles. Comimos en platos de loza porque había empeñado la vajilla de plata unos meses atrás. Me contó que, durante ese año, Paolo había vendido los campos uno a uno y que había acabado por empeñar la casa. Contrajo estas deudas con Rinaldo Salviati.

—¿El hombre que vino y te insultó aquel día? —le pregunté.

—Sí —respondió—. El hombre al que le rompiste la nariz. Y Paolo no realizó los pagos, así que la casa ya no es propiedad nuestra. Dentro de un mes, Rinaldo Salviati vendrá y...

Elisabetta no pudo terminar la frase.



—¿Y qué? —le pregunté alarmado—. ¿Te ha hecho alguna proposición?

—Me ha dicho que podríamos llegar a un acuerdo.

—Di le que nada de eso sucederá.

—¡Para ti es muy fácil decirlo!

Elisabetta se encendió ante mí. Era la primera vez que la veía enfadada.

—Sé que tienes la capacidad de ser más empático que otros hombres, Matteo, pero hasta que no vivas con una mujer, no te harás a la idea de nuestras limitaciones. No tengo dinero, ni tierras, ni títulos, nada. ¿Qué voy a hacer? ¿Dónde voy a ir? ¿Qué comeré? ¿Cómo viviré?

## Capítulo 69

A la mañana siguiente, partí de Kestra con la promesa de regresar en cuanto pudiera.

Cabalgando hacia el sur, nos dirigimos a Milán, lo suficientemente lejos del camino en el que me habían asaltado el pasado otoño. Una vez en la ciudad, dejé que mis hombres se pasearan por la zona del *duomo*. Les di instrucciones de que estuvieran en guardia y que no hicieran mal a nadie, ya que lo único que necesitaba era que recopilaran toda la información que pudieran. Estos dos hombres, aunque poco experimentados, eran nobles de corazón. Entonces me dirigí al taller del Maestro en San Babila.

Allí encontré sólo a Felipe, organizando los últimos bártulos del taller que quedaban por empaquetar para llevarlos a la casa de los Melzi en Vaprio. Me recibió calurosamente y pensé en la forma en que me habían recibido en este grupo desde el principio y el modo en el que Leonardo da Vinci me había tratado desde mi adolescencia, con amabilidad pero con firmeza, como lo haría un verdadero padre.

Felipe me informó de la muerte de Graziano, que había fallecido hacía un mes. Me contó cómo nuestro fornido amigo había bromeado hasta el final, diciéndole al Maestro que debía abrirle después de morir, para que pudieran ver que su estómago estaba hinchado a causa de una enfermedad y no por su afición a la comida y al vino.

Entonces Felipe me preguntó si era verdad que los boloñeses habían volcado la gran estatua del Papa. Cuando le dije que era cierto, abandonó la habitación. Le seguí al jardín exterior. Sospeché que la idea del derribo de una obra de arte de un genio como Michelangelo le causaba un profundo malestar. Felipe llevaba muchos años trabajando con mi maestro. Conocía el coste, la inversión emocional y el esfuerzo físico y mental que conllevaba la creación de algo de tal magnitud. Y empatizaba con la bajada de ánimo que un artista debía sentir al saber de su destrucción. En sus primeros días de estancia en Milán, Leonardo da Vinci había creado un modelo de yeso para una inmensa estatua de un caballo, y los soldados lo habían destruido al utilizarlo como blanco para sus prácticas.

Nos mantuvimos en silencio durante unos instantes.

A menudo se decía que había rivalidad entre los dos hombres más talentosos del momento, Leonardo da Vinci y Michelangelo. Sus naturalezas no podían ser más opuestas. Se decía que Leonardo se reía de la profesión preferida por el otro artista, al afirmar que una escultura no podía representar el alma, que el mejor medio para hacerlo era la pintura, que mostraba los ojos del modelo. Michelangelo, por su parte, habría declarado que sólo a través de las representaciones del cuerpo en tres dimensiones de una estatua se podía reflejar la vida de forma realista y se podía crear verdaderas obras de arte. Sin embargo, Leonardo esculpió estatuas y Michelangelo

obedeció la orden del Papa y pintó una obra maestra en el techo de la Capilla Sixtina.

—Nosotros somos los bárbaros —dijo Felipe— que permitimos una atrocidad de tamaña consideración.

Me miró.

—Dime lo que viste, Matteo. ¿Alguien se lamentó a su paso?

—Hubo festejo en las calles cuando cayó desplomada al suelo —le dije con sinceridad—. En Ferrara prendieron hogueras y quemaron la efigie del Papa para mostrar lo que iba a ocurrir con la réplica de bronce. Y el Duque Alfonso la fundió en su fragua y la convirtió en un enorme cañón.

Felipe se sentó en un banco. Se llevó la mano al corazón.

—¡Ay! Me estoy haciendo viejo —dijo. Y, tras hacer una pausa, añadió—. Al igual que tu maestro.

Me senté junto a él.

—¿Crees que me ha perdonado por no ocupar la plaza que me ofrecía en la universidad de Pavia?

—Deberías hablar con él tú mismo —dijo Felipe—. Está en Santa María delle Grazie. Los dominicos se han quejado de que el fresco que pintó en el refectorio hace años está comenzando a desprenderse de la pared.

—¿Cómo se encuentra? —le pregunté a Felipe.

—Las muertes de sus amigos Marcantonio della Torre y Charles d'Amboise le han afectado profundamente, y todavía lleva luto por el fallecimiento del alegre Graziano.

La muerte. La cruel guadaña que separa a los amigos para siempre.

La muerte. Nuestra compañera en las noches pasadas en el depósito de cadáveres de Averno.

—Pero Vaprio es tranquilo —continuó Felipe— y el Maestro pretende estudiar la geología de la región. Le vendrá bien descansar un poco.

—¿Qué hará si los franceses pierden su posición en Milán?

—Tiene que velar por sus asuntos y sus rentas. En cuanto los caminos vuelvan a ser seguros, iré a Florencia a arreglar cuentas. Entonces, tendremos que desplazarnos allá donde recibamos encargos y evitar las zonas en guerra.

—¿Y dónde se puede ir hoy en día para evitar la guerra? —pregunté.

Había un propósito oculto en mi pregunta a Felipe, ya que estaba preocupado por la situación de Elisabetta. Sabía que Paolo no tenía ninguna intención de mantener la granja. Ahora sabía por qué me había pedido que fuera a Kestra mientras él permanecía en Ferrara, para no tener que discutir con su hermana. Había gastado todo el dinero del que disponía en equipar a la *Bande Rosse*. Yo era reacio a llevar a Elisabetta de vuelta a Ferrara conmigo porque no creía que fuera un lugar seguro.

—Puede que te sea difícil seguir los entresijos políticos al estar luchando en el

campo de batalla —dijo Felipe—, pero deberías saber que los franceses abandonarán Italia. No pueden mantener un ejército aquí mientras el Papa anima al joven Enrique de Inglaterra a concentrar sus tropas en la frontera norte.

—En Ferrara creen que el Papa es un hombre malvado y confabulador.

—El actual Duque de Ferrara alió su estado con el anterior Papa Alejandro VI, Rodrigo Borgia, al casar a su hijo con Lucrezia Borgia. Así que, en ese momento, Ferrara apoyaba al Papado, ya que le ofrecía poder y protección. Sin embargo, este Papa, Julio, parece actuar en beneficio de todo el pueblo. Ha iniciado una reforma monástica y ha dictado un decreto contra la simonía. A diferencia de otros representantes de la Iglesia, no ha utilizado su posición para mejorar la situación de su familia.

Felipe sonrió.

—Y, por supuesto, está a favor de las artes, y quizá eso influye un poco en mi opinión sobre él.

Una vez más, el pensamiento objetivo de Felipe aclaró mis ideas.

—¿Así que crees que el control del Papa Julio puede resultar el más ventajoso para el estado de Italia?

—Creo que Julio pretende colocar a determinados gobernantes a la cabeza de los estados ciudad —dijo Felipe—, y espera que todos se unan bajo la única autoridad de Roma. Ha declarado que los asuntos italianos deben estar en manos italianas. No puedo estar en desacuerdo con esa idea. Puede que estemos presenciando cómo Italia lucha por renacer.

Mientras estábamos hablando, se me vino una idea a la cabeza. Le había hablado a Felipe acerca de mi preocupación por Elisabetta y ahora le hice una propuesta.

—Podría disponer una escolta para que os acompañe a Florencia —dije—, si dejáis que Elisabetta os acompañe. Estaría más a salvo en Florencia que en ningún lugar en este momento.

Felipe lo consideró durante un minuto.

—Nos sería útil llegar pronto allí —dijo—. Tenemos un poco de dinero en una cuenta en Florencia del que necesitamos disponer ahora. Y —añadió—, tengo unos amigos que viven en las afueras que podrían acogerla. La suya es una casa respetable y suficientemente grande para alojar a un nuevo huésped.

Acordé esto con Felipe y partí hacia Santa María delle Grazie para encontrarme con el Maestro. Al pasar por la tienda del boticario que compraba las hierbas del jardín de Elisabetta, otra idea se me vino a la mente. En nuestra jornada de regreso dimos un rodeo para recoger la caja que contenía las rectas de mi abuela. Con ellas, ayudaría a Elisabetta a obtener unos ingresos adicionales para que pudiera mantenerse por sí misma.

## Capítulo 70

El monasterio dominico de Santa María delle Grazie se encontraba en la parte más alejada del castillo y noté las miradas recelosas de los centinelas franceses a mi uniforme de *condottieri* al atravesar la fortaleza.

Me encontré al Maestro sentado en una banqueta en el refectorio de los monjes, observando su famoso cuadro *La ultima cena* de Jesucristo con sus Apóstoles.

Entré en la habitación desde el claustro exterior y cerré con suavidad la puerta tras de mí. Permanecí allí un rato mirándole y sentí una oleada de amor y afecto que me impedía moverme.

El Maestro se percató de mi presencia. Giró la cabeza.

—¡Matteo! —gritó, extendiendo las manos hacia mí—, ¿eres tú!

Crucé la habitación y me agaché para hincar una rodilla en el suelo ante él.

—Levántate, Matteo —dijo—. No soy un dios ante el que tengas que arrodillarte.

—Temo haberle molestado al no regresar para estudiar en la universidad.

—Estoy triste porque puede que hayas perdido la oportunidad de explorar los límites más lejanos de esa mente inteligente que posees.

Me cogió de los hombros y me levantó.

—Pero aún sigues vivo. Eso es lo más importante. Y me alegro mucho de verte.

Me colocó a una cierta distancia de él para poder admirar mi fina túnica de *condottieri* y el fajín carmesí.

—Siento haberle decepcionado ya que sé que tenía sus esperanzas puestas en mí —dije con humildad.

—Pero la vida de un capitán *condottieri* no está exenta de oportunidades.

El Maestro señaló con su mano el fresco de la Crucifixión de Montorfano, situado en el otro extremo del refectorio.

—Si miras a cada lado de la cruz, verás el dibujo que hice de Ludovico «*Il Moro*». Sforza y de su familia. Los Sforza eran capitanes *condottieri*, pero llegaron a gobernar el ducado de Milán y, si el Papa Julio consigue su propósito, volverán al poder de nuevo cuando los franceses se vean obligados a abandonar Italia.

—Yo no quería ser *condottieri*. Me uní a Paolo dell'Orte porque... —dije, sin acabar la frase. No podía explicar el motivo, sin revelar mi temor y mi culpabilidad.

—Tenías un buen motivo para hacer lo que hiciste —dijo con aire reflexivo. Y entonces añadió—. Desde el comienzo de tu vida.

No sabía muy bien qué quería decir con eso, pero me dio la impresión de que podía llevarme a un territorio que no quería explorar, por lo que giré la cabeza para observar su magnífico fresco de *La última cena*.

—¿Es cierto que la pintura se está cayendo de la pared?

—Parece que la humedad está provocando el deterioro. Al menos —dijo

sonriendo—, está provocando el deterioro del prior del monasterio. No sé si merece la pena restaurarlo, teniendo en cuenta que la guerra se aproxima a la ciudad y es probable que lo destruyan en la batalla.

El Maestro se puso en pie y yo caminé con él mientras se aproximaba a su obra maestra. Era como si nos introdujéramos en el mismo comedor en el que se celebraba la cena y sintiéramos la presencia viva de los trece hombres reunidos alrededor de la mesa. La consecuencia inmediata del anuncio de Jesús: «Uno de vosotros me traicionará» era aparente en la reacción de los Apóstoles a las palabras de su Maestro. La tensión del momento se manifestaba en las distintas expresiones de angustia e incredulidad. El rictus de los dedos extendidos de la mano derecha de Jesucristo reflejaba aquéllos del Iscariote.

Judas.

El traidor.

Me sobresalté cuando el Maestro dejó caer su mano sobre mi hombro.

—Aquí está tu homónimo, Matteo.

Señaló a uno de los apóstoles a la izquierda de Jesús. Un hombre representado de perfil, con una túnica azul brillante y gesto serio.

—San Mateo —repitió—, cuya insignia lleva Felipe bajo la túnica porque profesa especial devoción a ese santo. ¿Lo sabías?

Mi corazón latía muy rápido. Negué con la cabeza.

—San Mateo era recaudador de impuestos y se dice que protege a los que llevan las cuentas de un hogar o comercio. Por eso Felipe siente una afinidad con él.

—Ahora lo entiendo —respondí con cuidado.

El Maestro alargó los brazos y colocó una mano a cada lado de mi cabeza.

—Eres un muchacho honorable, Matteo —dijo—. Cuando llegue el momento, sé que encontrarás el camino hacia la verdad.

Extendió los dedos sobre mi rostro, rodeando mis ojos con su pulgar y su dedo índice.

—Matteo —volvió a repetir mi nombre, aunque realmente no lo era.

## Capítulo 71

Vendí la mayoría de los regalos que había comprado a Elisabetta para obtener dos caballos adecuados para ella y Felipe.

Avanzamos a una buena velocidad al regresar a la *Via Umilia*. Felipe era un jinete competente y Elisabetta no se quejó, aunque cayó exhausta de su caballo cuando nos dein vimos a descansar la primera noche.

Había marcado un ritmo de cabalgada rápido porque quería llegar a este lugar en concreto. Apenas había amanecido cuando me levanté y desperté a Stefano. Le dije que tenía un asunto del que ocuparme y le dejé como responsable de la seguridad de los demás hasta que regresara.

Nos encontrábamos en la zona en la que había muerto mi abuela y quería encontrar el arroyo cercano al lugar en el que había enterrado la caja. Podría hacerlo incluso a pesar de los años que habían transcurrido, ya que dejé marcado el punto con unas rocas distintivas.

Descubrí las rocas y cavé en la tierra.

Ahí yacía la caja de madera de roble, atada fuertemente con cuerda. Dentro estaban su mortero, su maja y sus cucharas, y los pequeños tamices para preparar infusiones. Oí cómo tintineaban al levantar la caja. Sabía que dentro, protegido por una envoltura resistente al agua, se encontraban su libro de recetas y otros documentos. El tamaño de la caja no superaba los cuarenta y cinco centímetros y no pesaba más de cinco kilos. Lo que había parecido una carga pesada para un niño de nueve años, era ahora fácil de levantar y de colgar en la perilla de mi montura.

Cuando ofrecí la caja a Elisabetta, una terrible tristeza se apoderó de mí.

—No la abras hasta que no llegues a tu nuevo hogar —le pedí.

Me sentí avergonzado por mi evidente muestra de aflicción frente a ella, que había sufrido tanto en comparación.

—Es el legado de mi abuela y te lo dono como obsequio. Sus herramientas para hacer ungüentos y medicinas y, lo que es más importante, su libro de recetas. Puedes seguir las instrucciones y venderlas.

—Claro, Matteo —respondió—. Ahora entiendo por qué me pediste que trajera los esquejes y semillas de mi herbario.

Le di a Felipe todo el dinero necesario para cubrir el coste de la manutención de Elisabetta y prometí enviar más en cuanto pudiera. A continuación, delegué en Stefano y su hermano Silvio, nuestra última incorporación, la tarea de escoltar a Felipe y Elisabetta en su camino hacia Florencia a través de las montañas.

—No te preocupes por Elisabetta —dijo Felipe—. Mis amigos no tienen hijos vivos. No la echarán de su casa.

Llegó el momento de decir adiós.

Felipe me cogió la mano.

—Mantente alejado de las balas de cañón si puedes, Matteo.

Elisabetta estaba a punto de llorar, pero levantó la barbilla y no lo hizo.

—Te escribiré cuando me haya establecido —dijo—. Si gano algo de dinero, encontraré un lugar propio en el que vivir, y haré de él un hogar para ti y para Paolo. Tráelo sano y salvo si puedes, Matteo.



# SÉPTIMA PARTE

## EL SELLO MEDICI

---

*Ferrara y Florencia, 1512*

## Capítulo 72

A mi regreso a Ferrara se celebraba un banquete para festejar los éxitos recientes del nuevo comandante francés, Gaston de Foix.

Lucrezia Borgia, había recuperado la salud tras el aborto, había vuelto al *castello* y había aprovechado para organizar una comida de cien platos. Iba a durar desde la puesta de sol al amanecer del día siguiente, y se consideraba un acto de desafío a la nueva alianza papal, la llamada Liga Santa. También tenía como propósito, como Charles observó hábilmente, mostrar a los franceses lo importante que era su presencia para la ciudad y el ducado.

Se dispusieron varias salas para albergar este banquete, con mesas de caballete erigidas para abastecer al elevado número de comensales. Se cubrieron de telas blancas y doradas, y se decoraron con lazos verdes y rojos para celebrar el año nuevo. Los criados corrían constantemente de la cocina a las mesas para traer comida y cuencos con agua y pequeñas toallas para enjuagarse los dedos. Entre cada tanda de platos, las damas se levantaban de la mesa para asearse o paseaban por los patios o las terrazas. Los caballeros las escoltaban o se reunían en grupos para hablar de guerra y política. El tiempo todavía era frío, pero los músicos se habían colocado en carpas abiertas en el jardín para entretener a los que se atrevieran a aventurarse fuera del castillo. Durante estas pausas, yo iba de sala en sala, y entraba y salía de las dependencias buscando a una sola dama.

Era más de medianoche cuando, de repente, a través de una ventana, vi a Eleanora d'Alciato en compañía de otras dos damas. Hice una señal a Charles y le insté a que me acompañara con premura por un camino paralelo, de manera que las interceptáramos en su paseo.

Fingimos gran sorpresa cuando nos encontramos. Intercambiamos saludos y Charles se ocupó cortésmente de las otras dos damas, llevándose una a cada brazo, y caminando delante de nosotros.

Ahora estaba solo con Eleanora.

Le ofrecí mi brazo. Ella se agarró a él.

Tras mi acción inicial para forzar nuestro encuentro, no sabía qué hacer. ¿Debía hablar en primer lugar? ¿Qué podía decir? Miré hacia delante, donde Charles charlaba animadamente con las damas. ¿Un comentario sobre el tiempo, quizás? Carraspeé.

—Así que ahora, Messer Matteo —me dijo Eleanora antes de que pudiera comenzar—, ¿me contará cómo llegó a esconderse debajo de las faldas de una novicia en el jardín de un convento?

Cuando la vi por primera vez en Ferrara pensé en que llegaría el momento en que me hiciera esta pregunta y tenía una historia preparada para ella.

—Estaba visitando a unos amigos en el campo —dije—, y fui asaltado por unos rufianes a mi regreso a Milán.

—Qué raro —dijo la muchacha—. Aunque se dice que es un hombre cruel, nunca habría pensado que Jacopo de Medici esperaría para tender una emboscada a un viajero desprevenido.

—Yo tampoco —dije con suavidad—. Quizás me vio escapar y mis atacantes le pidieron ayuda para perseguirme, inventando alguna mentira para decirle que les había robado.

—¿Lo hiciste?

—¡Claro que no!

Me miró atentamente.

—Ya ves que no llevo bienes encima —dije. Entonces, añadí con picardía—. Ni siquiera un arma.

Sonrió al escucharlo, y dijo:

—Eso es cierto. Y, sin embargo, tengo la sensación de que no me has contado toda la historia.

—Eres tú la que no me has contado toda la tuya —contraataqué—. ¿Cómo es que te encuentras en la corte de Ferrara y, sin embargo, conoces a alguien como Jacopo de Medici?

—Visitó la casa de mi padre en Florencia una vez. Yo era mucho más joven, tan sólo una niña, y por eso él no me reconoció.

Habíamos llegado a una bifurcación en el camino. Charles había girado hacia la casa. Yo dudé y, entonces, presioné levemente su brazo para guiarla en dirección opuesta.

Ella miró hacia atrás, pero se dejó llevar.

—No debo alejarme mucho, ya que se percatarán de mi ausencia.

Caminamos unos metros más. Llegamos a una fuente. Se había cortado el suministro de agua durante el invierno, y el charco de agua que quedaba en la base estaba helado. Eleanora se sentó en el borde y tocó el hielo con los dedos. Al instante tembló. Tuve la necesidad imperiosa de rodearla con mis brazos, para calentarla al presionar mi cuerpo contra el suyo.

Me preguntó acerca de Leonardo da Vinci.

—Mi padre me llevó a la Iglesia de la Anunciación en Florencia cuando se exponía allí el cuadro de la Virgen y Santa Ana de Leonardo.

Inclinó la cabeza hacia un lado.

—Tuviste que conocerle bien. ¿Es cierto que incluye los símbolos de la Trinidad en sus cuadros?

—Nunca dice lo que hay en sus cuadros —respondí—. No podemos hacer más que conjeturar.

—Su círculo de amor entre las figuras era único —dijo Eleanora—. Muchos artistas venían para observarlo y aprender. Es un genio.

—Sí —dije—. Lo es.

—¿Deseas convertirte en un artista?

—No. Hubo un momento de mi vida en el que me planteé ser médico.

—Dicen que Leonardo da Vinci diseccionaba cuerpos en la oscuridad de la noche para buscar el origen del alma...

—Diseccionaba cadáveres para descubrir cómo funciona el cuerpo humano.

—¡Estabas allí!

Era rápida. Observé que con ella uno debía mantener alerta los cinco sentidos.

—¿Y por eso deseas ser médico, Matteo? —prosiguió—. ¿Porque profundizaste en el funcionamiento del cuerpo humano?

Mientras pensaba en mi respuesta, me di cuenta de que con esta conversación estaba profundizando en su propia mente. Una iluminación sobre quién era Eleanora d'Alciato y cómo pensaba.

—Cuando el Maestro da Vinci estudiaba los órganos internos, siempre comentaba conmigo su función, y cómo se podía ver atrofiada por un accidente o una enfermedad. Y entonces me explicaba el posible tratamiento para repararlos. Durante un tiempo, estudié bajo la tutela de un amigo de Leonardo, que murió hace poco. El profesor Marcantonio della Torre, que impartía clase en la escuela médica de la universidad de Pavia.

—La biblioteca de Pavia es famosa —dijo—. ¿Es tan maravillosa como dicen?

—Lo es. Leí algunos de los libros que contiene.

—¡Me encantaría verla! —dijo con los ojos brillantes por la emoción—. Mi padre me educó en casa y teníamos una nutrida biblioteca. Estudié a Aristóteles y a Petrarca, y también leí a Dante. Pero tuvimos que vender los libros de mi padre para pagar las deudas cuando falleció —Eleanora suspiró—. Una doble pérdida que llorar: amaba tanto a mi padre y a sus libros.

—¿Y cómo has llegado a la corte de Ferrara? —le pregunté.

—Cuando mi padre murió sin dinero, mi tío me acogió en su casa. Fue un acto muy generoso por su parte, ya que tenía cuatro hijas propias. Eran jóvenes, pero pronto les llegaría el momento de casarlas, por lo que quería arreglar mi vida cuanto antes. Después del funeral de mi padre, organizó mi matrimonio con un respetable mercader florentino. Este hombre tenía media docena de hijos, habidos de tres esposas fallecidas. Mi tío creía que debía estar agradecida. El hombre, aunque era mucho mayor que yo, tenía una pequeña fortuna, y mi tío creyó que el cuidado de sus hijos me apartaría del recuerdo de la pérdida de mi padre. Yo no estaba segura de la decisión y le dije que no podía aceptar esa responsabilidad en ese momento. Me dirigí al convento del que mi tía es abadesa y ella me ofreció cobijo. Pero no me adaptaba a

la vida monástica, por lo que la abadesa le escribió al Duque Alfonso, que es pariente suyo, y él me permitió venir a la corte durante un tiempo. —Eleanora se puso en pie—. Ahora debo regresar a la casa. Ya habrán servido el siguiente plato y la duquesa puede ver mi asiento desde su posición. Se preguntará dónde estoy.

Comenzó a andar, pero yo avancé para bloquearle el paso. Quedamos el uno frente al otro, cuerpo con cuerpo, y no pude resistirme a tocar su rostro con la mano.

Su piel era suave. Ella colocó su mano sobre la mía y la deslizó por la mejilla.

—Eleanora —susurré.

Oímos el sonido de la campana de servicio transportado por el aire de la noche.

—Debo entrar —dijo la muchacha.

## Capítulo 73

Mientras estuve en Milán, el ejército francés había comenzado una serie de exitosas campañas para volver a conquistar las pequeñas ciudades de los alrededores de Ferrara.

Gaston de Foix me recordaba a otro comandante que había visto operar en la Romagna años atrás. La gente no tenía tiempo para prepararse para sus ataques. Su método de desplazamiento rápido para llegar a un lugar y caer sobre su enemigo desprevenido, era similar a la forma de actuar de Cesare Borgia. Para este tipo de campaña, se pidió que la *Bande Rosse* apoyara a la fuerza principal. Nuestros hombres eran conocidos por estar bien equipados y entrenados en las armas que portábamos.

Pero el saqueo de las ciudades me preocupaba. No se trataba de la caza de soldados armados que llevamos a cabo en Bolonia. Suponía el abuso de los ciudadanos. Paolo tenía la habilidad especial de ignorar los hechos, de permanecer ciego ante las cosas de las que no quería preocuparse. Tal como había hecho al vender la granja y no prever las consecuencias para su hermana, estaba decidido a continuar con su propósito de vengarse de los ejércitos del Papa, sin querer darse cuenta de que esa lucha sería inacabable, batalla tras batalla, sin fin.

Cuando regresamos a Ferrara tras la última campaña breve, nos esperaban cartas de Felipe y Elisabetta.

La joven escribía para decir que la casa en Prato, donde estaba viviendo ahora, tenía un jardín. Los amigos de Felipe eran una pareja de ancianos, de salud delicada, que se alegraban de contar con su compañía y ayuda en la casa. Le habían dado permiso para plantar cualquier hierba que deseara. Ya había conseguido llegar a un acuerdo con un boticario de Florencia. Cuando las plantas comenzaran a florecer en primavera, pretendía abrir los libros de mi abuela y preparar sus propias recetas.

Felipe había llevado a cabo sus negocios de forma satisfactoria en Florencia y se las había arreglado para obtener un salvoconducto de regreso a Milán y ahora se encontraba en Vaprio con el Maestro.

En primavera, los franceses celebraron un consejo de guerra. Propusieron atacar Rávena. Era la última gran ciudad fortificada de la Romagna bajo dominio vaticano y un sitio apostólico.

—El Papa no permitirá que Rávena caiga —dijo Paolo—. Si conquistamos Rávena, su presencia quedará erradicada de la Romagna.

—Así que atacando Rávena —dijo Charles—, Gaston de Foix obligará a los ejércitos papales a negociar. Y eso podría acabar con esta toma de ciudades, para

perderlas y reconquistarlas de nuevo.

Así que todo estaba decidido. Los franceses y los ferrareses se reunirían todas las armas y a todos los hombres disponibles para poner fin a este conflicto.

Antes de partir para proceder al asedio de Rávena, la Duquesa Lucrezia organizó un extravagante desfile para exaltar los éxitos de los franceses, comandados por el espléndido de Foix. Incluía estructuras móviles, con actores vestidos como soldados sobre un enorme escenario levantado en la plaza principal.

Donna Lucrezia estaba sentada enfrente para observar el espectáculo. La celebración se prolongó, y ella y sus damas entraron y salieron durante los cambios de escenario. En uno de esos descansos, me las ingenié para hablar con Eleanora en el patio de la iglesia que se estaba utilizando como baño para las mujeres.

—Vengo a despedirme —le dije en voz baja mientras atravesaba la puerta con otra dama.

Eleanora se detuvo y miró alrededor. Su acompañante me vio primero. Era una chica joven con rostro travieso. Cruzó sus labios con un dedo y empujó a Eleanora en mi dirección.

—Mañana la *Bande Rosse* partirá hacia Rávena —dije—. Quería hablar contigo antes de marcharme.

—¿Por qué? —preguntó.

—Porque... —comencé a decir y me acerqué a ella. Parecía molesta—. ¿Te he ofendido de algún modo? —le pregunté.

—Responda a mi pregunta primero, caballero —dijo bruscamente.

—Mis sentimientos hacia ti son profundos y deseaba volver a verte y oír tu voz antes de abandonar Ferrara.

—¿Y no tienes consideración por mis sentimientos?

—Precisamente es mi consideración la que me trae a este claustro esta noche.

—Si fuera cierto, no volverías a la guerra. ¿Por qué sigues con la *Bande Rosse*? —preguntó la joven—. ¿Recuerdas que tuvimos una conversación sobre el hecho de que no estabas hecho para ser soldado?

—Contraí una obligación con el Capitán Paolo dell'Orte —respondí—. Cree que el Papado provocó la ruina de su familia y yo estoy ligado por honor a ayudarle en su lucha para vengar este daño.

—¿No te desvinculaste de esta obligación cuando tomasteis Bolonia? El emisario del Papa fue expulsado de la ciudad más importante de la Romagna. ¿No es esto suficiente? ¿No crees que deberías conducir tu vida como gustes?

Había pensado en ello. El médico con el que traté en Bolonia, Claudio Ridolfi, me dijo que si compartía más remedios con él, me conseguiría una plaza en su escuela de medicina. Y ahora que Elisabetta iba a transcribir las recetas de mi abuela, esto sería posible. Pero Paolo había firmado otro período de servicio y Elisabetta me había

encargado que lo llevara sano y salvo a su hogar.

—Es complicado —dije a Eleanora.

No podía explicarle la deuda que sentía que tenía con la familia dell’Orte. No podía contarle mi parte de culpa en su desgracia.

—El Papa no renunciará a Rávena tan fácilmente. Está enviando a cada soldado que pueda reclutar para ayudarles. Si vas a Rávena, Matteo, morirás.

—Ya conoces mis obligaciones —dije—. ¿Qué más puedo hacer?

—Tomar las riendas de tu propio destino —respondió con brío—. Un hombre puede hacerlo, pero una mujer no.

Rodeé su cuello con mis manos y la atraje hacia mí. Ella permaneció inmóvil. Podía ver una diminuta peca en el lateral de su ceja, el cabello suave que caía sobre la sien, cada sedoso mechón por separado. Su labio superior temblaba.

Coloqué mis labios sobre los suyos, el superior con el superior, el inferior con el inferior. Pero no los presioné. Esperé. Dejé que su respiración se entremezclara con la mía, hasta que sentí cómo se aceleraba y sus labios dejaban salir pequeños jadeos.

Entonces la besé. Y ella me dejó hacerlo.

Cuando nos separamos, le dije:

—Volveré a por ti.

Sus ojos se iluminaron y, a continuación, se entristecieron.

—Entonces puede que ya no esté aquí —respondió.



## Capítulo 74

Creía que Eleanora no vendría a vernos desfilar de camino a la batalla.

Pero cuando miré hacia las almenas, mientras atravesábamos al día siguiente las puertas de la ciudad, vi a Eleanora con el resto de las damas. Levanté mi mano enguantada y toqué mi casco, a modo de saludo, y fui premiado con un aleteo de lazos lilas y verdes.

Charles también vio este movimiento y cabalgó junto a mí cuando dejamos atrás las puertas de la ciudad y nos dirigimos hacia el sur para cruzar el río.

—Lazos lilas y verdes —dijo—. ¿No son esos los colores de Eleanora d'Alciato? Sentí cómo me sonrojaba.

—Ten cuidado, Matteo.

—¿Y eso por qué?

—Te conozco, amigo mío. No pierdes el tiempo y no te tomas a la ligera el amor. Contigo es todo o nada. No quiero que te hagan daño.

—¿Por qué dices eso? —pregunté sorprendido—. Ella no es como otras damas de la corte que juegan con los sentimientos de los hombres.

—Claro que no —suavizó Charles—. Pero aunque una mujer puede dar su amor a quienquiera que elija, no está autorizada a decidir sobre el asunto del matrimonio.

—¿Matrimonio? Aún no se ha concertado ningún matrimonio para Eleanora.

—Todavía no —dijo Charles—. Pero ha rechazado el convento y casi tiene diecisiete años, por lo que su tutor debe tener planes para el futuro.

Así que no había sido casual que Eleanora me hablara acerca de la falta de libertad que sufrían las mujeres. Quizá estaba al corriente de que su tío planeaba un arreglo matrimonial para ella. Ahora cobraban sentido las últimas palabras que le oí decir.

Cuando le dije que volvería a por ella, Eleanora respondió: «Entonces puede que ya no esté aquí».

Llegamos a las afueras de Rávena justo antes de Pascua.

Charles nos informó de que los aliados de la Santa Liga habían venido y se habían posicionado donde creían que estarían a salvo, en la parte sur del río Ronco. Los ingenieros franceses construyeron rápidamente un puente flotante. En la mañana del domingo de Resurrección, Gaston de Foix condujo a sus tropas a través del río y las dispuso en un arco frente a las fortificaciones españolas. Al mismo tiempo, el Duque Alfonso movía su cañón hacia donde viera un punto débil en su flanco.

Nuestra infantería avanzó. Desde las murallas enemigas, el fuego criminal salía de su cañón y de sus máquinas de guerra. Cayeron muchos de nuestros hombres, para

no volver a levantarse más.

Pero la artillería ferraresa no estaba inerte y, cuando comenzaron su carga, apareció el ingenio del Duque Alfonso. Sus cañones se habían dispuesto para disparar a las trincheras del enemigo, y los españoles fueron atrapados con vida y sin posibilidad de escapar.

Era evidente que el número de bajas sería elevado. Charles, que normalmente se emocionaba con la acción de la batalla, estaba tenso, y su rostro se volvía sombrío por momentos.

Por suerte, había llegado la hora de que la caballería ligera francesa, la *Bande Rosse* incluida, atacara la posición del enemigo. Ya no éramos los jóvenes inexpertos de Mirandola, sino hombres guerreros que gritaban de ira y deseo de sangre, mientras galopábamos hacia la batalla. Pero, si bien no éramos muchachos inexpertos, tampoco lo eran los hombres a los que nos enfrentábamos. Y también tenían un comandante experto y talentoso, el español Ramón de Cardona. Este hombre hacía una señal en este justo momento para que su caballería ligera avanzara también. Y allí se luchó mano a mano, caballo contra caballo. En el denso espesor de la lucha, no había tiempo para mirar alrededor, para ver si un compañero había caído o para rescatar a cualquier otro que estuviera siendo doblegado.

De repente, oímos un grito. La infantería española estaba abandonando el campo de batalla. ¡Habíamos ganado!

Pero entonces aconteció el desastre. Hubiera sido mejor perder ese día que lo que acaeció después.

En persecución de la división española, que creía compuesta de tropas sin experiencia que se retiraban para luchar otro día, Gaston de Foix giró su caballo y cabalgó hacia el paso elevado. Instando a sus hombres a que se apresuraran, alcanzó a la infantería que huía para intentar destruirla. Pero de Cardona y sus hombres lograron escapar y, en el tumulto, Gaston de Foix fue derribado y muerto.

Rávena era nuestra. La victoria era nuestra. El Papa Julio había sido derrocado pero, ¿a qué precio?

El comandante español había eludido la captura y se había llevado a sus mejores hombres con él. Francia y el Rey Luis habían perdido, para siempre, a uno de los mejores y más brillantes soldados. Y sólo cuando comenzamos a apilar los cadáveres, nos dimos cuenta del alcance total de la masacre. Miles y miles de hombres de ambos bandos habían muerto. Los poetas de la corte, los escribas y los historiadores Siempre exageraban las cifras de los caídos, para que cuando narraran sus historias de guerra en los banquetes y festines, la victoria del ganador pareciera más gloriosa y la derrota del enemigo más infame. En Rávena no eran necesarios los recursos hiperbólicos. Los cuerpos muertos desafiaban cualquier recuento.

Más de diez mil hombres. Entre ellos Stefano y su joven hermano Silvio.

Y Charles d'Enville.

La bala de cañón que hirió a Charles mostró menos piedad que la alabarda que le desgarró en Agnadello. El disparo se llevó su brazo y la mitad de su rostro. Al día siguiente a la batalla, Charles murió a causa de sus heridas y no pude salvarle.

Nuestras tropas entraron en Rávena. Una semana después, la peste azotó la ciudad.

## Capítulo 75

—No puedo irme.

Paolo me miró. Había venido a decirme que los soldados que habían sobrevivido se estaban preparando para regresar a Ferrara y que yo debía ir con ellos.

—Esta gente está sufriendo —dije—. Tengo los medios para ayudarles. No puedo irme.

Paolo asintió lentamente en lo que parecía un atisbo de comprensión.

—Eres médico —dijo—. Tanto como yo soldado.

El sufrimiento de los ciudadanos se estaba haciendo más terrible que el de los supervivientes de los dos ejércitos. La peste estaba avanzando incontrolada en los barrios más pobres. En esas zonas, el consejo de la ciudad había decidido cerrar las casas, asegurando ventanas y puertas con tablones de madera para que la gente que yacía enferma en el interior no pudiera escapar. Sus llamadas y gritos de socorro eran desgarradores, al igual que los lastimosos lloros de sus hijos.

Recordé que la monja del convento de Melte creía que la peste se portaba en las vestimentas y bajo su cuidado sobreviví al contacto con la enfermedad. Ordené que todas las ropas de las víctimas y sus familiares fueran quemadas. A continuación, envié a nuestros soldados a recuperar los ropajes tomados como botín de las casas de la nobleza y los distribuimos entre los que estaban desnudos. Nuestros hombres estaban muy asustados. No les culpaba. Marcantonio della Torre, que poseía sin duda muchos más conocimientos y habilidades que yo, había sucumbido a este mal. Era un enemigo más mortífero e insidioso que cualquiera al que nos hubiéramos enfrentado en un campo de batalla, pero al fin y al cabo, se trataba de eso, de un campo de batalla, y tenía que encontrar la forma de luchar contra él con más pericia que el general de un ejército. Y en este empeño descubrí que Paolo tenía una gran fuerza interior.

—Debemos abrir las casas —dije.

—No —dijo Paolo—. No debemos hacerlo.

—No podemos abandonar a la gente encerrada a su suerte, ya que morirán de hambre. Puede que ni siquiera tengan la peste.

—Si pedimos a los hombres que abran las casas, se amotinarán —razonó Paolo—. Puede que incluso maten a los enfermos para impedirles que salgan.

—No puedo quedarme aquí de brazos cruzados y ver cómo la gente se muere de hambre cuando hay comida de sobra fuera.

—Hay otro modo —dijo Paolo.

Me explicó que ordenaría a sus soldados que retiraran una tablilla del postigo de madera de cada casa y que les pediría que informaran a los reclusos para que introdujeran cada día por el hueco, agua y comida. Pero los soldados también les

advertirían que si intentaban abandonar sus casas, serían ejecutados.

—Necesitan algo más que comida. Requieren atención médica.

—No podemos dársela, Matteo —dijo Paolo, mirándome con seriedad—. Ten en cuenta esto. Debes ayudar a nuestros médicos a tratar a los heridos franceses, ya que si no lo haces, el intendente del ejército no nos dará acceso a los almacenes de comida. Además, si atiendes a los ciudadanos enfermos, atacados por la peste, irás de casa en casa sin cesar, y morirás de cansancio, o alguien te matará, o puede que incluso contraigas la enfermedad. Te retirarás a un lugar limpio y seguro —prosiguió Paolo—, y allí podrás tratar a la gente.

—Pero yo...

—Matteo, así es cómo debe ser —dijo Paolo con firmeza.

En este caso, me dejé guiar por él. Y descubrí que mucha gente no tenía la peste, sino que se trataba sólo de disentería, forúnculos, sarna u otro tipo de eccemas, que habían provocado el pánico entre los oficiales de la ciudad declarándoles infectados.

Un día, un oficial de alto rango del ejército francés se acercó para hablar conmigo.

—Has atendido a soldados españoles mientras que hay franceses que esperan tus cuidados. Te ordeno que no hagas eso.

—No soy médico —respondí—. Sólo ayudo a los que vienen desesperados pidiendo atenciones. Cuando un hombre viene a mí desnudo, no conozco su raza ni a quién ha jurado fidelidad. Trataré a todos los enfermos y, si no me permite hacerlo, no trataré a ninguno.

El oficial se marchó.

Los franceses declararon su victoria en la batalla de Rávena.

Cuando el Rey Luis conoció la noticia de la muerte de su sobrino, Gaston de Foix, lloró. Dijo que no sólo lloraba por su propia pérdida, sino también por la de toda Francia. Declaró un día de luto en su corte. Entonces comunicó a sus ministros de guerra que ni una gota más de sangre francesa se derramaría en suelo italiano.

Paolo escribió a los padres de Stefano y Silvio para informarles de que sus hijos habían perecido en la batalla. Recordé aquel día en su granja hacía sólo unos meses, cuando la prometida de Stefano se pegó al cuerpo el paño de seda blanca que él le había comprado y bromeando con él, imaginaba qué aspecto tendría cuando lo llevara en su boda.

Consideré adecuado escribir a Elisabetta para contarle que Charles había muerto. Sabía que lamentaría su pérdida, ya que aunque sólo habían hablado una vez, habían mantenido correspondencia durante este tiempo. Le retraté como un héroe, poniendo en su haber una valiente gesta e inventando para él un final rápido y sin sufrimiento. No me sentí culpable al hacerlo. Había sido un capitán amable y audaz, y su recuerdo

no merecía menos.

No me uní a la marcha de regreso a Ferrara, sino que permanecí un tiempo en Rávena. Lo hice para asegurarme de facilitar el último sufrimiento a los ciudadanos restantes que estaban sucumbiendo a la peste. También lo hacía porque no tenía ánimo para ninguna procesión triunfal. Así fue cómo, sólo unas semanas después, cuando regresé a Ferrara, me enteré de que se había capturado a un prisionero muy importante en Rávena. Un aliado poderoso del Papa Julio que estaba utilizando al Papado para reinstaurar a su familia en el lugar que él consideraba suyo: el gobierno de Ferrara. Este hombre era el cardenal Giovanni de Medici.

## Capítulo 76

En consonancia con su estatus como hijo de Lorenzo el Magnífico, el que fuera el más influyente gobernante de Florencia, el cardenal Giovanni de Medici se hospedaba en los aposentos reales y se le permitía libertad de movimientos.

En cuanto llegué a Ferrara, me pidieron que acudiera al *castello*. El cardenal había estado cazando con halcón en el Barco y se había lastimado al desmontar de su caballo tras la caza. Estaba muy gordo y me inclinaba a pensar que era él el que había lastimado al caballo.

El chambelán del duque, que me había saludado, dijo:

—He oído que es más que un mero teniente *condottieri*, Messer Matteo. Se le requiere para asistir al tratamiento del cardenal Giovanni de Medici. La piel de su pierna se ha vuelto a abrir y ahora está infectada. Es sabido que posee algunas habilidades médicas, así que examinará la herida y considerará qué se puede hacer para curarle.

Podría haber dicho que no podía ayudarle. Pero habría sido estúpido por mi parte provocar el enfado del duque y de la duquesa. Estar cerca de un Medici era motivo de inquietud, y los nervios afloraban mientras el chambelán me conducía a los aposentos del cardenal, dónde descansaba en su cama ante la presencia de la duquesa y una de sus primas.

No tenía qué temer. El cardenal no tenía interés en mi persona. Era corto de vista, y de ninguna manera quería observar cómo examinaba su pierna. Volvió la cabeza mientras una de las damas de Donna Lucrezia agarraba su mano.

Si hubiera sido un criado, habría sido ignorado completamente cuando realizaba mi trabajo, pero mi reputación como sanador me concedía un cierto estatus. La duquesa me observaba cuando me incliné para examinar más de cerca la herida y entonces hizo un comentario. Tenía un buen nivel cultural, pasando fácilmente de un idioma a otro pero, para este comentario, con objeto de que fuera íntimo y dado que se dirigía a uno de sus familiares, habló en catalán.

Una lengua que yo entendía perfectamente.

—El joven médico, Dorotea —la voz de Donna Lucrezia era lánguida y sensual—, luce una pierna bien formada bajo su túnica, ¿no crees?

Intenté mantener la calma en mi rostro, pero no podía esconder mi incomodidad.

La duquesa me miró con curiosidad. Había supuesto que no la entendería.

Su prima Dorotea salvó la situación.

—¡Se ruboriza! —gritó alegremente—. Por su ademán, señora, habrá averiguado su significado.

Rieron juntas a causa de mi incomodidad.

Esta dama se inclinó hacia mí.

—Dicen que tiene manos sanadoras, Messer Matteo. ¿Sería tan amable de colocarlas sobre mí? Tengo una molestia.

—Silencio, Dorotea —Donna Lucrezia le recriminó—. Eres demasiado atrevida en tus maneras.

Cuando redacté la receta e hice el amago de abandonar la habitación, Donna Lucrezia se levantó de su asiento y depositó una moneda de oro en mi mano.

—Por las molestias.

—No es tal molestia cuando se trata de una dama como usted —respondí.

—¡Ah, ahora le reconozco! —exclamó.

No podía hablar. No era posible. Habían pasado demasiados años y sólo había sido una ojeada entre la multitud. Pero ella era una mujer inteligente.

—¡Es el caballero que se hizo con el lazo de Eleanora en la justa!

Volví a respirar.

—Sí... fui yo —conseguí decir.

—Y —ella sonrió— reclamó su recompensa con gran elocuencia.

Incliné mi cabeza a modo de reconocimiento de su cumplido.

—Haciendo a su caballo doblegarse así. Es un truco que los gitanos enseñan a sus caballos, ¿no es cierto?

Agradecí que mi cabeza estuviera inclinada y la elevé lentamente.

—Recuerdo cuando era una niña, en Roma —prosiguió—, había una feria de caballos todos los años y observábamos desde las ventanas del Vaticano como actuaban para nosotros. Eran los mejores jinetes, y corrían arriba y abajo con sus caballos para demostrarlo.

Lucrezia Borgia me miró sin mala intención.

—Soy muy comprensiva con los temas del corazón, pero debes saber que Eleanora d'Alciato pronto contraerá matrimonio. Su tío es su tutor desde que sus padres fallecieron. Ella tiene una dote poco cuantiosa, lo que quiere decir que la espera el convento o este matrimonio.

Hizo una pausa en su explicación.

—Por supuesto, un hombre puede aceptar gratamente a una mujer sin fortuna, aunque entonces él necesitaría tener algo de dinero de su propiedad. Si alguien así apareciera, podría hacer una oferta...

Volvió a hacer una pausa y, a continuación, dijo:

—Podría cambiar las cosas...



## Capítulo 77

La sabiduría del comandante español Ramón de Cardona pronto se hizo evidente. En el asedio de Rávena, viendo que la ciudad estaba perdida, se había retirado, conservando sus mejores tropas para permitirles luchar otro día. Su infantería estaba compuesta de soldados formidables y bien armados. Entonces se reunió con el resto del ejército papal y comenzó a invadir los sitios disputados de la Romagna.

Nuestras tropas, exhaustas, se enviaron en tandas para ayudar a las de guarnición en algunas ciudades de los alrededores de Ferrara. Sólo sería una acción defensiva. Diezmados por nuestras pérdidas en Rávena, no podíamos reagrupar las suficientes fuerzas para participar en ninguna batalla, y mucho menos emprender una campaña. Los venecianos y los suizos, a pesar de su desconfianza entre ellos, avanzaban unidos. Bajo el mandato del Papa, controlarían la parte norte de Italia. El tiempo se había agotado. Los franceses tendrían que abandonar Ferrara y partir a Milán mientras los caminos permanecieran despejados para ellos.

Esta información nos llegó a Paolo y a mí a través de chismes y habladurías. Desde la muerte de Charles y muchos de los oficiales franceses, había tenido pocas noticias sobre lo que estaba ocurriendo entre el ejército francés y los consejos de guerra.

Pero recibí una nota de Eleanora solicitando un encuentro privado junto a la fuente del jardín del *castello* cuando anocheciera.

Fui allí solo y esperé. Era casi medianoche cuando la joven apareció.

—No me he podido escapar antes —susurró.

Hice el amago de tomarla entre mis brazos, pero ella retrocedió.

—Vengo a informarte de que el duque Alfonso se dirige a Roma.

—¡A Roma!

—¡Silencio! —dijo, y miró a su alrededor—. En breve se dará a conocer la noticia, pero pensé que sería una ventaja para ti saberlo ahora. Ha ido a firmar la paz con el Papa.

—Te agradezco que me lo hayas contado —dije.

Toqué su brazo y ella tembló.

—También vengo a decirte que abandono Ferrara.

Retrocedí.

—¿Cuándo? ¿Por qué?

—Mi tío —dijo mirando a otro lado— desea que me case. Conoce a un hombre, cuya mujer ha fallecido, y éste ha hecho una oferta. Tengo que viajar a Travalle, cerca de Florencia, para conocerle.

—¡Eleanora!

Su mirada no se encontró con la mía.

—Eleanora.

Agarré su mano e hice que ella me mirara. Había lágrimas contenidas en sus ojos.

—¿Se ha firmado un contrato de matrimonio?

—No —la muchacha frunció el ceño y negó con la cabeza—. Primero tengo que ser examinada por su familia para ver si soy merecedora. Así es cómo se hace.

—No tiene por qué ser así —dije—. Si tuviera dinero o patronazgo me acercaría a tu tío...

—¡Shhh! —me pidió silencio poniendo su dedo en mis labios—. No hay nada que hacer, Matteo. No se nos permite vivir nuestras vidas como deseamos.

Pensé que ella y Elisabetta me habían hecho recordar la diferencia entre los deseos de un hombre y de una mujer.

—Eleanora, ¿qué harías si pudieras elegir lo que quisieras?

—¿Si fuera un hombre?

—Yo soy un hombre y, sin embargo, no puedo hacer lo que deseo.

—Entonces dime. ¿Qué profesión o trabajo elegirías si fueses libre?

—Creo que sería médico —dije—. ¿Y tú? ¿Qué harías si fueses libre de elegir tus ocupaciones?

—Estudiaría los textos de la humanidad. Como mujer me han enseñado a leer, aunque a menos que ingresara en un convento, tendría pocas posibilidades de ampliar mis conocimientos. Y —dijo sonriendo a duras penas— no quiero ser monja.

—Algunas mujeres asistían a las disecciones en Bolonia —le dije.

—No sé si podría soportarlo, pero me gustaría asistir a una clase impartida por uno de los filósofos.

—¿Y —dije acercándome a ella—, si fueras libre de elegir con quién contraer matrimonio?

—¿Cómo podría yo, una simple mujer, tomar esa decisión?

Acerqué mi rostro al suyo. Con la punta de mi lengua tracé el contorno de su boca. La pasé por el borde externo de su labio superior y, a continuación por su labio inferior. Retrocedí y la miré a los ojos. Ella me devolvió la mirada. Sus ojos estaban abiertos de par en par y brillaban con el verde de la esmeralda. Me incliné hacia delante, sin tocarla, e inserté el extremo de mi lengua entre sus labios entreabiertos.

La joven soltó un pequeño gemido.

Oímos a alguien aproximarse, los pasos del guarda sobre el pasaje.

Ella retrocedió.

—Debo irme —susurró.

—No, espera —le dije—, por favor...

—¿Quién está ahí?

El soldado había preparado su pica para atacar mientras se acercaba. Salí donde él pudiera verme y me identifiqué. Para cuando logré convencerle de que no era un espía del Papa, Eleanora se había marchado.

Paolo se mostró tan alarmado como yo cuando le conté que el Duque Alfonso iba de camino a Roma para intentar llegar a un acuerdo con el Papa Julio.

—No hay futuro para nosotros aquí, Matteo —dijo.

—No quiero ir a Francia —le dije con firmeza.

—Yo tampoco —me contestó—. Pero me gusta ser soldado. De alguna forma, me hace sentirme cerca de mi padre.

—Entonces escúchame.

Ya había pensado qué le diría a Paolo.

—La república de Florencia tiene su propio ejército de ciudadanos —le dije—, tal como lo concibió Niccoló Machiavelli. Puedes ofrecerles tus servicios. Satisfarás tu ansia de ser soldado y, además, tendrás cerca a Elisabetta. Yo iré contigo —añadí. Y le conté a Paolo que esperaba ir a la casa del tío de Eleanora para pedirla en matrimonio.

Pero no tenía dinero para hacerlo. Ni los medios para obtenerlo.

Excepto la única cosa de valor que poseía.

## Capítulo 78

En la soledad de la pequeña barraca donde Paolo y yo dormíamos por las noches, retiré el envoltorio que cubría el sello. Su forma se ajustaba perfectamente a la palma de mi mano y el oro relucía sin vivacidad bajo la luz del farol. Los círculos del escudo de armas de los Medici destacaban gloriosos en la superficie, con el escudo que encerraba el lema en el interior del borde.

MEDICI...

¿Cuál sería su valor?

«Si un hombre tuviera algo de dinero, podría cambiar las cosas...». La mismísima Lucrezia Borgia lo había dicho.

El tío de Eleanora la veía como un negocio del que preocuparse. El dinero que conseguiría vendiendo el sello me daría suficiente riqueza como para convencerle de mis buenas intenciones.

Eleanora partió de Ferrara a casa de su tío al día siguiente.

Así que comencé a investigar a los comerciantes de Ferrara con vista de elegir a quien pudiera estar interesado en la compra de un objeto como el sello Medici. Esta tarea me ocupó algunos días de cuidadosa búsqueda hasta que finalmente elegí al orfebre adecuado. Una mañana temprano entré en una tienda cerca del Ponte d'Oro, saqué el sello de la bolsa que portaba alrededor de mi cuello y lo deposité en el mostrador.

Los ojos del tendero se abrieron de par en par cuando lo examinó. Primero lo pesó y, a continuación, cogió una pequeña herramienta de orfebrería y arañó el borde exterior.

—Parece auténtico.

—Lo es —dije—. Y se lo advierto. No me haga perder el tiempo con regateos. Hágame una oferta decente o me iré a otro lugar a venderlo.

Elevó una ceja, frunció los labios y mencionó una considerable suma de dinero.

—El doble —dije—. Démelo en oro y el sello será suyo ahora mismo.

Él extendió las manos.

—No dispongo de esa cantidad en mi tienda. Venga mañana.

—Esta tarde —le dije.

Saqué mi daga y coloqué la hoja en su cuello.

—Y si comenta algo de esto con alguien le abriré la garganta.

Paolo y yo empleamos el resto del día en prepararnos para nuestra marcha.

Cargamos unas cuantas cosas en nuestros dos mejores caballos y cabalgamos rumbo a un lugar en las afueras de las murallas de la ciudad. Dije a Paolo que tenía una deuda que cobrar y que iría a recaudarla mientras él esperaba allí con los dos animales. Entonces emprenderíamos el viaje a Florencia.

Fui a la tienda una hora antes de lo fijado. Esperé en un callejón y observé la puerta, pero el trasiego de la calle parecía normal. Como no sucedía nada extraño, a la hora estimada salí de mi escondrijo, crucé la calle y entré en la tienda.

En cuanto me vio, el orfebre descorrió la cortina que separaba su tienda de la parte trasera.

—Pase por aquí —dijo.

Llevé la mano a mi espada.

El orfebre chasqueó la lengua.

—No hay nadie esperando para robarte —dijo.

Descorrió la cortina del todo y vi que su pequeño cubículo estaba completamente vacío.

—Únicamente pretendo mantenernos lejos de la mirada de cualquiera que pase por la calle.

Fuimos dentro y dejó que la cortina cayera tras él.

En ese momento, oímos abrirse la puerta al otro lado.

Tenía la daga en mi mano aún antes de que el orfebre susurrara: —No te he traicionado. Tengo tantas ganas de comprar el sello como tú de venderlo. Déjame ir y deshacerme de quienquiera que sea.

Separó mi arma y salió atravesando la cortina, saludando a su nuevo cliente efusivamente.

Oí la voz de un hombre.

—Alguien ha traído el Gran Sello de la familia Medici a esta tienda. Quiero comprarlo.

—¿El Gran Sello de los Medici? —dijo el tendero mostrando su asombro—. Nunca he tenido conocimiento de que tal cosa existiera.

—No me lo pongas difícil —el tono del hombre era impaciente y amenazador—. He buscado el sello Medici durante mucho tiempo. Mis espías me han informado de que pidió dinero hoy, nombrándolo como garantía para su préstamo. Por lo tanto, debe saber de su paradero. He cabalgado muchos kilómetros para llegar aquí y estoy dispuesto a pagar muy bien esa información.

Se oyó un ruido, como si una bolsa de monedas se hubiera dejado caer encima de la mesa.

—Todo esto será tuyo.

—Es una cantidad considerable —dijo el tendero lentamente—. Por esta cantidad de oro, me esforzaré por obtener el sello para usted.

—¿Dónde está el joven que se lo trajo?

—Si le doy el sello, ¿por qué buscarle?

—Tengo mis motivos.

—¿Por qué quiere castigarle? —la voz del tendero parecía tensa, casi implorante. Estaba preocupado por evitar un derramamiento de sangre en su tienda—. ¿Por qué vengarse de ese joven si recupera lo que quiere?

—Eso es cosa mía —dijo el hombre tercamente—. Mira, puedes quedarte esa bolsa de oro y te traeré otra igual si me entregas al chico.

Hubo un segundo de silencio. El tiempo empleado por el tendero en fijar el precio de mi cabeza.

Sólo tendría que volver sus ojos en dirección a la cortina y mi enemigo me rajaría sin ni siquiera ver mi rostro.

Oí la inspiración profunda del hombre y en ese instante, supe que el tendero me había traicionado.

## Capítulo 79

Corrí.

Agachando la cabeza, salí propulsado hacía fuera desde detrás de la cortina y atravesé la tienda. Unas manos me agarraron, mi túnica se desgarró, pero me deshice de ellas en mi carrera.

—¡Detente! —la voz del extraño resonó detrás de mí—. ¡Detente!

Me encontraba en la calle, con los dos hombres persiguiéndome.

—¡Al ladrón! —el grito del tendero acaparó la atención de más transeúntes—. ¡Al ladrón!

La gente corrió a asomarse a las ventanas y puertas de las tiendas.

—¡Al ladrón! —repetieron el grito—. ¡Al ladrón! ¡Al ladrón!

Había quienes se apartaban de mi camino y me vitoreaban, pillos y jóvenes, encantados con cualquier situación de desafío a la autoridad. Otros me arrojaban basura o piezas de fruta y verdura. Una gran variedad de objetos caía tras de mí cuando corría hacia el río.

Estaba en el puente. Si consiguiera llegar al otro lado, podría perderles entre los callejones del embarcadero.

—¡Pagaré una recompensa! —oí gritar al extraño—. ¡Diez monedas de oro al que consiga capturarlo!

Un hombre salió de una tienda al otro lado del puente. Era un corpulento carnicero con un cuchillo en la mano.

—¡No le hagáis daño!

El extraño me pisaba los talones.

—Le quiero de una pieza. ¡El que le hiera será desollado vivo!

El carnicero arrojó el cuchillo al suelo y extendió los brazos para impedirme el paso.

Yo miré hacia atrás.

El extraño, que había dejado al orfebre atrás en la persecución, avanzaba en mi dirección. Se detuvo frente a mí. Era el hombre del bosque cercano a Kestra, el que me había seguido la pista hasta el convento de Eleanora.

Jacopo de Medici.

Se percató de que le había reconocido y sonrió. Era una sonrisa sin piedad. El hombre estudió mi fisonomía, recorriendo mi cuerpo y volviendo a mi rostro. Podía ver la daga que colgaba de mi cinturón y la espada en mi costado. Pero él ya empuñaba su espada.

Miré su arma atemorizado.

—Yo... —empecé a decirle.

Oí un ruido detrás de mí. Me giré de inmediato. El carnicero había aprovechado

para acercarse. Pero, al hacerlo, se había desplazado a la parte central más ancha del puente. Sin embargo, no estaba seguro de poder sobrepasarlo. Era un hombre corpulento. Aunque, al ser tan corpulento, sería lento de movimientos. Y yo me consideraba ágil. Si no podía llegar al extremo del puente, todavía había otra alternativa.

—¡No!

Jacopo de Medici bajó la espada y avanzó para capturarme.

Pero yo había trepado al antepecho, había saltado y caía en picado al río.

Intenté bucear profundamente.

Pero, aunque era verano, el agua estaba fría. El impacto de mi caída y el frío me golpearon por igual y entorpecieron mi buceo. Y, una vez en el agua, no pude recuperarme, ya que además del frío, la corriente me arrastraba. Densa y rápida, se enrollaba entre mis piernas y mi cuerpo, y tiraba de mí hacia el fondo. No podía respirar. Mis pulmones pedían aire, la cabeza me estallaba y mis extremidades no obedecían a mi voluntad. Volvía a estar bajo la cascada, pero esta vez no me iban a rescatar. No sobreviviría.

Sentí cómo mi cuerpo se aflojaba. La luz sobre mí era gris, el agua que me rodeaba también era gris. Tan gris como la pintura del fresco destrozado del Maestro, tan gris como el rostro de Rossana cuando yacía muerta. El gris de la tumba. Y pensé en ella, Rossana, y me pregunté si volvería a verla tras la muerte. Y pensé en su hermana Elisabetta y, después, en Eleanora. Y, al pensar en Eleanora, intenté dar brazadas desesperadamente para sacar las manos a la superficie.

La corriente que casi me había matado me ayudó a salvarme. Me llevó tan lejos y tan rápidamente río abajo que mis perseguidores no pudieron seguirme y, en el primer recodo en el que la fuerza del agua remitió, conseguí agarrarme a una rama de árbol que sobresalía. Había hombres con antorchas buscando en ambas orillas del río. Podía ver el fuego de los faroles y oírles llamarse entre ellos. Me escabullí tan rápido como pude y me dirigí al lugar en el que había acordado reunirme con Paolo.

Había transcurrido mucho tiempo desde la hora acordada, pero allí estaba, esperándome lealmente. Cuando vio que estaba despeinado y empapado, se rio y dijo:

—Quizá no conseguiste recaudar el dinero que te debían, ¿verdad, Matteo?

—No lo hice —dije—. Y no sólo eso, me están persiguiendo. Haríamos bien en estar lejos de Ferrara antes de que amanezca.



## Capítulo 80

Montamos en los caballos e iniciamos la marcha.

Mis ropas se iban secando, ya que la noche de verano era cálida y nuestro ritmo rápido. Cabalgábamos por los caminos y senderos paralelos que ambos conocíamos, al haber recorrido la campiña frecuentemente mientras entrenábamos a nuestros hombres. Unas cuantas millas pasada Bolonia, cuando llegó el momento de girar hacia las montañas para dirigirnos a Florencia, Paolo dijo:

—Conozco un camino más corto. Cuando estabas en Kestra ayudando a Elisabetta, cabalgué con Charles por esta zona. Hay un camino entre las colinas que pasa por Castel Barta.

Castel Barta.

¿Por qué se agitaba con el sonido de ese nombre?

—Castel Barta —repetí las palabras.

Era como si el viento se hubiera levantado y el mundo se hubiera detenido, como ocurre antes de una tormenta.

Descansamos en lo más oscuro de la noche.

Paolo se quedó dormido en cuanto se tumbó. Poco después de comenzar a adormecerme yo también, tuve una pesadilla. Había caído a un gran lago. El agua burbujeaba en mi boca, y empecé a ahogarme. Veía destellos de luz ante mis ojos pero, entonces, se transformaron en las antorchas de los hombres que me buscaban y, a continuación, en la luz de una vela, comencé a oír música de fondo, y el agua desapareció. Me encontré en un suelo duro con baldosas de diseño arabesco que notaba frías al tacto. Pero entonces, ya no podía oír la música. De repente, estaba luchando bajo el agua, y podía verme desde una gran altura sabiendo que me moría. Y, muy cerca de mi oreja, alguien pronunció un nombre.

Me levanté dando un grito.

—¿Qué ocurre? —murmuró Paolo—. Sigue durmiendo, Matteo. Descansa un poco más.

Pero el nombre que había oído no era el mío. Era el nombre de un lugar. El lugar que mi abuela estaba deseosa de alcanzar antes de su muerte. Castel Barta.

Cuando Paolo se despertó, le dije:

—Debemos ir a ese lugar, Castel Barta.

—No está lejos del camino —dijo—, pero no son más que unas ruinas.

—No obstante —dije—, debo verlas por mí mismo y quizás descubra lo que causó su ruina.

Le conté que era un tipo de peregrinaje en memoria de mi abuela y Paolo aceptó

esperar en el camino mientras yo iba a echar un vistazo. Para proceder con mayor rapidez, deshebillé mi espada y dejé atrás mi caballo.

—No te demores —me gritó Paolo mientras me alejaba—. Debemos intentar llegar a Florencia antes de que la noche caiga.

Ascendí por un sendero de la montaña hacia la pequeña fortaleza, levantada antaño en la cima del risco. Estaba en ruinas, como había dicho Paolo. Este lugar había sufrido la misma fortuna que Perela. Mientras escalaba, una roca se movió del barranco que tenía sobre mí. Miré hacia arriba y vi una pequeña apertura. Esperé que de ella saliera un conejo o que un pájaro emprendiera el vuelo. Pero nada de eso ocurrió. Había desechado desde hace mucho tiempo la creencia de que los temblores de la tierra fueran provocados por criaturas conocidas como cíclopes, que creaban los fuegos para el dios llamado Vulcano. El Maestro me había contado que la tierra se sacudía y temblaba a veces, movida por las fuerzas de la Naturaleza.

Entré en el patio y miré alrededor. Quedaban pocos muros intactos. Al igual que le ocurrió a Paolo en Perela, no había nada para mí en aquel lugar. Sin embargo, tenía que verlo por mí mismo. Atravesé el patio y entré en lo que habría sido el vestíbulo principal. Los pasos de mis botas resonaban en el suelo embaldosado. Miré hacia abajo.

Las baldosas que tenía bajo mis pies eran de estilo árabe.

Permanecí inmóvil.

La luz temprana del sol mostraba el dibujo con claridad. Me agaché y estiré la mano para tocarlas.

Entonces, una sombra se movió ante mí.

Miré hacia arriba.

Era Sandino.

## Capítulo 81

—¡Sandino!

—Sí —dijo suavemente—. Soy yo.

Ninguno de los dos nos movimos. Yo era incapaz. Tenía la sangre congelada en las venas y sentí un vuelco en el estómago. Él se mantenía erguido, mirándome. Sus brazos caían flácidos a ambos lados. Vi sus dedos, con las uñas amarillentas y largas en los pulgares, curvadas y horrendas.

—Cuando te seguí la pista y averigüé que estabas de nuevo en la zona, supe que tarde o temprano aparecerías por aquí, chico. Sólo era cuestión de esperar.

Me llevé la mano a la bolsita que colgaba de mi cuello.

—Toma, llévate este maldito sello.

—Ya no me interesa el sello —respondió Sandino—. Tú eres mi premio y he esperado mucho tiempo para reclamarlo.

Sandino se movió. Fue tan sólo un pequeño avance de su cuerpo, pero suficiente para dejarme ver que tenía un largo cuchillo escondido en su mano.

—Quieres vengarte —dije, poniéndome en pie con cuidado, manteniendo la mirada fija en el cuchillo—. Pero no te será fácil acabar conmigo.

—¿Por qué crees que te quiero muerto?

Se desplazó para colocarse entre la puerta y mi cuerpo.

—Vivo tienes más valor para mí.

—¿Trabajas para los Medici?

—Trabajo, para aquél que me pague más. En estos momentos, se trata de los Medici. Han ofrecido una recompensa a cualquiera que te entregue a ellos.

Cogí la daga de mi cinturón, pero, en el segundo que tardé en hacerlo, Sandino ya estaba encima mía. Para ser un hombre robusto, era ágil, y cuando se abalanzó sobre mí, atacó con su largo cuchillo mi brazo armado.

Conseguí zafarme de él y le golpeé el rostro con mi puño.

Sandino se tambaleó. No se lo esperaba. Era una treta que había aprendido de los ferrareses. Según ellos, un hombre, cuando está armado, sólo piensa en el arma de su enemigo y olvida que tiene una mano libre.

Pero Sandino era un bandido y no había sobrevivido todo este tiempo por ser débil o descuidado. Se volvió a lanzar contra mí, me agaché y le empujé para hacerle caer, y ambos rodamos por el suelo. Cayó con todo su peso sobre mí y su cuchillo saltó, resbalando por las baldosas. Ambos peleamos por atraparlo. Yo lo alcancé primero, pero antes de agarrarlo, Sandino ya me sujetaba de las piernas y me arrastraba hacia él. Nos enzarzamos en una pelea. Él perdió su agarre y yo le propiné una patada. Oí el tintineo provocado por su cuchillo al salir despedido al otro extremo de la habitación.

Pero ahora el fornido hombre me rodeaba el pecho con sus brazos; lo sentía bloqueado como si se tratase de un torno. Lancé mi daga hacia él, pero me estaba agarrando desde atrás y yo no podía alcanzar ningún punto vital. Jadeó cuando le di una patada, pero era mucho más fuerte que yo, y no aflojó su abrazo. Sentí como mi cavidad cedía bajo la presión. Estaba exprimiéndome la vida. Cuando sintió mi debilidad, elevó los brazos. Ahora me presionaba la garganta. No podía respirar.

Me desplomé en el suelo.

Sus dedos apretaron mi cráneo con tanta fuerza que creí que lo iba a aplastar. Sandino empujó mis párpados con sus dedos. Entonces se dio la vuelta para colocarse frente a mí.

—Me dijeron que te querían vivo —gruñó Sandino y enganchó las uñas de sus pulgares en las cuencas de mis ojos—. No dijeron nada de que te necesitaran con ojos.

Proferí un lamento de terror.

Le volví a oír gruñir.

Una incesante fuente de líquido caliente cayó a borbotones sobre mi rostro.

Era sangre. Podía olería.

¡Me había arrancado los ojos!

## Capítulo 82

La sangre resbalaba sobre mi nariz y mi boca.

Me estaba ahogando en mi propia sangre.

¡Mis ojos! No podía ver nada. Me llevé las manos a la cara. Podía sentir los profundos arañazos que sus uñas habían provocado en mi piel. Sollozaba por el miedo. Tenía los ojos abiertos, pero no podía ver nada. Mi rostro estaba húmedo. Era sangre. Lo sabía, pero no podía verla.

Estaba ciego. Me había arrancado los ojos.

Oí pasos sobre los mosaicos. Volvía a acercarse a mí. Pero no era necesario. Con tal pérdida de sangre, estaba muerto o lo estaría dentro de poco.

Caí al suelo de rodillas, gritando y golpeando con mis puños el suelo embaldosado. Estaba ciego. Ahora Eleanora no me querría. ¿Cómo podría soportarlo?

Levanté los dedos y recorrí mi rostro. Sentía los globos oculares, las orbes en sus cuencas. ¿Qué había ocurrido? ¿Y por qué había dejado de atacarme? Aún seguía oyéndole gruñir.

Sentí una mano en la espalda.

—Levántate, Matteo —dijo una voz.

Era Paolo.

Comencé a gritar frenéticamente y chillé:

—¡No hay nada que puedas hacer por mí! ¡Un bandido me está atacando! ¡Ten cuidado, Paolo! ¡Sálvate mientras puedas!

—He acabado con él —dijo Paolo.

Se acercó y me habló en un tono calmado.

—Al ver que no regresabas, vine a buscarte. Vi a ese hombre atacándote y le clavé mi daga en el cuello.

—¿Está muerto?

—Está muerto.

—¿Estás seguro?

—Lo estoy. Yace en un gran charco de sangre y no respira. Le he matado. Está muerto.

Yo gemí en voz baja. Lo que había deseado durante toda mi vida había sucedido, pero no podía alegrarme. Sandino había muerto, pero yo estaba ciego.

—Espera aquí —dijo Paolo—. Utilizaré mi casco para traer un poco de agua del arroyo.

Regresó en unos minutos.

—Toma, bebe, y yo limpiaré tus ojos.

—Paolo —susurré—, no puedo ver.

—No me extraña —dijo—. Te ha presionado los ojos con tanta crueldad que

están arañados y cubiertos de sangre. Pero, con el tiempo, recuperarás algo de visión.

Cuando el frío líquido me salpicó en la cara, percibí un arcoiris que me deslumbraba y quemaba como fuego.

—¿No puedes ver nada? —me preguntó Paolo.

Moví los ojos. Las luces de colores habían desaparecido. Negué con la cabeza. A continuación, busqué la mano de Paolo.

—Debemos irnos —dijo Paolo—. Cubriré el cuerpo de este hombre con piedras para que los buitres no vengan y atraigan a otros a este lugar. Puede que forme parte de una banda y que le estén buscando.

Pero Sandino estaba solo. Independientemente de quién le pagara y de cuál fuera su cometido, lo hacía en su propio beneficio.

Me fabriqué una venda para protegerme los ojos del sol. Paolo me condujo hacia el lugar en el que esperaban nuestros caballos y me ayudó a montar. Cabalgábamos despacio. Paolo guiaba a mi caballo con mis riendas en la mano, pero no nos detuvimos en ningún lugar durante el día. A la puesta de sol, volvió a limpiarme los ojos, y descansamos las pocas horas de oscuridad que hay durante las noches de verano.

A la mañana siguiente, Paolo me despertó. Me senté y divisé su rostro borroso. Extendí las manos y toqué sus ojos y su boca.

—Eres tú —dije.

Sus rasgos eran difusos y poco nítidos, pero pude reconocerle. Rompí a llorar.

Paolo y yo nos abrazamos.

—Me has vuelto a salvar la vida, Paolo dell'Orte.

—Somos hermanos —respondió—. ¿Qué otra cosa podía hacer?

## Capítulo 83

Cuando llegamos a las afueras de Florencia, ya había recuperado completamente la vista de un ojo y parcialmente la del otro. Pero mi rostro estaba tan arañado y magullado que no me encontraba en condiciones de presentarme en casa del tío de Eleanora.

—Te recomiendo que no entres por la puerta principal —me aconsejó Paolo—. Aunque Eleanora se encontrara en la corte de Ferrara, no puedes estar seguro de las preferencias de su tío. Si está a favor del Papa Julio y conoce que has luchado con los franceses, puede que te haga arrestar. En cualquier caso —dijo riendo—, ahora mismo tienes el aspecto de un ladrón, por lo que su portero no te permitirá atravesar la puerta.

Realizamos el difícil y escarpado ascenso a la zona donde vivía el tío de Eleanora, en las colinas al norte de la ciudad. A continuación, detuvimos los caballos en un lugar apartado y observamos la casa de los d'Alciato.

—Debo ver a Eleanora —dije. Esperaba que no hubiera acordado el matrimonio antes de que pudiera tener la oportunidad de hablar con ella—. Vigilaré la casa y encontraré el modo de acceder a ella.

—Entonces te dejaré aquí y me dirigiré a Prato —dijo Paolo—. Cuanto más cerca estoy de reencontrarme con Elisabetta, más cuenta me doy de cuánto he echado de menos a mi hermana en este último año.

—Me reuniré contigo cuando haya hablado con Eleanora —le prometí.

Nos abrazamos y enredó mis cabellos con la mano, como haría un hermano mayor con su hermano pequeño.

—Ten cuidado, Matteo —dijo.

Dejé mi caballo amarrado entre unos árboles y me interné entre las viñas y olivares hasta llegar al lugar en el que la casa se erigía tras un alto muro.

Me resultó más fácil acceder a la finca de los d'Alciato que al convento en el que conocí a Eleanora. Esta casa no se había construido para impedir que nadie entrara ni saliera. Encontré una pequeña puerta en la pared lateral de la propiedad. Aunque estaba cerrada, conseguí acceder con facilidad. Una vez dentro, miré alrededor. Había un jardín de cultivo cerca de la parte trasera del edificio principal, pero gran parte de él se había dejado crecer salvajemente en algunas zonas: grupos de flores, plantas, árboles y arbustos con caminos que salían y entraban. En una parcela de césped había un árbol frondoso. Desde lo alto, podría ver la puerta trasera y las ventanas de la casa que daban al jardín. Cogí unas piedras pequeñas del suelo y me las metí en el bolsillo. A continuación, trepé al árbol y me escondí entre las ramas para esperar cualquier oportunidad que se me presentara. Mientras esperaba, pensé en el miembro de la familia Medici que me perseguía. Le había dicho al carnicero en Ferrara que no me

matara, las mismas instrucciones que había recibido Sandino. Era agosto, pero estaba temblando. Jacopo de Medici no me quería muerto, deseaba torturarme. Eleanora me había dicho que tenía la reputación de ser el más cruel de los Medici. Debía necesitar el ejemplo de alguien que le hubiera robado para mostrarle a los demás qué le ocurriría a los que osaran mofarse de su poder.

Después de la hora del almuerzo, una mujer salió de la casa. Parecía una niñera, por su vestimenta. Conducía a un grupo de niñas pequeñas. Eran cuatro... las primas de Eleanora.

Entonces la divisé. Eleanora. Caminaba tras ellas, con un libro en la mano. Tenía el cabello suelto sobre los hombros, oscuro, contrastando con su claro rostro. Su vestido era de color burdeos, con un lazo blanco en el cuello, y las mangas eran anchas en los hombros y ajustadas en los puños.

—Anna —oí cómo Eleanora se dirigía a la niñera—, puedes irte a descansar. Cuidaré a las niñas un rato. Depositó el libro en un banco de piedra erigido sobre el césped, no lejos del árbol en el que me ocultaba, y se entregó a los juegos con las niñas.

Durante aproximadamente una hora, jugaron como hacían las niñas, imaginando que estaban en un gran baile y danzaban con damas y caballeros imaginarios. Con las flores del jardín, crearon guirnaldas para colocarlas sobre sus cabellos, ayudando Eleanora a la más pequeña. Ensartaron las campanas de las dedaleras alrededor de sus cuellos y colocaron los pétalos del arbusto de fucsias sobre sus uñas, para que parecieran coloreadas de morado. Me entristecí al verlas, recordando el tiempo pasado en Perela, cuando Rossana y Elisabetta disfrutaban de su infancia con juegos tan inocentes como ése.

El sol brillaba bajo en el cielo cuando la niñera regresó y llamó a las niñas.

—Es la hora de lavaros y cambiaros. ¿Vienes con nosotras, Eleanora?

Contuve la respiración.

—Me quedaré aquí y leeré un rato —respondió.

Las niñas acompañaron a la niñera a la casa. Eleanora se sentó en el banco. Miró alrededor y suspiró. Entonces, abrió el libro.

Cogí uno de los guijarros de mi bolsillo y lo lancé a sus pies.

Eleanora se puso en pie.

—¿Quién está ahí? —dijo.

Salté al césped desde el árbol.

—¡Ah!

La joven se llevó la mano al pecho. Yo le hice una reverencia.

—Una vez más cae del cielo, Messer Matteo.

Intentó decirlo de forma calmada, pero su voz no era firme.

Retrocedí hacia los arbustos y le hice señas para que me siguiera.



Ella avanzó lentamente. La tomé entre mis brazos y nos abrazamos.

—Creí que nunca volvería a verte —susurró.

—Vine a por ti en cuanto pude —dije—. Te seguiría hasta los confines de la tierra.

Hundí mi rostro en su cabello y la abracé fuertemente, y sentí la suavidad de su cuerpo contra el mío. Nos besamos. Y nos volvimos a besar. Nuestro abrazo era salvaje, cargado de una pasión pavorosa. Los latidos de su corazón resonaban en el mío a un ritmo irregular. La muchacha se retiró un poco, pero regresó para poner su boca sobre la mía. Tomó la parte carnosa de mi labio inferior entre sus dientes y la mordió suavemente.

La volví a coger en mis brazos y, esta vez, yo era el dueño de sus labios y ella se sometía a mi voluntad.

Cuando nos separamos, colocó sus manos en mi rostro y tocó mis cicatrices.

—¿Qué terribles males has sufrido?

—Mi viaje hasta aquí no ha sido placentero —dijo—. Pero hemos acabado con un antiguo enemigo y me encuentro mucho más aliviado —le dije, cubriendo sus manos con las mías—, aunque algo deteriorado por la experiencia.

Ella me contó cómo le habían ido las cosas desde que nos vimos por última vez. El año próximo, la hija mayor de su tío alcanzaría la edad casadera. Quería que Eleanora contrajera matrimonio antes. Si esto no ocurriera, perdería sus posibilidades de conseguir un buen marido una vez que el resto de las niñas tuvieran edad de casarse.

—Mi tío me pidió que viniera a su casa y aunque la Duquesa Lucrezia estaba a mi favor, el duque dijo que debía partir. Mi tío sólo intenta hacer lo que cree que es mejor para mí —explicó.

—¿Ha concertado un matrimonio ya? —pregunté.

—Estaba a punto de hacerlo, pero tal y como están las cosas aquí, los papeles no se han firmado.

—¿A qué te refieres?

—¿No lo sabes? —dijo sorprendida—. Hay disturbios en Florencia. Los franceses se están retirando a los Alpes. Se ha celebrado una conferencia en Mantua, un consejo de miembros de la Liga Santa para repartir Italia entre los vencedores. Ya han tomado una decisión. La familia Sforza va a gobernar en Milán y en Florencia lo harán los Medici.

—¿Pero cómo se ha llegado a ese punto? —le pregunté—. El cardenal Giovanni de Medici está en manos de los franceses. Le capturaron en Rávena y le trajeron a Ferrara. Yo mismo le vi allí. Le trataban bien, pero seguía siendo su prisionero. Y los franceses pretendían llevarle con ellos cuando abandonaran Ferrara para dirigirse al norte.

—Lo hicieron, pero fue rescatado durante el viaje y consiguió escapar a Mantua —dijo Eleanora—. El Papa le ha prometido un ejército para ayudarle a recuperar Florencia.

Me pregunto cómo recibirían esta noticia Pier Soderini y el Consejo. ¿Creían que el ejército de ciudadanos de Niccoló Machiavelli podría defenderles? El Papa tenía a los españoles de su lado, con sus expertos soldados y un gran equipamiento militar. Recordaba la batalla de Rávena y a su astuto comandante, Ramón de Cardona. Tenía un cañón similar al del Duque Alfonso y había visto lo que le ocurría a las ciudades que eran tomadas tras un asedio: Bolonia, Rávena, la cantidad de muertos, la destrucción caprichosa de las cosas bellas. ¿Qué le harían estas tropas a Florencia, la joya de la Toscana?

Intente entrar en sus mentes. ¿Por dónde atacarían? Imaginé el terreno de los alrededores de Florencia, las colinas que rodeaban su asiento en el valle del Arno. Podía ver la ciudad desde las montañas cuando vine de Melte, desde la colina de Fiesole cuando me encontraba allí con el Maestro, desde el paso cercano a Castel Barta entre los montes, y ahora desde la casa del tío de Eleanora. ¿Qué camino estaría abierto a un ejército que se aproximaba con soldados y cañones para capturar la ciudad? Me recordaba paseando por las calles de Imola con Leonardo da Vinci mientras medía cada paso y dibujaba las casas y las calles: el ángulo de cada giro, la alineación de las esquinas. El resultado de su mapa era como si un pájaro mirara hacia abajo sobre el paisaje. Si imaginara el terreno de esa forma, ¿qué camino elegiría?

Y entonces vi algo más con bastante claridad. Los Medici creían que Florencia era suya. No querían verla arruinada por un asedio o por la espada. Conquistarían otro lugar cercano y lo destruirían, a modo de ejemplo para mostrar a los florentinos qué destino le esperaba a su ciudad si seguían resistiendo.

—Sé lo que van a hacer —dije en voz alta—. Atacarán Prato.

Me giré hacia Eleanora. Besé su cara, su cuello, sus párpados.

—Tengo amigos en Prato. Debo ir a advertirles.

—¡No! —gritó Eleanora—. Matteo, no vuelvas a poner tu vida en peligro.

Puso sus brazos alrededor de mi cuello y sentí cómo mi sentido de responsabilidad se debilitaba. Pero le hablé con firmeza y, aunque comenzó a llorar, me escuchó.

—Tengo la obligación moral de ir a Prato —dije—. Si la situación empeora, Paolo vendrá y me rescatará. Gracias a su valentía y astucia estoy en este jardín contigo, y no muerto en un paso de montaña.

—Te perderé —dijo llorando—. Te matarán. Y entonces yo también moriré.

—Calla, calla.

Intenté secar sus lágrimas.

—Volveré, pero hay algo que debes considerar sobre nuestra situación. No tengo renta alguna.

—¿Por qué me dices eso?

—Porque puede afectar a nuestra forma de vida en el futuro —dije.

—¿Qué te hace pensar que me preocupa la cantidad de dinero que un hombre pueda tener? —me preguntó.

—Es útil tenerlo —dije sonriendo—. Es el dueño del dinero el que facilita el pan para comer.

—¡No te burles de mí!

Sus ojos brillaban.

—No pretendía burlarme de ti. Sólo quería quitarle hierro a la situación con algo de humor.

—¡Humor! Crees que al ser un hombre y tener los medios para controlar tu vida puedes bromear sobre estos temas. Recuerda que las mujeres no pueden.

—Siento haberte ofendido.

Intente atraerla hacia mí, pero se resistió. La dejé ir y le dije con seriedad.

—Eleanora, debo ir a Prato inmediatamente y ayudar a Paolo y a su hermana Elisabetta. Perdóname por haberte ofendido y no permitas que nos separemos enfadados.

Me acerqué a ella y la besé ligeramente en la boca.

—En cuanto Paolo y Elisabetta estén a salvo, regresaré aquí y hablaré contigo y con tu tío. Puede que desees considerar la aceptación de una oferta de matrimonio de un pobre teniente *condottieri*.

Atravesé la puerta del jardín rápidamente por miedo a vacilar en mi resolución. Pero al pie de la colina no pude resistirme a girar la cabeza una vez más para mirarla.

Es un recuerdo que tengo de ella, allí inmóvil, sollozando en voz baja. Entonces fui a buscar a mi caballo, ahora más lentamente, ya que mis ojos estaban llenos de lágrimas.

## Capítulo 84

Había pasado la medianoche cuando llegué a Prato, a la casa en la que se alojaba Elisabetta.

Pensé que quizá tuviera problemas para entrar en la ciudad, pero Paolo ya había hablado con el comandante de la guarnición, así que cuando llegué, me estaban esperando y me permitieron el acceso.

Elisabetta y Paolo estaban sentados en el jardín, hablando en voz baja. Elisabetta se puso en pie para saludarme y me ofreció comida.

—No tengo tiempo para eso —dije después de abrazarnos—. Debemos partir. Los Medici pretenden reconquistar Florencia.

—Ya hemos oído las noticias, Matteo.

—Pronto habrá una batalla en esta ciudad —dije rápidamente.

—Lo sabemos —dijo Paolo—. Machiavelli está preparando a la milicia y yo he decidido quedarme y luchar por Florencia.

Me giré hacia Elisabetta.

—No puedes permanecer aquí.

—No puedo irme —respondió la joven.

—Elisabetta —le dije, cogiendo su mano—, escúchame. He presenciado los asedios de las ciudades llevados a cabo por ambos bandos. He visto lo que le sucede a los ciudadanos. Debes irte.

—No me iré —dijo con firmeza—. Donna Cosma, la mujer que vive en esta casa, está demasiado enferma para desplazarnos. Ella y su esposo me acogieron cuando no tenía nada y cuidaron de mí. Su esposo murió y no la abandonaré cuando más me necesita.

—Paolo —me dirigí a él—. Pídele a tu hermana que se vaya mientras todavía tenga tiempo.

—He estado discutiendo con ella varias horas —respondió Paolo—, y no he sido capaz de hacerle cambiar de opinión.

—Atrás quedaron los días en que hacía lo que mi hermano me ordenaba —sentenció Elisabetta riendo—. ¿Ahora quieres comer algo, Matteo?

Cenamos y nos tumbamos a descansar, temerosos de lo que el siguiente amanecer nos pudiera traer.

Paolo y yo dispusimos camastros para dormir en el suelo. Aún llevaba la espada de su padre y dormía con ella a su lado. No nos dormimos de inmediato, ya que estuvimos hablando, recordando todas las batallas en las que habíamos combatido juntos. Pero la batalla del día siguiente sería el desenlace final. Ambos lo sabíamos. Si Prato caía, Florencia ya no sería una república. Los Medici se instalarían para gobernar la ciudad.

Unos instantes después quedamos en silencio, cada uno inmerso en sus pensamientos y miedos. Mi mente regresó a la pelea con Sandino. El alivio de su muerte había remitido y me dejaba con un puzzle sin resolver. ¿De qué conocía la fortaleza en Castel Barta? ¿Por qué reconocí el diseño de las baldosas del suelo? Pertenece a un recuerdo profundo, pero no podía rescatarlo de dondequiera que estuviera en mi mente. Entonces, pensé en Eleanora y en cómo nos habíamos besado en el jardín de su tío, y mi corazón se animó con la esperanza de ganar la batalla y volverla a ver.

Paolo debía haberse dormido porque, de repente, gritó:

—¡Dario!

—¡Shhh! —dije—. Despertarás a las mujeres.

—Está aquí —dijo, incorporándose en su camastro.

La contraventana estaba abierta por el calor de la noche y, gracias a la luz de la luna, podía ver que estábamos solos. Pero Paolo estaba tan agitado que me puse en pie y me acerqué a él.

—No hay nadie aquí más que nosotros —dije.

El muchacho extendió su mano ante él como si intentara agarrar el brazo de alguien. Entonces, se despertó del todo, y me vio arrodillado junto a su cama. Intentó reírse, pero estaba temblando. Nos servimos un poco de vino y salimos fuera.

Las estrellas brillaban con la luna resplandeciente en el horizonte, redonda y mística en el cielo nocturno. ¿Estaba cubierta de agua, como mi maestro creía? ¿Era ese brillo plateado la superficie de grandes lagos que reflejaban su destello traslúcido a la Tierra? ¿O había algo más allá, otro mundo de plata y luz? ¿Qué podía guardar ese cuerpo celestial? ¿El Reino de los Cielos?

—Recuerdo cuando nació mi hermano Dario —dijo Paolo de repente—. Sólo tenía nueve o diez años. Antes de su nacimiento, mi madre había perdido otros hijos, uno nació muerto y otros dos sólo vivieron unos días. Así que mi padre estaba inquieto cuando se quedó embarazada de su último hijo, y era suficientemente viejo como para saber por qué.

Entonces nació Dario, y era tan fuerte y estaba tan lleno de vida que lloraron de gozo. Me quedé en la puerta de la habitación mirándoles y de repente, les vi observarme. Parecían preocupados por que estuviera celoso de mi hermano. Pero cuando vi a Dario, me encariñé con él al instante. Iba a su cuna a diario para observarle. Deseaba que creciera más rápido. Quería enseñarle todas las cosas que yo sabía, todas las cosas que un niño necesitaba saber, sobre lo que estaba bien y lo que estaba mal, y cómo comportarse.

Poco después, dejó de ser un bebé. Comenzó a caminar y a hablar, y pronto pude transmitirle mi conocimiento. Me seguía desde la mañana a la puesta de sol, escapando de las laidas de mi madre en cuanto me veía. Ella reía y fingía estar

molesta diciendo: «He perdido a mi hijo. Dario ahora quiere a Paolo más que a mí».

Paolo suspiró.

—Y entonces me lo arrebataron de la forma más cruel.

Paolo no estaba llorando, pero su voz estaba cargada de melancolía. No era conveniente que se sintiera así la víspera de una batalla. El ánimo de un soldado debe estar alto: eso podría suponer la diferencia entre la vida y la muerte. Y, tal como en el pasado Paolo cuidó de mí, ahora debía velar por él.

—Mira las estrellas —dije, dirigiendo su atención a la noche estrellada.

Nombré las constelaciones que conocía gracias al amigo de mi maestro, el astrónomo Tomaso Reslini. Y, entonces, se me vino a la mente una de las historias de mi abuela.

—Mira —dije a Paolo—, éstos son Cástor y Pólux, hermanos gemelos del gran dios Júpiter. Fueron los hermanos nacidos de Leda, esposa del Rey de Esparta, después de que Júpiter se acercara a ella disfrazado de cisne. Cástor y Pólux estaban tan unidos que, cuando murieron, Júpiter los colocó juntos entre las estrellas. Así derramarán su luz en el firmamento y estarán juntos hasta el final de los días.

—¿Crees que a nosotros nos ocurrirá lo mismo cuando abandonemos este mundo? —me preguntó Paolo.

No lo sabía. ¿Alguien lo sabía a ciencia cierta? El pensamiento antiguo, el pensamiento nuevo. Las creencias de la Iglesia, las creencias de los antiguos. ¿Quién tenía razón?

—Cada hombre marca su propio destino —respondí.

—Recuerdo las historias que contabas en Perela —dijo Paolo—. Solía pensar en ellas como una forma de pasar el tiempo. Pero ahora veo que me servían para reconfortar e iluminar el espíritu.

Estaba a punto de amanecer. Podíamos oír el sonido de la ciudad que se agitaba, los gritos de los vigías, los pesados pasos de los soldados sobre los adoquines. La milicia de Machiavelli había llegado.

De repente, oímos una alarma.

Habían divisado al enemigo.

La batalla de Prato había comenzado.

## Capítulo 85

El cardenal Giovanni de Medici y los comandantes del ejército papal enviaron un emisario para negociar.

Los magistrados de la ciudad le trataron con desdén. Tenían confianza en la milicia de ciudadanos que ahora se reunían en la plaza principal, alineándose en ordenadas filas, portando cascos brillantes y relucientes petos. Desde la parte superior del campanario de la basílica, Paolo y yo observamos cómo el emisario cabalgaba de vuelta a las líneas enemigas agrupadas fuera de las murallas.

—¿Qué piensas? —me preguntó Paolo, señalando a la multitud de soldados de infantería y jinetes que se extendía ante nosotros.

—Son menos de los que esperaba —dije.

Paolo señaló al lejano camino que discurría junto al río.

—Se acerca un carronato. Se desplaza muy lentamente.

Aún no había recuperado completamente la visión y al principio, no pude distinguir el bulto del que hablaba. Pero, al cabo de unos minutos, lo vi. Contuve la respiración.

—¿Un cañón? —le pregunté.

Él asintió.

—Un cañón español. Uno de los centinelas con el que hablé me contó que había oído que podrían traerlo del sur.

Averiguamos que los españoles, que habían partido en campaña en favor del Papa, eran reacios a luchar por los Medici. Pero el cardenal Giovanni de Medici había fundido su oro y vendido sus joyas, y les sobornó para que continuaran. Ahora les dirigía personalmente y les animaba con historias sobre las riquezas que les esperaban cuando entraran en Florencia. Había pagado por los mejores hombres y las mejores armas. Si la llegada de este cañón era el resultado, Prato sufriría mucho en esta batalla.

Paolo se dirigió a mí.

—Creo que debemos llevar a las mujeres a la iglesia.

En este asunto, Elisabetta no discutió con nosotros. Paolo y yo levantamos el camastro con la anciana sobre él. Elisabetta nos siguió con las medicinas y con toda la comida y el agua que podía transportar. Algunas mujeres con sus hijos ya se dirigían a las puertas y los monjes les hacían pasar adentro. Encontramos un buen sitio para Elisabetta en una puerta lateral cerca de los escalones que conducían a la cripta. Si se veía obligada a huir, estaría cerca de la puerta y si necesitaba un refugio más seguro, podría ir a la cripta. Le dijimos que uno de nosotros iría a la puerta cada noche para asegurarnos de que tenía suficiente comida. Dicho esto, partimos. Era todo lo que podíamos hacer.

No volvieron a enviar emisarios.

En vez de eso, llevaron el cañón a un punto que se encontraba fuera del alcance de nuestros disparos. Me situé junto a un grupo de milicianos a los que había asignado la defensa de una sección de la muralla. Realizamos un disparo de prueba desde nuestro puesto. La bala se quedó corta y uno de los milicianos se rio y dijo:

—Si no podemos alcanzarles, ellos no pueden alcanzarnos a nosotros.

Se tomaron su tiempo en levantar el cañón. Durante aproximadamente una hora, los artilleros manipularon las piezas, hacia delante y hacia atrás, elevándolas y bajándolas, hasta decidir la posición idónea. A continuación, trajeron las balas de metal y las colocaron en una pila junto a cada pieza. Tenían unas nueve por cañón. Seis cañones. Nueve balas para cada uno. Cincuenta y cuatro balas. ¿Y cuántas otras piezas de artillería guardaban en la retaguardia?

Caminé tras la muralla que estábamos defendiendo. Habíamos construido algunos parapetos, pero no eran profundos. Pensé en las defensas de Mirandola y de Rávena, y en cómo las habían traspasado. Durante mi paseo de revisión me encontré con Paolo. Coincidió con mi opinión. Fuimos a hablar con el comandante. Él no nos escuchó.

—Desde donde se encuentran ahora, no pueden alcanzarnos —afirmó—. Todos sus esfuerzos serán en vano. Tendrán que volver a montar sus cañones y avanzar. Entonces, nuestros disparos les destruirán.

No era culpa suya. No había presenciado ninguna batalla, ni había participado en campaña alguna. La última que vio se remontaba a cuando los franceses vinieron a Florencia y dejaron atrás la artillería que él utilizaba ahora, falconetes de corto alcance y obsoletas medias culebrinas. No sabía que los españoles eran ahora los soldados más profesionales de Europa.

Esperaron al día siguiente. Vimos sus hogueras en la noche. Podíamos oírles reír y cantar. Paolo y yo fuimos a ver a Elisabetta. Además de comida, Paolo le dio una daga y yo le llevé una espada que había encontrado junto a un miliciano adormilado. Que uno de ellos pudiera dormir con su espada deshebillada mientras se esperaba un asedio, era un indicador de su conocimiento de la guerra.

Elisabetta deslizó la daga bajo la almohada de la anciana, Donna Cosma.

—¿Sabrás qué hacer con ella? —le preguntó Paolo.

Elisabetta asintió.

Nos abrazamos y ella lloró un poco.

—Rezaré —dijo Elisabetta—. Rezaré toda la noche por los dos. Partid reconfortados por mi oración.

Uno de los sacerdotes vino a bendecirnos. El último sacerdote que me había bendecido fue el Padre Albieri, que colocó su mano sobre mi cabeza cuando era niño.



Había estado próximo a la muerte, pero no lo sabía. Pero ahora era muy consciente del grave peligro en el que estábamos todos. Le dije a Elisabetta que arrastrara un banco y bloqueara la puerta cuando saliéramos. Y, al amanecer, nos despedimos de ella.

Volví a mi posición en la muralla. Allí encontré al desdeñoso soldado miliciano del día anterior. Temblaba de emoción.

—¡Se están preparando para disparar! —dijo—. Llevamos espiándoles desde los primeros albores de día y ya están listos para disparar.

Asomé la cabeza sobre la muralla justo a tiempo para ver cómo el artillero del primer cañón avanzaba con su antorcha para prender la mecha.

—¡A cubierto! —grité.

Se oyó un rugido sordo y, unos segundos después, un gran estruendo. La bala cayó en el campo que se extendía ante nosotros. Se había quedado corta.

—¡Os lo dije! ¡Os lo dije!

El soldado miliciano casi bailaba de regocijo.

—¡No pueden alcanzarnos! Tal y como lo dije. ¡No pueden alcanzarnos!

Pero yo sabía que el siguiente cañón se había preparado para disparar con mayor alcance.

—Agáchate —le grité—. Agáchate, mentecato.

Oímos el rugido del siguiente cañón y la bala pasó volando sobre nuestras cabezas. Se estampó contra la pared que teníamos a nuestras espaldas, arrancando un trozo de mampostería.

Unos segundos después, dispararon el tercer cañón. La bala se estrelló directamente en nuestro parapeto, perforando nuestras defensas y aniquilando por completo a mi miliciano danzante.

Habían establecido la marca.

## Capítulo 86

Tuvimos unos veinte minutos de gracia mientras ponían a punto el otro cañón para llevar a cabo el siguiente disparo.

Paolo y yo dimos una serie de órdenes y los milicianos florentinos, totalmente sorprendidos, respondieron lo mejor que pudieron. Corrían mientras les ordenábamos que recogieran el mobiliario de las casas y las tiendas, y lo apoyaran contra las murallas.

—No es suficiente —dijo Paolo agitado—. Necesitamos más.

Pero sólo teníamos tiempo para eso. A media mañana, los disparos de cañón ya estaban plenamente orientados. Un humo intenso ascendía en el aire con cada explosión que mecía el parapeto. Estaban concentrando los disparos en una parte de la muralla. Pretendían abrir una brecha y entrar por allí. Mientras corríamos para defender ese lugar, pude ver un aluvión de ciudadanos que se dirigía con premura hacia la iglesia. Eran ancianos y mujeres con niños.

Entonces, sus disparos cesaron. Yo había estado contando cada explosión y no habían utilizado toda su munición. ¿Qué había ocurrido? Me arriesgué a echar un vistazo. Su infantería estaba avanzando hacia la fisura. A la cabeza, los ballesteros formaban un escudo impenetrable. Detrás de ellos, un escuadrón de lanceros armados con picas protegía a sus mosqueteros. Se dispusieron en formaciones estrictas con forma de diamantes y esperaron. Pero ninguno de los milicianos florentinos de Prato osaban desafiarles.

—¡Disparad nuestro cañón! —bramó Paolo—. ¡Ha llegado el momento de disparar!

Nadie le respondió.

Envió un mensajero a la artillería. El hombre regresó y dijo que el comandante había muerto. Sólo quedaban tres artilleros y estaban haciendo lo que podían. Consiguieron disparar una ronda, lo que derribó a una parte importante de la infantería, pero no detuvo el avance. El enemigo avanzó con más ímpetu. Ahora se encontraban bajo el arco de nuestros cañones. Era demasiado tarde para devolver los disparos.

Dispararon sus ballestas. Su objetivo eran nuestros artilleros. A través del mortífero susurro de las flechas, oímos los alaridos de los hombres que morían defendiendo las lindes de nuestras murallas. Entonces, los arcabuceros emergieron de las filas.

Descargaron una salva de disparos. Después otra, y otra más.

Paolo, que estaba situado junto a mí, se tambaleó hacia atrás. Le miré. Una gran mancha de sangre cruzaba su pecho. ¿Qué había ocurrido? La sangre bañaba su peto y su cuello.

Aún estaba en pie, con una expresión estupefacta en su rostro.

Entonces descubrí por qué sangraba. Había un agujero en el centro del metal.

—Estás herido —mi voz temblaba al hablar—. Paolo, te han herido en el pecho.

Paolo miró hacia abajo.

—Así es —dijo Paolo—. No puedo mantenerme en pie.

Y, al decir esto, cayó a mis pies.

Sentí cómo el corazón me daba un vuelco por el miedo. Me incliné y deshebillé su armadura, la delantera y la trasera.

—Metal de poca calidad —habló atropelladamente mientras yo retiraba la armadura—. Debería haber comprado mi peto a los milaneses. Tienen la reputación de fabricar las armaduras de mejor calidad.

Pensé que estaba delirando.

Tenía que detener la hemorragia. Cogí mi daga y desgarré la manga de mi camisa, taponando la herida con la tela para que contuviera el flujo de sangre.

Oímos un clamor detrás de nosotros. Hordas de milicianos cargaban contra el enemigo, empujando y atacando con sus armas al avanzar.

—Están huyendo —jadeó Paolo—. Sálvate, Matteo. Sálvate.

La sangre se filtraba por la tosca venda que había fabricado. Paolo necesitaba ayuda y medicación y pensé en Elisabetta. Incorporé a Paolo.

A mis espaldas, oí el sonido de los invasores que atravesaban la brecha.

Cargué a Paolo, medio arrastrándole a la iglesia. Aporreé la puerta lateral.

Oí gritos que procedían del interior:

—¡Santuario! ¡Santuario! ¡Debes respetar el santuario de un lugar sagrado!

—¡Traigo a un hombre herido! —grité—. Uno de nuestros defensores. ¡Dejadnos entrar!

—¡Marchaos! —gritaron desde el interior—, ¡marchaos!

Levanté el puño y golpeé la puerta con insistencia.

—¡Dell'Orte! —grité—, ¡Dell'Orte!

Elisabetta entreabrió la puerta. La gente que se ocultaba dentro tiraba de ella, le agarraban el pelo y las faldas, intentando detenerla. Pero consiguió abrir la puerta lo suficiente como para que transportara a Paolo por el hueco antes de que se volviera a cerrar a cal y canto.

Las mujeres volvieron a colocar el banco delante de la puerta. Desde la nave de la iglesia vino el sonido de cristales rotos. Una antorcha encendida había atravesado la ventana rota y una docena de niños comenzaron a chillar a la vez.

Depositó a Paolo en el suelo. Examiné la zona de su pecho en la que había impactado el disparo. La herida estaba próxima al corazón. Se estaba muriendo.

Elisabetta me miró. Yo negué con la cabeza.

La joven vertió agua en un paño y lo pasó por los labios de su hermano.

Paolo abrió los ojos, me miró y me dijo con bastante claridad: —Mi hermano. Eres mi hermano.

—Sí —dije—. Pero no hables, guarda tus fuerzas.

—Hubo un tiempo en el que tuve otro hermano. Pero murió.

—Lo sé —dije.

—Yo le maté.

—No lo hiciste.

—Sí, lo hice. Mi cobardía les mató a todos.

—No, no, Paolo. Eso no es cierto.

—Sí que lo es.

Agarró la parte delantera de mi túnica y me acercó a él.

—Nunca te he contado esto, Matteo, pero les escuché.

—¿Cómo?

—Les escuché —repitió.

—¿A quién? ¿De quién estás hablando?

—A mis hermanas. Oí gritar a mis hermanas —dijo Paolo llevándose las manos a la cara—. Todavía las oigo.

—Lo que ocurrió no fue culpa tuya.

—¿No has oído lo que he dicho? —dijo con una fuerza repentina—. Escuché a mis hermanas pidiendo clemencia. A mi madre, cuando saltó desde la ventana, con Dario en brazos, gritando cuando se estrellaron contra las rocas. Oí todo eso y no hice nada.

Tomé sus manos entre las mías.

—No fue culpa tuya —repetí.

—Pero fui un cobarde. Debería haber salido de mi escondite y haber luchado para salvarlas.

—Si hubieras salido del lugar en el que te ocultabas, tú y tus hermanas habríais sido asesinados —dije—. Habrías luchado, pero habrías muerto.

—Me estoy muriendo, ¿verdad, Matteo?

No podía responderle, ni podía apartar mis ojos de su rostro. Leyó la verdad en mi mirada.

—Más me valdría haber muerto entonces —dijo—, que hacer lo que hice y vivir la vida de un cobarde.

—Entonces habrías desobedecido el mandato de tu padre —dije.

Sus ojos buscaron mi rostro.

—Un hijo no puede desobedecer la ley que su padre le impone.

—Mi padre no sabía que tratarían de forma tan cruel a su familia.

—Tu padre era un soldado —insistí—. Un soldado empleado por los Borgia. Tuvo que ver lo que los soldados hacían, lo que algunos hombres se tomaban como

derecho de conquista.

Paolo se quedó pensativo.

—¿Quién habría rescatado a Elisabetta y Rossana? —le presioné—. No habrían podido escapar sin tu ayuda. Habrían sido asesinadas en las montañas. Y fuiste tú, y sólo tú, el que le diste a Elisabetta un motivo para proseguir. La llevaste a vivir con tu tío y así se pudo procurar una nueva vida. Por ello tu padre sabía que debías salvarte. Y, si hubieras desobedecido su mandato, ¿cómo podrías levantar el rostro ante él en el cielo?

Paolo asintió. Sus ojos estaban velados. Le estábamos perdiendo.

Me incliné para hablarle al oído.

—Te encontrarás con él, tu padre, en el cielo, y podrás decirle: «Padre, hice cómo me ordenaste. Me ha inquietado desde entonces y me ha costado mucho sufrimiento, pero hice lo que me pediste». Y él te dirá: «Bienvenido, hijo mío». Y te llamará por tu nombre, Paolo. Y les verás a todos. A Rossana, y a tu madre. Ellas te besarán. Y el pequeño Dario saldrá a tu encuentro, y le izarás sobre tus hombros como solías hacer.

Mi voz tembló. Miré el rostro de Paolo. Sus ojos estaban fijos, inmóviles. Coloqué mis dedos a un lado de su cuello. No había pulso.

¿Me había escuchado? Me senté sobre mis talones.

—¡Matteo!

Me giré.

Las lágrimas rodaban por el rostro de Elisabetta.

—¡Matteo! —sollozó—. ¡Qué cosas más maravillosas le has dicho!

Extendí la mano y le cerré los ojos. No habría tiempo para celebrar un funeral, ni oportunidad para pedir a un buen orador que pronunciara un sermón por el fallecimiento de este joven. Nadie modelaría una máscara mortuoria para Paolo dell'Orte. Pero yo nunca olvidaría su rostro. Paolo era un verdadero hermano para mí. Me salvó la vida en Mirandola y mató al bandido Sandino en mi nombre. Había pocas cosas de las que arrepentirse en su vida. Era yo, Janek, el gitano, también conocido como Matteo, el que cargaba con la culpa.

Soy el traidor, el miserable, el cobarde. Soy aquél al que hay que despreciar. No habrá madre ni padre que salga a mi encuentro en la tierra de los santos. La familia dell'Orte no me recibirá con cariño ni me dejará pasear con ellos entre las nubes.

Oculté el rostro entre las manos cuando los sollozos me invadieron.

Elisabetta se arrodilló a mi lado para rezar una plegaria junto al cuerpo de su hermano. La muchacha colocó su brazo alrededor de mi hombro.

Me recosté sobre ella.

—Hay algo que debo decirte.

## Capítulo 87

Así que le conté a Elisabetta la verdadera historia del chico que conocía como Matteo.

Primero le dije que mi nombre no era Matteo, sino Janek.

Janek, el gitano.

No había ningún padre que hubiera muerto dejándome al cuidado de un malvado tío. Sólo tenía a mi abuela. Ella me había querido, es cierto, pero era gitana. Una mujer gitana con grandes habilidades sanadoras. Había muerto y yo, al quedarme desamparado, había recurrido al hurto, una ocupación para la que descubrí tener aptitudes, especialmente para abrir cerrojos. Entonces tropecé con Sandino y su panda de bandidos, que me prometieron comida y mi propio barco pirata si llevaba a cabo una misión para ellos. Sandino me pidió que robara un bien muy valioso, el Gran Sello de la familia Medici. Me dijo que se había sustraído durante el saqueo del palacio de los Medici en la *Via Larga* de Florencia, cuando los Medici se vieron obligados a abandonar la ciudad muchos años atrás.

Tuvimos que esperar hasta después de la boda de Lucrezia Borgia con el Duque Alfonso en Ferrara. Entonces, me reuní con un sacerdote, el Padre Albieri, que me llevó a una habitación de una casa con un armario cerrado en el que se guardaba el sello. Una vez robado el sello, el sacerdote y yo regresamos a nuestro punto de encuentro con Sandino. Allí, el sacerdote le dijo a Sandino que le había traído el auténtico tesoro. Y, una vez dicho esto, el bandido se dirigió a uno de los hombres diciendo: «Los Borgia pagarán bien por el sello Medici».

El Padre Albieri quedó sorprendido, porque creía que Sandino trabajaba para los Medici, pero se dio cuenta de que le habían traicionado y que era demasiado tarde para escapar. Sandino mató al sacerdote golpeándole con su porra. Yo intenté escapar.

Pero en la persecución caí al río, y los compañeros de Leonardo da Vinci me rescataron. Me envolvieron en la capa de Felipe, el responsable del grupo. Cuando reviví medio moribundo, me preguntaron mi nombre y próxima a mi mejilla, vi la insignia de peregrino que Felipe llevaba en su túnica, y la reconocí como la insignia de San Mateo. Felipe, que se ocupaba de las tareas contables del grupo, sentía especial devoción por el discípulo de Cristo llamado Mateo, que había sido recaudador de impuestos. Así fue cómo, al pretender ocultar mi verdadero nombre, elegí el de Matteo.

De esta forma, llegué a Perela. Me sentía feliz por disfrutar de la compañía de la familia dell'Orte, les amaba, y tenía miedo de contar la verdad por miedo a que me echaran. Cuando abandonamos Perela, me creí a salvo, aunque sabía que Sandino me seguiría la pista hasta allí. Pero cuando me encontraba en Senigalia, escuché hablar a un esbirro de Sandino de que planeaban atacar Perela, por lo que cabalgué tan rápido

como pude para advertirles. Llegué demasiado tarde. Así que fue mi culpa que ellos sufrieran un destino tan cruento. No me merecía que Paolo y ella me llamaran hermano. No me merecía su benevolencia.

—No era a Paolo a quién los bandidos querían cuando saquearon la fortaleza de tu padre —le dije—. Yo era el chico al que buscaban.

—Ya suponía algo así, Matteo —dijo Elisabetta.

La miré fijamente.

—¿Cómo es posible?

—He tenido años para pensar en lo que le ocurrió a mi familia —respondió—. Siempre fue un misterio. No pude pensar con claridad mientras Paolo y yo nos dirigíamos a Milán, pero después, al establecernos en la granja de mi tío, comencé a reflexionar sobre las cosas que habían sucedido. Pensé en lo que el monje del hospital de Averno nos había preguntado y después, cuando me escribió con más información, até cabos. El hombre que atacó nuestra fortaleza no preguntó por el nombre de Paolo. Preguntó por un muchacho. Y llegué a creer que el muchacho al que buscaban eras tú, Matteo. Además —hizo una pausa—, leí los documentos de tu abuela que estaban dentro de la caja que me diste junto con su libro de recetas.

—¿Sus documentos?

—Si —dijo Elisabetta—. Ella...

Se oyó un martilleo endiablado en la puerta principal de la iglesia.

—¡Abrid! ¡Abrid la puerta!

—¡Santuario! —gritó la gente a nuestro alrededor—. ¡Santuario!

Después oímos el ruido sordo de un ariete y el sonido de la madera astillada.

Una anciana se encaramó a una de las ventanas y gritó hacia el exterior.

—Ésta es una santa iglesia en donde nos refugiamos mujeres y niños. Marchad y tomad todo lo que deseéis de la ciudad, pero dejadnos en paz.

—¡Sabemos que hay soldados escondidos ahí dentro! —gritó una voz—. Les hemos visto entrar.

La mujer me miro y, a continuación, volvió a dirigirse a ellos.

—Los soldados estaban heridos y murieron. Aquí sólo hay mujeres y niños.

Junto a Eleanora, un anciano se levantó de su asiento.

—¡Tú! —dijo señalándome—. Sal afuera y lucha. Al quedarte aquí, nos pones en peligro a todos.

Volvimos a oír el ruido sordo del ataque a la puerta.

—Iré —dije.

—No —dijo Elisabetta—. Es un truco para que abramos la puerta. Cuando lo hagamos, entrarán a por nosotros.

—Saldré por el campanario —dije y, como la joven empezó a protestar, intenté tranquilizarla—. Parece que se trate de un grupo aislado más que de un auténtico

ejército. Quizá pueda expulsarlos de aquí.

—Si sales, Matteo, morirás.

—Sí —dije—. Pero quizá te salve a ti.

—No vayas por ese motivo.

—No sólo por ese motivo —dije—. Mírales.

Señalé a los niños pegados a las faldas de sus madres y a los cuerpos de los ancianos. Eran en su mayoría campesinos o artesanos, demasiado pobres para permitirse tener armas que les defendieran, y enfermos, que no podrían escapar a tiempo o pagar su rescate.

—Por todos ellos —dije.

Fuimos hacia el campanario y trepé por las escaleras de madera que conducían a la parte superior. Tiré de la cuerda de una de las campanas.

—Voy a tirarla al exterior y a descender por ella. Corta la cuerda o recógela rápidamente cuando llegue al suelo —indicé a Elisabetta— para que no puedan acceder adentro de esta forma.

Tomó mi rostro entre sus manos y me besó.

—Quiero que sepas esto —dijo—. Eres mi hermano y nada de lo que fueras o dijeras me hará pensar mal de ti.

Me giré rápidamente para que los dos evitáramos las lágrimas. Entonces lancé la cuerda desde lo alto del campanario y, agarrándola mano sobre mano, me deslicé hacia el suelo.

Cuando me quedaban unos tres metros para llegar abajo, eché un vistazo alrededor. Los edificios de la plaza estaban incendiados y había grupos de soldados corriendo de aquí para allá con su botín de guerra. El grupo que se encontraba delante de la iglesia había detenido temporalmente su asalto a la puerta. No debían divisarme o vendrían a atacarme rápidamente. Me deslicé por la cuerda con la mayor rapidez posible y tiré del extremo con fuerza, como señal para que Elisabetta la cortara o la recogiera rápidamente.

Blandiendo mi espada, corrí a la puerta principal de la iglesia. Comprendí inmediatamente el motivo por el que había cesado el asalto a la puerta de la iglesia. En los escalones de la entrada, frente a un grupo de mercenarios y simpatizantes, se erguían dos figuras. Una, vestida de rojo, era el cardenal de Medici. La otra, que empuñaba una espada, era Jacopo de Medici.

Al verme, Jacopo de Medici sacó una pistola de su cinturón.



## Capítulo 88

Permanecí inmóvil. Mi espada nada podía hacer contra su pistola.

—Ven aquí —me dijo—. Tómala y acércate a nosotros.

Le miré embobado.

—¡Vamos, Matteo! O como quiera que te llames. ¡Ahora!

Brinqué a su lado y cogí la pistola.

Justo a tiempo porque el grupo, al ver su atención desviada, avanzaba rápidamente.

El cardenal Giovanni de Medici estaba gordo y, en sus vestiduras, parecía una enorme salpicadura roja en la puerta de la iglesia.

—¡Deteneos! —bramó—. En nombre de Dios. ¡En nombre del Vaticano y del Papa de Roma, os ordeno que os apartéis de esta casa de Dios!

Pero un dragón liberado no puede volver a ser encadenado. Estos hombres estaban desquiciados por la lujuria de la batalla, movidos por la necesidad de satisfacer sus ansias de oro, saqueo, mujeres y muertos. Era una causa perdida. No puedes negociar o razonar con una turba.

—Escuchadme —vociferó—. ¡El que se atreva a cruzar este umbral sufrirá la ira de los Medici!

Esto les hizo dudar, pero era evidente que su vacilación sólo duraría un momento. Pronto estarían sobre nosotros y seríamos reducidos.

En lugar de retroceder, Jacopo de Medici avanzó a su encuentro. Se dirigió a los dos o tres soldados que estaban a la cabeza del grupo principal.

—¿Cómo te llamas? —preguntó señalando al hombre situado en el centro.

El hombre no respondió, pero alguien en la muchedumbre gritó:

—¡Luca! ¡Se llama Luca!

—¡Matteo! —me ordenó Jacopo en voz alta—. Estate alerta y prepara la pistola. Si alguien se mueve, cualquiera de ellos, dispara primero a este hombre llamado Luca.

Levanté la pistola y la preparé para disparar, colocándola sobre mi brazo para intentar que no me temblara la mano.

El hombre llamado Luca retrocedió rápidamente.

—El cardenal y yo mataremos a los hombres que están a ambos lados de Luca —añadió Jacopo con una sonrisa sarcástica.

Los dos compañeros de Luca se miraron confundidos. Ellos también retrocedieron un paso o dos.

—Disparadles en el vientre —vociferó Jacopo—. Así es menos probable que falléis y morirán en agonía.

—Déjanos que apuntemos más abajo —aconsejó el cardenal—. Así, aunque

sobrevivan, no servirán para nada.

Uno de los compañeros de Luca se escurrió entre la multitud y desapareció. Luca y el otro soldado se miraron con desesperación.

—Encontraremos otro lugar —dijo el amigo de Luca—. Hay muchos otros edificios que saquear en la ciudad.

—Sí.

Luca se giró hacia la muchedumbre. Levantó las manos sobre su cabeza.

—¡Al ayuntamiento! —gritó. ¡Al ayuntamiento!

Se dieron la vuelta y se marcharon.

Pero el cardenal Giovanni de Medici no había acabado con él.

—Recuerda esto, Luca —gritó una voz tras de él—. Si esta iglesia es violada, te buscaré. El castigo del cielo y la tierra caerá sobre ti.

Mis piernas flaquearon y me incliné sobre la puerta.

Jacopo de Medici me agarró con rudeza y me dio la vuelta, presionando mi rostro contra la puerta de la iglesia. Me cogió del cuello con sus dedos. Entonces cogió la pistola que tenía en la mano.

—No tengo buena puntería —le dije—. Dudo que pudiera haber apuntado correctamente.

—De todas formas, eso no hubiera importado —dijo Jacopo—. El arma no está cargada.

## Capítulo 89

Mientras el cardenal Giovanni de Medici organizaba a los soldados para custodiar la iglesia, rogué a Jacopo de Medici que protegiera a Elisabetta y a la anciana Donna Cosma, y que procurara un entierro decente para Paolo dell'Orte.

Jacopo de Medici aceptó satisfacer mis peticiones con la condición de que no volviera a intentar escapar. Ordenó que me escoltaran soldados armados hasta que fuera llamado a su presencia.

Trajeron a un sacerdote, que ofició los ritos de sepultura para Paolo, y dispusieron que mi hermano de corazón descansara en la cripta de la basílica. A continuación, los hombres de armas de los Medici transportaron a Donna Cosma en un camastro a su casa y yo ayudé a Elisabetta a acomodarla allí.

—Tengo que dejarte —le dije— y descubrir qué destino han planeado los Medici para mí.

—Antes de que te vayas —respondió—, hay algo que debes saber.

Desenvolvió el fardo en el que había llevado las medicinas y la comida a la iglesia.

—Junto al libro de recetas de tu abuela, encontré estos documentos, Matteo. Nunca los has leído, ¿verdad?

—No —dije—. No sabía leer de niño.

—Para compilar estos libros, tu abuela tuvo que saber leer y escribir. ¿No te parece extraño que nunca te enseñara estas habilidades?

—Nunca pensé en ello.

—Creo que sé por qué pretendía que fueras analfabeto —dijo Elisabetta—. Estos documentos te pertenecen. Ella no quería que pudieras leerlos. Si comprendías la información que contenían cuando eras niño, puede que hubieras hablado de ellos y hubieras puesto tu vida en peligro.

—¿En qué tipo de peligro?

—Todo tipo de peligros. Podrías ser víctima de raptos o asesinato.

—No lo entiendo. Déjame ver.

—Hay varios papeles aquí, cartas y otros documentos, pero el más importante es éste. —Elisabetta me dio un trozo de pergamino—. Era una partida bautismal con fecha de 1492, y el nombre del niño estaba escrito en ella: *Jacomo*.

—¿Qué tiene que ver esto conmigo? —le pregunté.

—Éste es tu certificado bautismal, Matteo.

—No puede ser —dije—. Me llamo Janek. Mi abuela siempre me llamó por ese nombre.

—Lo hizo para protegerte.

Volví a mirar el certificado. El sacerdote lo había firmado en la parte inferior:

*Albieri d'Interdo. Albieri d'Interdo.* El mismo sacerdote que me había llevado al sello Medici en Ferrara.

—El resto de los documentos no dejan lugar a dudas, Matteo —prosiguió Elisabetta—. Eres ese niño.

Observé de nuevo el certificado bautismal y, esta vez, lo leí con más detenimiento: «En este día, a la novena hora, bauticé a un niño, nacido de la mujer Melissa y del hombre Jacopo de Medici».

Vi el nombre escrito en el pergamino.

Mi padre.

Jacopo de Medici.

## Capítulo 90

Medici.

Soy un Medid.

Los Medici.

Las tropas conquistadoras saquearon Prato durante dos días. Los hombres enloquecieron. Provocaron incendios y destruyeron la ciudad, matando a más de dos mil personas.

Florenia se rindió. El cardenal Giovanni de Medici, su hermano y sus primos entraron en la ciudad. Pier Soderini había huido y Niccoló Machiavelli había sido desterrado.

Florenia volvía a estar en manos de los descendientes de Cosimo y Lorenzo el Magnífico.

Jacopo de Medici me llamó a su presencia. Estaba oculto en una casa cerca de su antiguo palacio de la *Via Larga* y los guardias que me escoltaban me condujeron a una habitación superior en la que le encontré sentado tras un enorme escritorio.

—Me ha sido muy difícil encontrarte estos últimos años —dijo—. Eras un experto en eludir a los que enviaba para seguirte la pista.

—Creía que deseabas matarme —dije—. Acabo de descubrir que somos parientes.

—¡Yo diría que somos algo más que meros parientes! —exclamó—. Soy tu padre. Sostuve su mirada furiosa con una de igual fuerza.

—Mientras tú vivías tu propia vida, otros desempeñaron esa función.

Me miró. Entonces, su mirada se suavizó.

—Te relataré las circunstancias de tu nacimiento y entonces podrás juzgarme.

Me contó que tenía mi edad cuando fui concebido. Los Medici utilizaban Castel Barta como paraje de caza y mi madre era la hija del ama de llaves que vivía allí para vigilar el edificio. El ama de llaves era una mujer inteligente y honesta, medio gitana y sabia en las tradiciones, con un gran conocimiento de la naturaleza. Melissa, su hija, mi madre, sólo tenía quince años cuando ella y Jacopo de Medici se enamoraron.

—Amaba a tu madre con locura —dijo Jacopo—. Tú fuiste el resultado. Pero mi familia había acordado mi matrimonio con otra familia y no podía legitimar tu nacimiento. Así que permaneciste allí con tu madre y tu abuela, y te visité con tanta frecuencia como pude. Tu madre murió en el verano de 1494, cuando tenías unos dos años. Eran momentos difíciles. Unos meses después, hubo disturbios y los Medici fueron expulsados de Florenia. Nuestros enemigos te habrían matado. Pensé que lo más seguro sería hacerte desaparecer. Me hice con un carromato gitano y tu abuela te

llevó lejos. En ese momento fue cuando el Gran Sello de los Medici se entregó en custodia a un pariente nuestro, el único sacerdote en el que podía confiar, el Padre Albieri, de la parroquia de Castel Barta.

Los Medici fueron desposeídos de sus bienes y tuvimos que deambular por las cortes de Europa buscando ayuda donde podíamos. Yo mismo era perseguido y ni siquiera podía enviar dinero a tu abuela por miedo a que os encontraran. Y entonces perdí el rastro de dónde os encontrabais. Tu abuela viajó al norte, hasta Venecia, para que estuvieras seguro, pero la peste se había propagado en el último lugar en que sabía que habías estado. Llegué a pensar que tu abuela y tú habíais perecido.

El bandido Sandino era un agente de la familia de la mujer con la que había contraído matrimonio. No era una mala mujer, pero era muy celosa, y una mujer sabe cuando no es querida. Los años pasaron y no tuvimos hijos. Montó en cólera, acusándome de no poder darle hijos, y yo, cegado por la ira, le dije que sabía que mi semilla podía procrear porque ya lo había hecho.

Ella no dijo nada.

Uno debe temer la ira silenciosa. La ira que hierve y brama es un peligro perceptible y se puede combatir, pero la malicia callada es un enemigo mortífero.

Mi esposa averiguó que habías nacido en Castel Barta y contrató a Sandino para buscarte y asesinarte. Pero no pudo encontrar ninguna pista sobre ti.

Entonces Cesare Borgia entró en la Romagna para intentar proteger los territorios papales por todos los medios, y también utilizó a Sandino como uno de sus principales espías. Para entonces, Sandino te había seguido el rastro gracias a la información obtenida de un asesino que conocía. Este hombre había comprado un veneno a una anciana gitana que llevaba a un niño oculto en su carromato.

—¡Recuerdo a ese hombre! —exclamé—. Obligó a mi abuela a preparar zumo de amapolas para él. Ella estaba muy asustada y en cuanto ese hombre se marchó, abandonamos el lugar y partimos a través de las montañas en la noche.

—Fue muy inteligente por su parte —dijo Jacopo—, porque Sandino estaba muy cerca. Pero tenía que asegurarse de que tú eras el chico que buscaba. Sabía dónde habías nacido, así que fue a ver al sacerdote de la parroquia de Castel Barta, el Padre Albieri, y fingió estar trabajando para mí. Le contó que yo quería encontrarte para darte un título y dinero. El Padre Albieri dijo que no sabía dónde estabas, pero que podría reconocerte si os volvíais a encontrar.

—Pero, ¿cómo podría hacerlo? —pregunté—. No me había visto desde que era un niño. Mi abuela no me llevó a ningún lugar próximo a Castel Barta hasta que supo que se estaba muriendo.

Jacopo de Medici se levantó y se acercó desde detrás del escritorio. Giró mi cabeza de la misma manera que lo había hecho cuando presionó mi rostro contra la puerta de la iglesia de Prato.

—Justo debajo del nacimiento del pelo, tienes una marca a cada lado de tu cuello.

*La marca de los dedos de la comadrona.* Recordé el comentario realizado por Giulio, el Maestro del Guardarropa del castillo de Averno, cuando me aconsejó que me cortara el pelo.

—El Padre Albieri era un buen hombre, pero algo ingenuo —prosiguió Jacopo—. Le dijo a Sandino que si realmente eras Jacomo de Medici, entonces serías el auténtico dueño del sello Medici, del que se le había concedido la custodia.

Sandino vio la oportunidad de obtener una gran suma de dinero. El sello se podría utilizar para falsificar muchos tipos de documentos, órdenes bancarias, cartas de conspiración... materiales suficientes para derrocar al Consejo de Florencia. Sabía que Cesare Borgia le pagaría bien si recuperaba el sello para él. De esta forma, Sandino concibió un plan con el que conseguiría capturaros al sello y a ti.

Por motivos de seguridad, el Padre Albieri había ocultado el sello en el jardín de su primo en Ferrara. No le contó a Sandino la ubicación del sello, pero le dijo que iba a viajar a Ferrara para asistir a la boda de Lucrezia Borgia y el Duque Alfonso. Le pidió a Sandino que consiguiera hacerte ir allí con algún pretexto, y si de veras eras Jacomo, os traería a ti y al sello al punto de encuentro acordado. Lo hizo con el convencimiento de que Sandino pretendía llevarte a casa a salvo con tu verdadera familia.

—Sin embargo, cuando nos encontramos no me habló de mi verdadera identidad —dije.

—Eras muy joven. Probablemente pensó que sería adecuado mantener el secreto y dejar que yo, tu padre, fuera el que te informara.

—El sacerdote insistió en que yo portara el sello —dije—. Y creo que así fue cómo acordó con Sandino que él pudiera reconocerme como Medici. Cuando llegamos a nuestro punto de encuentro, el Padre Albieri mantuvo su mano en mi hombro y habló con claridad a Sandino, diciendo: «Te he traído lo que buscabas».

—Y en cuanto pronunció estas palabras, su vida estaba sentenciada —dijo Jacopo secamente—. Sandino ya no le necesitaba.

—Debí haber descubierto que había algún tipo de engaño —dije—, porque el cerrojo fue muy fácil de abrir. Y, aunque no le di importancia en ese momento, el Padre Albieri me pidió que me arrodillara para recibir una bendición. Cuando lo hice, depositó sus manos en mi cuello y me apartó el cabello en la nuca. Creí que me estaba concediendo una absolución por el pecado cometido en el hurto, pero sin duda estaba confirmando que era tu hijo.

—Habló de estas marcas cuando te bautizamos en Castel Barta —dijo Jacopo—. Aunque cualquier persona próxima a los Medici diría que tu ascendencia es aparente por la disposición de tus ojos.

Me llevé la mano a la cara.

Jacopo se dio cuenta y habló.

—Es evidente que eres Jacomo, mi hijo.

La disposición de mis ojos.

Había un hombre que había mirado mis ojos de modo más intenso. Leonardo da Vinci. En el refectorio de los monjes en Milán, utilizó sus dedos para rodearlos. Entonces, dijo:

—Encontrarás tu propia verdad, Matteo.

Ahora había encontrado la verdad o, más bien, ella me había encontrado a mí. Y era confusa, emocionante y profundamente perturbadora.

—El Padre Albieri perdió la vida por mi culpa —dije.

—Me envió una carta diciéndome que se iba a reunir con mi agente Sandino y que él os escoltaría a ti y al sello a mi presencia. Supe de inmediato que la vida del Padre Albieri estaba en peligro porque yo no había mandado a ningún agente llamado Sandino, al igual que creí que estarías muerto.

—Sandino mató al sacerdote —dije—. Golpeó su cabeza hasta que el cerebro se le salió del cráneo.

Jacopo asintió.

—Sí —dijo—. Creo que sé por qué. Sandino tenía que matar al Padre Albieri para evitar que me informara de que había encontrado a mi hijo y de que Cesare Borgia tenía el sello.

—Vi cómo Sandino lo hacía. Por eso huí de él.

—Hiciste bien en escapar. Sandino te habría matado en su propio beneficio sin dudarle un momento. Cuando el Padre Albieri desapareció, me percaté de que debía combatir sus tretas con astucia. Hice saber que deseaba emplear a Sandino y que le pagaría el doble de lo que cualquier otro le hubiera ofrecido si te traía vivo.

—Creo que eso es lo que me salvó la vida —dije.

—Me alegro de que te sirviera de ayuda.

Reconocí esta observación con una inclinación de cabeza.

—Di instrucciones a Sandino de que me mantuviera informado en todo momento de sus progresos —dijo Jacopo—. Y también difundí tu descripción en toda la comunidad gitana, y les pedí que se pusieran en contacto conmigo si tenían noticia alguna sobre ti.

—¡Por eso me esperabais en el bosque cerca de Lodi!

—Tienes que contarme cómo eludiste la captura en esa ocasión.

—Tiene algo que ver con el largo de la tela de los hábitos de ciertas órdenes monásticas.

Pensé en cómo me escondí bajo las faldas de Eleanora. Y entonces, recordé lo que había estado haciendo ese mismo día en la granja con Elisabetta y Paolo, y todos los acontecimientos que habían entrelazado mi vida a la de la familia Dell'Orte se



precipitaron en mi mente.

—Veo que te he dado mucho en lo que pensar.

Jacopo de Medici había estado observando mi rostro.

—Al intentar evitar que me capturaran, traje problemas e infortunios a aquéllos que me ayudaron —le dije—. Hay gente con la que estoy en deuda.

—Entonces es tu deber pagar las deudas que debes de la mejor forma posible —respondió—, y tu padre te ayudará a hacerlo.

Dicho esto, alcé las manos y, por última vez, levanté el cordón que me rodeaba el cuello. Coloqué la bolsita de cuero en el escritorio y la abrí. Rescaté del interior el Gran Sello de los Medici y lo deposité en las manos de mi padre.

Lo mantuvo en alto. La luz del sol que entraba a través de las ventanas brillaba en su superficie.

—Has hecho bien al protegerlo durante tanto tiempo.

La verdad es que no sabía si debía alegrarme por el cumplido.

Entonces, Jacopo de Medici pasó los dedos sobre el relieve del escudo de armas de la familia.

—Mi primo, el cardenal, estará especialmente contento de volver a poner el sello en custodia. Puede que desee utilizarlo para autentificar su primera proclama papal.

—Sólo es un cardenal —dije sorprendido—. No creo que nuestro Papa deje que nadie firme una bula papal en su nombre.

—El Papa Julio se está muriendo —dijo Jacopo—. Después de mucho tiempo, habrá un Medici en el Vaticano.

Jacopo volvió a introducir el sello en su bolsa y se lo colgó al cuello. A continuación, me tomó de los hombros y me miró fijamente a la cara.

—Hijo mío —dijo suavemente—. Antes de que partas a resolver tus asuntos, me gustaría que me llamasas padre al menos una vez.

—Padre.

Intenté pronunciar la palabra. Conseguí hacerlo, no sin esfuerzo.

## Capítulo 91

Había un hombre al que consideraba de verdad un auténtico padre.

Cuando fui a buscar a Elisabetta, comencé a pensar cómo podría tramar la forma de compensar el apoyo que Leonardo da Vinci me había proporcionado durante la parte más atormentada de mi vida. A él le debía una deuda por encima del resto. Sin la intervención del Maestro y de sus dos acompañantes, me habría ahogado bajo la cascada. Su propio aliento me trajo de vuelta del mundo de los muertos. Y, durante toda mi vida con él, de niño a adulto, me nutrí de su instrucción, su intelecto y su generosidad de espíritu.

Elisabetta había vuelto a su casa en Prato. Como recompensa por el daño sufrido en la ciudad, los Medici prometieron reemplazar los tejados de los edificios que quedaban en pie. Donna Cosma yacía en su camastro, tendido en el suelo de la habitación. Era evidente que no le quedaba mucho por vivir. Elisabetta y yo nos sentamos en el jardín y deposité en la mesa una bolsa de monedas que Jacopo de Medici me había dado.

—Este dinero es tuyo por derecho —dije—, por las pérdidas sufridas. Te ayudará a establecer una botica de tu propiedad y a vivir aquí de forma más independiente.

—Matteo —dijo—, regreso a Kestra.

—¿Kestra? No hay nada allí para ti.

—Baldassare está allí.

—¿Baldassare? —pregunté sorprendido.

Entonces recordé al hombre de la granja vecina que estaba allí ayudando cada vez que visitaba a Paolo y Elisabetta.

—¿El granjero, el vecino de tu tío?

—Sí —dijo Elisabetta—. Es el hombre que he elegido.

—Es mucho mayor que tú.

—Lo sé, y ése es uno de los motivos por los que he aceptado esta oferta de matrimonio. Es responsable y me proporcionará estabilidad.

—¿Le amas?

—Le tengo un profundo afecto y respeto, al igual que él por mí.

Su rostro tenía un aire de complacencia.

—Creo que será suficiente para los dos —dijo—. Me ha pedido que me case con él en muchas ocasiones estos últimos años. Rechacé su oferta porque, cuando perdí la granja de mi tío, sentía que no tenía nada que aportar al matrimonio. A él no le importaba eso. Era a mí a quién quería. Pero ahora he aprendido las recetas de los libros de tu abuela y puedo preparar sus medicinas curativas. Puedo aportar estas habilidades y la renta derivada como dote.

—Esto también formará parte de tu dote.

Señalé la bolsa que había depositado en la mesa ante nosotros.

—Te lo regalo como tu hermano que soy. Con una condición —añadí—. Que me invites a tu ceremonia de casamiento.

Le escribí una larga carta a Eleanora.

En ella le revelaba mi verdadera identidad y también lo que había ocurrido antes de que nos conociéramos. Le pedí que intentara entender mis ataduras y que fuera comprensiva con las acciones que había emprendido.

También le conté mis planes de futuro. Que quería asistir a la escuela de medicina en Bolonia, ya que pretendía llegar a ser doctor algún día.

Le comuniqué que me haría feliz que ella quisiera compartir esta nueva vida conmigo. Que recordaba que había expresado su interés en los trabajos de los pensadores y los escritores más influyentes. Que con el patrimonio de mi padre, podría dedicarse a sus intereses mientras yo continuaba mis estudios.

Le dije que la amaba.

## Capítulo 92

Poco después, recibí una carta que me invitaba a la casa de los d'Alciato para discutir un contrato de matrimonio entre Eleanora y yo.

Jacopo de Medici había designado un secretario para acompañarme y asesorarme con el acuerdo en los términos apropiados. El tío de Eleanora era un fornido mercader de rostro rojizo. Esperamos sentados en su despacho mientras él discutía continuamente cada detalle, añadiendo y eliminando cláusulas aquí y allá. Las aves cantoras gorjeaban cerca de las ventanas. La última vez que hablé con Eleanora nos encontrábamos en el jardín y recordé cómo nos habíamos besado en aquella ocasión. El día era muy cálido, y las contraventanas estaban cerradas para impedir la entrada al sol. Dudaba que ella se encontrara en el exterior y me preguntaba en qué lugar de la casa podría estar.

Vino a mi mente el recuerdo de nuestra danza en la plaza de Ferrara, su rostro inclinado hacia el mío.

Me puse en pie.

—Si me disculpan, por favor —dije.

El tío de Eleanora levantó la mirada, asintió y volvió al escrutinio del documento que se extendía frente a él.

Abrí la puerta que conducía al vestíbulo.

Un remolino de faldas.

Corrí tras ella y la agarré de la muñeca.

—¡Estabas escuchando detrás de la puerta! —dije riendo.

Ella forcejeó para soltarse y me percaté de que no parecía contenta.

—¡Por supuesto que estaba escuchando! —exclamó—. ¿Crees que iba a dejar que negociaran conmigo como si fuera una pieza de carne en un mercado y contentarme sin saber los términos de mi contrato?

Levanté una ceja.

—Creí que precisamente fuiste tú la que intercediste para que me invitaran a llegar a un acuerdo para nuestra boda.

—Pues está muy equivocado, caballero —respondió Eleanora—. No me pidieron mi opinión sobre el asunto. Mi tío leyó la carta que me enviaste y decidió que no podía rechazar tu oferta. Me dijo que él se encargaría de todo. Dijo que los Medici tenían dinero de sobra y que podríamos disponer de una parte.

—¡Dinero! —exclamé—. No es cuestión de dinero, Eleanora.

—Claro que lo es —dijo—. De dinero y de miedo.

—¿Miedo? —repetí desconcertado.

—¿Cómo podría mi tío rechazar una solicitud de un Medici? Estaría demasiado asustado para no aceptar.

—¿Tienes miedo de mí ahora? —le pregunté y, al hacerlo, pensé que quizá no sería tan malo que esta explosiva y alterada Eleanora me tuviera un poquito de miedo.

Sus ojos esmeralda se encendieron como respuesta.

—¡No me entrego a nadie por dinero ni por oro!

Le solté la muñeca.

—Creí que me amabas, Eleanora —dije con firmeza—. Lo siento si estaba confundido. Entraré en la habitación y le ordenaré al secretario que rompa la negociación.

—Sí, será mejor que lo hagas.

Cuando me giré, me llamó con desprecio.

—Jacomo de Medici.

—¿Qué?

Di la vuelta y me coloqué frente a ella, notando como me encendía.

—¿Por qué me llamas de esa forma?

—¿No es ése tu verdadero nombre?

Sacó mi carta de la manga de su vestido.

—Así es cómo firmaste cuando me escribiste.

Señaló el papel coléricamente con su dedo.

—¿Y qué problema hay? ¿Debo renegar de mi nombre de nacimiento?

—¡Yo no conozco a ningún Jacomo de Medici! —gritó—. ¡El hombre al que amo se llama Matteo!

Extendí la mano. Le arrebaté la carta y la tiré al suelo. Entonces la agarré de las muñecas con ambas manos y la atraje hacia mí. Y nos besamos hasta que tuvimos que parar para poder respirar. Mientras la abrazaba, le dije:

—Entonces, para ti siempre seré Matteo.

## Capítulo 93

—Te llamaré Matteo.

El Maestro sostuvo mi rostro entre sus manos, y me besó y abrazó con cariño.

Estaba de visita en Florencia de camino a Roma. Las palabras de Jacopo de Medici se habían cumplido. El papa Julio había muerto y el cardenal Giovanni de Medici se había instalado en el Vaticano como Leo X. Y, a petición mía, el papa Medici había ofrecido encargos artísticos a Leonardo da Vinci en Roma.

—Matteo —volvió a decir el maestro, colocando su brazo sobre mis hombros y pidiéndome que me sentara con él en un banco.

Su saludo me reconfortó. Porque aunque le había escrito y le había contado la verdadera historia de mi vida, y le rogué su perdón, tenía miedo de cómo recibiría en su presencia a una persona que le había decepcionado.

—En cuanto le conocí, le mentí —comencé a hablar.

—¡Por supuesto! —me interrumpió, riendo—. Utilizaste un nombre que no era el tuyo.

—¡Lo sabía desde el principio!

—Lo supuse después. Me percaté de cómo miraste al despertar la insignia de San Mateo que Felipe portaba en su túnica.

La verdad es que no debería haberme sorprendido. Había visto sus bocetos. El ojo del Maestro podía captar con la pluma sobre el papel, el movimiento de un pájaro en su vuelo.

—Me intrigó que hicieras eso —prosiguió—. Conforme pasaron los días, me fascinaron muchas cosas sobre ti: tu discurso, tus amplios conocimientos, tu determinación, tu forma de ser.

—Fue mucho después cuando me pregunté si había levantado alguna sospecha —dije—. Cuando observamos juntos su fresco de *La última cena* en Milán.

—¡Ah!, sí —respondió—. En aquella ocasión estabas inquieto por miedo a que estuviera decepcionado por haber perdido tu plaza en la universidad de Pavia. Y tú reflexionabas sobre mi imagen del Iscariote.

Recordé cómo había desplazado mi atención del rostro de Judas al de Mateo, el apóstol, intentado aliviar mis pensamientos atormentados.

—Siempre hubo algo en tus ojos que me era familiar y, al verte allí en el refectorio, pensé en Lorenzo de Medici, al que conocí de joven.

—Era mi abuelo. Por lo que dicen, era un hombre honorable.

—Tú has intentado ser honorable, Matteo, y responder a tu deber en cuanto lo veías necesario. Hay una franqueza innata en tu conducta, Matteo, a pesar de las mentiras que contaste.

Incliné la cabeza.

—Pido perdón por cualquier molestia que le haya podido causar a usted y a su grupo.

El Maestro sonrió.

—Nos compensaste de sobra con tu interés y humor. Puede que te interese saber que, en su lecho de muerte, Graziano habló de ti. Se imaginaba que Lucrezia Borgia comentaría tus habilidades con la danza en algún baile en Ferrara y que mencionarías el nombre de Graziano como tu instructor. Así podría vanagloriarse de que la mujer más célebre de Europa había puesto en sus labios su nombre.

Sonreí al escuchar estas palabras.

—Ya ves, Matteo, incluso cuando estabas ausente, siempre estabas en nuestros pensamientos. Graziano hablaba de ti a menudo y Felipe se preocupaba por descubrir una forma de que pudieras proseguir tus estudios. Y yo... —su voz se rasgó.

Le miré a la cara. Sus ojos estaban al nivel de los míos.

—Todos te queremos, Matteo.

Ignorando esta vez sus protestas cuando nos despedíamos, me arrodillé ante él.

—Te perdono cualquier falta de todo corazón —me dijo—. Un niño debe encontrarse a sí mismo para hacerse un hombre, y ahora ya eres un hombre, Matteo.

El Maestro extendió los brazos y me puso en pie. Nos abrazamos.

—Encontrar la identidad de uno mismo resulta un reto difícil. Y aunque pudiste evitar la verdad, Matteo, te siguió y te encontró. Ahora debes vivirla, como lo hacen los hombres buenos.

Así eran las cosas con el Maestro da Vinci. Sus expectativas hacían que aquéllos que le conocían aspiraran a ser dignos de su confianza.

Por ello decidí ser un buen médico y un buen hombre.